

ANXIOUS

Idoia Amo

Eva M. Soler

Copyright © 2014 Idoia Amo & Eva M. Soler

Primera edición: Octubre 2014

Diseño portada, contraportada e ilustraciones: Alberto Padierna

ISBN-10: 1502565099

ISBN-13: 978-1502565099

AGRADECIMIENTOS

Por Eva M.Soler:

Primero, por supuesto, agradecer a mi amiga y co-autora, Idoia, por haber tenido la estupenda idea de unir nuestra pasión por escribir hasta llegar aquí. Era, es y será (espero) genial seguir compartiendo esto contigo. Ojalá que lo bien que nos compenetramos nos traiga muchas alegrías, que seguro.

Agradezco en segundo lugar el siempre apoyo incondicional de Diego y de mi madre: no os queda otro remedio, me tenéis que aguantar. Os quiero mucho, gracias por estar ahí cada vez que os necesito, y gracias por la paciencia que me demostráis día a día. Agradecer también al resto de mi familia su comprensión, sé que a veces no lo entienden cuando digo que me marchó para escribir, pero... ¡aquí está la prueba!

Por otro lado, agradecer la ayuda y el apoyo inestimable de personas que han terminado siendo muy importantes para mí, que me han demostrado confianza y me han animado mucho a seguir hacia adelante en este proyecto: Chris Molina, mi querido friend, con quien puedo contar para todo y siempre bajo un punto de vista neutral. Toñi García, Salomé Guerrero e Isabel Franco, amigas y lectoras sin cuyas observaciones, apoyo y cariño no habría sido lo mismo, y Sandra Sandía, cuyas ilustraciones me han alegrado cantidad de momentos. Sita Polo y Sira Marivela, que siempre han estado ahí para echarme una mano cuando las necesitaba. Por supuesto, un besazo a mi otra gran amiga, Ainara Bovedilla. Y mención especial para mi grupo de lectoras, que es pequeño, pero de calidad. Los escritores saben lo difícil que es a veces exponer su trabajo frente a todos para recibir críticas, pero vosotros lo habéis puesto todo muy fácil. Ojalá esto sea así siempre~

Por Idoia Amo:

En primer lugar, a mi co-autora Eva. Cuando empezamos este proyecto no sabíamos si saldría bien, pero ha quedado claro que el tiempo y la distancia, no significan nada ante la verdadera amistad.

A mi familia, por su paciencia y apoyo todo este tiempo: Gurko, que además has aportado tu granito de arena como “asesor”, te quiero; Unax, que eres muy pequeño para entenderlo, pero has estado conmigo mientras escribía y eres la luz de mi vida; Mamá y Miren, por estar ahí siempre, os quiero muchísimo. Y para ti, papá... El hijo del rock n’ roll, el mejor padre del mundo... Estés donde estés, espero que puedas leerlo y estar orgulloso de mí.

Y por último, Lorena Alameda: gracias por ser tan quisquilla, ¡no podía tener una lectora cero mejor!

Y a los lectores nuevos, bienvenidos. Esperamos que os quedéis con nosotras mucho tiempo.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE: PROYECTO «ANXIOUS»

1. Policías, virólogos y militares
2. Un poco de diversión
3. Paciente cero

4. Proyecto «Anxious»
5. La desaparecida
6. El mando es mío
7. Un poco de información
8. Cuarentena

SEGUNDA PARTE: DESENCUENTROS

1. Encuentro
2. El grupo
3. Estableciéndose
4. En movimiento
5. Una parada en el camino
6. Uno menos
7. Susurros y traiciones en la oscuridad
8. Hacia el punto de encuentro
9. Supervivientes

TERCERA PARTE: EL MAPA DE LOS MUERTOS

1. Little Falls
2. Saint Cloud
3. Roseville
4. Minneapolis
5. Davenport

6. Sand Ridge State Park

7. Atlanta

CUARTA PARTE: HACIA EL FIN

1. El chico de ojos extraños

2. A un paso de la civilización

3. Toda coraza tiene grietas

4. Ratas de laboratorio

5. La ansiedad dentro de mí

6. Amargo futuro

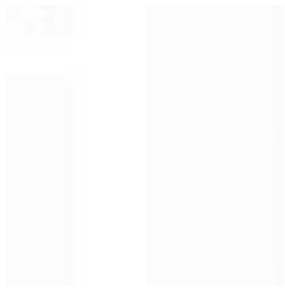
7. El demonio está aquí

8. No te necesitamos

9. El futuro que se avecina

EPÍLOGO

INTRODUCCIÓN



Solo.

Chester Woods, Minnesota. 14 de noviembre.

Con un tamaño de aproximadamente 540 hectáreas, Chester Woods era el lugar ideal donde ir de acampada. Dotado de siete zonas de picnic, áreas de camping con todas las comodidades posibles y un extenso lago de 47 hectáreas en el que poder practicar todo tipo de actividades acuáticas, el parque natural se había convertido en el lugar favorito donde pasar el fin de semana para las familias con niños de las ciudades de Rochester y Eyota, situadas a pocos kilómetros de la zona.

Varios senderos perfectamente cuidados lo recorrían, marcados por dificultad y longitud, e incluso algunos de ellos se habían diseñado específicamente para pasear con los caballos que se podían alquilar en la entrada o, como mucha gente prefería, con los suyos propios.

El principal objetivo del parque era la conservación de la fauna y flora local, tal y como recordaban multitud de señales colocadas estratégicamente a lo largo y ancho del mismo. La caza estaba estrictamente prohibida, y los animales vivían libres y salvajes sin ser molestados.

Faltaba poco para la hora de apertura, pero no había ni un solo coche esperando en la entrada, ni ningún trabajador tras las puertas preparándose para la llegada de los visitantes.

No lejos de allí, un pequeño ciervo pastaba tranquilamente en un claro del bosque. Se había alejado del resto de su manada, atraído por el olor de los brotes de hierba joven cubiertos por el rocío de la mañana. Poco a poco se fue acercando a los árboles, alejándose cada vez más de su grupo sin darse cuenta. Levantó la mirada por instinto, investigando los alrededores, pero no vio ni olió nada extraño que le alertara de ningún peligro inminente, así que se arrimó a un tronco caído y empezó a arrancar la corteza con los dientes.

Fue su último bocado. El cuchillo le atravesó la garganta sin darle tiempo a reaccionar ni a emitir siquiera el menor quejido, y en unos segundos estaba muerto.

Hunter Cooper sostuvo el cuerpo inerte mientras se desangraba, sin dejar de mirar los árboles y el claro, atento a cualquier señal de peligro. No podía arriesgarse a dejar un rastro de sangre hasta su escondite, así que allí mismo lo desolló rápida y eficazmente. Extrajo la carne con cortes expertos, y la envolvió en una bolsa de plástico. No era lo más higiénico, pero hacía tiempo que eso ya no le preocupaba. Metió la bolsa en una mochila y se la echó a la espalda.

Se lavó la sangre de las manos y el rostro en un riachuelo cercano, y se alejó rápidamente de los restos del ciervo. El olor del cuerpo descuartizado no tardaría en atraer a los depredadores del bosque, y no eran los lobos precisamente con los que tenía que tener más cuidado.

Se internó entre los árboles, moviéndose con rapidez pero sigilosamente, hasta llegar a la base de un montículo de rocas. Las escaló sin dificultad. Hacía varios días que había establecido su campamento en ese sitio, y ya se sabía de memoria dónde estaban todos los puntos de apoyo necesarios para llegar a la cima. Antes de darse el último impulso, se asomó con cuidado. Todo parecía tal y como lo había dejado y no se oía ningún ruido, así que terminó de subir.

Había encontrado aquel lugar por casualidad, y hasta entonces era el más seguro de todos en los que había estado. La altura de las rocas le daban forma de atalaya natural, haciéndolo inaccesible si no era escalando, y hasta entonces no había visto que ningún depredador ni nada que pudiera atacarle supiera hacerlo.

Dejó la mochila en el suelo y sacó la bolsa de carne, acercándose a unas piedras amontonadas en la tierra. Las levantó con cuidado, dejándolas a un lado, y comprobó que el fuego aún seguía vivo.

De niño, había disfrutado enormemente de sus salidas al campo con su padre, pero nunca hasta entonces se había sentido tan agradecido por lo que le había enseñado. Con la formación militar había aprendido a defenderse, pero gracias a su padre, estaba sobreviviendo solo. Él le había enseñado cómo hacer aquel fuego. Según su padre, se llamaba estilo Dakota. Hunter siempre había pensado que era un nombre inventado por él para incentivar su interés cuando se lo explicaba, pero lo cierto era que años más tarde se había enterado de que realmente lo habían usado los indios Dakota durante siglos, para poder ocultar su posición al enemigo. La técnica, aunque en teoría sencilla, no estaba exenta de complicaciones. Consistía en

cavar un agujero de unos 40 ó 50 cms de profundidad por unos 30 ó 40 de diámetro. A continuación, se comprobaba la dirección en la que soplaba el viento y desde ese lado, se cavaba otro agujero, creando un túnel que lo comunicaba con la base del primero para proporcionar el oxígeno. Taponando la entrada de aire con más o menos piedras, Hunter podía controlar la cantidad de fuego que necesitaba, ocultando así la luz y el humo del mismo. Después, cuando lo abandonara, solo tendría que cubrirlo con la tierra que había extraído y de ese modo, evitar un incendio imprevisto, además de no utilizar agua para apagarlo, un bien demasiado preciado aquellos días como para desperdiciarlo de esa manera.

Comenzó a cortar la carne en trozos más pequeños, cocinándola por turnos ya que el agujero era demasiado pequeño para hacerlo todo de una vez. Con aquella carne tendría para varios días, y guardó parte dentro de la bolsa, la cual semienterró para evitar que el olor a carne asada se dispersara.

Se sentó en el borde de una de las rocas, con las piernas colgando en el aire, y comió la carne lentamente, observando el paisaje mientras pensaba en sus próximos movimientos. Allí estaba seguro, podría sobrevivir un tiempo más, pero se estaba acabando el otoño y Minnesota no era conocida precisamente por sus inviernos suaves. La nieve y el frío acabarían con él si no encontraba un refugio donde pasar la estación. Chester Woods contaba con cabañas de veraneo, pero estaban demasiado expuestas. En las semanas que llevaba en aquel bosque ya conocía cada sendero, cobertizo y edificio, y ningún lugar era seguro para un hombre solo.

Bebió un poco de agua para tragar el último trozo de carne, y terminó una lata de melocotones en almíbar que había abierto un par de días antes. Casi no le quedaban provisiones que no fueran carne, y no había encontrado muchas bayas silvestres comestibles, lo cual era otro problema. Si se alimentaba solo a base de carne o pescado, sabía que acabaría enfermando.

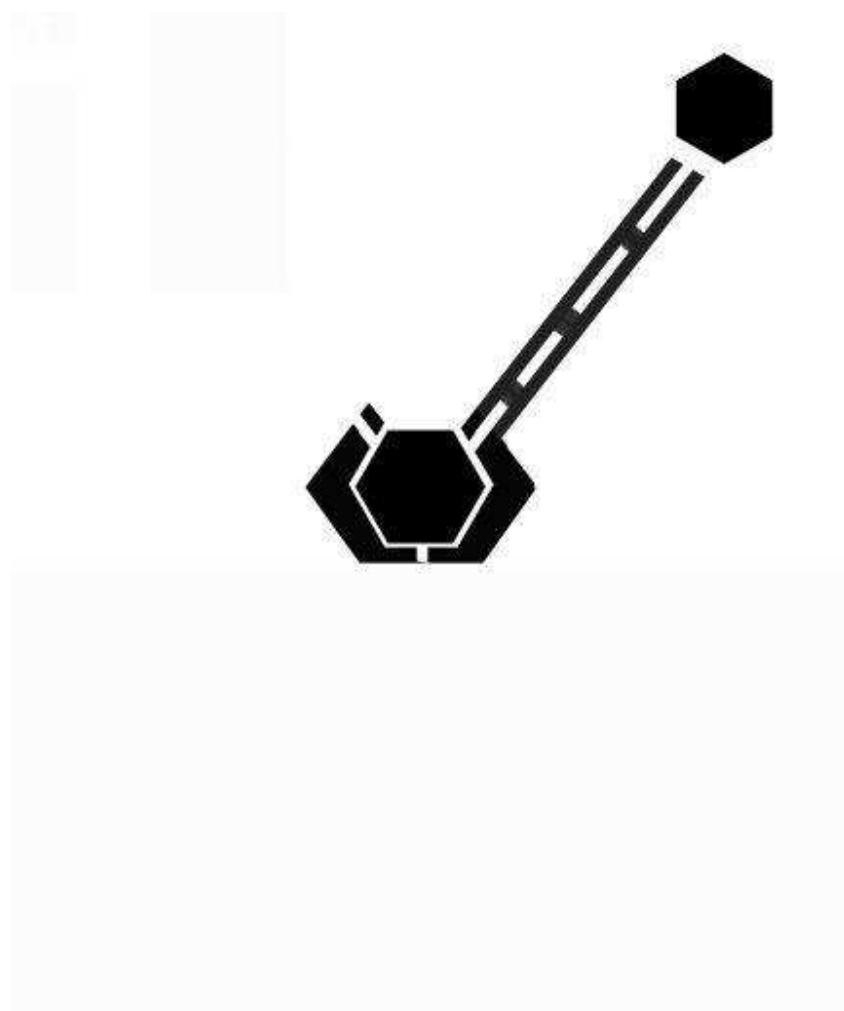
Enterró la lata también, y se incorporó. Se quitó la camiseta y las botas para estar más cómodo. Se había establecido una rutina de ejercicios diaria con una doble intención: mantenerse en forma para poder seguir sobreviviendo, y tener algo en qué ocupar su mente para no volverse loco.

Empezó los estiramientos concentrándose en la respiración, repasando mentalmente los ejercicios que haría esa mañana. Había adelgazado unos cuantos kilos, pero a cambio estaba aún más fibroso que antes y había ganado en elasticidad.

Siempre había sido el deportista del instituto, y en el ejército había aprendido cómo utilizar todos aquellos músculos que de joven había utilizado principalmente para ligar. El físico siempre le había acompañado en ese sentido. Había heredado de su madre su pelo rubio oscuro, y sus ojos azul claro, y de su padre la mandíbula cuadrada que le daba aspecto de duro. Todo ello añadido a un par de bíceps bien formados, una miradita seductora y su media sonrisa pícaro le habían conseguido todas las chicas que había querido en el instituto. Al terminar, había ingresado en el ejército, había madurado encerrando su sonrisa en un cajón, y su carrera había pasado a ser la primera en su lista de prioridades. Gracias eso, había logrado ser el teniente coronel más joven de la historia de Minnesota, y su trabajo junto al coronel Thomas había sido su mayor orgullo.

Hasta dos meses antes.

PRIMERA PARTE: PROYECTO «ANXIOUS»



1. POLICÍAS, VIRÓLOGOS Y MILITARES

Little Falls, Minnesota. 10 de septiembre.

Joel Crane entró de forma sigilosa en la comisaria, intentando pasar desapercibido. Sin embargo, no logró resistir la tentación de meter una moneda en la máquina del café, rezando porque no hiciera ningún sonido que los ruidos habituales de teléfonos y voces no lograran ocultar. Ya estaba en su mesa cuando Emma asomó la cabeza desde su despacho, ignorando que llegaba tarde y que tenía los pies apoyados sobre el escritorio.

—Tengo una propuesta para ti, colega —le dijo sonriendo.

—Vale, ¿qué va a ser hoy? —sopló por encima del café para enfriarlo—. Espera, a ver si lo adivino... un gato en un árbol.

—Casi. Había uno, pero los bomberos se nos han adelantado. —Joel alzó una ceja—. Nos vamos de patrulla.

—¿Qué? —protestó él con cara de incredulidad—. ¿Tú has leído lo que pone en la puerta de mi despacho, Jefferson? Si no, te lo recuerdo: Teniente. Teniente Crane.

La vio negar sin quitar la sonrisa.

—Sí, teniente Crane, soy consciente de eso. Pero Malone está en casa metido en la cama con 38 grados de fiebre y no puede venir a hacer su trabajo.

—¿Seguro que está con fiebre y no con dos gemelas en ropa interior o algo así? —Joel hizo una mueca—. ¿Por qué tenemos que ir nosotros, qué hay de los demás?

—Ocupados.

—¿Todos? —Joel siguió protestando pese a que ya se estaba levantando para ponerse la cazadora que acababa de quitarse hacía menos de cinco minutos.

—Si por todos te refieres a los otros seis miembros de esta comisaria, sí, lo están. —Lo miró, aún acomodada en el marco de la puerta—. No irás a decirme que tienes algo mejor que hacer.

—Siempre hay algo mejor que hacer que patrullar, joder.

Ella sacudió la cabeza antes de salir; Joel siempre había sido un poco impertinente, pero se lo perdonaba todo porque como policía era excepcional. Tenía buenos reflejos, mucho olfato y poco miedo, lo cual no pocas veces le traía problemas. Y aunque en ocasiones sus métodos no eran muy ortodoxos, conseguía resultados.

Aunque no era el único motivo para apreciarlo, ya que eran amigos desde que se habían conocido en la academia de policía de Minneapolis y esa amistad había continuado al ser ambos designados a la comisaria de Little Falls. Ese pequeño pueblo con unos 8500 habitantes se encontraba en el condado de Morrison, a unos 100 kilómetros al noroeste de Minneapolis, en el centro de Minnesota. Debido a su tamaño solo poseían una comisaría en la cual trabajan ocho personas y una secretaria general compartida; actuaban como policía local, pero también tenían atribuciones de policía integral cuando el caso lo requería.

Lo que era raro, ya que Little Falls era un lugar muy tranquilo donde nunca sucedía nada.

—¿Has cogido las llaves? —preguntó desde fuera mientras se ponía su abrigo.

Joel retrocedió otra vez hasta su mesa y capturó las llaves del coche policial; luego cerró la puerta y se reunió con Emma mientras se apoderaba de un paquete de patatas fritas del mostrador que presumiblemente era de Morrigan, la agente de movilidad que en esos momentos no se encontraba en su sitio. Al no estar Malone, ese día tendría que abarcar más tareas de las que le correspondían.

—Luego te odiará por robárselas —dijo Emma al verlo.

—¿Salimos a cenar esta noche? —preguntó Joel ignorando su comentario—. Es viernes, pequeña. Eso significa billar.

—Claro. A menos que algún crimen nos estropee el plan.

—¿En Little Falls? Aquí nunca pasa nada.

—Lo dices como si fuera una lástima. —Ella lo siguió al coche.

—Una persecución en coche nunca ha matado a nadie.

—Si quieres acción, deberías pensar en echarte novia. Te aseguro que esa historia la seguiría con mucho interés — se burló la chica.

Joel frunció el ceño al escucharla reír, pero se puso al volante sin defenderse. Cerca de los 34 y con un aspecto físico más que aceptable (sus ojos azules y sus facciones viriles siempre despertaban el interés de las mujeres), aún continuaba soltero. Y no era porque no tuviera oportunidades, de hecho, Emma calculaba que ya había salido con todas las chicas disponibles de Little Falls; era que su amigo no deseaba ningún tipo de responsabilidad en su vida. Seguía viviendo como cuando tenía veinte años, en un apartamento de dos habitaciones que de vez en cuando le limpiaba una señora setentona, saliendo los viernes a jugar al billar, los sábados a beber cerveza y los domingos despertándose al mediodía justo a tiempo de encargarse de la comida china con la que vegetar tranquilamente.

—No, gracias —dijo él—. Me gusta mi vida, aunque sea rutinaria.

—Espero que eso sea cierto, porque a estas alturas dudo mucho que vaya a cambiar.

—Preocúpate de la tuya, Jefferson, que tampoco es para tirar cohetes. Vives con tu hermana pequeña y solo sales con imbéciles.

Ella se puso el cinturón y se quitó los guantes de nuevo sin perder la sonrisa.

—Es lo único que hay en este pueblo —comentó mientras miraba por el cristal—. Mediados de septiembre y ya empieza a hacer frío de verdad. Será mejor que nos pongamos en marcha ya, no quiero volver muy tarde a casa.

—¿Y si vamos directos desde comisaria? Sabes que no habrá problema aunque no avisemos a Hank. Nos hará una cena estupenda.

—No, quiero ver que tal está June. Es viernes, supongo que saldrá de fiesta y quiero asegurarme de que no crea que va a llevarse mi coche.

—No eres buena hermana, no recuerdas cómo te sentías tú a los veintitantos.

—Claro que lo hago, por eso no quiero que se lleve el coche... que llame un taxi y listo. Y no estoy tan lejos de los veintitantos —le gruñó.

Joel había salido ya del parking y conducía con una mano mientras con la otra se comía las patatas de Morrigan sin ningún remordimiento. Emma consultó su móvil para asegurarse de que no tenía mensajes o llamadas importantes y lo dejó apoyado encima de sus piernas.

—¿Vamos donde siempre, a la general? —Joel la miró de reojo para verla asentir—. No creo que haya mucho que hacer hoy, nadie en su sano juicio saldría con semejante frío.

Tenía razón. Fue una mañana tranquila, solo interrumpida por llamadas constantes que llegaban al teléfono de Emma, en su mayor parte procedentes de la comisaría. Después de comer regresaron al trabajo, esta vez instalados en otra zona de menos afluencia, y cuando Joel ya empezaba a dar cabezadas rezando para que por fin diera la hora de largarse, un coche negro pasó junto a ellos a una velocidad bastante más alta de la deseada.

Ambos se miraron un segundo.

—¿Has visto? —dijo él, arrancando al momento—. Creo que tenemos una multa por exceso de velocidad. —Y salió detrás acelerando.

—Y no solo eso —observó Emma sin apartar la mirada—. No lleva matrícula. Pon la sirena.

Y Joel obedeció.

Nathan Thomas nunca se había alegrado tanto en su vida por algo como cuando escuchó a la azafata junto a la puerta del lavabo avisándolo de que debía volver a su asiento, pues iban a aterrizar. Después de tantas horas de vuelo, estaba a punto de tirarse por la puerta sin paracaídas si no conseguía que la doctora Paris Hill se callara durante unos minutos.

—Ya podían servir copas de verdad —estaba refunfuñando ella tras lanzar una mirada ceñuda a la joven que acababa de retirar el vasito—. Un chorrito de

vodka no se puede considerar un destornillador, ¿sabes? Y qué revistas, no hay ni un triste Cosmopolitan.

— ¿Sabes qué? Ahora mismo vuelvo.

Nathan se había levantado para ir al lavabo, donde decidió hacer algo de tiempo. No es que le gustara estar allí, pero deseaba perderla de vista y aunque habitualmente no era tan grosero, con esa mujer no lograba controlarse. Por mucho que su padre le repitiera lo buena que era, él no pensaba que mereciera la pena. Aquella señora inducía al suicidio.

Se miró en el espejo, desconcertado. ¿A qué volvía a Little Falls? Su padre no había querido darle el menor detalle. Misión secreta, se había limitado a decir, ¿qué podía ser esa vez? Y nada menos que a su pueblo natal, donde había vivido hasta los 19 años, que ahora que tenía 32 se le antojaban tan lejanos... pero allí estaba la base militar del coronel Ray Thomas. Cuando tenía 19 a su padre le habían trasladado a la de Minneapolis, pero hacía menos de 2 años otra vez había regresado a Camp Ripley. La idea de Nathan era vivir con él y estudiar en esa ciudad, pero entonces lo habían aceptado en Harvard, así que terminó marchándose allí. Una vez terminada la carrera de biología y biotecnología, se había especializado en virología molecular; cuando había empezado a plantearse su siguiente destino, su padre había decidido por él. Le había conseguido un puesto en la delegación de la CDC de Pittsburgh para trabajar con una vieja colega, la doctora Paris Hill. Nathan no la conocía, ni la había tratado nunca, y después de su primer año con ella, no lo lamentaba en absoluto.

Pittsburgh estaba en Pennsylvania, el sitio era precioso, y él cada vez se alejaba más y más de su hogar. Pero comprendía que su trabajo requería que estuviera en lugares como esos, trabajando en investigación y virus. Era lo que había escogido.

Volvió a mirarse en el espejo y este le devolvió una imagen cansada. Detrás de sus gafas se escondían sus ojos, de un extraño azul claro y en ocasiones inquietantes; tenía una boca bonita, quizás demasiado para ser un hombre, buenos pómulos, y un pelo cobrizo digno de la mejor stirpe irlandesa. Su cara angulosa remataba un rostro atractivo, pero nunca le sacaba provecho.

— ¿Disculpe? — Voz de azafata aprensiva—. ¿Señor?

Él abrió la puerta, asomándose.

—Vamos a aterrizar, señor. Tiene que volver a su asiento y abrocharse el cinturón.

Nathan afirmó, agradecido. No quería ni pensar en las dos horas que duraría el viaje hasta Little Falls desde el aeropuerto de Sant Paul, de momento daba las gracias de forma interna por dejar de estar sentado junto a Paris. Aunque en ese momento tuvo que regresar a su lado y ella, una cincuentona de aspecto clásico, lo miró con una mueca sarcástica.

—Estabas mareado, ¿no?— preguntó—. Pues ya aterrizamos, tranquilo.

—Genial. Estoy deseando —«Perderte de vista»— ... bajar de una vez.

—Oh, Dios mío. — Paris había pasado al siguiente tema y examinaba la mini lata de galletitas saladas que le habían traído junto al falso destornillador y que ya se había comido hacía rato—. ¡200 calorías! ¿Nadie les ha sugerido jamás que usen productos light?

—Hazlo tú —comentó Nathan—. Seguro que quedan impresionados por tu nivel de profundidad.

—Cuando te pones en ese plan hasta me resultas tierno.

—La ilusión de mi vida.

Quince minutos después y con una absoluta y sorprendente puntualidad, aterrizaron en Sant Paul, Minneapolis.

—¿Vendrá tu padre a recogernos? —quiso saber Paris mientras pasaban los controles de seguridad antes de hacerse con su equipaje.

—Puede que en tus sueños.

Paris acababa de conseguir su maleta y estaba observando alrededor cuando vio a dos jóvenes aproximarse hacia ellos sin la menor duda.

—Vaya —murmuró bajando el tono para que solo la escuchara Nathan—. Creo que esos vienen a por nosotros.

Los dos chicos se plantaron delante de él mirándolos.

—Buenas tardes— dijo uno de los dos—. ¿Son ustedes los científicos?

—Sí, somos nosotros— contestó Nathan— Nathan Thomas.

—Yo soy la «doctora» Paris Hill.

Nathan miró al techo; que típico de Paris restregar su titulación de doctora ante cualquier desconocido.

—Venimos para trasladarlos a la base militar de Camp Ripley —explicó el joven que había tomado la palabra—. Me llamo Sam y él es Billy. Si nos acompañan al coche nos pondremos en marcha.

Sam echó a andar sin esperar preguntas, de manera que los dos lo siguieron sin dudar de sus palabras. Billy también lo hizo, colocándose al lado de su compañero, ambos caminando con cierta rigidez familiar a ojos de Nathan.

—¿Es largo el trayecto? — preguntó Paris cuando ya estaban instalados en la parte trasera del automóvil.

—Dos horas y diez minutos, señora. —Escucharon la voz de Billy.

—¡Dos horas! —exclamó ella horrorizada.

Luego se puso a observar los cristales tintados con expresión de inquietud mientras miraba a Nathan de forma insistente; él se encogió de hombros, no estaba tan extrañado, pero tampoco pensaba molestarse en quitarle a ella la preocupación.

—¿Conocen Minnesota? —preguntó Sam en el asiento delantero.

—Por favor —siseó Paris—. Yo tengo demasiada clase, pero aquí Nathan no puede decir lo mismo.

Sam cogió un bache que la hizo saltar en el asiento, lo que hizo sonreír a Nathan.

—¡Oiga! ¿Es que le tocó el carnet en una tómbola?

—Lo siento, señora. Es cosa de la carretera, no mía. —Fue la aséptica respuesta del conductor, totalmente desprovista de emoción alguna.

Una risita que parecía llegar del asiento del copiloto hizo que Nathan sonriera de nuevo; Paris lo miró, dudando entre si repartir su furia sobre él o Billy, pero terminó resoplando indignada.

—¿Y quiénes son ustedes, al fin y al cabo? —preguntó elevando la voz—. Ni siquiera se han identificado.

—Sí que lo hemos hecho. Yo soy Sam y él Billy, y somos los encargados de llevarlos hasta la base militar. No hay nada más que necesiten saber. —El tono de voz de Sam no fue muy amable.

Nathan permaneció callado durante casi todo el viaje, observando cómo el paisaje se desdibujaba a medida que iban avanzando y notando cómo por momentos le llegaban recuerdos de su infancia y adolescencia. Escuchaba de lejos la conversación distendida de los conductores, solo interrumpida a veces por comentarios de Paris que no venían a cuento.

Al tratarse de un centro de entrenamiento militar, ocupaba casi veinte mil hectáreas para poder dar cabida a las ochenta zonas de adiestramiento, tanto para infantería como para el ejército del aire.

Estaba ubicada a sólo diez kilómetros al norte de Little Falls, así que cuando pasaron junto al cartel que daba la bienvenida al pueblo, Nathan comprendió que estaban a punto de llegar a su destino y se irguió en el asiento.

—Vamos demasiado rápido —dijo Paris cruzada de brazos.

—¿Nunca se calla? —preguntó Sam mirando a Nathan por el retrovisor.

—No hable de mí como si no estuviera delante —gruñó ella mirándolo mal—. Que vamos demasiado rápido es un hecho objetivo, señor conductor.

—Puede hablarlo con mi jefe si le apetece, señora.

—Señora, señora... —repitió Paris con una vocecilla desagradable.

Y justo en ese mismo momento escucharon una clara y potente sirena de policía. Paris intercambió una mirada con su compañero de trabajo que no estaba exenta de satisfacción.

—¿La policía? —Billy hizo una pregunta un tanto absurda, pero a Nathan no

se le escapó que observaba a su compañero preocupado.

—Ya les dije que iban muy deprisa... —empezó Paris.

—Cierre el pico —ordenó Sam sin contemplaciones.

Paris abrió la boca incrédula ante tamaña impertinencia, pero al momento se dio cuenta que no le prestaban atención, dedicados a hablar entre ellos mientras decidían que hacer. Les llegaron frases sueltas que contenían palabras como «acelera» o «llama a...» y eso empezó a preocuparlo.

—Para —decía Billy—. Es la policía, joder, para.

Sam frenó el vehículo y acercó su cara a la ventanilla para echar un vistazo por el retrovisor.

—Mierda.

Joel descendió del coche policial por su lado, cerrando la puerta mientras Emma lo hacía por el suyo. Se aproximaron de forma lenta hacia el automóvil, que al fin se había detenido en el arcén para no importunar el resto del tráfico. Mientras Joel observaba en la parte trasera la ausencia de matrícula y los cristales que impedían ver quién viajaba en los asientos de atrás, Emma llegó hasta la altura del conductor e hizo una rápida valoración: dos varones menores de 30 años, ambos con pelo corto y aspecto serio. No se escuchaba música alguna dentro, ni había humo de cigarrillos ni nada que pareciera fuera de lugar; los cristales oscuros no le permitían ver más, pero a eso ya llegaría. Dio unos golpecitos en el cristal y observó cómo el conductor bajaba la ventanilla con aspecto indiferente.

—¿Sucede algo, agente? —preguntó con un tono que nada tenía de humilde.

Emma conocía ese comportamiento. Sabía exactamente lo que estaba pensando en ese momento aquel chico veinteañero sobre ella : una agente de policía que parecía tener menos de 25 años, que seguramente era de lo más débil e inexperta a pesar de pertenecer al cuerpo y que poseía una belleza que en nada ayudaba a que la tomaran en serio. La coleta alta no disimulaba su bonita melena rubia, la ausencia de maquillaje no escondía ni sus ojos grises ni su boca de proporciones perfectas y el entrenamiento mantenía su cuerpo en forma. Eso era lo que ellos no sabían, que en realidad estaba preparada para pegarles una paliza sin

ningún problema.

—Sucedé que iban a demasiada velocidad —respondió con voz amable.

—Lo siento. No me he dado cuenta.

—Y no lleva matrícula —añadió Joel acercándose a su lado.

Emma echó un vistazo al coche y también al copiloto, que parecía nervioso.

—Documentación del coche, por favor —ordenó—. Y la suya. Y si viaja alguien más con ustedes ahí detrás igual.

Le pareció escuchar una voz femenina resoplando, pero el chico que conducía atrajo de nuevo su atención.

—¿Nos va a detener, agente? —preguntó un poco sarcástico—. Si piensa usted usar sus esposas no me parecería mal, mientras sea con cariño.

Billy observó cómo cambiaba la expresión en el rostro de la policía rubia, por lo que carraspeó.

—Solo está bromeando, agente.

—Documentación del coche y la propia —repitió ella en tono seco.

—Yo soy Sam y él es Billy, ha sido un placer. ¿Podemos marcharnos ya?

—¿Se está negando a identificarse ante un agente de la ley? —dijo Joel echando mano de su radio al momento.

Sam lo oyó pero no apartó los ojos de Emma, y eran desafiantes.

—Ustedes no saben quiénes somos. No tengo por qué tolerar que la agente macizorra nos trate como delincuentes, ¿puedo hablar con su jefe? Ni siquiera van uniformados, quiero ver sus placas otra vez.

—Baje del coche, por favor —dijo ella sin perder su tono de voz tranquilo.

—Quiero hablar con el jefe de la comisaría —insistió Sam.

—Estás hablando con ella, chaval —repuso Joel meneando la cabeza.

El chico paseó su mirada de Joel a la rubia desconcertado y entonces ella le puso la placa delante de la cara.

—Soy Emma Jefferson, la jefa de policía de Little Falls. Y ahora baje del vehículo, por favor. No haga ningún gesto brusco ni con las manos ni con ninguna otra cosa.

Billy se echó las manos a la cabeza cuando oyó un carraspeo desde la parte trasera; se volvió para ver a Nathan que le señalaba las puertas.

—Abre —pidió el científico. Al ver que Billy no parecía reaccionar, insistió—. ¡Abre!

Un segundo después los seguros se elevaron y Nathan abrió la puerta de atrás; la voz del policía masculino pertenecía a un hombre que le llevaría dos o tres años y que no llevaba uniforme, aunque se le advertía el arma bajo la cazadora y su placa estaba a la vista. Y después la vio a ella; le había parecido reconocer su voz, pero al escucharla decir su nombre se habían disipado todas las dudas.

Los dos se alejaron de forma instintiva al ver como se abría una de las puertas traseras y Joel se llevó la mano automáticamente al cinturón.

—Tranquilo. No pasa nada —dijo Nathan alzando las manos para que viera que no tenía intención hostil—. Hola, Emma.

Ella lo estaba mirando fijamente, como preguntándose si veía bien. De pronto, su expresión se relajó hasta que apareció una sonrisa radiante en su cara.

—¡Nathan! Pero... ¡qué sorpresa! —exclamó acercándose.

Joel dejó de tocar su arma mientras observaba atónito cómo su jefa se aproximaba a abrazar a aquel pelirrojo como si lo conociera de toda la vida. Sam y Billy hacían algo parecido, preguntándose si aquel golpe de buena suerte los libraría de tener más problemas.

—No tenía ni idea de que todavía vivías aquí—estaba diciendo Nathan sorprendido—. Esto sí que no me lo esperaba. —Y se giró hacia el coche—. No pasa nada, nos llevan a la base militar. Estoy aquí por trabajo.

Emma se soltó del chico y regresó su atención a Sam y Billy.

—¿Son militares? —preguntó.

—Sí, señora —replicó Sam a regañadientes—. Ejército del aire.

—¿Y por qué no lo han dicho antes? —dijo ella exasperada.

—Es una misión secreta y nos pidieron específicamente dar la menor información posible.

—No a la policía.

Sam sacó su identificación, cogió la de Billy y se las acercó por encima de la ventanilla.

—Con el debido respeto, agente, esto queda fuera de su jurisdicción —dijo.

Emma le lanzó una mirada poco agradable, pero asintió con la cabeza.

—Muy bien —aceptó—, pero no olviden poner la matrícula.

Sam asintió, así que ella dio el asunto por finalizado.

—Suba al coche, doctor —pidió Billy.

—Un minuto —les dijo Nathan mientras escuchaba cómo Paris descendía por el otro lado y se giró a Emma—. Así que, ¿jefe de policía? No me lo creo.

—Pues resulta que lo conseguí —dijo ella con una sonrisa de satisfacción aunque sin darse importancia.

—Era lo que querías. Y no me sorprende, pegabas mejor que muchos tíos —sonrió Nathan al recordar eso.

—Y aún lo hago —dijo Emma enseñándole su cinto donde llevaba un par de armas sujetas—. Solo que ahora uso otros juguetes. A Dios gracias mi desequilibrio todavía está en fase temprana.

—La verdad, a estas alturas pensaba que ya tendrías tu propio psicólogo.

—¡Claro que tengo uno! ¿Tú no?

—Estás muy cambiada, ¿sabes? Tu pelo, tu... todo.

—Espero que «cambiada» no signifique vieja en tu diccionario personal.

Paris apareció de pronto, tratando que sus tacones no se clavaran en la tierra y haciendo aspavientos.

—¡Necesito fumar! —exclamó mientras los dos policías la miraban atónitos.

—Esta es la «doctora» Hill —informó Nathan—. Va en el lote.

—¿En el lote? Menudo viajecito me estás dando. —Se giró hacia Emma—. ¿Siempre es así? Porque hay veces que...

Nathan la escuchó disertar sin dejar de observar a su novia de la adolescencia. La recordaba como una rubia curvilínea, guapa y pizpireta, una chica que no tenía nada de seria, que corría y sacudía mejor que gran parte de sus compañeros de clase y que era bastante divertida. Ahora apenas la reconocía en aquella treintañera, pese a que su rostro seguía siendo juvenil, se la veía más adulta, más delgada, más... diferente.

—Estás guapa —le dijo interrumpiendo a Paris con total naturalidad.

—Siempre has sabido hablar —comentó ella—. Este es el teniente Joel Crane. —Vio cómo los dos se estrechaban la mano con una sonrisa—. Así que, ¿estás aquí por trabajo? —Él afirmó—. Y no puedes hablar de ello.

—No. Principalmente porque aún no sé nada. Mi padre no me ha puesto al corriente.

—Sigue en su línea, pues.

—Ya lo conoces.

En ese momento sonó el móvil de Emma, que descolgó de forma rápida.

—¿Sí?

—Soy Morigan —dijo una voz al otro lado de la línea—. Te ha llamado dos veces el alcalde, algo sobre su hijo.

—Dile que en seguida lo llamo. —Cortó y miró otra vez a Nathan—. Trabajo, ya sabes cómo es.

—Ya lo veo. No te preocupes, nosotros nos marchamos ya.

Emma se quedó pensativa un momento y alzó la mirada hacia él.

—¿Cenamos juntos? —le preguntó—. Así podremos hablar con tranquilidad.

—Claro. Sería genial.

—La base está lejos y veo que no tienes coche, ¿te recojo a las ocho? —Él asintió—. Ah, no hace falta que vayas con esa ropa zarrapastrosa, puedes ponerte un traje chulo.

—Muy graciosa —se burló Nathan—. Veo que no has perdido tu chispa.

—Eso nunca. —Le guiñó un ojo—. Nos vemos luego.

Observó cómo tanto Nathan como Paris se metían en el coche y después cómo éste arrancaba para encaminarse otra vez hacia su destino. Joel sacó un cigarrillo con gesto lento, lo encendió y la miró.

—¿Nos vamos a casa?

—Aún tenemos algo de papeleo que hacer.

—¿Y por qué crees que voy a ayudarte con el papeleo?

—Quizá porque aún estás de servicio. Que el día sea... productivo.

Joel dio una calada.

—Lo tuyo sí que ha sido productivo —observó—. ¡No todos los días uno se encuentra con un ex con el que aún se hable!

—Éramos críos, Joel —le dijo ella—. Aunque bueno, nos iba muy bien. Si a su padre no le hubieran trasladado a Minneapolis vete a saber dónde... bah, habríamos roto más adelante.

—Seguramente. A esa edad es muy inocente.

—Pues nosotros hicimos de todo —dijo Emma y Joel levantó una ceja—. ¿Qué? Soy curiosa, ya lo sabes.

—Vale, vale, no me cuentes más detalles. Cuando uno lleva tanto tiempo soltero, la más mínima alusión al sexo puede desencadenar acontecimientos lamentables.

—Por cierto, esta noche no iré a cenar contigo.

—Ya. —Él soltó una risita socarrona—. Te vas a tirar al doctorcillo, ¿a que sí?

—¿Crees que me dejará?

—Madre mía, a veces tengo la sensación de estar hablando con un tío.

—Solo bromeaba. —Ella se encaminó de vuelta a su coche con Joel detrás—. Vamos a ir a cenar y a recordar viejos tiempos.

—¿Qué tipo de viejos tiempos? ¿Anécdotas divertidas de instituto o recuerdos físicos?

—¿De ambos?

—Vámonos —decidió Joel—. Pero recuerda algo importante, Emma; si él no quiere, las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para ti.

—Se estropearía nuestra amistad. —Emma cerró la puerta del coche sonriendo.

—A mí no me importaría de forma especial, siempre he pensado que la amistad está sobrevalorada.

Nathan había conocido muy bien la base cuando era adolescente, pero aun así lo sorprendieron los cambios cuando entró en ella. Era más grande y parecía tener el doble de soldados, al menos en la puerta había bastantes y también pululando por la zona. Seguía preguntándose qué hacía allí, pero les pidieron los documentos de identidad antes de permitirles la entrada y después se les aproximó otro soldado, de modo que no tuvo tiempo de seguir pensando en eso.

—Hola —saludó—. Soy el cabo Riker. El coronel Thomas me ha pedido que los acompañe, ¿me siguen?

—Obviamente —murmuró Paris con sarcasmo.

La cara amable y atractiva del cabo Riker se volvió feroz y Nathan intervino con gesto comprensivo.

—Meterse con su aspecto funciona —le dijo en voz baja para que ella no lo escuchara.

El cabo disimuló una risita y los llevó al interior de la base militar.

—¡Vaya decoración! —Paris, por supuesto, no podía dejar de comentar sus impresiones—. ¿Qué tienen de malo unos cuadros? Algo que le dé un toque de calidad. Y tampoco vendría mal una mujer de la limpieza, ya que estamos.

El pasillo estaba lleno de carteles con frases alentadoras: «Un soldado nunca se rinde», «Entrena siempre, mejora continuamente tu resistencia física y mental», «Siempre alerta»... Eran solo unos pocos ejemplos de lo que se podía leer por todas partes.

—Doctora —intervino el cabo Riker de pronto deteniéndose—. Disculpe, ¿necesita usted un chicle?

Paris se quedó sin habla; palideció primero, enrojeció después y por último pareció furiosa y humillada a la vez.

—¿Cómo ha dicho? ¿Acaso está insinuando...?

—Oh, bueno, lo siento, es que yo ya sabe, me ha parecido notar que... —Hizo como que echaba el aliento y mal gesto después—. Olvídelo, señora.

—Y dale con señora...

El cabo Riker echó a andar; ellos fueron tras él y, por increíble que pareciera, Paris no volvió a abrir la boca el resto del camino.

Ray Thomas estaba en su despacho cuando al fin llegaron; compartía con su hijo su rostro enigmático y los ojos azules. Por desgracia, Ray no era tan transparente como él, aunque lo suplía con mucho carisma; al verlos se incorporó y le dedicó un abrazo a Nathan que éste permitió con cierta tensión.

—Hola, hijo —Unas palmadas fraternales de propina y entonces se giró hacia

Paris—. Hola, Paris, te veo algo acalorada.

—No es nada —farfulló ella entre dientes, incapaz de repetir lo que el cabo Riker había dicho.

—Espero que hayáis tenido buen viaje. Sentaos, por favor. —Abrió la puerta y asomó la cabeza—. Soldado, trae café. —Cerró y regresó a su mesa con una sonrisa—. ¿Qué tal el vuelo?

—Sin problema —respondió Nathan.

—La verdad, Ray, podías haber elegido otra compañía con más clase —añadió Paris sin dejar de observar con gesto de desaprobación aquel gélido cuarto.

A Nathan no le pasó desapercibida la familiaridad con la que Paris trataba a su padre.

—No seas snob, todo estaba bien —insistió—. Al menos hasta que hemos llegado aquí, claro.

—Mira, ahí estoy de acuerdo —afirmó ella rotunda—. Esos dos neandertales que enviaste a recoger nos por poco hacen que acabemos de cabeza en la cárcel. Nos paró la policía.

Ray alzó la mirada desde su posición recorriendo sus caras.

—¿Ha sucedido algo?

—No —explicó Paris—. Nos iban a multar, pero resulta que tu hijo conocía a la jefa de policía, así que digamos aquello de salvados por la campana. ¿Era muy amiga tuya? —preguntó mirándolo.

—¿Por qué no te metes en tus asuntos? —Nathan trató de minimizar las ganas de estrangularla.

—Calma—los cortó Ray—. Paris, ¿qué te parece si vas instalándote y así tengo un rato para charlar con mi hijo?

—Será un placer —Ella se levantó hastiada.

—El cabo Riker te acompañará a tu cuarto, ¡Connor! —vociferó.

—¿Sí, señor? —La cabeza de Connor emergió por la puerta.

—Enséñale a la doctora donde está su cuarto. Luego estaré contigo, Paris.

Ésta se despidió con la cabeza como si los dos fuesen un par de insectos sin importancia; al pasar junto al cabo Riker lo miró como si deseara matarlo y él le devolvió una sonrisa cándida.

Ray se acomodó en la silla y esperó hasta que la puerta se cerró con un crujido y los tacones de la doctora Hill retumbaron de forma progresiva hasta desaparecer.

—Esta Paris —suspiró—. Siempre ha sido difícil.

—¿Y por qué está aquí?

—Es la mejor en su campo. Sus aptitudes nada tienen que ver con su personalidad.

—¿Y para qué nos necesitas?

—Quieres ir al grano muy rápido, hijo mío —sonrió Ray—. Por desgracia no puedo comentarte nada hasta mañana, que haré la presentación. Es un tema complicado y necesita su tiempo para ser explicado.

—Vaya, qué misterioso. Qué sorpresa viniendo de ti —«Atención, intento de controlar la ironía nulo».

—Tómalo como un trabajo de campo rutinario, Nathan.

Nathan aceptó con un asentimiento de cabeza. Como si tuviera otra opción, conocía perfectamente el carácter de su padre y si decía que la exposición sería mañana, así iba a ser. Alzó de nuevo la vista y encontró a Ray estudiándolo con gesto satisfecho.

—Emma Jefferson —murmuró—. Sí, fue una sorpresa cuando le dieron el puesto de jefa. Ya sabes que esto es un pueblo pequeño.

—Con mentes igual de pequeñas.

Fueron brevemente interrumpidos por el café, que llegaba de manos del soldado.

—Gracias, te puedes retirar —El soldado obedeció—. No es necesario que seas sarcástico. No era un ataque personal contra ella. Me gustaba cuando era tu novia, siempre tuve claro que podía tumbarte de un puñetazo... pero me gusta menos como jefa.

—Entiendo, debe resultar raro tener en el cargo a alguien honesto, ¿no? —Nathan trataba de controlar su lengua, pero descubrió que no podía—. ¿Cómo os apañáis tú y todos los politicuchos de aquí?

—Es tan sencillo como ser cuidadoso con la información que se distribuye.

A Nathan le pareció detectar una leve ironía en su tono.

—¿Te ronda algo por la cabeza?

—En absoluto. Simplemente era una chica muy impulsiva, algo que no estoy seguro que sea una buena cualidad en una jefa de policía, ¿cómo la trata la vida?

—Tiene muy buen aspecto, pero si preguntas a nivel personal podré contártelo mañana. He quedado con ella para cenar y ponernos al día —Lo miró—. ¿Crees que podría tener un coche?

Ray le estudió con atención.

—¿Sería mucho pedir que no hablaras de ningún tema que se trate aquí con ella? ¿O es justo lo que piensas hacer, dado que te lo acabo de pedir yo?

—Vamos, papá...

—No soy tonto, hijo. Conozco perfectamente la opinión que tienes sobre mí y sé que siempre has pensado que mi forma de vida no te beneficiaba —Ray apoyó las manos en la mesa apartando el café de sí—. Pero lo que aquí hacemos es un tema delicado.

—¿Y qué es exactamente lo que hacemos aquí? —Nathan lo miró esperando una respuesta, pero la cara de su padre de nuevo volvió a ser enigmática y supo que no diría nada—. Ah, claro. Mañana. —Se incorporó—. ¿Y lo del coche?

—Te conseguiré uno —afirmó Ray—. Pero Nathan —advirtió—, el ejército y la policía es mejor no mezclarlos. Trata de no olvidarlo.

Y dando un par de golpes en la puerta hizo que el cabo Riker se asomara, dispuesto a acompañar a Nathan a su habitación como poco antes había hecho con la doctora Hill.

2. Un poco de diversión

Tuesday Latch estaba sentada en el sofá, haciendo zapping con el mando en una mano mientras con la otra sujetaba una copa de la que iba bebiendo a pequeños sorbos.

—¿No estás nerviosa? —preguntó a gritos para hacerse oír por encima del ruido del televisor.

Emma salió de la cocina con dos margaritas.

—No hace falta que grites, te oigo a la perfección, ¿dónde se ha metido June?

—En el baño esnifando coca. —Se echó a reír—. ¡Era una broma! Coño, Jefferson, me acojonas cuando te metes tan a fondo en tu papel de poli.

—La cara la he puesto por si se había ido sin ofrecerme...

—¿Qué?

—Has picado. —Se sentó a su lado y le tendió la copa—. A ver, enséñame la ropa que has traído.

En ese momento entró June al salón, meneándose al ritmo de la música que sonaba. Tenía un cierto parecido con Emma que básicamente consistía en que ambas eran altas, espigadas y rubias; llegados a ese punto, los parecidos se terminaban. June era cinco años más joven, su rubio era de un tono mucho más tostado y sus ojos, al contrario que su hermana, eran color miel.

—¿Es ese mi margarita? —Se apoderó de la otra copa nada más llegar—. Gracias —Se sentó mirando a su hermana—. ¿Qué te vas a poner?

—Ni idea. Tuesday ha traído algo de ropa, espero que no muy indecente.

—Esa la guardo para mí —Sonrió ella agitando su esplendorosa melena cobriza y sacudiendo su escote de proporciones generosas—. Con una guarrilla del pueblo es suficiente, gracias. Me ha costado lo mío conseguir el título para que ahora venga alguien y me lo quite. —Les sacó la lengua, se acabó de un trago la copa y volcó la bolsa sobre el sofá— Veamos si encontramos algo que sea del agrado de nuestra sheriff— lo pronunció como «cheriff» soltando una carcajada acentuada por el alcohol.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó June regocijada agarrando un top de lentejuelas—. ¡No sabía que actuabas en «Chicago»!

—Muy ingeniosa. —Tuesday no pareció ofenderse—. Espera a ver el vestido que te he traído. Estaba por aquí.

—No pienso ponerme un vestido —aclaró Emma—. Es una cena amistosa.

—Con un ex —puntualizó June.

—Por eso mismo no pienso ir en plan vampiresa, ¿no tienes algo negro?

—Cariño, soy la reina del negro. Mira este. —Sacó una camiseta negra con un escote moderado—. ¿Qué dices?

—Me vale. ¿Pensáis quedaros aquí?

—¡Claro! Queremos verlo —dijo Tuesday. Al ver la expresión de Emma suspiró—. Tranquila, espíaremos por la ventana. No tenemos nada mejor que hacer.

—¿Tuesday Latch, un viernes sin cita? Es patético. —Emma abandonó el sofá—. Podéis quedaros a dormir si os apetece.

Las dos chicas se miraron, entrechocando sus copas. Emma desapareció escaleras arriba y se metió en su cuarto mientras el volumen de la música volvía a subir en el salón. Se miró en el espejo, dudando entre si era correcto arreglarse como si fuera una cita de verdad u optar por un aspecto más casual, como si fuera una cena amistosa con un ex novio. Que precisamente era lo que era, aunque el ex novio

en cuestión siguiera pareciéndole guapo a rabiar y la idea de intentar seducirlo le rondara por la cabeza.

No, mejor casual. No tenía el menor sentido complicarse con un ex que seguramente solo estaba de paso por Little Falls, por muy buenos recuerdos que tuviera de él. Unos vaqueros y cualquier camisa sería suficiente, y nada de soltarse la melena, la coleta sobria no fallaba.

Miró la ropa que había escogido y se la puso; luego volvió a contemplar su imagen en el espejo. Pensándolo bien, marcar un poco sus curvas no podía hacer daño a nadie, ¿verdad?

Se puso la camiseta que le había traído la mejor amiga de June y se miró desde todos los ángulos posibles. Le satisfacía comprobar que el ejercicio daba sus resultados y que gracias a ello toda la comida basura que ingería no se notaba en su cuerpo, que era pura fibra. Mucho mejor con ese escote, aunque ahora sí que tenía un aspecto sexy y ya no podía llevar una coleta desarreglada ni la cara lavada.

Se arreglaría un poco. Al fin y al cabo era una cita, aunque fuera amistosa con un ex.

Cuando bajó, tanto June como Tuesday la contemplaron minuciosamente, constatando que aquello tenía pinta de ser algo más que una charla entre viejos amigos, pero ambas decidieron no hacer comentarios al respecto, escogiendo la seguridad de los cumplidos físicos.

—Espectacular —dijo June.

—Guapa sin parecer demasiado emperifollada —añadió Tuesday.

—Los vaqueros restan glamour pero el maquillaje y el pelo son muy chic.

—El escote te queda de maravilla.

—Gracias por la puntuación, chicas —las interrumpió Emma.

—Aún son las siete y media —observó Tuesday consultando el reloj.

—Y yo conozco a Nathan. —Se oyó el ruido de un coche que se aproximaba y cómo frenaba—. Llega pronto a todas partes. Hasta mañana, sed buenas.

Las dos se miraron antes de saltar del sofá y acercarse corriendo hacia la ventana, arreglándose para echar un vistazo sin que él se diera cuenta. Tuesday empezó a hacer ruiditos de aprobación y June, que tenía unos diez años cuando su hermana salía con él, la acompañó.

—¡Que mono! — exclamó—. ¿Era así de adolescente?

—Ajá —dijo Emma cogiendo su cazadora—. Cerrad con llave si salís.

Ellas asintieron a la vez y Emma se fue, dejándolas en la ventana. Tuesday volvió a asomar la cabeza e hizo un ruidito lascivo.

—No se ven muchos pelirrojos guapos —comentó—. Pero los que lo son están para darles un meneo.

—¿Por qué tenemos que quedarnos en casa? —refunfuñó June—. ¿No puedes llamar a uno de tus ligues y pedirle que traiga a algún amigo?

Su amiga se mordió el labio pensativa.

—Vale, tengo un ligue —dijo—. Pero es soldado y esos no se andan con tonterías, ¿sabes?

—Bah, llámalos. Saldremos a tomar unas copas, ¿qué tiene eso de malo?

—Pásame el teléfono. —Cogió el auricular que June le tendía, marcó y esperó unos segundos—. ¿Connor? Sí, soy Tuesday, ¿tienes guardia hoy? ¿No? Genial, ¿hacemos algo? Ja, ja, qué gracioso. —Notó que June se estaba riendo mientras meneaba la cabeza—. Escucha, capullo, tengo una amiga conmigo, así que tráete a alguien y que sea guapo. —Sonrió—. Oye, pero no tenemos coche, ¿cómo vamos a ir a buscaros? —June empezó a hacerle gestos—. Espera, Connor. —La miró—. ¿Qué?

—Emma no se ha llevado su coche —dijo June—. Y si no me equivoco, las llaves estarán en el cajón. —Se levantó a mirar y regresó con ellas—. ¡Bingo!

—¿No se cabrearán si lo cogemos?

—No se lo digamos por si acaso —pareció que Tuesday iba a decir algo cuando añadió—: Regresaremos antes de que vuelva.

—Pero si solo ha salido a cenar.

—Sí, ya, ¿te crees que va a volver temprano? No seas ingenua. Le dejaré una nota de todos modos.

—Vale. —Tuesday recuperó el auricular—. En una hora estamos allí, pequeño, así que prepara todos los juguetes. —Se echó a reír al escuchar su respuesta—. Genial. Hasta ahora. —Colgó y miró a su amiga—. ¿Lista para la juerga?

—Yo siempre lo estoy.

—Perfecto. Yo me encargo del maquillaje y tú de llamar a Phil para conseguir alguna droga.

—A la orden —afirmó June.

Nathan aparcó el coche delante de la casa de Emma. Aunque era cierto que habían quedado en que ella iría a buscarlo prefería hacerlo él y ya que su padre había tenido el detalle de conseguir un coche... además de la dirección de la chica, detalle inquietante pero útil. Y sí, siempre llegaba pronto a todas partes, odiaba a la gente que hacía esperar a los demás y al parecer Emma recordaba ese pequeño detalle de su personalidad, porque la vio salir de casa y aproximarse al coche.

—Hola —saludó—. ¿No era yo la que tenía que ir a recogerte?

—Así tengo la falsa sensación de que controlo algo. —La miró sin timidez alguna mientras entraba dentro—. Estás impresionante. ¿Maquillaje?

Emma le dio un codazo leve, sonriendo mientras se ponía el cinturón y fue ese su turno de observarlo a él.

—Sin el traje no pareces ni mayor de edad —contraatacó.

—Te replicaría, pero estás en lo cierto. ¿Dónde vamos?

—Tú conduce donde yo te diga.

—Veo que hay cosas que nunca cambian—sonrió Nathan girando el volante.

Siguió las indicaciones de Emma y en algún momento, la chica recibió una llamada de su hermana y la atendió; al colgar miró a Nathan de reojo.

—¿Era tu hermana pequeña?

—Ajá. Llama para decirme que se va por ahí de fiesta y que se quedará a dormir en casa de su amiga.

—¿De fiesta?;Pero si la recuerdo con solo diez años! —bromeó Nathan deteniendo el coche. Miró al local—. ¿Aquí? ¿Estás segura de que no quieres ir a un sitio más elegante?

Ella se echó a reír de una forma horriblemente familiar. Fue como recibir un latigazo de nostalgia ácida en toda la cara, esa risa asociada a una etapa de su vida que había sido muy buena... y dura de perder. Había dolido en su momento y había sido superado, pero ahora estaba saliendo todo de nuevo y la sensación era...

—Vamos. —Emma le dio en el hombro para que bajara.

Nathan obedeció y segundos después estaban en el restaurante; ocuparon una mesa discreta aunque hubo miradas curiosas. Al fin y al cabo, Little Falls no era grande y la jefa de policía era conocida por motivos obvios.

—Tienes club de fans —murmuró él cogiendo la carta—. ¿Qué hay comestible aquí?

—Casi todo excepto la ternera. Y sobre lo del club de fans... por aquí la gente es bastante cotilla, yo soy tristemente famosa y tú... eres un extraño.

—Igual que en el instituto, ¡qué casualidad!

—¿Dónde has dejado las gafitas que llevabas puestas esta mañana? —le preguntó Emma en tono jovial.

—Ah, eso. —Nathan se quedó callado unos segundos que parecieron interminables mientras un camarero les llenaba las copas de vino—. Me operé de miopía, pero aún me hacen falta para leer. Cuando trabajo prefiero llevarlas, es una gilipollez pero me toman más en serio con ellas puestas. Y las mujeres me dejan en paz.

A Emma le faltó poco para atragantarse con el sorbo que le había dado a su

copa.

—Cierto —dijo cuando se recuperó—. Los tíos con gafas son eliminados rápido de la lista de posibles ligues. —Y se echó a reír.

Iba a añadir algo cuando oyeron un carraspeo que provenía del camarero, que aguardaba a una distancia prudencial para tomarles nota. Emma lo conocía de sobra, así que no sabía a qué venía mostrarse tan ceremonial, aunque supuso que era por la presencia de Nathan.

—Vamos a pedir —dijo haciéndole un gesto.

—Sí, no sea que...—Nathan fijó la vista en la placa que lucía el chico—. Daniel se impacienta.

Pidieron unas ensaladas para empezar y el joven se retiró.

—Un momento —dijo Nathan de pronto—. Ensalada. Espera, ¿significa eso que has dejado la comida basura?

—No, solo cuando salgo. Tengo que aparentar normalidad si quiero mantener mi puesto de jefa. —Le sacó la lengua y después se quedó mirándolo—. ¿Qué haces en Little Falls?

—Trabajo de campo.

—¿Qué?

—Aunque no te lo creas, mi padre no me lo ha explicado aún. Me ha dicho que me lo tome como un trabajo de campo, así que eso hago. Mientras no me haya hecho venir para recoger muestras de agua contaminada...

—¿Te dedicas a eso?

—No. —Nathan sonrió—. Soy virólogo. Trabajo en investigación.

—Eso te pega mucho y parece un buen trabajo.

—Al principio me pinchaba a menudo—Nathan sacudió la cabeza—Supongo que es lo que tenemos los científicos locos, que acumulamos heridas de guerra. Mira mis manos.

Se las tendió y aquel simple gesto amistoso le provocó a Emma el mismo efecto que si la hubieran abofeteado de repente. Ella conocía demasiado bien aquellas manos y todo lo que habían hecho en el pasado, solo que no esperaba que le asaltaran aquel tipo de recuerdos en mitad de un restaurante. Notó que un leve rubor acudía a sus mejillas y rezó por que el ambiente íntimo del local no lo hiciera evidente.

—¿Qué pasa? —preguntó él desconcertado al ver su cambio de expresión.

—Nada. Cuéntame, ¿qué tal está tu padre?

Lo oyó suspirar, alegrándose de que el momento incómodo se hubiera desvanecido.

—Ya sabes —murmuró—. La nuestra es una relación intermitente. Nos vemos cuando su agenda se lo permite... pero estoy acostumbrado, nunca seremos como esas familias típicas.

—Esas familias solo salen en películas antiguas. Ahora lo que se lleva son las disfuncionales. —Emma se arrepentía de haber sacado aquel tema que a todas luces entristecía a Nathan—. Eso es lo que «Los Simpson» hicieron por Estados Unidos.

—Y parte de Europa.

—Oye, no crees realmente que el agua esté contaminada, ¿verdad?

—No, no. Me imagino que en ese caso tú ya estarías informada. —Nathan se bebió su copa de un trago—. Será cualquier excentricidad de mi padre.

En ese momento llegó la comida, así que dejaron ese tema. La charla superficial duró pocos minutos y en seguida se pusieron a hablar de todos los recuerdos que tenían en común. Eran muchos, así que poco a poco la velada se fue volviendo agrídulce. Cada cinco minutos, Emma tenía que repetirse así misma que no era inteligente volver a sentirse atraída por alguien que solo estaba de paso y que en cuanto terminara el último capricho de su padre regresaría a su ciudad. Pero era muy difícil... él era divertido y buena persona, guapo... y ni siquiera habían acabado mal en el pasado, simplemente un padre militar había sido trasladado de base y había parecido absurdo tratar de mantener una relación a distancia cuando ninguno de los dos había cumplido aún los veinte. Eso no significaba que su historia no hubiera sido seria ni mucho menos, lo había sido. Y sincera, no como alguna que otra que había mantenido después.

Lo peor era que notaba que la química fluía en ambas direcciones, no solo por su parte. Nathan estaba igual de receptivo que ella, lo que no ayudaba a aclarar sus ideas... tenía que serenarse de alguna manera y pensó en ello mientras conducían de vuelta a su casa.

No debía implicarse de nuevo con Nathan bajo aquellas circunstancias, por mucho que le apeteciera, así que lo correcto sería bajar del automóvil y dar las gracias por la cena diciéndole que ya se verían algún día antes de que se marchara.

Sí, eso era lo correcto, lo que tenía que hacer. Después lo iba a agradecer, seguro. Por la mañana, cuando todo estuviera más claro y no nublado por el efecto de la nostalgia y el vino, pensaría que de buena se había librado.

Oyó que el coche se detenía y comprobó que estaban delante de su casa, así que lo miró dispuesta a decir lo que había pensado durante el camino.

—¿Quieres entrar a tomar un café?

Un momento. Eso no era lo que... daba igual. De todos modos decidió salir del coche sin esperar respuesta y rezando porque él tuviera el sentido común que le faltaba a ella. Sin embargo, Nathan la siguió solo arqueando levemente la ceja derecha, sin decir nada.

Emma dio las luces al entrar y solo por precaución llamó a su hermana en voz alta. No recibió respuesta, así que se deshizo del abrigo mientras Nathan se acercaba a mirar las fotos que había colocadas encima del aparador del salón.

—¿Esta es June? —Sonrió—. Se parece a tu padre, ¿no?

—Ajá.

—¿Dónde está él?

—Vive en Minneapolis —respondió ella—. Ya sabes que esto nunca le gustó demasiado.

No preguntó por su madre, sabía que había muerto siendo Emma una niña.

—¿Y este es el policía que estaba contigo esta mañana?

Señaló con la cabeza una foto donde salía ella con Joel; él la rodeaba con los

brazos y se los veía relajados y sonrientes.

—Es Joel —respondió acercándose.

—O sea que este es Joel —repitió Nathan burlón—. No será, ¿tu novio Joel?

—Mi amigo Joel —corrigió Emma—. Nos conocimos en la academia de policía, aunque él iba adelantado. Luego nos destinaron a la misma comisaría, así que nos hicimos muy amigos. Nos llevamos bien.

—Parecía buen tipo. ¿Y el café? —Se giró hacia ella con una sonrisa—. Me has ofrecido un café, ¿no?

Emma captó su tono socarrón.

—Oh, pero eso ha sido solo para hacerte entrar —replicó ingenua.

—Siempre fuiste muy lanzada.

—Admítelo, Nathan, de no ser por mí tú jamás hubieras perdido la virginidad.

«Bromas hechas con familiaridad y sin malicia», se dijo Nathan. Era como sentir el primer temblor de un terremoto bajo los pies; sabías qué iba a suceder a continuación y te daba cierto miedo... pero estabas dispuesto a abrazarlo. Conocía bien a Emma, ya hacía rato que sus movimientos se habían vuelto seductores y él estaba como en sus años de instituto, intimidado por su seguridad.

No sabía qué hacer, si lo que le apetecía o lo correcto.

—Tímido como siempre, ¿eh? —La voz de Emma lo sacó de sus pensamientos y la vio a su lado.

Cómo lo miraba, joder. Así no había quién pensara con el cerebro.

—¿Cómo te las apañas para hacer exposiciones y cosas así? —preguntó ella.

—Tranquilizantes —bromeó para tratar de quitar tensión al momento.

—Vaya, eso es muy profesional —Emma le sonrió.

—Sí. Pero bueno, otras veces decido que ponerme a dar datos científicos cargado de Lexatin no da la imagen de seriedad que pretendo mostrar, así que me pongo la máscara. Ya sabes, esa que usamos la gente tímida cuando queremos dar al mundo la imagen de que controlamos la situación.

—¿Como la que llevas ahora?

Nathan tragó saliva al ver que ella no apartaba sus ojos de los suyos, a la vez que jugueteaba con el escote de su camiseta. ¿Por qué tenía que ponerlo nervioso? Se portaba igual que cuando tenían diecisiete años, lo recordaba como si fuera ayer y su reacción era la misma. No quería parecer un chiquillo que de pronto no sabía cómo ocultar su erección solo porque su ex novia estaba coqueteando de forma descarada, ¿es que no era consciente ella de lo absurdo que era liarse? Si estaba allí por unos días. Luego se volvería a su casa, ¿y entonces qué? ¿Volver a pasar por lo mismo? No era una persona a la que le resultara fácil pasar página, y mucho menos salir con chicas.

Decidido, tenía que marcharse. Aquello sería un suicidio emocional y no entendía por qué Emma no lo veía igual de claro y se aproximaba despacio. Si cruzaba la zona de seguridad no sabía qué podía pasar, pero de pronto ahí estaba la rubia; no es que hubiera pasado la zona, es que directamente la había saltado.

—Esto no es buena idea —murmuró.

—Claro que no lo es. Pero por otro lado, ¿qué posibilidad había de que volviéramos a encontrarnos?

Ahora que la tenía tan cerca y le resultaba difícil no mirar sus labios como un niño hambriento, sus palabras resultaban persuasivas. Vale, sí, era curioso e improbable que volvieran a coincidir, pero, ¿era lo más sensato celebrarlo revolcándose? ¿Acaso no había en esa casa nadie con sentido común?

Emma empezó a desatar los botones de su camisa con lentitud y Nathan decidió dejarse llevar; la agarró de la cintura para apretarla contra sí y la besó notando cómo le correspondía sin la menor vacilación.

Madre, se le había olvidado su forma de besar, y cómo le mordisqueaba el lóbulo... no habían pasado ni cinco minutos y su camisa ya estaba en el suelo, y Emma en ropa interior demostrando que ni los años ni la gravedad habían hecho mella en su cuerpo. Sus bocas se buscaron de nuevo mientras la chica lo empujaba hacia las escaleras del dormitorio, dejando un rastro de ropa a su paso. Apenas

había tenido tiempo de pensar en nada y ya estaban en el piso de arriba, encima de la cama, ella emitiendo esos jadeos roncos que lo habían vuelto loco de adolescente y él, olvidándose de cualquier vestigio de sensatez que pudiera tener.

Tuesday detuvo el coche y quitó las llaves, logrando así que el motor se callara. June miró por la ventanilla y solo vio oscuridad, una oscuridad aterciopelada que las envolvía de manera inquietante. El bosque por la noche siempre le producía un miedo irracional, quizás alimentado por los cuentos que su padre le había contado cuando era pequeña. Su padre nunca había sido un padre como el de las demás niñas... les había enseñado muchas cosas a ella y a Emma, cosas de las que otras niñas jamás oían hablar, como la importancia de tener buena puntería, o la de saber deshacer nudos imposibles, de llevar siempre algún cuchillo, o mechero... porque, como les decía siempre, los monstruos existían. Y no estaban bajo la cama.

—Qué miedo —musitó con un escalofrío—. ¿Dónde estamos?

—Estamos donde Connor me dijo que viniéramos —replicó su amiga—. Iré a echar un vistazo.

—¡Pero si no se ve nada! —exclamó June con voz chillona y tratando de cogerla del brazo para evitar que bajara del automóvil.

—No tardo. Ve haciendo un par de rayas.

Le sonrió antes de dejarla sola; cuando bajó, un montón de ruidos típicos de bosque la recibieron. Empezó a sisear el nombre de Connor mientras intentaba ver algo a través de la niebla que flotaba a su alrededor. Soltó una maldición cuando uno de sus tacones se hundió en la tierra y se agachó para liberarlo; justo en ese momento oyó un crujido y se incorporó a toda prisa.

—¿Connor? Mierda. —Tiró del tacón a la vez que alguien la agarraba por la cintura pegándole un susto de muerte y haciendo que se pusiera a chillar.

—Joder. —Escuchó la voz de Connor—. Por poco me dejas sordo, encanto.

—¡Casi me matas del susto, imbécil! —le gritó ella— ¡Nunca te acerques a una chica por detrás en medio de la noche! ¿Me oyes?

—Pues eso no me lo decías el sábado pasado... —Connor trató de bromear porque ella se había quedado pálida—. ¿Problemas con el tacón? —Se agachó y lo sacó de un tirón—. Listo. —La levantó por el aire y se la cargó al hombro—. Vamos al coche, ardillita.

Ella se echó a reír desde arriba; había otro chico tras Connor y los siguió rezagado hacia donde el automóvil esperaba. Tuesday fue depositada en el suelo nada más llegar.

—¿Por qué hemos quedado aquí? Estamos en medio de ninguna parte... ¡eh, June! —Dio un par de golpes a la ventanilla—. Mira lo que he encontrado.

June bajó al escucharla y se aproximó al grupo.

—Este es Connor. —Señaló al susodicho y después lo miró, esperando que él presentara a su amigo—. ¿Qué? ¿Tenemos que adivinar quién es tu amigo o qué?

—Anda, Dave, ven aquí. Te prometo que no muerden.

June casi se quedó sin respiración al ver al chico emerger de la oscuridad para ir con ellos; tiró el cigarrillo y lo aplastó bien contra el suelo antes de ofrecer la mano. Era alto y estaba en buena forma, como un gran porcentaje de los militares de la base. Su rostro era algo aniñado, pero ir rapado le beneficiaba, endurecía unos rasgos que de otro modo hubieran resultado demasiado suaves. No le sonaba de nada aunque los militares de Camp Ripley se dejaban ver a menudo por el pueblo, quizás fuera nuevo.

—David Strike —presentó Connor—. Compartimos cuarto, ha llegado hace poco con un traslado; esta es Tuesday, mi bomboncito —explicó volviendo a apresar a la joven por la cintura—. ¿Y ella?

—June, mi amiga.

—Hola —se apresuró a decir esta, tratando de no parecer una pueblerina impresionada por un uniforme militar.

David las saludó con la cabeza; parecía ser chico de pocas palabras.

—Subid al coche —ordenó Tuesday, abriendo la puerta del conductor—. Y decidiremos dónde vamos.

Connor ocupó el sitio de copiloto al momento, así que David y June subieron detrás, mirándose. Connor alzó una ceja hacia su amigo como diciéndole «¿ves?» y éste afirmó.

Sí, vale, las tías estaban buenas. Pero no era idiota... no sabía Tuesday, pero se veía a la legua que la tal June no era de las que iban por ahí acostándose con cualquier capullo que le acabaran de presentar. O sea, que lo del «polvo con dos tías buenas» había sido una verdad a medias. Tampoco le importaba en exceso, siempre era mejor tomar unas copas y un poco de besuqueo que quedarse en el barracón mirando el techo. Tuesday iba vestida de forma provocativa y parecía descarada; en cambio, a June se la veía normal y su belleza era mucho más natural, sin tanto artificio. Pero era guapa, con aquellos grandes ojos y su melena ondulada de color miel.

—Tomad, chicos. —June les pasó la caja de un cd musical con un montoncito de cocaína encima, sonriendo—. Es de primera.

—La adoro —dijo Connor, sonriendo también.

Después de eso, del maletero del coche aparecieron bebidas, así que un rato más tarde Connor le pidió a Tuesday que se pasaran al asiento trasero y David no tuvo más remedio que ponerse delante. Intercambió una mirada con June sin saber qué decir y ella apartó la suya; también se sentía violenta. Pasados unos segundos, el chico se giró otra vez en su dirección.

—¿Salimos? —June se quedó pensativa—. Es que no me apetece oír a esos dos.

—Sí, buena idea. Demos una vuelta.

David cogió la botella y ambos salieron del coche al mismo tiempo. Ya fuera, June encendió la linterna que su hermana guardaba en la guantera por si acaso y sonrió, nerviosa, tratando de recordar todo lo que sabía sobre orientarse en un bosque.

—¿Tienes miedo? —preguntó él.

—¿Del bosque por la noche? Digamos que no es un sitio por el que me guste pasear a estas horas, no. Además olvidé la brújula.

Caminaron con precaución unos cuantos pasos, hasta que encontraron un

banco desvencijado en el que sentarse, y allí se acomodaron.

—¿Por qué has venido entonces? —quiso saber David.

—No sabía que éste era el plan, pensé que iríamos a algún sitio. Ya sabes, música, copas... pero bueno, supongo que esto es mejor que quedarse en casa, ¿no?

David sonrió al escucharla y afirmó.

—Así que soldado —siguió ella—. Debe ser muy duro aguantar toda esa presión... siempre he creído que los militares son personas con una gran capacidad de autocontrol.

David pareció sorprendido ante aquella reflexión; no era muy habitual que las chicas se pararan a tener aquel tipo de pensamiento. No conocía lo suficiente a June para saber que ella no era una chica muy normal.

—La verdad es que sí —respondió—. ¿Y tú qué haces?

—Trabajo en la clínica dental. —Lo miró y los dos se rieron a la vez—. Fascinante, ¿eh? ¿Sabías que los dentistas son la rama de medicina que más suicidios tiene?

—¿En serio?

—Sí. Pero yo solo soy higienista dental.

—Así que, básicamente torturas a la gente con limpiezas de boca.

—También succiono saliva. —Ella imitó el ruidito del aspirador de boca.

—Ah, bueno, entonces no está tan mal... —David alzó una ceja con una carcajada—. ¿Puedo preguntar por qué estudiaste algo así?

June sacudió la cabeza.

—Para llevar la contraria a mi hermana. Ella siempre se burlaba de mí diciendo que si encontraba un trabajo de verdad me rompería una uña. Me sentó mal, así que elegí lo más repugnante que se me ocurrió y a eso me dedico.

—Qué forma tan curiosa de escoger profesión, ¿impresionaste a tu hermana

al menos?

—Ella es jefa del departamento de policía de Little Falls, así que no, no mucho —replicó June con una sonrisa.

—Jefa de policía, ¿eh? —El tono del joven fue burlón—. ¿Qué le parecería esto de la cocaína y el alcohol?

—Oh, solo lo hago de vez en cuando —se apresuró a explicar ella enrojeciendo.

Por suerte, gracias a la oscuridad no se veía nada y David le dedicó una sonrisa dulce que casi hizo que se derritiera. Vaya un tío interesante. Le gustaba que no tratara de hacerse el simpático, ni el gracioso, le impresionaba lo maduro que parecía. Estaba pensando en algo que decir que la hiciera quedar al nivel cuando oyeron la puerta del coche cerrarse y a Tuesday refunfuñando.

—¡En el coche! —iba farfullando—. No tengo quince años, guapo. No pienso echar un polvo cutre ahí metida.

—¿Y qué me dices de una mamada cutre? —Connor iba caminando tras ella.

—Más vale que me lleves a otro sitio, Connor, o esta noche no pillas. Hablo muy en serio.

—Pues no sé dónde. —Él sacó un cigarrillo.

—¿Qué tal vuestro cuarto? —propuso Tuesday. Ya habían llegado a la altura de donde June y David permanecían sentados y los dos chicos se miraron— ¿Qué? Algún sitio habrá donde meterse, es una base muy grande.

—Ni hablar, si alguien nos pilla se nos cae el pelo. —Ella se encogió de hombros, sin dejar de jugar con el tirante de su top para que así el chico pudiera apreciar parte de su escote—. ¡Vale! Está bien, iremos allí.

David alzó la mirada.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó—. De eso nada.

—¿Por qué no? Iremos con cuidado. En la parte inferior nunca hay nadie a estas horas, solo el de guardia y con suerte estará cabeceando —dijo, con un tono de

voz cercano a la súplica—. Y hay un trozo de valla medio roto por donde podemos entrar. Venga, no fastidies. No se enterará nadie.

David lanzó un suspiro y June se levantó.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer nosotros mientras tanto? —preguntó cruzándose de brazos.

—No hace falta que vengáis —se apresuró a decir Connor—. Estamos a unos quince minutos de la base, podéis ir a tomar algo o lo que queráis.

—¿Y cómo volverás luego? —June miró a Tuesday de manera intencionada—. ¿Andando? Al menos hay media hora hasta el centro.

—Ya la acompañaré yo —intervino Connor.

June meneó la cabeza, pensando para sí misma que Tuesday siempre terminaba por hacerle cosas como aquella. Fue hasta el coche y desde allí miró a David.

—¿Vienes o te vas con ellos?

—Te acompaño —decidió él—. No me apetece ir de sujetavelas. —Los miró—Tened cuidado.

—June, no te cabrees —dijo Tuesday al ver la cara de su amiga.

—Sí, ya. Que os divirtáis.

David subió al asiento del copiloto de manera ágil y observó divertido como la rubia arrancaba el coche con el ceño fruncido; en cuanto se alejaron carraspeó.

—Lo hace a menudo, ¿eh?

—¡No sé por qué se molesta en que vaya con ella si a la media hora me deja plantada por el maromo de turno! —exclamó—. ¡Y además le da lo mismo que me vaya con un desconocido! ¿Y si eres un psicópata?

—Hombre, gracias.

—Ya me has entendido. —June mantenía el ceño fruncido—. No iba por ti, de

hecho, si lo pensara no te habría preguntado si querías venir. ¡Es algo que me saca de quicio de Tuesday!

—Porque claro, tú no eres como ella.

—Pues no. —Ella giró a la derecha—. No me interpretes mal, no es que desapruete que se acueste con quien quiera, pero estoy harta de tener que buscarme la vida siempre cuando lo hace.

—Al menos tenemos el vodka. —David echó mano de la botella, que reposaba en el asiento trasero, donde la habían abandonado sus amigos.

—Y eso no es todo. —June se metió la mano en el bolsillo de su cazadora y sacó una bolsita diminuta del interior—. También tenemos la droga. Tuesday se pondrá como una fiera cuando se dé cuenta de que la ha olvidado.

Los dos empezaron a reírse al mismo tiempo.

—Bueno, ¿qué quieres hacer? —preguntó David.

—No puedo volver a mi casa aún. Mi hermana salía esta noche con su ex novio, así que si aparezco lo mismo molesto. —Él sonrió—. ¿Y si vamos al cine? Después podemos cenar o tomar una copa.

—Perfecto —asintió el chico.

3. Paciente cero

Cuando llegaron a la base, Tuesday estaba de mal humor. Y cansada, porque la caminata había sido más larga de lo que Connor aventuró; además, demasiado tarde notó que tanto el alcohol como las drogas se habían quedado en el coche. Ya se habían colado por el hueco de la valla, y Connor la estaba llevando hacia un edificio.

—Si lo llego a saber no vengo —gruñó—. ¿Media hora a pata? No vales tanto.

—Deja de protestar —susurró él—. Que pueden oírnos. Sígueme.

—¿A dónde vamos? —preguntó la joven bajando la voz.

—A la zona del laboratorio, por las noches está vacía. Y poco vigilada, solo hay que saber evitar las cámaras de seguridad —sonrió Connor—, y da la casualidad de que yo sé.

Tuesday arqueó una ceja pero lo siguió; bajaron por unas escaleras esquivando sin dificultad a un soldado de guardia que dormitaba en su silla. Dos pisos más abajo, él le indicó por medio de señas que fuera detrás imitando sus movimientos y señalando el lugar exacto de las cámaras. Tuvieron que atravesar también una puerta con código, pero él lo conocía.

—¿Y cómo sabes el código? No creo que tú andes mucho por esta zona.

—Hay que tener colegas hasta en el infierno, ardillita. —Él le guiñó un ojo—. Todo funciona por favores... yo consigo tabaco, porno, drogas y demás y otras personas hacen cosas diferentes por mí. Me muevo bien por la base.

Empujó una puerta y después otra; el pasillo era largo y estaba lleno de habitaciones privadas con distintas equipaciones. Connor escogió una al azar y entraron.

Tuesday echó un vistazo curioso al aséptico lugar; la iluminación era blanca y potente; las mesas, largas y llenas de material de trabajo bien ordenado. Hacía frío en la estancia y ella se frotó los brazos con un suspiro.

—¿Seguro que no es peligroso estar aquí?

—No toques nada y ya está. —Se aproximó despacio—. Frío, ¿eh?

—¿Dónde crees que vas? —Lo rechazó alzando las manos.

—¿A qué hemos venido?

—Pero si no hay ni una manta —se quejó Tuesday agitando su melena pelirroja—. No creerás que voy a tirarme al suelo... ve a buscar algo que nos sirva.

—Oye, no lo entiendes, no se puede ir paseando por la base sin más, ¿vale? —Connor no logró esconder la irritación en su voz mientras se pasaba las manos por el pelo.

Tuesday se mantenía cruzada de brazos y con cara obstinada.

—Ve a por una manta —repitió.

—¡Maldita sea, está bien! —siseó él furioso—. No hagas ruido. Y no toques nada. No tardo.

Connor salió a toda prisa y ella sacó un cigarrillo; justo a tiempo observó que había alarma de incendios, de manera que lo guardó de nuevo, frustrada. Al no poder fumar decidió investigar el laboratorio, curioseando un poco. Miró otra vez las mesas, llenas de instrumentos y aparatos que no tenía la menor idea de para qué servían; con una mueca se fijó en las cámaras frigoríficas que había en un rincón. Normal que hiciera frío, había al menos tres dispuestas en orden, y las contempló con curiosidad; una parecía contener muestras de cosas poco agradables, así que la ignoró. Otra tenía una remesa de tubos de ensayo y botes de lo que parecía el mismo líquido; la tercera estaba completamente vacía, excepto por un pequeño frasco de aspecto elegante. A Tuesday le recordó a los frascos de perfume de su madre y abrió la puerta; sabía que no podía ser perfume, pero tenía curiosidad.

No debía tocar nada, aquello era un laboratorio. Cerró la puerta de nuevo y refunfuñó, ¿dónde diantres estaba Connor? Se aburría, de hecho, llevaba toda la noche aburriéndose y a esas alturas dudaba que fuera a mejorar.

Sus ojos gravitaron de nuevo hacia el frasquito y otra vez abrió la puerta, cogiéndolo. ¿Y si dentro estaba la cura para el VIH, por ejemplo? Qué tontería, sería algo rutinario, pruebas básicas, quizás análisis de sangre de los soldados.

El bote estaba etiquetado con una pegatina roja y encima solo venía una palabra: cutáneo. ¿Qué color tendría? ¿Olería a algo? La curiosidad pudo con ella y lo desenroscó con un ruidito de satisfacción, acercando la nariz... pues olía bien. A lo mejor lo que hacían eran colonias. Sabía que era una idea estúpida, pero cosas más disparatadas se oían. Además, allí nunca se habían hecho pruebas de ese tipo, lo último que se sabía sobre esas instalaciones era que se habían utilizado en los años cincuenta como lanzamiento de globos estratosféricos. Ni siquiera sabía en qué consistía, ni le importaba... sacó el dispensador del frasco y observó el líquido transparente. En aquel momento escuchó unos pasos apresurados que la sorprendieron y del movimiento brusco que hizo el líquido contenido en el tubito se derramó sobre su brazo y el suelo.

—¡Coño! —siseó y buscó por alrededor algo con que limpiarlo. Al no ver

nada, se desenroscó la cazadora de la cintura y la utilizó para limpiarse el brazo—. Mierda, mierda.

Tiró su chaqueta, cerró el frasco y lo metió en la cámara dos segundos antes de que la puerta se abriera y entrara Connor, sujetando una especie de colcha con cara de fastidio.

—¿Esto te parece bien?

—Sí. —Sonrió, desabrochándose el top que llevaba y haciendo un gesto para que se acercara—. Ven aquí, muñeco, no tenemos todo el día.

Connor obedeció sin perder el tiempo.

Un rato después, el chico se incorporó buscando su camiseta y el resto de su ropa, que estaba tirada por el suelo.

—Deberíamos irnos —comentó—. El cambio de turno es dentro de veinte minutos y el siguiente está algo más espabilado.

—Bien —Tuesday se ajustó la ropa también—. Pufff, no puedo creer que mandara a June por ahí con el coche. Nos espera una buena caminata.

—¿Nos?

—No pretenderás que vaya sola. Son las tres de la mañana, joder.

—Vale, vale, iré contigo. Tranquila.

Salieron del mismo modo silencioso en el que habían entrado. Hasta la puerta principal tuvieron suerte y Tuesday ya estaba fuera poniéndose la cazadora cuando de pronto escuchó una voz fuerte.

—¡Cabo Riker! ¿Va a algún sitio?

—Pues... es mi noche libre, soldado de guardia.

—No se puede andar por la base de noche, esto no es un internado. Regrese a su barracón inmediatamente.

Tuesday escuchó a Connor insistir, pero el tono de voz del soldado guardia

era inflexible y pronto le llegó el golpe de la puerta cerrándose. Con una maldición echó a andar a toda prisa hasta entrar a la zona del bosque. Observó la noche cerrada y el silencio escalofriante... no, estaba claro que no valía la pena semejante caminata por un polvo.

Eran las siete de la mañana cuando June se despertó. Había oído el agua de la ducha correr, pero le sorprendía que fuera Emma, quien casi nunca asomaba la cabeza antes de las ocho aunque después tuviera que hacer todo corriendo para llegar a tiempo al trabajo.

Bostezó y decidió bajar a tomarse un café. No tenía sueño a pesar de que había vuelto tarde y sonrió al recordar la noche anterior... se había divertido bastante con David. Él se sorprendió cuando June eligió una película de acción en lugar de una romántica y después habían ido a cenar sushi por sugerencia del chico, lo que le pareció muy bien a June, harta de salir siempre con devoradores de pizza. Se tomaron un par de copas, hablaron de forma distendida y David no intentó ligar con ella, lo que le pareció bien y mal al mismo tiempo. Se lo pasó tan bien que incluso lo llevó de vuelta a la base en coche, y él se lo agradeció con un guiño y una sonrisa sincera. Y seductora.

—Espero que nos veamos otra vez —había dicho, antes de darse la vuelta para que ella pudiera apreciar la vista de espaldas.

June recordaba todo aquello mientras el café se hacía lentamente, ¿lo volvería a ver? Quizás la llamara, se dijo echando la bebida caliente en su taza.

Un momento, qué boba, ¡si no le había dado su número de teléfono! Había estado tan relajada charlando que se le había olvidado una de las reglas básicas del cortejo: pasarle el número. Qué imbécil, iba diciéndose mientras subía las escaleras de nuevo rumbo a su cuarto.

Al tercer escalón se quedó boquiabierta al ver a Nathan salir del baño con una toalla en la cintura.

—Eh... esto... —balbuceó cortada—. Hola, Nathan. No sabía que aún estabas aquí.

—Es que tengo que irme a la base temprano —contestó él—. June, hay que ver cómo has cambiado. De ser esa niña regordeta e irritante has pasado a ser

guapísima.

—Gracias. —Ella sonrió halagada. Ahora recordaba que el novio de su hermana siempre le había parecido muy simpático—. Tú también tienes buen aspecto.

—No creas —bromeó él—. Vestido estoy peor.

—Oye, ¿quieres café? Me lo iba a tomar en mi cuarto porque Emma jamás se levanta ni un minuto antes, pero si bajas desayunamos juntos.

—Ah, genial. Me quedaré así, si no te importa —volvió a bromear señalando la toalla.

June soltó una risita.

—Claro, claro, vístete.

Regresó a la cocina y buscó otra taza para poder servir un café al chico; Nathan bajó un poco después, ya vestido, y estuvieron hablando un rato hasta que él miró el reloj.

—Debería marchame ya —comentó—. Me esperan a las ocho y media. —Se levantó y le estrechó la mano con una sonrisa—. Me alegro de volver a verte.

—Y yo a ti. —Alzó la taza de café—. Nos vemos.

Nathan sonrió antes de desaparecer escaleras arriba. Cuando abrió la puerta, descubrió que Emma ya se había levantado y se encontraba observando su armario abierto con mirada crítica mientras buscaba algo que ponerse.

—Hola —dijo al verlo—. No te he oído levantarte.

—Ya... he intentado despertarte, pero me has gruñido y te has abrazado a tu almohada, así que me pareció buena idea salir huyendo a la ducha.

—Y te has vestido y todo —observó ella analizándolo—. ¿No pensabas ni despedirte?

—No, no. Digo sí, claro que pensaba... bueno, tengo que estar dentro de cuarenta y cinco minutos en la base, es el único motivo por el que estoy vestido y no

en pelotas y dispuesto a seguir con la acción.

Emma quiso permanecer seria pero era imposible, y ahora se acordaba de que Nathan soltaba muchas chorradas, lo que era malo, y que a ella le hacían gracia, lo que era peor. Sacudió la cabeza y se puso en marcha, tenía que ir a trabajar y el primer paso era ponerse la ropa, de modo que se enfundó en sus vaqueros rauda y veloz.

—¿Quieres que te lleve a la base? —preguntó como si no le importara en absoluto su respuesta.

—Tengo el coche de cortesía que me prestaron ayer.

—Ah, es verdad —observó cómo el miraba el reloj y después se echaba un vistazo en el espejo, comprobando que todo estuviera en orden—. Tu padre sigue poniéndote nervioso—comentó, corriendo por la habitación mientras acababa de vestirse y buscaba sus botas por el suelo.

—No es cierto.

—Sí que lo es. Dame un minuto, voy a lavarme los dientes y ver qué tal mi pelo.

Salió dejándolo solo y Nathan volvió a mirarse en el espejo, pensando si ella no tendría razón. Puede que su padre lo pusiera nervioso, pero solía ser con motivo... siempre que lo llamaba era para algo que no le gustaba.

Emma se ocupó de sus dientes y su pelo, que no estaba tan mal porque era de esas a las que ir despeinada sentaba bien, y bajó a la cocina pensando en si tendría tiempo de tomarse un café. Allí encontró a June, aún en la silla y con aspecto de estar en otro planeta.

—Buenos días —dijo su hermana al verla, y sonrió burlona—. Anoche tuve que recoger toda la ropa que perdisteis de camino a tu habitación.

—Gracias, ya la cogí de la puerta, no te hemos educado mal al fin y al cabo. —Emma cogió un café, se apoyó en el marco y se cruzó de brazos—. Ahora explícame eso de llevarte el coche...

—Venga, no estabas para preguntarte y el plan surgió de repente. Además, le puse gasolina.

—¿Dónde fuiste?

—Salimos con dos soldados. —Y puso una sonrisa tontorróna—. ¡Y el mío era increíble! Aparte de estar como un tren, que como sabes es importante, era diferente a los demás. No como esos inmaduros que hay por ahí, tenía buena conversación.

—¿Quieres decir que hablaste con él? —Emma puso cara de sorpresa.

—¡No te hagas la graciosa!

—Pero no hubo sexo, ¿no?

—¿Y qué hubiera tenido de malo?

—¿Acostarte con un tío en tu primera cita?

—¡Y me lo dices tú! —June se levantó dejando la taza en la fregadera—. Supongo que Nathan no se quedó para jugar al ajedrez.

—Eh, para empezar la hermana mayor soy yo. Y además no es lo mismo —repuso Emma—. ¡Es Nathan! No es un desconocido.

Su hermana pequeña la observó meneando la cabeza.

—No soy yo la que ha puesto toda la carne en el asador esta noche. —Le sacó la lengua—. En fin, voy a vestirme, quiero llegar a tiempo. No como otras —añadió desafiante.

Cuando se puso la cazadora para salir a la calle, palpó los bolsillos y ahí, escondido, descubrió un trozo de papel con un número de teléfono anotado. June sonrió y lo mantuvo allí, a salvo.

Los diez minutos que pasaron en la entrada de la casa pensando qué decirse fueron los más largos en la vida de Nathan. Se sentía extraño e incómodo y no se atrevía a romper el silencio con alguna charla coloquial; ojalá Emma le diera alguna señal de qué palabras eran las que quería escuchar, pero ella también parecía perdida.

Qué mierda y encima tenía que encontrarse con su padre para la exposición,

de la que no tenía ni un triste dossier. No sabía de qué le iban a hablar, es más, le daba igual; en ese momento solo le preocupaba qué iba a pasar ahora entre ellos.

—Supongo que vas a estar muy ocupado en tu misión, sea cuál sea.

—No sé nada —explicó el pelirrojo, a modo de disculpa—. No he sido informado aún. Pero si tú... si quieres, te llamo cuando sepa algo.

—Claro —ella lo acompañó hasta el coche—. Incluso, no sé, hasta podríamos vernos antes de que te vayas.

Nathan asintió, pese a que sabía que aquello sería un error enorme. No tenía el menor sentido prolongar algo que se iba a terminar poco después... entonces, ¿por qué sencillamente no decía «no, gracias, no nos compliquemos más»?

En lugar de actuar como le indicaba su cerebro, lo que hizo fue sujetarle la cara con las manos y besarla en la boca durante unos segundos. Muy bien, sí señor, muy inteligente. Bravo por ti, seguro que así lo facilitas todo, campeón.

—Luego te llamo —dijo como despedida, y se subió al automóvil.

Emma se había quedado sorprendida ante su reacción, pero decidió que no tenía ánimo de seguir pensando qué demonios estaba pasando allí, así que aceptó sus palabras, subió a su propio coche y se marchó con viento fresco en dirección a la comisaría.

Cuando entró, Dolce, la secretaria compartida, ya estaba tecleando furiosamente en su mostrador; alzó sus ojos claros al verla y se sopló el flequillo.

—Hola —dijo—. El alcalde te ha vuelto a llamar. Estaba furioso, Emma, creo que...

—Ahora lo llamo. —Le cortó ella—. ¿Malone ya está recuperado?

—Ajá. Morigan se ha ido de patrulla —informó.

—¿Mucho papeleo? —Dolce se encogió de hombros poniendo los ojos en blanco, lo que hizo que Emma hiciera un ruidito sarcástico.

Cómo era aquella mujer, siempre protestando. Tenía cuarenta y pocos años muy bien llevados, era soltera, y por extensión, feliz, y a pesar de todo eternamente

malhumorada.

—No me pases ninguna llamada en un par de horas —La avisó—. Tengo trabajo pendiente.

Dolce no dijo nada, pero frunció los labios en un gesto de desaprobación. Bah, que se fuera a la porra. Estaba harta de las miradas de reproche que le dedicaba. Fue a su despacho, abrió la puerta y entró; Joel ya estaba sentado en su silla, con las piernas puestas encima de su mesa y jugueteando con el móvil.

—Levanta de ahí —le ordenó.

—Buenos días a ti también, jefa —Joel obedeció para apoyarse en la mesa mientras la examinaba con detenimiento—. Ojeras. Eso significa que los recuerdos fueron físicos, ¿no? —Vio que Emma cerraba de un portazo—. Por lo visto no te apetece hablar de ello.

—Soy un desastre—Se peleó con su abrigo antes de colgarlo—. ¿Por qué no pienso antes de hacer las cosas, eh?

—¡Venga ya! ¿Remordimientos puritanos a estas alturas por un poco de sexo?

—No es por eso —Emma se deslizó en su silla y lo miró—. ¿Alguna vez te has metido en algo sabiendo de antemano que eso iba a hacerte daño?

Joel se quedó pensando y después negó.

—No. Pero conozco gente que lo ha hecho... es nuestra vena sadomasoquista, supongo.

—Sí, exacto, a eso me refería —asintió ella—. Anoche, todo mi sentido común me decía: ¡No lo hagas, idiota! ¡Las relaciones a distancia no funcionan!

—Pero, ¿y quién escucha al sentido común? Es el gran ignorado de nuestras vidas.

—Es que estábamos tan bien juntos... era como si no hubieran pasado los años, nos encontramos en el mismo punto exacto en que nos dejamos. Es muy raro.

—Me gusta, parece un buen tío. No se lo ve estirado, como a la mayor parte

de los que llevan bata blanca —dijo Joel acariciándose la barbilla—. Lo raro es que no esté casado y con cinco niños. —Se quedó desconcertado al ver la cara que ponía ella—. ¿A qué viene esa expresión de susto? —Y entonces pareció entender—. ¿No sabes si está casado?

—No se lo pregunté... mierda. No, imposible, Nathan no es de esos, si hubiera estado casado pues... me lo hubiera dicho, ¿no? —Alzó la mirada y se encontró con la expresión escéptica de Joel—. ¿Qué, no?

—¿Qué quieres que te diga, lo que quieres oír o la verdad?

—No tu verdad, capullo, que sé perfectamente que tú nunca confesarías estar casado.

—Y he ahí el motivo por el que no me caso, así puedo volver a ver a ex novias que me apetece tirarme sin problemas.

—Me lo habría dicho —dijo ella con determinación.

—Seguro que sí. Y, si no es así, de todas formas es muy difícil que su mujer se entere —bromeó Joel.

—No me toques las narices, Joel, que no estoy de humor.

—Calma, fiero... —Él se rio sin parecer en absoluto preocupado—. ¿Y qué vais a hacer entonces?

Emma se mordió el labio y puso cara de póquer.

—No tengo ni idea —respondió y después resopló—. ¡Mierda! Esto le encantará a mi psicólogo, le garantiza un par de meses más de visitas semanales.

—Al menos no pierdes el sentido del humor —dijo Joel compasivo.

La rubia iba a decir algo cuando el sonido del teléfono la interrumpió.

—Espera —le dijo antes de descolgar—. Jefferson, diga. Sí, hola, señora Latch. —Se recostó—. Oh... ¿en serio? Bueno... no la he visto, ¿quiere decir que no ha vuelto a casa? —Esperó—. Sé que anoche estuvo con June, déjeme llamarla y después le diré algo, ¿de acuerdo? Hasta luego. —Colgó mirando a Joel—. Era la madre de Tuesday, por lo visto anoche no volvió a casa. Voy a llamar a June.

—Luego me cuentas —comentó Joel levantándose—. Pero conociendo a Tuesday no me preocuparía, ya sabes que ninguna hora es demasiado tarde para ella.

Emma llamó a la clínica dental, donde la recepcionista la tuvo en espera hasta que June pudo contestar.

—¿Hola?

—Soy yo —dijo ésta—. Me acaba de llamar la madre de Tuesday muerta de preocupación, al parecer no ha vuelto a casa todavía, ¿dónde la dejaste?

—En la base militar.

—¿Qué?

—Bueno, técnicamente la dejé en el bosque que hay de camino, pero la idea era irse a la base militar con su ligue —explicó June—. Él dijo que la acompañaría a casa, pero lo más probable es que al final se quedara allí a dormir.

—¿Puedes llamarla? Le dices que, por alguna extraña razón, algunas madres se preocupan mucho cuando sus hijas no van a dormir.

—Claro. Aunque ya debería estar acostumbrada, ¿no crees? No es la primera vez que lo hace.

June se despidió de su hermana y regresó al trabajo, olvidando la llamada hasta la hora de comer.

4. Proyecto «Anxious»

Nathan había llegado pronto, así que decidió ir a su habitación para cambiarse de ropa antes de la reunión. Al llegar todo estaba tranquilo; sin embargo, cuando ya se encaminaba al encuentro con su padre, observó que el ambiente parecía algo revuelto. Había grupos de soldados que caminaban en todas las direcciones, sin cohesión, algo extraño en el ejército... en la entrada de la primera planta preguntó a un cabo que pasaba.

—El coronel Thomas me ha pedido que le diga que vaya directo al laboratorio, puerta número siete —explicó, de forma parca—. Algo sucede.

—No me digas —ironizó Nathan, más para sí mismo, antes de bajar apresuradamente al segundo nivel. Localizó la puerta siete y allí se encontró con Paris Hill, quien estaba también fuera y cruzada de brazos—. Eh, Paris, ¿qué es lo que pasa?

—Y yo que sé —espetó ella en tono malhumorado—. Aún no he podido entrar y nadie me dice nada.

Nathan pegó unos golpes en la puerta.

—¿Papá? —llamó. Escucharon pasos y segundos después la puerta se abrió—. Te recuerdo que estamos aquí fuera.

—Pasad. —El coronel Thomas se apartó lo justo para cederles paso.

Nada más entrar pudieron comprobar que no estaba solo; junto a él se encontraba otro hombre, también uniformado, cuyos galones revelaban que era teniente coronel. Es decir, solo estaba un cargo por debajo del coronel Thomas, ergo era su número uno. Asimismo, en su brazo tenía un parche con el anagrama del 34 de infantería de Minnesota, la calavera de un toro rojo. Rondaba la treintena, era alto, de complexión fuerte y mandíbula cuadrada, con ojos azules y, como el resto de militares, cabello muy corto. Nathan lo miró una vez por curiosidad, sin prestar demasiada atención, hasta que lo miró de nuevo.

—¿Hunter? —dijo con voz sorprendida.

—Hola, Nathan. —Él abandonó su postura rígida para acercarse. No quería perder su gesto serio, pero le asomó una sonrisa—. Ya me había dicho el coronel que estarías aquí. No sabes lo que me alegra verte de nuevo.

—Vaya, no has cambiado en nada, ¿eh? —Le dio un abrazo amistoso al cual Hunter correspondió, siendo consciente de que al general aquello no debía estar gustándole mucho—. Veo que te han ido bien las cosas.

—Y a ti también —sonrió Hunter—. Siempre fuiste un cerebritito.

—Algunos tienen músculos y otros cerebro. —Y le dio unas palmaditas en los brazos, ejemplo perfecto de lo que eran unos buenos bíceps.

—¿Qué tal el regreso al hogar?

Nathan respondió con un gesto que Hunter no supo cómo interpretar. Lo alegraba mucho ver a su amigo de los años de instituto, tenía buenos recuerdos de esa época y siempre se habían llevado bien pese a que aparentemente no tenían mucho en común. Nathan era de los listos y él, de los que destacaban en actividades físicas, pero se divertían bastante por aquel entonces, incluso cuando se había puesto a salir con la que ahora era la jefa de la policía en el pueblo.

—Disculpad que os interrumpa —intervino el coronel Thomas—. Podéis seguir más tarde, ahora tenemos entre manos un problema muy serio.

Ambos dejaron la charla para entrar dentro del laboratorio.

—Estamos tratando de averiguar quién pudo estar aquí anoche —comentó el coronel.

—¿Por qué, han tocado algo? —Paris recorrió la habitación con mirada crítica.

Nathan también estudió la sala. Equipos modernos, cámaras de conservación, todo de primerísima calidad... Allí no se hacían estudios rutinarios, ni se estudiaban muestras de agua contaminada.

—Así es. —Escuchó decir a su padre y se reenganchó a la conversación—. Son malas noticias. En realidad, si no descubrimos ya quién fue estaremos ante un grave problema.

Los dos doctores cruzaron una mirada. Las palabras que ningún virólogo deseaba escuchar. Y sin embargo, cuando alguien decía esas palabras a un virólogo, era para echarse a temblar.

—Explícate —fue más bien una orden por parte de Nathan que una petición amable.

—Coronel. —Un soldado se aproximó—. El capitán Scalia está al teléfono, ¿qué le digo?

—Contestará la llamada. —Ray les miró—. No tardo.

Salió del laboratorio y los dos volvieron a mirarse, sin saber qué pensar. Paris

se fijó en unos gráficos que había sobre la mesa; mostraban una serie de dibujos generados por ordenador que seguían cierta continuidad.

—Mira esto. —Cogió el gráfico y se lo enseñó—. Es la mutación simulada de algún virus.

—¿Lo reconoces? —Nathan entreabrió los ojos, tratando de ponerle nombre.

—No —respondió Paris—, nunca he visto algo así. —Buscó con la mirada y descubrió una gruesa carpeta cerca de donde habían dejado la gráfica—. Quizá sea el dossier con la información —dijo, cogiéndolo—. Proyecto «Anxious». Oh, joder, esto no me gusta nada —se giró hacia el teniente Cooper—. ¿Usted sabe algo sobre el tema?

—Aunque así fuera no podría hablar de ello, señora —respondió él.

—Suen a proyecto militar secreto —dijo Nathan, buscando los ojos de su amigo. Pero Hunter no hizo el menor comentario al respecto, tenía las manos atadas.

El coronel Thomas eligió ese momento para regresar.

—Ya estoy de vuelta —informó—. He avisado al capitán Scalia para que nos eche una mano.

—¿Qué es esto, Ray? —Paris agitó el dossier, sin preocuparse de las formalidades.

—Eso —Ray se aproximó y le quitó el dossier—, es el problema, doctora Hill. Un problema que tenemos que solucionar —suspiró—. Si lo habéis mirado ya habréis hecho alguna conjetura, ¿no?

—Es un proyecto secreto —dijo ella.

—Pasad a la salita privada. —Les ordenó, abriendo la puerta de una sala pequeña a la que se accedía desde el interior de ese cuarto. En ese sitio diminuto no había sitio para mucho, solo una mesa y unas cuantas sillas de plástico—. ¿Queréis café?

Sin esperar respuesta sirvió cuatro tazas y se sentó en una esquina después de repartirlas. Luego, tras pasarse la mano por el pelo con un suspiro, sacó dos

dosieres que les acercó.

—El proyecto «Anxious» lleva en desarrollo dos años —explicó—, y está en la última fase.

Nathan solo necesitó leer una hoja para comprenderlo.

—Esto es un virus.

—Concretamente, un arma biológica.

Tanto su hijo como Paris se quedaron boquiabiertos; ambos cruzaron la tercera mirada del día entre ellos, para después mirar al coronel de forma interrogante.

—¿Nivel de peligrosidad? —inquirió Paris.

—Lo suficiente para preocuparnos —respondió el coronel de forma ambigua. Al ver sus caras se inclinó hacia delante—. Un ocho sobre diez.

—¿Qué? —saltaron los dos al mismo tiempo.

El coronel Thomas bebió un sorbo de café; miró de reojo a su teniente, su mano derecha, el hombre en quién más confiaba. Hunter sabía muchas cosas, cosas que ahora en aquel momento debían mantenerse en secreto.

—Que quede claro que esto era un proyecto del gobierno y que yo me he limitado a llevarlo a cabo. Solo obedecía órdenes —explicó—. Teníamos un grupo de científicos diferentes por fase, pero a día de hoy no pertenecen al equipo.

Nathan depositó el dossier sobre la mesa y miró a ambos.

—Describidnos el cuadro —ordenó.

—Temo que no puedo ser muy técnico, no domino la jerga —se disculpó él—. Este virus libera una sustancia que altera el comportamiento humano de forma bastante inquietante.

—¿Cuál era el objetivo?

—Producir un ataque de ansiedad agudo que deje a la población fuera de

juego. En principio no es mortal.

—¿Cuáles son los síntomas? —preguntó Paris, golpeando la mesa con el bolígrafo impaciente.

—No lo sabemos, ni siquiera estaba en la fase de experimentación, aún faltaba la aprobación del pentágono... el siguiente paso era crear el antídoto sobre los datos del estudio, aún sin pruebas.

—¿Podemos hablar con el equipo que lo creó? —quiso saber Nathan.

—Desconozco su paradero —dijo el coronel—. Y dudo que el gobierno nos facilite esa información.

Aquello le sonó muy raro a Nathan; miró de nuevo a su antiguo amigo, tratando de buscar la menor reacción en sus ojos, pero éste no le devolvió la mirada. No podía, no delante del coronel.

—¿Estás diciendo que no sabemos qué tipo de enfermedad produce? —Paris tenía cara de preocupación.

El coronel Thomas abrió la boca para responder, pero fue interrumpido por su hijo.

—¿Ante quién respondes? —le preguntó directo—. ¿Esto lo lleva el pentágono de forma oficial?

—No. Es una agencia interna, la que se encarga de proyectos negros.

—¿Qué es eso? —de nuevo Paris, con voz aguda.

—Significa que funcionan sin ningún control, bajo ninguna ley, pero depende realmente de la USAF. Es una pequeña unidad aquí dentro, cero contacto con los otros compañeros de la base. —El coronel los estudió sin perder detalle de sus caras—. Escuchad, a mí me dieron un presupuesto y ya, esto lo controla la comisión de secretos del Congreso y algún despacho oscuro del pentágono.

—Y aquí, ¿quién está al tanto?

—Solo ese grupo pequeño del ejército del aire. Los chicos que fueron a recogeros ayer al aeropuerto, por ejemplo.

Durante un par de minutos reinó el silencio en el cuarto. Paris miraba el dossier con los ojos muy abiertos y sin conseguir articular palabra, mientras que Nathan se frotaba el entrecejo pensando a toda prisa. Al fin alzó la vista hacia su padre, que permanecía impassible.

—Bueno, a ver si me he enterado —dijo—. Os dieron un sobre con pasta y os dijeron: «Hey, cread un virus lo suficientemente jodido para dejar fuera de juego a la población. Nuestros chicos del cuerpo de aire se ocuparán por si hay que esparcirlo en algún lugar». Y vosotros lo hicisteis. —Hasta Hunter notó el tono de reproche en la voz del pelirrojo.

—Eso es.

—Y ahora tenemos un virus que podría haberse liberado, pero no sabemos los síntomas ni qué puede provocar, ni mucho menos cómo averiguarlos porque el equipo que se encargó de ello seguramente está enterrado en alguna parte con un tiro en la frente.

—Bueno, yo de eso no sé nada —se apresuró a decir el coronel—. Ellos hicieron su trabajo y se marcharon; nosotros solo debíamos guardarlo con precaución hasta el día en que nos tocara enviarlo.

—¿Por qué crear algo así? —insistió Paris en tono frío.

—Cuando el gobierno te pide algo no cuestionas los motivos. Solo obedeces.

—¡Por Dios, papá! —exclamó Nathan sin lograr controlar su irritación—. ¿Tienes idea de lo que puedes haber soltado por ahí fuera? ¿Cómo has podido participar en algo así? ¡Joder! Sabía que no te sobraban escrúpulos, pero esto es demasiado hasta para ti.

El coronel apartó su café con gesto hosco. Obviamente no le gustaba que Nathan le hablara de aquella manera, y menos delante de sus hombres.

—Soy coronel, Nathan, ¿qué pretendías que hiciera, negarme?

Paris dio un golpe en la mesa para interrumpir aquella discusión que no llevaba a ninguna parte.

—Está bien. —Miró al coronel—. ¿Qué ha sucedido? Dices que pensáis que ese virus ha sido liberado, ¿sabemos por qué?

—Hemos encontrado gotas en el suelo, delante de la cámara. Las han analizado y se corresponden, luego alguien estuvo aquí anoche y abrió ese frasco. Se supone que nadie puede entrar al laboratorio excepto personal autorizado, pero es obvio que entraron —explicó Hunter.

—¿Cómo se produce el contagio? —preguntó Nathan.

—Cutáneo.

—Es decir, que quizás esa persona abrió el frasco y se le cayó al suelo, pero no tiene por qué estar contagiada —sugirió el pelirrojo.

—Sí —aceptó Paris—, pero también podría estarlo. —Miró a Nathan—. Joder, Nathan, tenemos que encontrar a esa persona de inmediato. Hay que aislarla, hacerle pruebas... necesitamos los datos del estudio, Ray.

—Escuchad, a ver qué os parece —dijo el coronel—. Paris, te consigo ahora mismo los datos que necesitamos para que les echéis un ojo. Nathan, ¿podrías hablar con tu amiga, la jefa de policía? Tal vez ella sepa algo sobre algún comportamiento irregular.

—¿Para esto me has hecho venir?

—No, claro que no. Quería que vosotros os encargarais del antídoto... esto solo ha acelerado el proceso, pero ruego que sea una falsa alarma.

Paris se levantó de golpe.

—Aquí estamos perdiendo el tiempo —dijo—. Necesitamos mirar ya esos datos, ¿los tienes todos?

—Todo lo que hay, sí —contestó el coronel—; te lo traeré. —Se giró a su hijo—. Cuando sepas algo...

—Te lo diré, descuida.

El coronel le entregó a Paris las llaves del archivo donde podía encontrar la información de que disponían y salió de la sala tras hacerle un gesto a Hunter. Este se quedó unos segundos delante de Nathan, como queriendo explicar algo, pero terminó por sacudir la cabeza y seguir a su coronel. La puerta se cerró tras ellos, dejándolos solos.

—Ojalá sea un error —murmuró Paris—, detesto luchar contra cosas que desconozco.

—No lo he visto muy preocupado —observó el chico—. ¿Crees que será cierto todo lo que nos ha dicho?

—Pues deberían estarlo. —Ella meneó la cabeza—. Por Dios, ni siquiera saben qué produce. No sabemos qué podría estar circulando por ahí. —Lo miró—. Es tu padre, tú lo conoces bien, ¿suele bromear con estas cosas?

—No, qué va. Pero quién sabe, a lo mejor es una forma de presionarnos para que nos demos prisa.

Ella hizo tintinear las llaves.

—Vamos a enterarnos de qué va esto —dijo, yendo al archivo.

Abrió dos cajones que contenían todos los datos y cifras del proyecto, incluidas muestras. Cada uno cogió una parte y empezaron a leer con atención.

—Nathan —lo llamó ella, cuando ya llevaban un buen rato sin parar—, esta sustancia ataca directamente al cerebro... ¿qué es lo que pretendían, iniciar una guerra?

—Tal vez. O sea, que provoca trastornos cerebrales, que derivan en alteración del comportamiento... es bastante raro, ¿no crees?

—Y no solo eso. Crear un antídoto en estas condiciones es poco probable, por no decir imposible, y menos aquí. No hay tiempo, no hay materiales... debemos ser realistas.

—No sabemos nada de ese virus, ni siquiera el tiempo de incubación. Una persona podría llevarlo dentro durante cuatro días y después darse a conocer... —Dejó los papeles, suspirando—. Esto es un callejón sin salida.

—Sigamos —pidió ella.

5. La desaparecida

Las cuatro en punto. Emma había tenido una mañana ajetreada, de hecho, ni siquiera había salido a comer. Olivia, sargento y amiga suya, había aparecido cual ángel salvador cerca de las dos para traerle una bolsa con algo de comida, y Joel se había unido a ellas. Durante ese tiempo había estado demasiado entretenida con varios temas importantes, pero al mirar el reloj, de pronto Tuesday pasó por su cabeza. Agarró el teléfono y llamó a June, esta vez a su casa.

—Hola —su hermana contestó a la primera—. Justo ahora te iba a llamar, Em. No he conseguido hablar con Tuesday, no me coge el móvil.

—¿Qué hay del chico con el que estuvo?

—No le conocía de nada, no tengo su número. Ni siquiera me acuerdo de su nombre, aunque si llamo a David lo mismo él nos da su móvil.

—Hazlo y me avisas.

—Estoy preocupada —admitió al final June—. Ella no suele faltar tanto tiempo, y siempre contesta si la llamo yo, ¿crees que estará bien?

—Seguro, pero me quedaré más tranquila cuando esté en casa. Haz esa llamada y me cuentas

June colgó y fue a por su cazadora para recuperar el número que David le había escrito. Al marcar, comprobó que era el de la base militar; preguntó por él a un soldado, quien le pidió que esperara unos minutos mientras iba a buscarlo.

—¿Hola? —escuchó la voz de David.

—¿David? —preguntó ella titubeando—. Hola, soy... soy June, ¿te acuerdas de mí? Ya sabes, esa chica preciosa e inteligente con la que estuviste anoche.

—No recuerdo a nadie que encaje con esa descripción, la verdad —escuchó su voz al otro lado, con tono de cachondeo.

—Vale, me has pillado. Soy esa tía con granos y un culo enorme.

—Ah, June, ya me acuerdo... —De nuevo esa risa franca—. ¿Qué puedo hacer por ti? No es que quiera ser maleducado, es que me han pedido brevedad. Por algún motivo están llamando a todos los soldados para interrogarlos, no sé qué pasa.

—Tengo que preguntarte algo —dijo ella—. ¿Viste a tu amigo al regresar?

—No, me fui a la cama, ¿por qué?

—Tuesday no aparece por ninguna parte y estamos un poco preocupados por ella, ¿podrías decirle a él que se ponga?

—Lo intento. No cuelgues, June.

Se hizo el silencio y June se apoyó en el sofá para esperar; un momento después escuchó unos pasos apresurados que indicaban su regreso.

—Ahora están hablando con él —explicó—. No te preocupes, cuando salga le diré que te llame, ¿te parece? Seguro que tu amiga está bien. Estará durmiendo la resaca en casa de cualquier otra amiga.

—Gracias por tu ayuda —era sincera.

—Es lo menos que puedo hacer. Además, me lo pasé bien contigo anoche, así que si te apetece que volvamos a salir yo encantado.

—Es curioso. Tengo mucho sex-appeal para tener la cara llena de granos.

—Es tu cerebro el que me gusta, encanto —esa vez fue David quien se rio—. Ahora tengo que dejarte, pero hablamos, ¿vale?

—Está bien.

June colgó para telefonar a su hermana y decirle que no había novedades al respecto.

Emma se recostó en su silla giratoria y empezó a morderse una uña, gesto inequívoco de que empezaba a ponerse nerviosa. Joel vio su cara y apartó el informe que estaba repasando.

—¿Nada? —Ella negó—. ¿Quieres que salga a dar una vuelta? Miraré por ahí, tal vez la vea.

—¿No te importa?

—No, en absoluto. —El chico se levantó, cogiendo su cazadora y haciendo

sonar las llaves—Tardaré poco, prometido.

—Gracias. —Emma le sonrió, pero fue forzado.

Mientras esperaba a que Joel regresara o llamara con alguna buena noticia, se dedicó a pensar. Lo más probable era que Tuesday estuviera por ahí, quizás durmiendo en la casa de otra de sus amigas... no debería preocuparse, pero lo hacía. La ley decía que no se podía denunciar una desaparición hasta pasadas cuarenta y ocho horas, así que, ¿qué podía hacer, aparte de esperar? Solo le quedaba buscarla por su cuenta o investigar. Justo lo que estaba haciendo su teniente en ese mismo momento, husmear cual sabueso. Preguntaría aquí y allá, en este bar o en el otro, hasta que alguien le dijera donde se tomó la última copa y quién era el tipo que la acompañó hasta su coche. Lo que hiciera falta.

Sin embargo, cuando Joel regresó una hora después, lo hizo con las manos vacías. No solo no la había visto él, sino que no había conseguido averiguar posibles lugares donde pudiera estar; nadie la había visto desde el día anterior.

—Ah, y el chico Houser quiere hablar contigo —añadió—. Dolce me ha pedido que te recuerde que debías llamar al alcalde para que habléis de su hijo.

—Se me había olvidado —refunfuñó Emma.

Salió con el ceño fruncido y fue hasta la zona donde estaba el calabozo. Solo había dos celdas y no demasiado grandes, porque Little Falls era un sitio pequeño y, si por casualidad daban con un delincuente de los que había que tomar en serio, rápidamente lo desviaban a Minneapolis.

En una de ellas había un chico sentado, con tal cara de aburrimiento que durante un momento, Emma se compadeció de él. Era un chico moreno, delgado y atractivo, pero también consentido e inmaduro, dos aspectos de su personalidad que debía agradecer a ser el hijo del alcalde.

—¡Ya era hora! —gruñó al verla—. ¿Hasta cuándo piensas tenerme aquí? ¡No me puedo creer que mi padre no te haya llamado aún!

—Sí que lo ha hecho, pero tenía otras preocupaciones antes que esta. Y no te viene mal aprender la lección, quizá así dejarías de meterte en líos gratuitos.

—Mira, Emma, te prometo que esta vez no fue culpa mía. El tipo se me tiró encima y no tuve tiempo ni de pestañear. —Vio su mirada escéptica—. Te digo la

verdad, ¿vale? Ya sé que me tienes manía, pero...

—Yo no te tengo manía —replicó ella con serenidad—. Pero estoy harta de que creas que puedes hacer lo que quieres siempre, francamente. Y no nos engañemos, tú nunca eres la víctima, Scott.

—Bueno, su novia me guiñaba el ojo —se defendió Scott como pudo.

—Mira, llamaré a tu padre en cuanto pueda, ahora hay otras cosas más importantes. —De pronto recordó algo y se acercó hacia los barrotes—. Tú conoces a Tuesday Latch, ¿no?

—Sí, tenemos amigos en común, ¿por qué?

—Anoche no volvió a casa.

—Bueno, no es tan raro. No trabaja en nada, no tiene que preocuparse por volver... estará siguiendo la juerga en algún otro lugar, ya la conoces.

—Nadie la ha visto.

Scott se acercó hacia ella y se detuvo justo en frente.

—Pregúntale a su novio —sugirió.

—¿Sabes quién es?

—O sea, que necesitas mi ayuda. —Él puso una sonrisa encantadora, pero la quitó cuando vio la mirada fulminante que le lanzaba Emma—. Vale, vale. Tiene un lío con un soldado, se llama Connor Riker. Últimamente los he visto varias veces juntos. Un tío de ojos claros con una cara un poco rara, no muy grande. Tiene labia. —Observó curioso como ella anotaba toda la información en su libreta—. ¿Es sospechoso de algo?

—Aún no lo sé. —Emma cerró la libreta y se la guardó—. Gracias. En seguida me pondré en contacto con tu padre, hasta entonces no molestes.

—A sus órdenes. —Scott Hauser regresó al banco del que se había levantado.

Emma abandonó el calabozo; cuando llegó hasta su despacho, Joel ya estaba allí intercambiando impresiones con Olivia.

—¿Sigue borracho?

—No, parece que se le ha pasado ya —explicó ella—. Aunque ni tan mal, porque recordé que él y Tuesday Latch pertenecen al mismo grupo de amigos, así que le hice un par de preguntas. Me ha dado el nombre completo del novio de Tuesday, Connor Riker. No me va a quedar otro remedio que llamar a la base.

David estaba apoyado en la pared, esperando a que Connor saliera del cuarto donde le estaban haciendo las preguntas rutinarias que al parecer estaban haciendo a todos los soldados. A él ya se lo habían hecho, no sabía qué pensar del tema, pero la llamada de June sobre Tuesday le había dejado intranquilo. Justo en ese momento su amigo salió, así que se acercó a él.

—¿Podemos hablar? —dijo—. Yo también he estado en la sala de interrogatorios, ¿qué es lo que sucedió anoche, tío?

—Nada y baja la voz. —Connor lo agarró del brazo para llevarlo a un rincón y así ocultarse del flujo de soldados que iban y venían.

—Están preguntando dónde estuvimos todos y si anduvimos metiéndonos en zonas prohibidas de la base, como el laboratorio. Tú estuviste aquí con Tuesday y si sumo dos y dos estoy casi seguro de que fuisteis vosotros, ¿qué coño hiciste?

—¡Nada! Solo divertirnos un rato, eso es todo. No tocamos nada, lo prometo. —Lo miró con cara de angustia—. No se lo habrás contado...

—No, pero esperaba que lo hicieras tú.

—¡Y una mierda! Si confieso me meteré en un lío, Dave. Nadie vio nada, el soldado de guardia estaba frito y esquivé las cámaras, así que no tienen por qué enterarse.

—Pero joder, puede ser un asunto serio —insistió David preocupado—. Es un jodido laboratorio, allí hay todo tipo de cosas y quién sabe por qué preguntan... además, ¿es que no te preocupa que Tuesday no aparezca?

Connor pareció exasperado e hizo un gesto de desesperación con las manos.

—Maldita sea, Dave, ¡no lo sé! —siseó—. La dejé sola unos minutos, ¿vale?

No sé si tocó, robó, rompió o quemó algo por que no estuve todo el tiempo con ella.

—Madre mía. —David se frotó la cabeza—. Hay que decirlo, Connor. No sabemos de qué va todo esto.

—Espera. —Connor le cogió la muñeca suplicante—. Deja que antes intente localizarla, ¿sí? Si la encuentro y logro traerla mataremos dos pájaros de un tiro.

David parecía dudar entre la lealtad a su amigo y la intranquilidad y preocupación que le sugerían la rapidez con que se habían movilizad los militares para preguntarles. Los temas de laboratorio no había que tomarlos a broma, o eso le parecía.

—Vale —aceptó al final—, te doy una hora. Si en ese rato no has conseguido localizarla, iré a hablar yo mismo con el sargento Clive.

—Me parece justo.

—¿Ella estaba bien cuando se fue?

—Todo pasó muy deprisa —explicó Connor—. Estábamos casi fuera, yo iba a acompañarla tal y como había prometido. Pero justo entonces el soldado de guardia me pilló... no tuve más remedio que regresar a mi cuarto.

—Y ella tuvo que irse sola —acabó David meneando la cabeza—. Joder, Connor.

—¡No pude hacer nada! —Y al darse cuenta de que casi estaba gritando, Connor bajó de nuevo la voz mirando a su amigo—. ¿Crees que podré conseguir un permiso de un rato? Sé bien el camino que hicimos... a lo mejor se cayó, o se ha roto algo, yo que sé. Quizás se le terminó la batería del móvil.

«Es una posibilidad», pensó David. El bosque que comunicaba Little Falls con la base era extenso y no era disparatado perderse de noche en él. No era ninguna locura que Tuesday se hubiera tropezado o roto algo y se encontrara por allí tirada; la simple idea hizo que se le pusiera un nudo en el estómago.

—Vamos a ver si el sargento nos permite salir —dijo acercándose a Connor.

—¿Me acompañas? —preguntó este esperanzado y vio como David asentía—. Gracias, de verdad. Lo único que quiero es que aparezca y que éste lío se calme.

—La encontraremos —dijo David con seguridad—. Vamos.

El coronel Thomas decidió asomar la cabeza a la sala privada donde había dejado a su hijo y a Paris, leyendo y estudiando los datos del proyecto. Llevaban horas sin parar y el horario de la comida hacía rato que había pasado, de manera que ordenó a Hunter que trajera algo de la cocina y cuando éste lo hizo ambos entraron.

—¿Cómo vais? —inquirió, depositando la bolsa sobre la mesa—. Traemos comida, debéis tener hambre. —Ninguno le hizo demasiado caso, ambos concentrados en el montón de papeles que tenían estirados ocupando todo el espacio.

—Déjala ahí —repuso Paris.

—¿Has llamado ya a tu amiga para enterarte de si ha habido algún incidente extraño? —preguntó el coronel mirando a Nathan.

—Todavía no.

No le apetecía mucho hacer esa llamada. Después de lo que había sucedido sí que tenía ganas de hablar con ella, de saber qué tal iba su día o cualquier otra cosa, pero llamarla solo en plan virólogo para hacer un sondeo... Joder, le daban ganas de estampar todos aquellos papeles en la cara de su padre.

—Nathan —le dijo con cierta rigidez en la voz—. Es importante. Cuanto antes sepamos si hemos de actuar mejor.

Ahí tenía razón. El coronel Thomas puso el teléfono junto a él y se sentó a su derecha, decidido a esperar, mientras Hunter permanecía en la puerta apoyado sin mediar palabra; sin embargo, cuando Nathan iba a marcar se vieron interrumpidos por un zumbido que provenía de la oreja del pinganillo que llevaba puesto el coronel.

—¿Sí? —Lo oyeron responder—. Oh. Vaya. Sí, sí, claro pásamela al teléfono del laboratorio. Gracias, teniente Wallace. —Se quitó el pinganillo y pulsó un botón haciendo que la llamada pudiera así escucharse en voz alta—. ¿Hola? Aquí el coronel Thomas.

—Hola, coronel. Le habla Emma Jefferson, de la comisaría de Little Falls.

—Hace mucho tiempo, Emma, ¿cómo estás?

—Bien, gracias. Pero llamo por un asunto oficial, no para charlar.

El coronel alzó una ceja y miró a su hijo, que se encogió de hombros. Ni Paris ni él habían abierto la boca, si el coronel hubiera querido que Emma estuviera informada de su presencia ya habría comentado que estaban allí. Así que se mantuvieron quietos y en silencio, exactamente igual que estaba haciendo Hunter.

—Adelante, te escucho.

—Tenemos a una chica desaparecida desde anoche, coronel, y la última persona en verla resulta que es uno de sus soldados. Se llama Connor Riker.

—Me temo que no entiendo...

—Tranquilo que lo explico —respondió ella—. Al parecer necesitaban un lugar donde intimar un poco y fueron a la base militar. No tengo claro en qué parte, pero...

El intercambio de miradas fue significativo.

—De manera que estamos buscando al cabo Riker para hablar con él, a ver si puede arrojar algo de luz sobre donde puede estar la muchacha —continuó Emma.

—Y eso fue anoche, ¿correcto?

—Exacto. La chica se llama Tuesday Latch. No hará falta que diga que si por casualidad se encontrara aún en sus instalaciones me avise de inmediato, ¿no?

Nathan contempló a su padre, esperando que informara a Emma de lo sucedido en el laboratorio y cómo eso parecía estar conectado a la desaparición de la joven. Ahora estaba claro qué había sucedido y parecía relativamente sencillo, solo había que encontrarla y ponerla en cuarentena para observar los efectos del virus y para eso, la policía de Little Falls podía ayudar.

—Te llamo en cuanto dé con el cabo Riker, Emma —dijo el coronel antes de cortar la línea. Hizo una mueca y alzó la mirada hacia su teniente coronel—. Vale, ya tenemos algo.

—¿Por qué no la has avisado de lo que pasa? —preguntó su hijo al momento.

—No, ni loco, no quiero que la policía se meta en esto, Nathan. —Los miró con gesto tajante para que les quedara claro—. Es un proyecto secreto del ejército, si por el motivo que sea llegara a la opinión pública... cundiría el pánico, ¿o no, teniente coronel Cooper?

—Así sería —lo apoyó éste.

—Ray... —empezó Paris—, me parece que no lo entiendes. No sabemos qué tenemos entre manos, desconocemos qué efectos puede provocar ese virus. Hay que encontrar a esa chica y aislarla de inmediato, antes de que ocurra algún accidente, y para eso tenemos que poner en aviso a la policía de Little Falls.

—Vamos a necesitar su ayuda —añadió Nathan dirigiéndose a los dos—. No podéis coger a vuestros soldados y soltarlos por el pueblo sin más. Tenéis que explicarle a ella lo que ocurre y colaborar juntos. Si salís ahí para buscar a una civil sin informar y os la lleváis estarías pasando por encima de su jurisdicción.

—Posse comitatus —comentó Hunter sin alzar la voz—, es la ley que prohíbe al ejército meterse en jurisdicción civil. No podemos interferir en las labores de la policía, y son ellos quienes han empezado a buscarla primero. —y esperó a que el coronel respondiera algo.

Éste negó con la cabeza, como si la observación que acababa de hacer su hombre no tuviera la menor importancia.

—Dentro de la base o fuera con personal nuestro quedarían bajo jurisdicción militar —dictaminó.

—Sé razonable —insistió Nathan—. Gracias a ella tenemos un nombre y ya sabemos qué buscamos, no seas cabezota.

Los dos observaron cómo se levantaba y cogía el teléfono, quitando el cable.

—Coronel... —empezó Hunter, desconcertado.

—¿Qué demonios haces? —preguntó Paris.

—No quiero que habléis con nadie —decidió el coronel—. Seguid trabajando en eso. Nosotros vamos a ver si encontramos al cabo Riker para que podamos

interrogarlo, así habrá datos más exactos de lo que sucedió anoche. —los miró de reojo—. Y buscaremos a la chica.

—Papá —Nathan se levantó para seguirlo hasta la puerta—, no debes actuar de forma unilateral en un caso así. —el coronel le dio la espalda mientras aguardaba a que la puerta exterior se abriera, tratando de ignorar a su hijo—. ¡Papá! ¡Puedes provocar una epidemia!

La única respuesta que recibió fue el chirrido de la puerta, cerrándose tras la salida del coronel. Nathan lo vio alejarse con expresión furiosa, pero se dio la vuelta y regresó junto a Paris.

—Entrará en razón, ya verás —le dijo ella—. Nos necesita.

—Espero que aciertes. —Nathan se dejó caer en la silla y se pasó la mano por el pelo con un suspiro.

Una vez que la puerta estuvo cerrada a sus espaldas, Hunter dio alcance al coronel.

—Señor —dijo, con una voz que distaba mucho de ser la firme a la que su coronel estaba acostumbrado—. Señor, no puede retenerlos ahí sin más.

—Claro que puedo —dijo él sin detenerse—. Y no es lo único que voy a hacer. Pon en marcha los inhibidores de frecuencia para que no funcionen los móviles, no quiero que puedan hacer llamadas a nadie.

—Coronel Thomas, quizás debería escucharlos. Ellos son quienes mejor entienden las posibles consecuencias de que un virus se extienda... además, no podemos pasar por encima de la policía.

Thomas se detuvo, tan de golpe que Hunter por poco se estrelló contra él. Cuando lo miró, sus ojos azules fríos como el hielo se enfrentaron a él.

—Coge a un grupo de tus soldados. De los buenos, no de esos que son capaces de dispararse un pie —repuso—. Ve a Little Falls a por esa chica y tráemela, mejor viva que muerta. Evita a la policía.

—¿Que los evite? ¿Y qué sucede si nos ven, que será lo más probable?

—Cuéntale cualquier cosa, que estáis de maniobras.

—Emma Jefferson no es estúpida —fue su único comentario.

—Pues pasa por encima de ella si es necesario, ¿entendido? —fue prácticamente un gruñido—. Haz lo que tengas que hacer, pero quiero a esa chica como sea.

—¿No nos llevamos los trajes NBQ?

—Dudo que sea necesario ponerse esos trajes anti contagio. Además, si aparecéis con máscaras llamaréis demasiado la atención. Pero mantenme informado en todo momento.

Dicho aquello, le dio la espalda y continuó su camino mientras Hunter lo veía alejarse. Ya desde que había entrado por primera vez al laboratorio acompañando a su coronel se había dado cuenta de que ese asunto apestaba... bueno, se había dado cuenta unos días antes, a decir verdad, tras abrir cierta cámara frigorífica que había abajo y que a saber dónde estaría ahora. Pero las intenciones del coronel, que ni siquiera escuchaba lo que le decía su propio hijo... En fin, tenía órdenes que cumplir, deseaba que pudieran encontrar a la paciente cero sin que los viera nadie, y menos la policía. Conocía de sobra el carácter de Emma y además, no podían pasar por encima de ellos, sin más, por mucho que el coronel lo dijera. ¿O sí podían?

Esperaba no tener que averiguarlo.

David observó cómo empezaba a atardecer, cada vez más intranquilo. Por la mañana habían conseguido que el sargento Clive, un tío bastante enrollado en general, les diera un permiso para salir unas horas, y los dos habían comenzado a rastrear el bosque que comunicaba Camp Ripley con Little Falls usando su formación y experiencia militar en rastreo. Sin embargo, a medida que pasaban los minutos, la esperanza de hallar a Tuesday se desvanecía, dejando en el aire el hecho de que cada vez estaba más claro que la joven no estaba durmiendo la mona en algún otro lugar. Connor hacía ya rato que estaba callado, perdido en sus pensamientos y seguro que sintiéndose culpable porque no la había acompañado la noche anterior. Algo en lo que David estaba de acuerdo, pero pensó que era mejor no comentarlo, no quería que se sintiera peor.

Estaban ya en el pueblo y el rubio de nuevo sacó su móvil, para ver si podía llamar a June.

—Sigue sin haber cobertura —comentó, guardándolo—. Sí que es raro. —Se volvió para mirar a su amigo, que seguía en silencio—. ¿Connor?

—Qué.

—Creo que deberíamos ir a hablar con el sargento Clive. O con el teniente Cooper, pero hay que informar. Esto está relacionado con el movimiento de la base.

—Busquemos un poco más, por el pueblo —pidió Connor, al fin reaccionando—. Podría estar en cualquier parte. Dave, la gente no desaparece de la noche al día.

—Mira. —David sujetó al chico por los hombros—. Yo más que nadie deseo que de pronto Tuesday aparezca y todo esto se quede en un susto. Pero mientras tanto, tenemos que contar lo de anoche por que podría ser importante.

—Joder... me van a crucificar, tío... —Connor parecía desesperado—. Entramos en un lugar prohibido y a saber qué pasó, porque si nos buscan es por algo... Ojalá pudiéramos enterarnos sin tener que recurrir a la base.

David se quedó pensativo unos segundos, mientras observaba el camino que les quedaba hasta Little Falls. Hizo un cálculo rápido, cubrir lo que restaba de bosque les llevaría media hora como máximo, aún no sería noche cerrada.

—Recuerdo que June me contó que su hermana era jefa de policía —le dijo a su amigo—. Es posible que ella sepa ya algo sobre el tema, ¿quieres que nos acerquemos a preguntar?

—Sí, es muy buena idea. Con suerte igual está con ella —dijo esperanzado.

Y echó a andar tras el rubio.

Hunter estaba organizando su equipo por el walkie talkie cuando se le aproximó la comandante Sand, su mano derecha. Llevaban juntos desde que Hunter había regresado a Camp Ripley, y no carecía de capacidad y ambición; le habían surgido oportunidades de ascender mediante traslado, pero hasta ese momento había elegido permanecer a su lado. A veces, Hunter se preguntaba qué podía gustarle tanto a Alexis de la vida militar; tenía veintiséis años, era alta, musculada y guapa, seguro que había mejores opciones para ella y sin embargo, ahí

seguía. Y siendo tremendamente eficaz, además.

—Teniente —dijo haciendo el saludo y relajándose un segundo después—, ¿qué pasa?

—Ven. —Hunter se apartó un poco para no ser oídos—. Estoy preparando dos hummers, vamos a Little Falls en misión secreta.

—¿Misión secreta? —preguntó Alexis con los ojos como platos—. ¿Cuántos?

—Dos equipos. Quiero al sargento Clive, al teniente Wallace y al capitán Scalia conmigo, solo por si acaso. Tú también.

—¿Y qué hay del teniente primero Johan?

—Puedo prescindir de él —Hunter ignoró la expresión de Alexis. No podía ver al teniente primero Johan ni en pintura, mucho menos llevárselo para trabajar juntos—. Y también necesito unos cuantos soldados, encárgate de que estén listos en media hora.

—Media hora... —Lo miró inquieta—. ¿De qué se trata, teniente?

—Te lo explicaré por el camino, ahora no hay tiempo que perder. Esto son órdenes directas del coronel Thomas.

Alexis asintió, abandonando las preguntas, y se marchó directa a cumplir lo que su superior le había pedido. Jamás cuestionaba ni una sola de sus decisiones, como debía ser... cosa que él no hacía con el coronel Thomas, pero claro... era complicado, sobre todo si no estabas de acuerdo con sus decisiones.

Hunter fue hacia el hangar para comprobar que los vehículos estaban listos y también echó un vistazo a sus armas y la munición, aunque fue más por protocolo. En un caso así no tenía necesidad alguna de abrir fuego contra nadie, menos si iban a tener civiles cerca. Deseó poder encontrar a la joven sin que hubiera ninguna complicación, ni tener que dar explicaciones a nadie... no le parecía bien, pero no podía desobedecer al coronel sin más. Aún recordaba las palabras de su amigo sobre la epidemia y eso lo intranquilizaba. Por otro lado, si lograba hacerse con el foco de infección, todo aquello quedaría en una mera anécdota.

Continuaba auto convenciéndose cuando se le acercó un soldado con un sobre.

—De parte del coronel Thomas, señor.

Hunter lo abrió, comprobando que se trataba de una foto de Tuesday Latch. Parecía sacada de alguna red social.

En aquel momento, al fin regresó Alexis con el grupo de soldados que había reclutado, ocho en total, y los tres cargos que había solicitado él. El sargento Clive, más conocido en la base como «Cara Bonita», era un chico joven y de compleción robusta; además de su atractivo físico, poseía una puntería envidiable y era simpático, por ese motivo resultaba popular entre los soldados en general. Al igual que Alexis, nunca cuestionaba las órdenes que se le trasladaban y ese hecho hacía que fuera igualmente reconocido entre superiores.

—Teniente coronel —le saludó.

—Sargento —Hunter respondió a su saludo.

—Teniente coronel —ese fue Wallace, que acababa de cuadrarse ante él.

El teniente Wallace era un gigante que medía al menos metro noventa; un hombre de pocas palabras, pero del tipo que deseabas tener cerca de ponerse las cosas feas. En la lucha cuerpo a cuerpo era el mejor y famosas eran ya en Camp Ripley las negativas a hacer prácticas de ese tipo con él como contrincante. Su cuerpo, duro como una roca, contrastaba con su cara de niño bueno.

Por último, estaba el capitán Scalia. Reth disfrutaba del visto bueno del mismísimo coronel Thomas, de manera que todo el mundo se dirigía a él con respeto. Aunque no abusaba de ello, siempre andaba con esa confianza que dejaba claro que era casi intocable. Hunter no llegaba a comprender bien qué veía el coronel Thomas en aquel tipo, porque aunque no le caía mal ni le parecía poco profesional, bien cierto era que los había mejores y más preparados. Su punto fuerte era su experiencia conduciendo y manejando los hummers, que era el motivo por el que en ese momento se encontraba en su equipo.

—Trece personas. —Alexis lo sacó de sus pensamientos—. ¿Serán suficientes?

—Sí, creo que sí —dijo Hunter y se acercó mientras todos se colocaban frente a él—. Muy bien, las órdenes son ir a Little Falls y encontrar y traer con vida a la civil sospechosa de haber estado aquí anoche.

—¿Tenemos su nombre y descripción? —preguntó el teniente Wallace.

Hunter estaba preparado para aquella pregunta. Sacó la foto que le había proporcionado poco antes el coronel Thomas y la mostró a su equipo. Hubo silencio durante unos minutos mientras ellos estudiaban y memorizaban la cara de aquella foto.

—Se llama Tuesday Latch. Se supone que estuvo en el laboratorio anoche, así que vamos a traerla a la base para ponerla en cuarentena, ¿entendido?

Todos asintieron sin hacer comentarios.

—Por cierto —preguntó Hunter—, ¿se sabe algo ya del cabo Riker?

—No —comentó Clive—. Esta mañana les di un permiso de cuatro horas, pero ni él ni el soldado Strike han regresado a la base.

—Estupendo —murmuró Hunter con ironía.

El coronel Thomas había prometido llamar a Emma cuando localizara a Riker, y si aquello no sucedía pronto, la jefa de policía empezaría a sospechar. No quería que eso sucediera, de modo que tenían que tratar de llevar a cabo la misión de forma limpia y rápida y así lo trasladó a su equipo. Hubo conformidad general, de manera que Hunter hizo un gesto y todos se repartieron en los hummers para ponerse camino a Little Falls.

6. El mando es mío

Joel miró su reloj y comprobó que eran las ocho. Normalmente a esa hora ya se habría marchado, pero no quería dejar a Emma sola y ella, al parecer, no tenía la menor intención de abandonar la comisaría. Seguía esperando que la llamaran de Camp Ripley, pero el teléfono no sonaba y aquello la irritaba, así que Joel fue a buscar un café y regresó.

—Mira lo que te traigo —dijo, acercándolo a su mesa—; y no es de la máquina, sino de los buenos, que he ido a la cafetería de Mel a buscarlo.

—Gracias. —Ella lo cogió con una mueca—. No sé por qué los militares

presumen tanto de rectitud y compromiso, hace horas que me dijo que llamaría y nada. Ese tío siempre ha sido gilipollas.

—Pobre suegro... —empezó a bromear Joel, que tardó poco en notar que Emma no estaba de humor—. Perdón. Era una broma. Ya me conoces. —Se sentó frente a ella—. ¿Te preocupa algo? Me refiero además de la desaparición de Latch.

—No me fío del coronel.

—¿Por qué? Estarán buscando al chico, seguro, y en cuanto lo encuentren te llamará. Puede que haya imaginado que ya estarías en casa y que para hablar con el policía de guardia mejor esperaba a mañana.

Ella negó con la cabeza.

—Tú sabes cómo son los militares. Hemos crecido con ellos —replicó—. Si dicen que van a hacer una cosa, la hacen y punto. Si Thomas se hubiera puesto a buscar al cabo nada más colgarme el teléfono, ese chico ya estaría sentado aquí hace tiempo. No, algo no me cuadra.

—¿Has tenido noticias de tu ex novio, novio, amigo o lo que demonios sea? —De nuevo Joel la vio negar despacio—. No te preocupes, seguro que está hablando con los niños y después te llamará a ti.

—Joel... —Emma iba a decirle cualquier burrada cuando su móvil empezó a vibrar. Miró la pantalla y descolgó—. ¿June?

—Hola —saludó su hermana—. Ya veo que no piensas venir a casa, ¿se sabe algo de Tuesday? ¿Al fin localizaron a Connor?

—No a las dos cosas, pero sigo esperando que me avisen.

—¿Puedo pasarme por allí? Aquí me siento impotente. E intranquila —pidió June—. Solo estaré un rato, prometido.

—Como quieras, pero por Dios, ten cuidado. Solo me faltaba que desaparecieras tú también —refunfuñó Emma antes de colgar. Se volvió hacia Joel—. Si dentro de un rato no me ha llamado, le mandaré una orden formal, dile a Dolce que la vaya redactando.

—¿Seguro que puedes hacer eso?

Emma se encogió de hombros, le daba igual. Estaba harta ya de soldaditos que pensaban que podían pasarse a la policía por el forro cuando les apetecía; a sus ojos, el coronel Thomas estaba ocultando información y eso era lo que importaba.

—Tú díselo. ¿Quién tiene guardia de noche hoy?

—Creo que Olivia, pero me entero. De todas maneras ya sabes que hasta las nueve estaremos aquí por si acaso, incluso yo puedo quedarme contigo hasta que decidas que has esperado suficiente.

—Entonces, si no te importa podrías ir a buscar algo de comida —sugirió ella—. Así compensarás ese desagradable comentario que has hecho antes.

—De acuerdo, expiaré mi falta trayéndote montones de calorías. —Joel sonrió—. Vuelvo enseguida con la información y la cena.

Emma se quedó sola tras salir Joel y observó pensativa su móvil. Le extrañaba que Nathan no la hubiera llamado en todo el día; lo conocía bien y él era de los que respetaba los rituales de cortesía sin excepción. Si Nathan decía que iba a llamar, lo hacía. Igual que si lo decía un militar, ambos cumplían su palabra.

Bueno, pues quizá no había tenido tiempo. O ganas, o la suma de las dos cosas... pero de cualquier forma, eso no era lo que debía preocuparle en aquellos momentos. Su intuición le estaba gritando desde algún lugar de su cabeza y Emma siempre, siempre le hacía caso. La había sacado de ciertos apuros más de una vez y, en ese momento, en ella predominaba el desasosiego, la sensación de estar perdiéndose algo importante. Se levantó de su silla y se puso a pasear como un león enjaulado... ¿y si cogía el coche e iba a Camp Ripley? Pillaría por sorpresa a Thomas y si ocultaba algo, no tendría tiempo de preparar ninguna excusa... pero no podía. Estaba buscando a Tuesday Latch y ni siquiera debería estar haciendo eso, ya que aún no habían transcurrido las cuarenta y ocho horas oficiales. No le quedaba más remedio que sentarse y esperar que aquel capullo uniformado se dignara a telefonar.

Joel regresó un rato después, con Olivia y una bolsa de comida que puso en la mesa.

—Podéis marcharos a casa —ofreció la recién llegada, al ver sus caras—. Lleváis aquí todo el día. Prometo que si llama alguien o me entero de cualquier cosa que tenga que ver con Latch te aviso, Em.

Emma estuvo tentada de aceptar. Estaba cansada y era probable que a esas alturas no viera las cosas con perspectiva... puede que necesitara dormir y así dejaría de tener aquellas ideas. Se planteó decir que sí, pero en aquel momento tocaron en la puerta y entró June.

—Ya estoy aquí —saludó—. No vas a adivinar lo que he encontrado, Em.

Y se hizo a un lado para dejar paso a dos jóvenes vestidos de soldado.

—¿Quiénes son? —quiso saber Olivia con curiosidad.

—Os presento a David Strike —June señaló al más alto y serio de los dos—. Y Connor Riker. Son soldados de Camp Ripley.

Emma se puso en pie tan deprisa que por poco le tiró la comida encima a Joel; este se apartó a la velocidad del rayo soltando una maldición.

—¡Mierda, Em, casi me pones perdido! —exclamó.

—¿Tú eres Connor Riker? —Fue directa a la puerta y cerró—. ¿Sabes que llevo intentando contactar contigo desde esta mañana? En teoría, vuestro coronel iba a avisarme cuando te localizara.

—Nos fuimos pronto —explicó David—. Queríamos rehacer el recorrido que hicieron ellos la noche anterior. Ya sabe, por si podíamos encontrarla... cabía la posibilidad de que se hubiera roto algo y estuviera en el bosque a la intemperie, o a saber. A veces hay animales salvajes.

—¿Y habéis encontrado algo? —preguntó Joel, dejando de sacudirse la ropa.

David movió la cabeza a ambos lados de forma negativa, lo que derrumbó la leve esperanza que acababa de crearse en el despacho.

—Bueno —Emma retiró una silla y empujó de forma amable pero firme a Connor para que se sentara en ella—. Cuéntame. —Se apoyó en su propia mesa de brazos cruzados—. Y no te dejes nada.

Connor tragó saliva, intimidado por la mirada directa de aquella mujer. Ni siquiera parecía mucho mayor que él, pero acojonaba un poco. Hizo un relato breve de lo sucedido, cómo habían ido a la base, entrado al laboratorio y después salido para marcharse.

—Entonces se marchó sola y no has vuelto a verla —Emma suspiró—. ¿Y eso es todo? ¿No hay nada más, algo que te llamara la atención, cualquier cosa?

—Bueno —se metió David de pronto—, solo que esta mañana en la base andaban interrogando a todos los soldados. Sabían que alguien entró en el laboratorio y querían averiguar quién era... parecían nerviosos.

—¿Os interrogaron? —preguntó Joel y David asintió—. ¿A qué hora?

—Alrededor de las once, tal vez. Luego fuimos a pedir un permiso a nuestro sargento para ver si recorriendo el bosque podíamos averiguar algo.

—Entonces, cuando llamé al coronel él ya había hablado contigo. —Emma le dio un toque a Connor en el brazo, haciendo que él pegara un respingo. Asintió de manera frenética—. Lo sabía, joder, sabía que no decía la verdad, y ahora...

Su voz se vio interrumpida por la puerta, que se abrió de golpe dando paso a un agitado Malone, el patrullero.

—¡Emma! —dijo jadeando—. Viene alguien.

—Pero, ¿qué demonios...?

—Creo que es Tuesday Latch.

Solo era una figura en la lejanía, constató Emma una vez estuvo en la calle. Todos los miembros de la comisaría habían salido fuera, incluida Dolce, que se mantenía de forma prudente por detrás del resto.

«Un blanco fácil», se dijo la jefa de policía, sin saber bien por qué había tenido ese pensamiento.

Joel permanecía a su lado, como un perro fiel: siempre lo hacía. Puede que ella fuera la jefa, pero eso le daba igual, él consideraba que era su deber protegerla. Olivia también estaba a su derecha y, por detrás, Morrigan, Malone y el detective Chase, todos tratando de reconocer en la figura que se aproximaba de manera torpe la cara de la desaparecida.

Aunque Emma había ordenado a su hermana pequeña que se quedara en el interior de la comisaría, esta no le hizo caso. Era su mejor amiga de quien hablaban, demonios, y quería comprobar si se encontraba bien; así que allí estaba, helada de

frío y con dos soldados, uno a cada lado, como si fueran a llevarla en custodia.

A medida que aquel cuerpo se iba acercando, Emma reconoció a la perfección a Tuesday Latch a pesar de su aspecto. Porque estaba horrible: llevaba su top roto por varios sitios y los vaqueros llenos de arañazos y manchas de tierra. Su melena pelirroja parecía haber pasado por el centro de un huracán; el maquillaje de ojos estaba esparcido por su cara. Tenía heridas en los brazos, en el escote, en la parte del estómago que asomaba por encima de sus pantalones, en las mejillas... Le sangraba el labio y la nariz, aquel color rojo en fuerte contraste con la enfermiza palidez de su piel. Sin embargo, lo peor no era aquello... Cuando Emma al fin la vio de cerca, notó que aunque miraba hacia delante, no veía. Sus ojos estaban perdidos. Y temblaba, de pies a cabeza, con sacudidas incontrolables.

—¿Tuesday? —empezó a gritar June, al ver el estado de su amiga.

—Que no se acerque —ordenó Emma a Olivia, que se rezagó para ir junto a June—. ¿Tuesday? —la llamó con voz clara—. Ayúdame, Malone.

Este se adelantó para ponerse a su altura y fueron al encuentro de Tuesday, mientras Joel les seguía con una expresión difícil de definir.

—Dios mío... —Escuchó Emma murmurar a su joven patrullero, impresionado.

Tuesday se paró en seco frente a ellos; aún parecía ida, pero parpadeó repetidas veces tratando de enfocar con la mirada. Emma se acercó para examinarla: aunque su ropa estaba arañada, no se la habían arrancado, así que descartó una agresión sexual. Las heridas del cuerpo y la cara no eran graves pese a su aspecto escandaloso y no conocía ningún torturador que solo se conformara con propinar arañazos a sus víctimas. Eran el tipo de contusiones que presentaban las personas que se perdían en el bosque durante días... a excepción de aquellos ojos y de los temblores y su ansiedad.

—Tuesday, ¿puedes oírme? —le dijo manteniendo su voz calmada—. Soy Emma Jefferson. ¿Me oyes? Mírame. Mírame, vamos. —Le hizo un par de gestos para atraer su atención, pero excepto algunos balanceos de cabeza que parecían intentos por localizar de dónde provenía su voz, Tuesday no reaccionó—. Estoy aquí, chiquilla. Inténtalo otra vez.

Los temblores se intensificaron y empezó a agitarse.

—Está bien. —Emma abandonó sus intentos cuando Malone tuvo que sujetarla con ayuda de Morrigan, cada uno por un lado—. Tranquila, tranquila. Ya estás a salvo. —Se giró—Dolce, llama a una ambulancia. Creo que debería ir al hospital.

Al girarse, observó la expresión horrorizada de June, y no era la única; David y Connor parecían igual de asustados que ella. A decir verdad, todos estaban impresionados, ya que no solían tener lugar hechos como aquellos en el pueblo.

¿Qué le había sucedido a Tuesday? Su respiración se agitaba, su pecho subía y bajaba de forma violenta con cada inspiración, la siguiente siempre más ansiosa que la anterior.

—Va a tener un ataque de ansiedad —advirtió al verla—. ¡Traed una bolsa de papel, rápido! Y algo para taparla, una manta, lo que sea.

Morrigan entró a toda prisa a la comisaría y regresó al momento con la bolsa de papel y una manta que tenían abandonada en la sala donde tomaban el café. Se la echó por encima a Tuesday mientras Joel y Emma trataban de tranquilizarla con la bolsa de papel, instándola a coger y soltar aire de forma controlada. Los dos se miraron con inquietud.

—¿Qué hacemos? —preguntó él—. Hay que abrir una investigación.

—Por el momento esperaremos la ambulancia —replicó Emma—. Yo misma iré con ella. Lo más seguro es que la pongan en observación y...

—Emma... —la voz de Dolce emergió, con un timbre de miedo en ella.

—No estoy convencida de que la hayan agredido —siguió la rubia concentrada, casi más para sí misma que para Joel—. Es... como si se lo hubiera hecho ella misma.

—¿Por qué demonios haría algo así? —espetó él—. No tiene sentido. Lleva la ropa rota, está herida y fíjate en qué estado. —Señaló a la pelirroja, que continuaba respirando.

Emma apartó la bolsa de su cara para comprobar si estaba algo mejor, pero la ansiedad no parecía disminuir.

—Emma —insistió Dolce.

Esta se giró al escucharla; Dolce miraba hacia la carretera y cuando siguió sus ojos pudo comprobar lo que señalaba: dos hummers del ejército se acercaban por la carretera principal a buen ritmo. Se quedó contemplándolos muy erguida, sin dejar de preguntarse qué podían estar haciendo allí. Por lo visto no iba a tardar en comprobarlo, pues a unos cinco metros de donde se encontraban, los hummers se detuvieron. Mala señal. Emma se puso en guardia al momento cuando descendieron de los vehículos... Conocía varias caras, otras no, la mayor parte los soldados. Pero sí conocía a quien los dirigía.

—Hunter —dijo, con sorpresa—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Hola —saludó él dando unos pasos hacia ella. De pronto alzó un brazo y señaló a su derecha—, ¿esa es Tuesday Latch?

—Ajá —la respuesta vino de Joel, que se había acercado a su jefa—. La acabamos de encontrar. Vamos a llevarla al hospital, no tenemos claro que le ha pas...

Emma le rozó el brazo para que dejara de dar explicaciones.

—¿Qué hacéis aquí? —volvió a preguntar—. Y no me respondas que maniobras, porque no cuela.

Alexis se había adelantado para estar cerca de Hunter, sin perderlo de vista. Igualmente, el sargento Clive, el teniente Wallace y el capitán Scalia se mantenían detrás y Emma pudo percibir la tensión que emanaba de todos ellos.

—Mira, Emma —empezó Hunter sin alzar la voz—, tenemos que llevarnos a la chica a la base. Son órdenes del coronel Thomas.

Hubo un murmullo de sorpresa general y Emma se puso ante Tuesday de manera instintiva, haciendo que quedara tras ella y Joel y protegida por Morrigan y Malone.

—¿De qué hablas? Es una civil. No te la vas a llevar a ninguna parte —le dijo—. Ya puedes coger tus cacharros y tus soldaditos y volver a tu base.

—Escúchame —Hunter usó su tono de voz razonable, el que se utilizaba con los tontos—, no lo entiendes.

—Pues explícamelo. —Emma se cruzó de brazos.

—No puedo —se negó Hunter.

—Entonces no te la llevarás. No ha cometido ningún delito y sigue siendo una civil, así que no tenéis derecho... Sería algo así como secuestro, ¿no, Joel?

—Algo así —apoyó él, igual de ceñudo que la jefa de policía.

Hunter miró de reojo hacia atrás, donde sus hombres aguardaban sin moverse ni un centímetro; incluso Alexis permanecía como una estatua, esperando que él diese la orden.

—Lo siento —dijo con voz opaca—, pero no necesito tu permiso.

—Te recuerdo que vosotros no os metéis en nuestra jurisdicción y nosotros no lo hacemos en la vuestra, ¿o es que se te ha olvidado? Ella no está metida en temas militares.

—Fuera de la base con personal militar...

—Quiero saber qué coño está pasando, Hunter, y por qué de repente os interesa tanto Tuesday Latch.

—Es alto secreto —confirmó él.

—¡No me hables como militar! Me conoces de sobra, fuimos juntos al instituto, joder. Todos vivimos aquí y creo que si está pasando algo grave deberíamos saberlo.

Sí, en efecto, Hunter estaba de acuerdo con ella y la comprendía. Solo que no podía decir ni media palabra del tema porque en eso el coronel Thomas tenía toda la razón del mundo: si mencionaba la palabra «virus» se desataría una histeria colectiva. Y no convenía atraer atenciones innecesarias.

No podía tranquilizarla aunque quisiera; en su lugar, hizo un gesto con su mano izquierda hacia atrás.

—Perdona, Emma —repuso, y al momento todos sus soldados alzaron las armas para apuntarlos.

Ella reaccionó igual de rápida sacando la suya, y a su espalda escuchó el ruido de un montón de pistolas que salían de sus fundas al momento. Durante unos

segundos, ambos grupos se apuntaron mutuamente, desafiándose con la mirada, con aquel silencio flotando en el ambiente, solo interrumpido por unas angustiosas aspiraciones de aire que provenían de Tuesday.

—¡Eh, eh, eh! —vociferó Hunter dirigiéndose a su personal—. ¡Todo el mundo tranquilo y que nadie dispare! ¿Habéis entendido?

—Diles que bajen las armas—dijo Emma sin apartar sus ojos ni su arma de él—. ¡No podéis hacer esto y lo sabes!

Hunter acortó la distancia que los separaba; lanzó una mirada breve al grupo de policías. Todos sin excepción apuntaban a sus hombres, quitando a June, que se había hecho a un lado y observaba la escena llena de horror mientras dos de sus soldados permanecían a su lado sin saber qué hacer y preguntándose qué diantres sucedía allí. Luego posó sus ojos en Emma.

—No me obligues a hacerlo —susurró—. Hemos venido a por ella y nos la vamos a llevar. No quiero que nadie sufra ningún daño.

No quería, pero lo haría y ella entendió el mensaje. El sargento Clive, el chico al que le había perdonado tantas multas, con quien había jugado varias veces al billar, ahora la tenía en su punto de mira y era célebre por su excelente puntería.

Despacio, Emma bajó su pistola y alzó las manos.

—Bajad las armas —ordenó a su equipo, tratando de tragarse la furia.

—Hazte a un lado —ordenó Hunter—. ¡Sargento Clive!

El aludido salió corriendo mientras también dejaba de apuntar y llegó hasta su altura.

—Átale las manos —ordenó.

—¿Estás de broma? —preguntó Emma—. ¿En serio, Hunter?

—No quiero que me causes más problemas —había un tono de advertencia en la voz de Hunter—. ¡Eh, Wallace, moveos, que los soldados cojan a la chica! Cuanto antes nos marchemos de aquí mejor, no debemos llamar más la atención.

Clive ajustó las bridas especiales que usaba el ejército y después comprobó

que quedaban bien sujetas.

—Lo siento —se disculpó aturullado mientras Emma lo fulminaba con la mirada—. ¿Te... te aprietan?

—¡Los demás, echaos hacia atrás! —iba gritando Alexis mientras el resto de soldados avanzaban—. ¡Que ninguno haga el menor movimiento y no habrá problemas! ¿Entendido? Esto acabará en unos minutos.

Wallace acababa de acercarse hacia June y los estaba haciendo moverse hacia un lado para que no interfirieran; el capitán Scalia hizo retroceder a Joel y este le enseñó los dientes como si fuera un perro rabioso, algo que no pareció molestar demasiado a Scalia.

Sin embargo, los problemas sobre jurisdicción pronto dejaron de ser la principal preocupación.

Ninguno de los dos soldados que habían sujetado a Tuesday por los brazos se dio cuenta. Clive comprobaba que las bridas estuvieran fijas, Alexis continuaba organizando el equipo y Scalia provocaba a Joel Crane con aquella sonrisita burlona. Wallace estaba con la hermana de Emma, recomendándole que se alejara para no sufrir ningún daño.

Pero Hunter lo vio todo: tenía a Tuesday a unos metros, pero justo enfrente. Sintió un escalofrío recorrer toda su columna al verla echar la cabeza hacia atrás; cuando recuperó su posición, su cara había cambiado. De pronto ya no parecía ida, solo...

Quedó paralizado de forma momentánea con lo que estaba viendo. Aquellos ojos inyectados en sangre y esos aullidos que salían de su garganta... ¿eran aullidos, gruñidos?

La chica se giró al soldado de la derecha y de un mordisco le arrancó un trozo de garganta; la sangre le salpicó toda la cara mientras escupía el pedazo de carne. A continuación, con los brazos ya libres, se arrojó sobre el de la izquierda derribándolo en el suelo y cayendo sobre él; el chico empezó a gritar para sacársela de encima, pero casi al momento sus piernas empezaron a sacudirse compulsivamente.

—¡Dios mío! —Oyó gritar, y eso lo devolvió a la realidad.

Los policías tenían las caras desencajadas mientras Tuesday se ponía despacio en pie; en el suelo, el cuerpo del hombre seguía agitándose. Otro soldado alzó el arma al verla, pero la chica le pegó un puñetazo en la cara sujetando la pistola con las manos y después usó su propia cabeza como arma, golpeándolo una y otra vez hasta que lo redujo a una masa sanguinolenta.

—¡Basta, quieta! —Escuchó gritar a Alexis—. ¡Detente!

Dolce gritaba a pleno pulmón. Tuesday abandonó al soldado y se irguió, mirando a su alrededor; apretó los puños y de pronto, un tiro le reventó la cabeza. Su cuerpo cayó al suelo de forma pesada y allí se mantuvo, inerte. Hunter bajó el arma, notando que la sugerencia del coronel de que llevaran a la chica viva ya no iba a ser posible, pero... por Dios, que les había arrancado trozos de la cara a sus soldados, tres que ahora estaban muertos y...

—¡Hunter! —era la voz de Emma, entre los gritos que reinaban en medio de la calle—. ¡Hunter, se están levantando! ¡Haz algo!

Él se sentía confuso, aún mirando la chica muerta tirada en la carretera... pero entonces reaccionó, sin poder creer lo que veían sus ojos. Los soldados atacados se levantaron de un salto y se abalanzaron sobre ellos de forma literal.

En aquel momento, Hunter Cooper perdió el control del grupo. Lo único que escuchaba eran gritos, gritos y disparos llenando el aire y rompiendo el silencio nocturno; soldados que caían y se levantaban un minuto después, descontrolados, con los mismos ojos rabiosos que había visto en Tuesday antes de que la matara.

—¡A los hummers, todos a cubierto! —empezó a gritar.

Ni siquiera sabía si lo oían o no, pero no se detuvo a comprobarlo. Los soldados que se levantaban parecían multiplicarse y escuchó también gritos de mujer... aturdido, cesó de correr y buscó el origen de aquellos chillidos. Dos soldados cuyas figuras eran poco menos que guiñapos sangrantes habían derribado a Dolce y le estaban destrozando la cara a dentelladas mientras ella se desgañitaba pidiendo socorro. Imposible ayudarla, estaba demasiado lejos... En otro lado, Morrigan había caído de bruces y antes de poder levantarse, uno de los soldados contagiados la sujetó por el pelo y tiró hacia atrás con tanta fuerza que casi le arrancó el cuero cabelludo. Malone estaba disparando en un vano intento de liberarla, pero pronto le cayó encima alguien que Hunter ya no fue capaz de reconocer. Con los gritos de agonía de aquel joven patrullero en su cabeza

retrocedió hacia su hummer. Alexis corría en la misma dirección, sin dejar de disparar a otro soldado contagiado que la perseguía.

Hunter abrió la puerta y saltó al interior, metiendo la llave para ponerlo en marcha. Esperó a que Alexis hiciera lo mismo por el lado del copiloto y miró, buscando alguien más que hubiera aguantado el tipo. No veía ni al sargento Clive, ni a Wallace... ni a Scalia, debían haber salido corriendo a ocultarse en otro lado. Tampoco estaba a la vista Emma... joder, la había dejado con las manos atadas...

—¡Arranca, teniente! ¡Arranca! —Alexis le pegó un manotazo para sacarlo de su estupor y él pudo comprobar que aquella especie de infectados golpeaban el hummer de forma violenta, de manera que arrancó y salió pitando, aplastando a uno de ellos por el camino.

No pudo mirar atrás, todo había sucedido demasiado deprisa. Un minuto antes todos estaban vivos y tres segundos después, sus ojos habían presenciado un baño de sangre terrible.

Alexis jadeaba a su lado, tratando de recuperarse de lo que acababa de ocurrir.

—Joder —mascullaba—, joder, joder, joder... Teniente, ¿pero qué era eso?

—No lo sé. —Abrió la radio del coche— Atención, al habla el teniente coronel Cooper, ¿hay alguien a la escucha? —Escuchó zumbidos e interferencias—. ¿Hola? ¿Me oye alguien?

Le pasó la radio a Alexis para que siguiera insistiendo y entonces se fijó en que ella tenía lágrimas en los ojos. Dejó la radio en su sitio y prestó atención a la carretera, empezando a ser consciente de lo que acababa de ocurrir. Era un teniente estupendo, pero Alexis sabía más que él sobre sentimientos.

—No podíamos hacer nada —dijo en voz baja.

—Dios santo, todos esos soldados... y los civiles... ¿por qué no me informaste de que podía suceder esto, qué tipo de misión era en realidad?

—No lo sabía —se excusó, sabiendo que no resultaba creíble y pensando que todo lo sucedido lo tenía que haber visto venir.

—Hemos desarmado a la policía y los han masacrado ante nuestra cara,

teniente... si me hubieras contado que el sujeto a llevar a la base era una persona infectada con... lo que fuera eso, podríamos haber enfocado la situación de otra manera.

—Alexis, no había...

—Solo debíamos hablar con la jefa de policía y habrían colaborado con nosotros, seguro. No tenía que haber muerto nadie —se enderezó frotándose de nuevo las mejillas—. Hemos dejado a nuestros chicos atrás, y no solo los soldados... el sargento Clive, el teniente Wallace...

—¡No había tiempo! —exclamó Hunter, deseando que ella cerrara el pico—. ¿Acaso no estabas en el mismo sitio que yo? ¿No eres consciente de lo rápido que se contagia ese virus? Hablamos de minutos, Sand, minutos. O actuamos de prisa o para dentro de un par de horas tenemos una epidemia —terminó, recordando las palabras que había escuchado a Nathan.

Alexis no volvió a decir nada más. Hunter sabía que la había decepcionado, él mismo era consciente de que podía haber hecho las cosas mejor, pero... ¿quién había imaginado que aquel virus...?

Solo había una persona, y ese era el coronel Thomas.

7. Un poco de información

Eran más de las doce de la noche y tanto Nathan como Paris estaban ya agotados, pero ninguno quería dejar de trabajar. Los dos sabían la importancia que tenía el tema, y aunque nadie se había dignado a pasar para informarles, seguían elucubrando y estudiando las carpetas que habían dejado allí los anteriores científicos.

—Ufffff —suspiró Paris, trasteando entre dos folios—. Ahora empiezo a comprender... adivina parte de qué sustancia han utilizado —Él aguardó— Metiendioxipirovalerona. O MDPV, cómo se la conoce más comúnmente.

—¿La droga caníbal? —Nathan fue a sentarse junto a ella— ¿Paranoia, psicosis, pérdida de sentido del cuerpo, agresividad y sensación de que todos a tu alrededor quieren atacarte?

—Eso es —Ella le pasó los datos— Esto es un cóctel explosivo, solo podemos dar las gracias de que no empezaran la fase experimental.

—No lo digas antes de tiempo, no hasta que sepamos qué pasa con esa chica que entró al laboratorio y en teoría pudo infectarse. —Nathan se levantó, ya harto, y se aproximó hasta la puerta donde un cabo permanecía custodiando—. ¡Eh! —Pegó un golpe que por poco hizo que se cayera de la silla—. Dile a mi padre que quiero hablar con él.

—El coronel Thomas ha dado la orden de que no se le moleste hasta...

—Si no baja aquí ahora mismo nos cruzaremos de brazos y no haremos nada más. Díselo.

El soldado pareció dudar, pero lo pensó mejor y decidió que por si acaso informaría al coronel, no fuera que los científicos cumplieran su promesa de no seguir trabajando y luego cargara él con la culpa. El coronel no reaccionó muy bien, pero cortó la comunicación y no habían pasado diez minutos cuando asomaba por la puerta.

Le hizo un ademán brusco para que abriera y entró primero en el laboratorio, y después en la salita privada donde mantenía a su amiga estirada y a su hijo.

—¿Qué es lo que quieres? —espetó—. Estoy ocupado.

—Queremos saber qué está pasando, hace tres horas que te fuiste de aquí —le dijo Nathan—. No puedes retenernos, lo sabes, ¿verdad?

—He enviado a Hunter con unos cuantos hombres para conseguir a la paciente cero, pero todavía no han regresado a la base.

—¿Ya es la paciente cero? —preguntó Paris, sarcástica—. Veo que nos estamos perdiendo muchas cosas metidos aquí abajo. —Se levantó—Esto no es necesario, Ray. Ambos vinimos por voluntad propia y estamos dispuestos a ayudar, pero lo de que nos encierres no lo veo.

Él frunció el ceño ante sus palabras, pero se distrajo cuando Nathan le cogió del brazo.

—Si nos ocultas información no seremos de mucha ayuda —le dijo—. Vale, habéis creado un virus muy peligroso, fue un error pero ya está hecho. No vamos a

seguir hablando de repartir culpas por algo que no tiene remedio... lo que importa es evitar por todos los medios que se expanda, y para eso tienes que colaborar con nosotros. Decir toda la verdad, sobre lo que se ha hecho aquí y sobre lo que sea que esté pasando ahí fuera.

La primera reacción del coronel Thomas fue echarse hacia atrás y abandonar la sala; estaba acostumbrado a dar las órdenes y no a recibirlas, y menos de su hijo. Pero en cuanto digirió sus palabras se dio cuenta no solo de que tenía razón, sino de que tampoco tenía muchas opciones. Si deseaba que lo ayudaran tenía que hacerlo así y aunque sabía de sobra que Nathan ya lo había juzgado aunque dijera que no, decidió fingir que lo creía.

—Venid conmigo —repuso, sorprendiéndolos a los dos.

Descendieron un nivel más, mientras seguían al coronel Thomas. Este les condujo por un pasillo que se les hizo eterno hasta que llegaron a una habitación que aparecía cerrada; como era obvio, el coronel tenía la llave y les cedió el paso. Era un cuarto polvoriento, lleno de estanterías, cajas, papeles y cosas al parecer olvidadas o sin uso; al fondo, un enorme arcón frigorífico.

El coronel les hizo una señal para que se acercaran y después lo abrió; allí, encajonado de cualquier forma, había un cuerpo.

Nathan y Paris pegaron un respingo y retrocedieron al mismo tiempo.

—¡Joder! —exclamó ella—. ¿Eso es un cadáver?

—Éste era el soldado Beaver —explicó el coronel cerrando el arcón de nuevo y evitándoles la desagradable visión del cuerpo muerto lleno de motas de hielo—. Ayudaba al equipo de científicos en cosas de poca importancia, como trasladar materiales y demás... un día estaba manipulando unas muestras del primer suero del virus y sufrió un accidente, se le derramó por encima.

—¿Y se infectó? —preguntó Nathan.

—No lo sabemos. Fue abatido al momento.

—¿No se os ocurrió ponerlo en cuarentena? —replicó su hijo—. Nos habría sido de mucha ayuda, la verdad, poder observar los efectos. Incluso a veces no todos se contagian, ¿sabes? Existe la gente inmune y no hay necesidad de matarlos por adelantado.

—Yo no me encontraba presente —se defendió el coronel—. Estaba todo el equipo médico y el cabo de guardia... se asustó y lo eliminó pensando en un bien mayor.

—Sí, claro. Al estilo del ejército —murmuró Nathan—. ¿Por qué no nos hablaste de él cuando llegamos aquí? Podíamos haber examinado el cuerpo, ver qué revelaban sus análisis...

—Lo mantuvimos en secreto y, la verdad, no creo que tenga nada que ver con el caso actual.

—Eso no lo sabes —interrumpió Paris—. Podríamos tener ya datos sobre el efecto del virus en el cuerpo humano y nos serviría para esa chica que crees que está infectada. Nathan tiene razón, si pretendes que seamos útiles no puedes seguir ocultando información.

—¡Os lo estoy contando ahora! —se enfureció el coronel Thomas—. ¡Ya está bien de tanto juicio moral y tanta condena! Sé muy bien que lo que se hacía aquí no es para recibir una medalla, pero no quiero vuestros sermones, sino vuestro talento en el trabajo.

Ellos dos cruzaron una mirada por enésima vez.

—Si consigues a la chica la examinaremos —terció Nathan—; necesitaremos equipo, para poder estar cerca de ella sin exponernos al virus. Pero no sé si podremos conseguir el antídoto.

—¿Por qué no?

—No estamos en el lugar adecuado con los recursos que necesitamos —contestó Paris.

—Ni trabajamos bien bajo presión y encerrados en una sala —siguió Nathan—. No vas a tratarnos como si fuéramos soldados bajo tu mando, de los que obedecen sin rechistar. Quiero poder salir y entrar si me apetece.

El coronel Thomas se acarició la barbilla.

—De acuerdo, de acuerdo. No hay problema —repuso—; respecto al equipo, tengo la zona donde se creó el virus acondicionada y con todo lo que podáis querer. Hasta muestras de cualquier cosa que se os ocurra.

Paris asintió, distraída, lanzando miradas esquivas al arcón donde estaba el cuerpo.

—Y quiero hablar con Emma —añadió Nathan.

—No, imposible —soltó el coronel al momento—. Nada de policía, Nathan, vamos a resolver esto sin involucrarlos.

—Tu deber es avisarla. No solo porque sea la jefa de policía del pueblo, sino porque tienes que advertir de lo que está sucediendo y de que podría haber un brote por ahí... sé que es un asunto militar, pero esto afecta a todos los habitantes del pueblo. No deben correr peligros innecesarios, aunque aislemos el virus podrían haber estado expuestos si han tenido contacto con la paciente cero.

Tras unos segundos de silencio que parecieron eternos, el coronel pareció aceptar a regañadientes.

—Bueno. Yo la llamaré y la pondré al tanto. Pero no pienso explicarle la magnitud del tema hasta que no tengamos aquí a Tuesday Latch y sepamos a qué nos enfrentamos.

—Deja que la llame yo —pidió Nathan, y al ver la cara de su padre se dio cuenta de que el tono de su voz le había traicionado—. Quiero ver si está bien.

—Eres un estúpido —le dijo su padre sin miramientos—. Te tiraste meses, o años, no me acuerdo ya, para olvidarte de ella y ahora vuelves a caer como un quinceañero.

—Eso no es asunto tuyo y no hablemos de estupidez, porque si comparamos lo mío con lo tuyo creo que saldrías ganando.

—¡Callaos los dos! —Paris parecía irritada—. Por favor, no es momento para discusiones. Ray, joder, deja que llame a la chica, y así podremos ponernos a trabajar de una vez.

Hunter entró agitado, con una Alexis que se esforzaba al máximo en seguirlo. La preparación física del teniente la superaban muy pocos y aunque ella estaba entre los primeros, aún le quedaba camino para poder acercarse. Alexis siempre había admirado mucho a su teniente, le parecía un ejemplo a seguir: disciplinado,

justo, serio, siempre tomando las decisiones acertadas... hasta esa noche. En el transcurso de lo sucedido, Hunter había descendido del pedestal en el que lo tenía colocado; no solo estaba claro que no sabía lo que tenía entre manos, sino que tampoco había sabido dominar la situación y los torpes intentos de excusa que había escuchado en el hummer no ayudaban a mejorar el cuadro. No es que lo culpara de todo ni mucho menos, pero de repente había dejado ver al dios en el que lo había convertido y ahora era otro hombre. Un hombre capacitado, pero que también cometía errores. Las muertes innecesarias que acababa de contemplar se le habían quedado grabadas en la mente.

Apretó el paso hasta alcanzarlo, preguntándose si tendría que permanecer a su lado en aquellos momentos. Él no le había dicho que se retirara, así que dudaba entre qué hacer mientras bajaban al nivel del laboratorio; justo en la entrada, un soldado de guardia les permitió el paso.

—El coronel os espera —informó.

En efecto, el coronel Thomas estaba ante la puerta, cuadrado. Nada más observar la cara de Hunter supo que había complicaciones.

—Coronel —jadeó éste cuando llegó a su altura.

—¿Qué ha sucedido? ¿Y la paciente cero, y el resto de los equipos? —Thomas alzó la voz, ya empezando a ponerse nervioso.

—¿Hablamos dentro? —preguntó Hunter, señalando con la cabeza el interior de la salita donde imaginaba que permanecía su amigo con la doctora Hill.

—No. Cuéntamelo a mí —ordenó él—. La información que les voy a dar a ellos debe pasar por un filtro antes, así que habla.

Hunter le hizo un relato de lo sucedido sin omitir nada. El coronel Thomas lo escuchaba con rostro tenso, y no dejaba de frotarse las manos, primer signo de pérdida de control que Alexis recordaba. Asintió para ratificar la versión de su teniente cuando el coronel la miró y quedó a la espera de que Hunter acabara de hablar. El coronel fue asimilando los hechos y de pronto pegó un golpe a la puerta.

—¡Mierda! —gritó, dejando a los dos quietos en el sitio, pues no era habitual verlo así—. ¿Cuántos dices que cayeron y se levantaron?

—No lo sé. Todo sucedió muy deprisa —repuso Hunter, comenzando a

recuperar el ritmo de su respiración—. Solo... eché a correr, coronel.

—No deberíamos ser optimistas —interrumpió Alexis a pesar de que nadie le había dado permiso para hablar. El coronel Thomas se giró hacia ella—. Cuatro soldados fueron atacados en menos de cinco minutos y cayeron... creo que las posibilidades de que quede alguno vivo son escasas. En cuanto a la policía, conté al menos cuatro bajas, incluida la secretaria. En medio del caos no pude ver bien, pero tampoco soy optimista.

—¿Y la jefa de policía? —preguntó el coronel Thomas.

Hunter miró al techo, pensando en que aquel tema le iba a pesar durante mucho, mucho tiempo; Alexis le lanzó una mirada a todas luces recriminatoria antes de dirigirse de nuevo al coronel.

—Yo no la vi morir —informó—, pero teniendo en cuenta que estaba atada cuando comenzaron los hechos, no creo que haya tenido suerte.

En aquel momento escucharon unos golpes que provenían del interior del laboratorio; se giraron para ver a Paris que les hacía gestos.

—Vamos a entrar —decidió el coronel Thomas—. Quiero que les contéis lo mismo que me has dicho a mí, sobre todo los efectos del virus. Haced hincapié en eso y ni una palabra de lo que ha sucedido con la policía, ¿comprendido?

Abrió, sin esperar respuesta. Alexis cogió a Hunter del brazo, interrogándole con la mirada, ¿se suponía que ahora debían mentir? Pero, ¿qué diantres estaba sucediendo? Él se encogió de hombros y meneó la cabeza, cómo excusándose, para acabar siguiendo a su coronel.

—¿Sabemos ya algo? —preguntó Paris al verlos.

Nathan estaba sentado dentro, con la chaqueta de su traje desabrochada. Llevaban demasiado tiempo ahí metidos y Hunter observó signos de cansancio en su amigo.

—¿Y la paciente cero? —preguntó el pelirrojo al verlo entrar con Alexis.

—Tuve que abatirla —soltó a bocajarro, lo que hizo que Nathan se pusiera recto al momento—Se volvió extremadamente agresiva en cuestión de minutos. Atacó a tres soldados de un modo... que no había visto nunca.

—Habla —exigió Paris—. Cuéntenos todo, ¿qué aspecto tenía cuando la encontrasteis?

—¿Dónde estaba, cómo disteis con ella? —quiso saber Nathan.

Hunter se quedó sin palabras. Adelante, a mentir. No le salía.

—Estaba caminando como ida por la carretera —Alexis acudió en su rescate—. Tenía la ropa rasgada y arañazos, y parecía estar en otro mundo. Lo que más recuerdo era que parecía tener un ataque de ansiedad, temblores, respiración agitada... —Paris tomaba notas a toda velocidad.

—¿Qué sucedió?

—Detuvimos los vehículos —siguió Hunter tragando saliva—. Le pedimos que nos acompañara, pero no parecía comprender lo que decíamos. Cuatro soldados bajaron a por ella y entonces... —Se quedó recordando unos segundos y negó despacio—. De pronto los atacó. Se lio a dentelladas.

Paris dejó de escribir y miró a Nathan.

—¿Seguía con el ataque de ansiedad? —preguntó este, y Hunter negó—. De manera que cuando acabaron los temblores, empezó la agresividad... ¿tiempo?

—No lo recuerdo, minutos.

—Minutos, genial —repitió Nathan con sarcasmo—. Sigue.

—Mató a tres soldados sin que casi nos diéramos cuenta —continuó Hunter—. A uno le arrancó media garganta de un bocado, Nathan. No imaginas la violencia... a otro le aplastó la cabeza con la suya propia.

—Sí, es lo que tiene utilizar metiendioxipirovalerona —y al decirlo miró a su padre de forma intencionada.

—¿Qué es eso? —preguntó Alexis.

—La droga caníbal —explicó Paris—. Vuelve a la gente tremendamente violenta. Creen que van a ser atacados y por eso se defienden a mordiscos... y se ha usado como base para crear este virus, además en una cantidad importante. Eso explica los ataques.

—Entonces tuviste que matarla —comentó Nathan—. ¿No habéis traído el cuerpo?

—Imposible, salimos corriendo —explicó él.

—¿Por qué?

—Porque los soldados atacados se contagiaron —dijo, cerrando los ojos y sabiendo lo que venía a continuación—. Se levantaron y empezaron a morder a... al resto de soldados.

—¿Qué? —saltaron Nathan y Paris al tiempo, alarmados.

El coronel Thomas trató de hacer un gesto de calma, pero no sirvió de nada.

—Calla —le dijo Nathan sin miramientos para regresar a Hunter—. ¿Cuánto tardaron en ponerse en pie después de ser mordidos o atacados?

—Un minuto o dos como mucho —admitió él.

—Pero los mataríais, ¿verdad? —Se acercó Paris—. No habrá quedado alguno vivo.

—¡Tuvimos que salir corriendo para salvar la vida! —exclamó Hunter furioso—. ¿Qué parte es la que no entendéis? ¡En cuestión de segundos todo el equipo estaba muerto y se levantaban para atacarnos a bocados! ¡No había tiempo!

—Da la alarma ahora mismo —exigió Nathan mirando a su padre—. Tienes que contactar con el CDC e informar de lo que acababa de ocurrir. Con equipo y medio de soldados contagiados por un virus que tarda menos de dos minutos en hacer efecto, en dos horas tendrás a toda la población de Little Falls como una manada de lobos hambrientos. Para la madrugada, todos los pueblos de alrededor estarán contagiados... si no quieres una epidemia a nivel mundial, te aconsejo que des la alarma ya.

—¡No tienes tiempo que perder! —Paris parecía muy alterada—. ¡Esto es serio, Ray!

—Voy ahora mismo —asintió el coronel Thomas—. Quedaos aquí mientras contacto con ellos, ¿de acuerdo? Aquí estáis seguros. Teniente Cooper, comandante Sand, vengan conmigo.

Los dos se dispusieron a seguirlo, pero Hunter notó cómo su amigo le agarraba del brazo.

—¿Quieres hacerme un favor? —le pidió—. Llama a Emma. Avísala, está preparada para cosas como esta... vive sola con su hermana, por lo menos que puedan resistir hasta que lleguen los del CDC. ¿Lo harás? Estoy preocupado.

—Nathan, yo...

—Lo haremos —interrumpió Alexis cogiendo por el brazo a Hunter para sacarlo de la habitación.

Una vez fuera, él se soltó.

—¿Por qué has hecho eso?

—Por ti —replicó ella—, y por tu amigo. No creo que saber que su novia ha sido despedaza por un grupo de soldados lo ayude mucho precisamente.

—¡No hables así! —Hunter se detuvo, cabreado.

—¿Estás furioso conmigo, o contigo mismo porque te sientes responsable de su muerte? —le contestó ella con serenidad.

—¡No os quedéis atrás! —Oyeron gritar al coronel Thomas.

—No tiene por qué saberlo —dijo Alexis finalmente con tono calmado—. Y ahora vamos.

Y dicho aquello, apretó el paso para alcanzar al coronel y Hunter no tuvo más remedio que hacer lo mismo, sin dejar de pensar en las palabras de la chica.

8. Cuarentena

El coronel Thomas iba prácticamente corriendo por los pasillos, mientras notaba la sensación terrible de que el asunto se le había escapado de las manos. Acababa de morir un puñado nada despreciable de gente... sus soldados le daban igual, al fin y al cabo para eso estaban, pero lo de las muertes del cuerpo de policía

era otro tema mucho más espinoso. Si llamaba al CDC en Atlanta iba a tener que dar muchas explicaciones y claro, acatar responsabilidades. Eso no le convencía nada. De hecho, se le estaba ocurriendo otra cosa, una medida desesperada y arriesgada, pero menos severa en cuanto a castigo.

Redujo su velocidad hasta que Hunter llegó hasta él y poco después, Alexis, a la que se dirigió.

—Moviliza a todos los soldados disponibles —ordenó sin dudar—. Little Falls está en cuarentena.

—Pero...—empezó Alexis—, ¿no tiene que llamar a Atlanta para eso primero?

—Creo que el asunto es lo bastante grave como para adelantar ese paso, ¿no? —replicó él impaciente—. ¿O acaso no has oído a mi hijo? O nos damos prisa o en un par de horas el pueblo estará lleno de... ansiosos.

Ella lo pensó durante un breve momento para después acabar afirmando.

—Haz sonar la alarma. Que todos se preparen ya y os ponéis en marcha, quiero el pueblo acordonado y vigilado por todas y cada una de sus carreteras —continuó el coronel—. Que nadie salga de aquí, ¿entendido? Pues ve.

Alexis no esperó a que se lo dijeran dos veces y se marchó a dar la alarma para despertar a los soldados que se encontraran dormidos a esas horas. Preparar una cuarentena llevaba tiempo y, al parecer, no tenían demasiado.

Hunter se quedó mirando a su coronel. Llevaban tantos años juntos que había llegado a conocerlo muy, muy bien; ya le parecía que había acatado las órdenes de Nathan demasiado deprisa y sin apenas réplicas.

—No va a telefonar al CDC, ¿verdad? —preguntó de forma cauta.

—Hunter... —El coronel pareció de pronto agotado—. Las cosas no son tan fáciles como parecen. Si los llamo voy a tener que dar muchas explicaciones. Y hacerme responsable de algunas muertes, porque esto ha sido una negligencia... además del tema del virus.

—Pero si fue un encargo del propio gobierno... —musitó, y según fue comprendiendo, el resto de la frase murió en sus labios—, entiendo.

Permanecieron en silencio hasta que Hunter se armó de valor para preguntar de nuevo:

—¿Qué vamos a hacer, coronel?

—Solo podemos decretar la cuarentena y esperar que funcione —repuso éste.

Y con aquella frase, echó de nuevo a caminar. Hunter miró hacia ambos lados del pasillo, dudando unos segundos; algo dentro de sí le decía que no podía permitir aquello, pero por otro lado, lo de desobedecer se le hacía muy difícil. Los soldados jamás cuestionaban lo que les mandaban sus superiores, romper aquello era una barrera complicada de cruzar.

Los soldados de Camp Ripley reaccionaron muy deprisa; se movilizaron al instante y desplegaron todo el equipamiento para bloquear cualquier punto de entrada y salida de Little Falls. Alexis se encargó de comandar la misión, ya que su rango iba inmediatamente detrás del de Hunter y este se había quedado en la base con el coronel. Por un lado se sentía intimidada por tener que actuar sin él, pero... después de la última misión casi se fiaba más de hacerlo ella sola.

En un caso de aislamiento y cuarentena normal, lo lógico sería que hubiera estado la policía, además de personal del CDC, pero los soldados no hicieron observación alguna al respecto. Al igual que le sucedía a Alexis, nunca cuestionaban.

La joven empezó a manejar los equipos con destreza: revisar las calles para comprobar que todo el mundo se metiera en sus casas y ordenar el toque de queda mientras los soldados se colocaban en sitios estratégicos del pueblo. Sin embargo... Alexis sabía que era complicado controlar toda la zona montañosa. Más bien, imposible.

—Empiezo a estar harto de esto. —Nathan apartó los papeles de sí y se levantó—. Voy a dar una vuelta y ver si me entero de qué pasa, ¿te vienes?

Paris afirmó; también estaba agotada de leer datos y hacer elucubraciones. Y sinceramente, si el coronel no conseguía detener la propagación del virus, de poco serviría lo que estaban haciendo allí los dos.

El soldado de guardia les permitió abandonar el laboratorio, no sin antes

lanzarles una mirada de recelo que ellos ignoraron. Paris necesitaba café, de forma que se acercaron a la máquina más próxima a sacar uno y allí, Nathan hizo un nuevo intento de usar su teléfono móvil.

—Mierda —masculló reprimiendo las ganas de tirarlo contra la pared—. No hay línea. Esto es...

—...angustioso —terminó ella—. Estar aquí encerrados sin saber nada. Lo único bueno que tiene es que en la base estamos seguros. Al menos en teoría.

—Tú lo has dicho. Además, si tuviéramos que quedarnos aquí de forma indefinida, tampoco podríamos aguantar demasiado... la comida se termina, acabaríamos como los que se estrellaron en los Andes.

—Eso ni en broma. —Paris lo siguió hacia las sillas que había al lado de la máquina—. ¿Crees que podremos controlar esto?

—Nosotros no, pero el CDC sí. Si trabajamos con ellos y se mueven rápido, es posible.

—Estoy asustada. Cuando la comandante Sand estaba relatando el ataque que sufrieron se me han puesto los pelos de punta —suspiró Paris bebiendo un sorbo de café—. Pero los análisis que le he hecho al cadáver... Están saliendo negativos, así que no estaba contagiado. ¿Crees que quizá esa chica era más propensa al virus?

Nathan asintió con expresión ausente y entonces pareció despertar.

—¿Qué plantas tenemos? —preguntó.

—¿Plantas?

—¿Tenemos algo de la familia de las solanáceas? —Abandonó su silla para regresar a la puerta del laboratorio, donde casi se echó encima del soldado que custodiaba—. ¡Tú, llama a mi padre y dile que tengo que verlo ya!

—Sí, señor —respondió él cogiendo la radio.

—Nathan, pero, ¿en qué estás pensando? —Paris le siguió al interior, sin entender nada.

—Escopolamina —iba diciendo él mientras revolvía los papeles de la mesa—. Puede que si usamos una parte de esa droga se contrarreste con éxito.

—Escopolamina —repitió Paris mientras lo valoraba—. Lo llaman la droga zombi, la que anula la voluntad de las personas. Usada para robos o violaciones... las víctimas obedecen todas las órdenes sin rechistar y después no recuerdan nada.

—Eso es —asintió Nathan pensativo.

Cuando apareció el coronel Thomas, acompañado de Hunter y con cara de estar ya harto de dar paseos hasta allí. Encontró a su hijo concentrado en revisar notas y a Paris apoyada en la mesa escuchándole disertar.

—¿Qué pasa?

—Quiero una lista de todas las familias de plantas que tengas aquí —pidió Nathan—. Supongo que tendrás esa información.

El coronel pareció desconcertado ante aquella petición, pero afirmó con la cabeza.

—Si, por supuesto, te la conseguiré.

—¿Ya has hablado con el CDC? —Vio cómo asentía—. ¿Y qué han dicho?

—Han decretado la cuarentena y están de camino para hacerla efectiva. —Le apretó el hombro de manera cariñosa para tranquilizarlo—. También avisé a la policía, están todos preparados y bien. En cuanto tenga lo que necesitas te lo hago llegar.

Nathan observó despacio cómo salía del laboratorio. Cuando Hunter pasó por su lado, lo sujetó por el brazo obligándole a detenerse; este estaba convencido de que no había conseguido eliminar su cara de póquer, aún anonadado de la pasmosa facilidad con que mentía Thomas.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Que me digas la verdad —Nathan no alzó el tono, su padre ya había salido pero de ninguna manera quería que lo oyera—. Lo del apretón fraternal me ha puesto alerta, él nunca, jamás, se comporta de esta manera. Dime que está pasando.

—Nathan... ¡no puedo! Si tú padre se entera me mata.

—¿Es que aún no comprendes que esto no es ninguna broma?

—¿Y tú no comprendes que los asuntos militares son secretos y no puedo airearlos así como así?

—¿Ni siquiera si esto corre peligro de descontrolarse del todo?

Hunter se liberó de su brazo y salió, haciendo un gesto al soldado para que cerrara mientras sus ojos se cruzaban con los de su amigo a través del cristal. Nathan supo que desde ese mismo momento de nuevo volvían a estar confinados allí. Su antiguo amigo se alejaba a grandes zancadas mientras sacaba su radio, que zumbaba.

—¿Teniente Cooper? —la voz de Alexis le llegaba a ratos, víctima de interferencias—. ¡Teniente Cooper, esto es... peor de lo que pensábamos! ¡No tenemos hombres para... la zona de montaña es demasiado...! ¿Teniente? ¿Teniente?

—¡Sand, no te recibo bien! —vociferó Hunter.

—¡Esto es imposible de controlar! ¡Acabamos de perder...no puedo controlarlos, teniente! —la voz de la joven sonaba angustiada y como ruido de fondo oía una ráfaga continua de disparos.

—¡Regresa de forma inmediata a la base, Alexis! ¿Me oyes? ¡Retiraos ya! —Eché a correr, totalmente ofuscado, hasta alcanzar al coronel—. ¡Coronel Thomas! Sand no puede controlarlo, la zona de montaña es tan extensa que no tenemos suficientes hombres para evitar que...

Él le indicó con un gesto que se callara.

—Coronel... —continuó Hunter, sin dejar de jadear.

—Estoy pensando.

—¿No me ha oído? Lo único que he escuchado han sido gritos y disparos. Esto no lo vamos a poder arreglar solos, ni siquiera sé si la comandante Sand va a lograr regresar a la base... ¿me escucha?

—No seas estúpido, ¡no son más que un grupo de soldados contagiados! ¿Me estás diciendo que una base entera no va a poder contra ellos?

—A estas alturas podrían haber infectado a muchas más personas. Ha llegado el momento de pedir ayuda a Atlanta, coronel. Su hijo tenía razón.

—Espere a que regrese la comandante Sand para saber qué ha sucedido realmente —repuso el coronel Thomas, como si no hubiese escuchado nada—. Voy a cortar las comunicaciones y la electricidad del pueblo. No puedo permitir que nada de esto salga en las redes o televisión, al menos no antes de que lo controle.

—Pero, ¿qué demonios...?

No se lo podía creer. Thomas aún creía que era un pequeño incidente aislado que se arreglaría solo y estaba dejando claro que era imposible razonar con él. Si su idea era cortar las comunicaciones y la electricidad... se estaba refiriendo a enviar un pulso electromagnético, algo muy peligroso que debía hacerse con sumo cuidado o en lugar de dejar aislado a Little Falls, lo haría con todas partes. En la base tenían un dron con una bomba PEM, pero era sólo experimental, y en las simulaciones habían llegado a obtener resultados alarmantes: hasta un máximo de dos mil kilómetros de radio desde el punto de origen. Lo cual quería decir que todo EEUU y Canadá podrían quedar arrasados, todos los circuitos eléctricos de cualquier aparato se freirían por culpa de la subida de tensión.

Salió corriendo hacia el hangar, rezando porque Sand hubiera tenido la suerte de escapar y lograra regresar a la base. Empezaba a dolerle la cabeza, no sabía qué hacer, pero no podía dejar que el coronel continuara tomando decisiones de forma unilateral desoyendo cualquier consejo razonable. Estaba tan obsesionado con que su «pequeño proyecto» no saliera a la luz pública que en el intento iba a destruir no solo aquello, sino el resto. Hunter conocía el riesgo de pandemia si aquello se expandía a otros pueblos cercanos. Significaría el fin de todo.

Cuando la alarma inundó la base por segunda vez, el soldado de guardia Flemming se incorporó en su silla, inquieto. Ciertamente era que ya había sonado antes, pero estaba siendo una noche insólita entre tantos paseos del coronel Thomas, soldados corriendo de un lado para otro y tener que custodiar a aquellos dos pobres científicos que llevaban encerrados en el laboratorio ni sabía ya cuántas horas. Y parecía que la acción no terminaba, de lejos escuchó pasos corriendo y ante sus ojos

se materializó el teniente coronel Cooper, acompañado de la comandante Sand. Ambos tenían aspecto sudoroso y alarmado, lo que le hizo ponerse en pie.

—¡Tiene que venir con nosotros, soldado Flemming! —exclamó Hunter, moviendo los brazos a toda velocidad—. ¡Es una emergencia!

—¿Emergencia? No puedo dejar mi puesto de guardia, teniente Cooper, y usted lo sabe.

—Yo se lo explicaré —repuso Alexis y cuando él se giró para ver que tenía que decir, le pegó un puñetazo en la cara que lo derribó al suelo, dejándolo inconsciente. Se frotó la mano soltando un juramento—. ¡Joder!

Hunter se agachó, desenganchó las llaves del cinturón del soldado caído y abrió la puerta del laboratorio a toda prisa. Tanto Nathan como Paris advirtieron que algo grave pasaba solo con ver sus caras y fueron hacia ellos.

—No hay tiempo ya —explicó Hunter mirando a su amigo—. La cuarentena ha sido un fracaso, Alexis ha perdido más de la mitad de los hombres que teníamos, y los infectados... Little Falls es un caos, Nathan, y no sabemos qué hacer...

—Consígueme un teléfono —le apremió.

—No puedo. Tu padre ha usado inhibidores de frecuencia para que no pudierais contactar con nadie vía móvil. —Salió del laboratorio prácticamente arrastrándolo del brazo—. Y eso no es lo peor, Nathan, tiene intención de enviar un pulso electromagnético. Ha perdido la cordura, aún cree que puede aislarlo.

—Déjame salir —pidió el pelirrojo—. Intentaré llegar al CDC para ponerlos sobre aviso. Si voy en coche, llegaré antes de veinticuatro horas.

—¿Tú solo, con lo que hay ahí fuera? No durarías ni un segundo, no tienes preparación para algo así —negó Hunter.

—Tampoco tenemos muchas más opciones —observó Nathan con lógica.

—Yo iré con él —se ofreció Alexis—. Puedo protegerlo, estoy preparada.

Hunter valoró la situación y no tuvo más remedio que aceptar que era una oportunidad.

—Está bien —decidió—. Esto es lo que haremos. —Los miró a los dos—. Sand, te vas con él y te aseguras de que salga de aquí sano y salvo, ¿entiendes? Es muy, muy importante que no le pase nada. Yo trataré de que Thomas entre en razón, si veo que sigue en sus trece cogeré a la doctora Hill y saldremos de aquí pitando, también dirección Atlanta. Teniendo en cuenta las dificultades que pueden surgir por el camino, si no logramos encontrarnos fuera del pueblo, pondremos una ciudad alejada en la que quedar.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—¿Davenport? Dentro de tres días. Si llegamos y no estáis os esperamos, si llegáis y no estamos, nos esperáis. En la primera oportunidad que tengáis, el primer teléfono que veáis, llamad al CDC. Y cuando nos encontremos, seguiremos hasta Atlanta juntos, ¿entendido?

Alexis asintió al momento. Nathan no dijo nada, pues aquellos cálculos se le escapaban, solo limitándose a asentir con la cabeza. Lo importante era salir de ahí y hacer algo.

—Nos veremos pronto, amigo —repuso Hunter—. Tened cuidado— añadió, dirigiéndose a Alexis—. ¡Y suerte!

Nathan y Alexis se pusieron en marcha; fueron hacia el hangar y allí consiguieron un coche del que la joven tenía llave. Arrancaron y en seguida estaban fuera de la base; ella tomó dirección a la salida de Little Falls, pero Nathan le puso la mano en el brazo.

—Espera —pidió—, ¿no podemos pasar primero por la casa de Emma?

Alexis no tuvo valor de negarse. Ni de decir la verdad. Solo afirmó con la cabeza y aceleró el coche, tomando la dirección que él le indicaba.

Hunter apretó el paso por la base, con Paris corriendo a su lado. Llegó hasta la zona de control y pegó en la puerta, después de comprobar que el coronel Thomas se encontraba dentro hablando por radio y de hacer que Paris se ocultara tras la puerta.

—El soldado de guardia me acaba de informar que mi hijo se ha largado —repuso el coronel cuando asomó la cabeza—. Dice que la comandante Sand le ha

atacado y al despertar la sala de laboratorio estaba vacía, ¡maldita sea! Lo necesitamos, a los dos. —Se pasó las manos por el pelo, pensando a toda prisa—. Tráemelo, Hunter.

—¿Coronel?

—Seguro que trata de encontrar un teléfono o algo para avisar al CDC. No quiero que ande por ahí solo con esos infectados... lo quiero de vuelta, a salvo, y a la doctora Hill también. Aunque realmente podríamos apañarnos con uno de los dos, de manera que busca primero a mi hijo. De cualquier modo no llegará muy lejos.

Y regresó al interior de la sala de control, donde un joven soldado esperaba la orden para apretar el botón que enviaría el impulso electromagnético. Hunter echó a correr tras agarrar a Paris del brazo para que lo siguiera.

Por favor, que le diera tiempo a salir, antes de que se cortara todo. Si salían de la base, ya se apañarían como pudieran. Pero fuera, no atrapados en aquel lugar.

Alexis conducía el coche a toda velocidad por la carretera, quería llegar cuanto antes a la casa de Emma y salir pitando con la misma prisa. Se asomaría un minuto y, como era obvio, no habría nadie dentro, así que no les llevaría tiempo; después de eso, podrían ponerse en marcha hacia Atlanta.

—¡Por Dios! —murmuró Nathan, después de que pillaran un bache que casi lo hizo sentir que estaba subido en una montaña rusa en lugar de en un automóvil—. ¡Nos vamos a matar!

—No tenemos tiempo que perder...

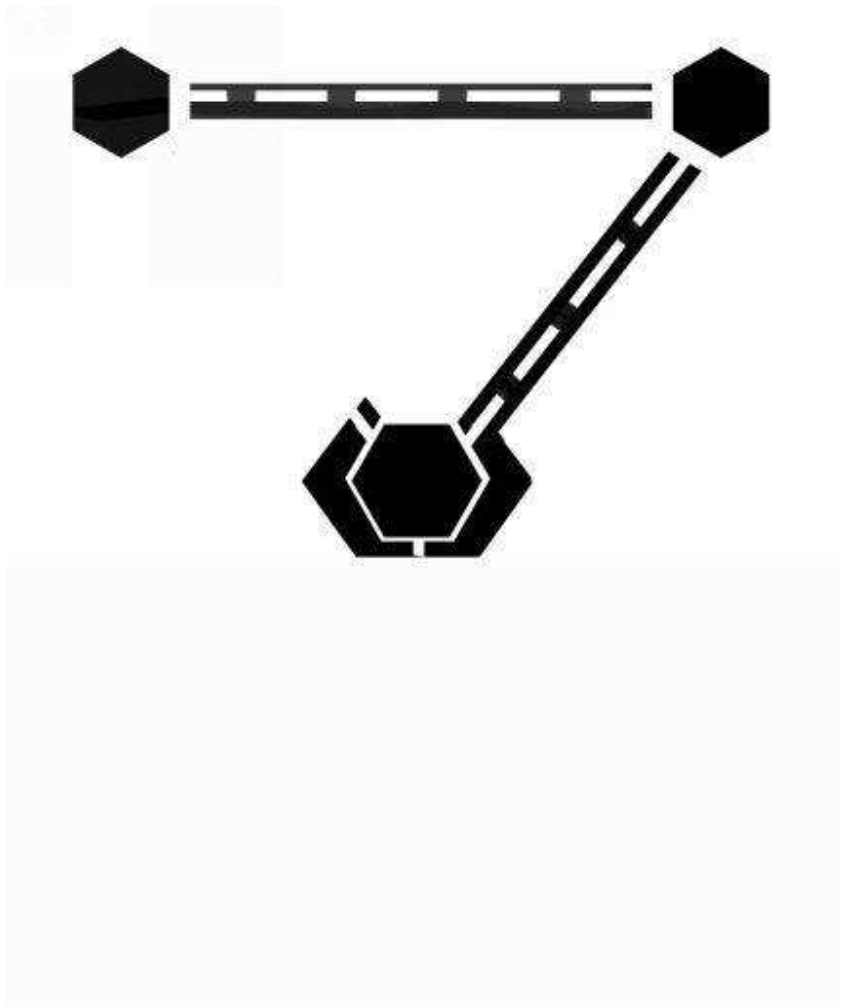
Y de pronto, mientras ella superaba los límites de velocidad permitidos, todo Little Falls quedó a oscuras; todas las bombillas se iluminaron a la vez, alcanzando su máxima potencia antes de estallar. Se había generado un campo eléctrico que había inducido voltajes muy intensos y rápidos y, como consecuencia, había destruido todos los ordenadores y las comunicaciones. Todos los circuitos eléctricos de cualquier aparato o vehículo, quedaron inutilizados. Pero no solo del pueblo...

Sobrevino un silencio profundo mientras la electricidad llegaba a su fin.

Las luces del panel del coche parpadearon un segundo mientras todo el sistema eléctrico fallaba. Alexis perdió el control del coche, empezó a dar volantazos y finalmente, se estrelló contra un árbol sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Después de aquello, de nuevo sobrevino el silencio.

El silencio de un mundo que acababa de quedar a oscuras, y lleno de monstruos.

SEGUNDA PARTE: DESENCUENTROS



1. Encuentro

Chester Woods, Minnesota. 18 de noviembre.

Hunter se incorporó sobresaltado, con el cuchillo de caza en la mano y respirando agitado. Apartó el saco de dormir, que nunca cerraba para poder tener libertad de movimientos. Giró rápidamente, buscando el origen del sonido que le había despertado, pero estaba solo en la atalaya. Se pasó una mano por el pelo, intentando tranquilizarse. Llevaba semanas sin dormir más que unas pocas horas seguidas, y siempre inquieto, así que era normal que de vez en cuando imaginara cosas.

Miró la hora, viendo que aún eran las seis de la mañana. Su reloj se había estropeado con el pulso electromagnético, y le había quitado el que llevaba a un rabioso. Era automático, por lo que tenía que darle cuerda, pero al menos no tenía circuitos electrónicos de los que preocuparse.

Se agachó para echarse a dormir de nuevo, pero entonces le pareció ver algo moverse por el rabillo del ojo, bajo las rocas. Se tumbó con el cuerpo totalmente pegado a la tierra, y se arrastró sigilosamente hasta el borde para asomarse con extremo cuidado. Lo que vio lo sorprendió tanto que casi se cayó del susto.

Una niña recogía flores al pie de las rocas. Hunter no era muy bueno calculando las edades de los niños, pero no le pareció mayor de seis o siete años. Llevaba el pelo rubio recogido en dos coletas, que se balanceaban con los saltitos que daba al caminar. Iba acompañada de un cachorro de pastor alemán, y cantaba una canción infantil como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. La oyó hablarle al perro, pero desde su altura no pudo distinguir las palabras.

—¡Hannah! —llamó una voz de mujer.

La niña se giró en dirección a la voz, y Hunter siguió su mirada. Una mujer joven, rubia como ella, salió de entre los árboles, y fue hasta la niña. La cogió de la mano, hablándole en tono enfadado, y Hunter supuso que estaría riñéndole por alejarse. La niña le entregó las flores, lo que pareció apaciguarla un poco, y se marcharon por donde la mujer había venido, seguidas del cachorro que saltaba a su

alrededor como si quisiera jugar con ellas.

Giró y se quedó bocarriba, mirando al cielo con el cuchillo aún entre las manos. Lo apoyó en su pecho, pensando qué hacer. Había visto grupos de gente otras veces, y nunca se había siquiera acercado. Prefería estar solo, no tener que depender de nadie ni que nadie dependiera de él, era mucho más fácil.

Pero, tal y como había estado pensando una y otra vez el día anterior, el invierno se acercaba, y las cosas se pondrían mucho más difíciles. Tenía que buscar la forma de continuar sobreviviendo, y quizá unirse a un grupo era la solución... Aunque fuera solo durante las semanas más duras.

Decidió acercarse a investigar, ver cuántos eran y de qué tipo de gente se trataba. Al fin y al cabo, tampoco tenía nada más que hacer y, aunque al final no le interesaran, era una novedad en su rutina.

Tras comer algo de la carne del día anterior, se vistió y se preparó para irse. Solo pensaba observarlos desde lejos, así que no cogió nada más que lo imprescindible: su cuchillo de caza del ejército, dentro de su funda reglamentaria que se ató a la pierna, y unos pequeños prismáticos que se guardó en uno de los múltiples bolsillos de sus pantalones.

Se asomó por el borde las rocas, escuchando atentamente y mirando a su alrededor para comprobar que no había peligro. Una vez seguro, bajó veloz y siguió la dirección en la que se habían ido la mujer y la niña. Se internó entre los árboles, buscando su rastro y encontrándolo sin ninguna dificultad.

Pocos minutos después, oyó las voces de varias personas. Se acercó con más cuidado aún si cabía, escondiéndose tras un árbol. Pudo ver a varias personas, pero había demasiadas ramas y árboles entre ellos. No quería acercarse más, así que echó un vistazo a los alrededores, hasta encontrar un árbol de ramas gruesas, que esperaba aguantara su peso.

Llegó hasta él ocultándose fácilmente, y subió por las ramas hasta media altura, encontrando una desde la que podía ver el campamento. El camuflaje de su uniforme y las hojas de los árboles impedían que se lo viera desde fuera.

Se tumbó a medias sobre la rama, buscando la postura más cómoda posible para poder estudiar el campamento con tranquilidad, y sacó los prismáticos.

Eran más de los que había imaginado, hacía mucho tiempo que no veía un

grupo tan numeroso. Lo cual era, en principio, buena señal, porque eso quería decir que sabían defenderse. Habían instalado las tiendas de campaña cerca de la orilla del lago, junto al pequeño puerto donde aún había varias barcas. Unos cuantos de ellos las estaban examinando. Eso le pareció inteligente, ya que eran un buen medio para escapar si eran atacados, todavía no había visto ninguno de «ellos» que nadara.

Por otro lado, habían hecho una barricada con los bancos de la zona de picnic. En caso de ataque no serviría de nada más que para obstaculizarles un poco el camino, no detenerlos, pero era mejor que nada. Entre todas las personas, un hombre le llamó la atención. Enfocó los prismáticos en él, aumentado el ángulo para verlo mejor, y comprobó que llevaba uniforme militar. Parecía joven, y no tenía galones a la vista, así que tenía toda la pinta de ser un soldado raso. Podía haber robado el uniforme, no sería el primero ni el último en fingir ser un militar, pero su presencia podía explicar sus buenas defensas.

Siguió recorriendo las tiendas de campaña, contando a las personas. Había unas cuarenta, entre las cuales pudo contar hasta cinco niños y al menos tres personas ancianas. Además, varios perros correteaban libremente entre ellos, todos de gran tamaño.

Guardó los prismáticos suspirando. Parecía un grupo fuerte, pero no lo convencían. Demasiados niños y gente mayor. Solo ralentizarían la marcha, y Hunter necesitaba gente a su alrededor como él. Tampoco entendía que tuvieran tantos perros. Había distinguido un par de rottweilers, pero aunque estuvieran entrenados en defensa, no creía que sirvieran de mucho contra «ellos», ni que mereciera la pena malgastar comida en mantenerlos vivos.

Decidió que esperaría a otro grupo, así que con el mismo sigilo con el que había llegado, regresó a su escondite.

Pasó el día sobre la atalaya, observando el cielo por si cambiaba el tiempo, y atento a si alguien del campamento se acercaba.

No fue así, por lo que cuando oscureció se metió en su saco para dormirse esperando que no se quedaran mucho tiempo, no quería tener que estar esquivándolos por el bosque.

Siguiendo su costumbre, al día siguiente se despertó con las primeras luces

del alba. Durante la noche había helado, por lo que lo primero que hizo fue hervir un poco de agua en el fuego para mezclarla con café instantáneo y entrar un poco en calor. Se lo tomó junto con un puñado de galletas, e hizo inventario de las provisiones que le quedaban. Había evitado acercarse a Rochester, era una población demasiado grande y si, como temía, estaban todos infectados, no lo tenía nada fácil para buscar comida. Sin embargo, Eyota solo tenía unos dos mil habitantes y estaba formada en su mayoría por barrios residenciales, así que se acercaría a las afueras y buscaría casa por casa. Esperaba encontrar también alguna armería o tienda de deportes. Aún tenía su arma y unos cuantos cargadores, pero quería una ballesta. De joven había aprendido a utilizarlas, tenía muy buena puntería y en aquellas circunstancias, era la mejor arma que se le ocurría. Las de fuego hacían demasiado ruido y además, tarde o temprano, se quedaría sin munición.

Además, Eyota estaba en dirección contraria al campamento que había investigado el día anterior, así que disminuían las probabilidades de encontrarse con ninguno de ellos.

Con esa idea en mente, preparó su mochila con agua y comida para el día. Comprobó su arma, los cargadores y se guardó el cuchillo en la pierna. Enrolló el saco de dormir y lo escondió bajo unas ramas y piedras junto con el resto de provisiones. No le gustaba dejar tantas cosas atrás, pero para una incursión de ese tipo necesitaba ir ligero de carga para tener toda la libertad de movimientos posible y correr velozmente si se daba el caso.

Sacó el mapa de la zona para ver qué camino era el más rápido, y cuando lo estaba guardando oyó un sonido que no le gustó nada.

Gruñidos, acompañados de respiraciones agitadas.

Se asomó sin hacer ruido, y entonces los vio. Tres de ellos, saliendo de entre los árboles mirando con ansiedad a su alrededor. Eran dos mujeres y un hombre, con las ropas desgarradas y manchados de sangre. Una de las mujeres tenía la cara destrozada, le faltaban trozos de las mejillas, por lo que se veían sus dientes y mandíbula a través de los huecos; a la otra le faltaba un ojo, y el hombre solo tenía un brazo. Se movían en zigzag sin parar, agitándose de vez en cuando como si los recorriera una corriente eléctrica.

Hunter ni siquiera se sintió asqueado o extrañado por su aspecto. Había visto peores, incluso sin piernas, y aun así se movían y atacaban, ajenos al dolor.

Durante unos segundos se planteó si acabar con ellos, pero decidió que no valía la pena correr el riesgo. Esperaría a que se alejaran, y luego se marcharía hacia Eyota tal y como había planeado.

Sin embargo, todos sus planes se fueron al traste unos minutos después. Cuando ya se estaban internando de nuevo en el bosque, se oyó una voz infantil cantando, acercándose.

Hunter se inclinó hacia fuera, sin poder creer su mala suerte. La misma niña del día anterior se había acercado de nuevo a recoger flores. El cachorro iba con ella, pero se quedó parado a mitad de camino, ladrando y mirando hacia la zona donde estaban las tres figuras.

Hunter chistó, intentando que mirara hacia arriba y lo viera, a ver si escalaba, pero no parecía oírlo.

La niña miró al perro, pero en lugar de echar a correr, se quedó paralizada en el sitio. Las dos mujeres y el hombre salieron de nuevo del bosque, atraídos por los ladridos del animal. Por el momento, no parecían haber visto a la niña, pero Hunter sabía que no tardarían en hacerlo. Miró al cielo maldiciendo su mala suerte de nuevo, e hizo exactamente lo contrario a lo que quería hacer: implicarse.

Se quitó la mochila dejándola caer al suelo sin miramientos, y se descolgó por las rocas por el camino más rápido. Cayó de un salto delante de la niña, que al verlo lanzó el grito más agudo que Hunter jamás hubiera oído.

—Pero será posible... —gruñó, llevándose un dedo a los labios—. Calla, niña. ¿No gritas por esos y por mí sí?

La niña se calló, pero fue solo para coger aire y seguir gritando. Hunter se planteó teparle la boca con la mano, pero los contagiados ya se dirigían hacia ellos. El cachorro mordía una de las piernas del hombre, pero éste ni se inmutaba, con su mirada inyectada en sangre fija en ella.

Hunter se interpuso entre ellos y la niña, y sacó su cuchillo para pasar directamente al ataque, sin dejar que se acercaran más. Corrió y saltó sobre un tronco del suelo, cogiendo impulso para caer sobre una de las chicas y clavar el cuchillo en la cabeza. Lo arrancó de su cráneo mientras caía al suelo, y al girarse aprovechó la inercia para degollar a la otra, cortando hasta la tráquea. No era suficiente para pararla, así que la cogió del pelo para inclinarla hacia atrás y usar el lado serrado del cuchillo para terminar de cortar la cabeza. El hombre ya se le

estaba echando encima, pero Hunter le clavó el cuchillo a través de una oreja, atravesándole el cerebro, y el contagiado cayó al suelo inerte. Hunter se aseguró de que no se movían, aplastándoles la cabeza con su bota por si acaso, y limpió el cuchillo en la ropa de una de las chicas. Se lo guardó en la funda, mirando a la niña, que seguía emitiendo aquel grito agudo como si la vida le fuera en ello.

Se acercó a ella en dos zancadas, y se agachó para tapparle la boca.

—¿Quieres dejar de gritar? —pidió—. Ya están muertos.

La niña miró los cuerpos para asegurarse, y luego a él de nuevo.

—Es que me das miedo —dijo.

—¿Yo? —Los señaló con el dedo—. ¿Y ellos no? Porque si hubieras gritado un poco antes, a lo mejor habría venido alguien a rescatarte, ¿no?

—¡Apártate de ella si no quieres que te vuele la cabeza de un tiro! —ordenó una voz masculina.

Hunter se incorporó lentamente, levantando los brazos y poniéndolos detrás de la cabeza. Al darse la vuelta vio que se trataba del chico con uniforme de soldado, que lo apuntaba con una pistola.

La niña corrió hacia él, escondiéndose detrás de sus piernas, y el cachorro la imitó.

—Hannah, ¿estás bien? —preguntó el chico.

—Sí, pero ese señor me da miedo, me ha asustado.

—Pero vamos a ver —interrumpió Hunter—, ¿quieres mirar ahí, soldado? —Señaló a los cuerpos—. A esos deberías haber estado apuntando hace cinco minutos, no a mí.

El chico miró los cadáveres, y luego a él, pero se quedó indeciso, sin saber si dejar de apuntarlo o no. Hunter se preguntó qué aspecto tendría, para causar esa reacción en la niña y en el soldado. Se acercó un par de pasos, y el chico bajó un poco el arma, mirando su uniforme. Reconoció los galones, pero el anagrama de la calavera de toro roja le era desconocida.

—¿Señor? —Preguntó.

—Teniente coronel Hunter Cooper. —Extendió la mano—.

El chico se la estrechó, pareciendo aliviado, y Hunter aprovechó para cogérsela con fuerza. Tiró del brazo hacia él, girándoselo a la espalda e inmovilizándolo. Le quitó el arma antes de que se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, y lo empujó alejándolo de él para apuntar.

—Nombre y rango —exigió.

—Erik Lothbrook —contestó él, levantando las manos—. Soldado raso. Señor, yo...

Hunter sacó de dentro de su camisa las placas militares de identificación que llevaba colgadas al cuello, mostrándoselas e indicándole con la pistola que se acercara para poder leerlas. Erik obedeció sin bajar las manos.

—Muéstrame las tuyas —ordenó Hunter.

Erik las sacó también. Hunter apoyó el cañón de la pistola en su sien, y las leyó rápidamente.

—Número de identificación —pidió.

—467854, señor.

—Tipo de sangre.

—A positivo, señor.

Hunter le había estado mirando a los ojos mientras contestaba. Podía haber robado el uniforme y las placas, pero le pareció que no mentía. Bajó el arma, dándole la vuelta para entregársela por la culata. Erik la cogió, mirándolo sin saber qué esperar.

—Nunca te fíes de quien te encuentres estos días, soldado Lothbrook. Cualquiera puede tener un uniforme y un arma.

—Sí, señor —Hunter se giró para alejarse, pero Erik lo cogió de un brazo para que no lo hiciera—. ¿Teniente?

Hunter miró su brazo, y luego a él. Erik apartó la mano rápidamente, y retrocedió un paso.

—Teniente —repitió, tragando saliva—. Tenemos un campamento cerca de aquí.

—Lo sé.

—Ah. —Parpadeó, sorprendido—. Bueno, yo... Si quiere venir será bienvenido. Tenemos armas, provisiones... Cualquier ayuda nos vendrá bien.

—Estoy bien solo, gracias.

De pronto notó un peso en la pierna, y miró hacia abajo. La niña se le había agarrado como un mono, rodeándolo con brazos y piernas.

—¿Pero se puede saber qué haces?

—Tienes que venir con nosotros —dijo ella—. Cuando le cuente a mi mamá que me ha salvado un señor raro, no me va a creer. Tiene que verte.

—Lo primero, no soy raro —respondió él, intentando quitársela sin hacerle daño—. Lo segundo, me gustaría recuperar mi pierna para poder irme, así que suéltame.

—No.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Que no. —Negó con la cabeza con determinación—. Ene-O. No. —Sonrió orgullosa—. Lo he deletreado bien, ¿verdad? Me ha enseñado mi mamá.

Hunter miró a Erik en busca de ayuda, pero éste se limitó a encogerse de hombros. Intentó soltarse de nuevo, pero Hannah parecía una lapa, así que suspiró resignado.

—Está bien —se rindió—. ¿Puedo al menos recoger mis cosas?

—Vale, pero no hagas trampas. No pienso moverme de aquí.

Se soltó mirándolo con desconfianza, y ella y Erik se quedaron al pie de la

atalaya para esperarlo.

Hunter recogió sus pertenencias en unos minutos, y echó tierra en los agujeros del fuego para apagarlo. No estaba convencido de estar tomando la mejor decisión, pero quizá consiguiera algunas provisiones con su ayuda y se podría marchar en unos días.

Cuando se estaban acercando a las barricadas, la mujer rubia que se había llevado a Hannah el día anterior corrió hacia ellos para abrazarla.

—Dios mío, Hannah. —La besó en la cara—. ¿Cuántas veces te he dicho que no debes alejarte? —Se incorporó con ella en brazos—. Gracias, Erik

—No me las des a mí, ha sido él. —Señaló con la cabeza a Hunter.

—Sí, mami —corroboró Hannah—. El señor raro me ha salvado.

«Y dale con lo de raro», pensó Hunter.

Antes de que pudiera decir nada, la mujer lo estaba abrazando con lágrimas en los ojos.

—Muchísimas gracias, señor, gracias —decía—. No sé cómo agradeceréelo.

Hunter la apartó suave pero firmemente.

—La próxima vez no estaré ahí para salvarla, así que a ver si la vigila mejor.

Ella afirmó, intimidada ante su tono.

—Sí, claro, sí, tiene razón. Lo siento.

Se alejó con la niña, y el cachorro las siguió correteando. Hunter se cruzó de brazos, mirando a su alrededor con el ceño fruncido.

Había varias personas vigilando, pero no debían ser muy buenos haciéndolo cuando una niña pequeña se había escapado tan fácilmente no una, sino dos veces por lo menos. Las tiendas estaban demasiado desperdigadas para su gusto, y aunque había gente haciendo diferentes cosas, también vio unos cuantos sentados o tumbados. Por no hablar de los perros, que correteaban por el campamento libremente. Hunter los señaló con el dedo.

—¿Cuántos tenéis de esos? —preguntó.

—¿Rottweilers?

—Perros.

—Unos diez.

—¿Diez? —Movi6 la cabeza, incr6dulo—. ¿C6mo ten6is organizadas las guardias? ¿Y el reparto de tareas?

—Bueno, yo realmente no me encargo de eso.

—¿No los diriges t6?

—¿Yo? —Se rio—. ¡Qu6 va!

Hunter suspir6 fastidiado. Qu6 p6rdida de tiempo.

—Pero ten6is un l6der, ¿no? ¿O vais en plan anarqu6a?

—No, no, claro, estamos organizados.

—Pues ll6vame con 6l, anda, no s6 a qu6 est6s esperando.

—Es que en realidad...

—Hola, Erik. —Salud6 una voz femenina tras ellos—. ¿No vas a presentarnos?

Ambos se giraron hacia la voz. Era una chica joven, no muy alta, de pelo moreno recogido en una coleta y ojos color verde. Hunter la descart6 en dos segundos, ignor6ndola.

Erik carraspe6, inc6modo.

—Rachel, 6l es el teniente coronel Hunter Cooper. Se6or, ella es Rachel Portman.

—Encantada de conocerte, Hunter —dijo ella, extendiendo la mano—. T6 debes ser el se6or raro del que me ha hablado Hannah.

—Primero, no soy raro —replicó él, ignorando su mano—. Segundo, no es Hunter, sino teniente Cooper.

—Ya. —Ella se cruzó de brazos, retrocediendo un paso y mirándolo de arriba abajo—. Pues en ese caso, tengamos las cosas claras desde el principio. Primero, soy la doctora Portman, teniente. Segundo, yo llevo las cosas aquí, así que vaya rebajando el tono. Y tercero, dese una ducha y afeítese, y cuando tenga un aspecto más presentable, veré si tengo tiempo de hablar con usted para decidir si puede quedarse. Erik, encárgate de darle jabón y ropa limpia.

Con esas contundentes palabras, se alejó sin dar opción a réplica. Hunter había abierto la boca para hablar, pero la cerró pensando que se había quedado con cara de tonto.

—¿Eso iba en serio? —preguntó.

—Sí, totalmente —contestó Erik—. Le traeré todo, de momento tenemos de sobra, y luego hablaré con ella. Si no le hacemos caso, es capaz de ordenarme que lo eche, señor. Tiene mucho carácter.

Hunter le lanzó una mirada de «me gustaría verte intentarlo», pero no dijo nada y lo siguió hasta una tienda algo más grande que el resto, donde habían pintado con spray «Almacén». Esperó fuera mientras Erik entraba para salir unos minutos después con algunas prendas de ropa, jabón y una toalla. Todo estaba nuevo, sin usar.

—¿De dónde lo habéis sacado? —Preguntó.

—Una tienda en Elgin, es el último sitio por el que hemos pasado antes de llegar aquí. ¿Qué talla tiene de pie? —Hunter se lo dijo, y Erik buscó unas deportivas, que él cogió sin mucho entusiasmo—. ¿Necesita algo para afeitarse?

—No, me arreglaré con esto. Aunque un espejo no me vendría mal.

—Sí, claro.

Entró en otra tienda, más pequeña y sin marcar, y le entregó un espejo no muy grande. Justo se vería la cara, pero no necesitaba más, y tenía una cuerda para poder colgarlo.

—Esta es mi tienda —explicó Erik.

—Luego te lo devuelvo.

—Hemos delimitado aquella zona para el baño —Señaló hacia el lago—. Detrás de aquellas rocas, para dar un poco de intimidad.

—De acuerdo.

—¿Necesita algo más?

—No lo creo.

—Iré a hablar con Rachel y luego vengo a buscarlo.

Se llevó la mano a la frente poniéndose firme, y Hunter le devolvió el saludo por inercia, dándose cuenta del tiempo que había pasado desde la última vez que lo había hecho. Apartó rápidamente esos pensamientos de su mente, como siempre, y se fue a la zona del lago que le había indicado Erik.

Colgó el espejo de una rama de un árbol, y entonces se vio. No pudo evitar hacer una mueca, ni él mismo se habría reconocido. Ahora entendía por qué la niña se había asustado al verlo. Tenía el pelo totalmente despeinado, lleno de tierra y barro, ni siquiera se podía distinguir si era rubio o moreno. La barba le había crecido descuidada durante aquellos dos meses, y aunque había limpiado la ropa con agua, tenía manchas oscuras de sangre por todas partes. El jabón había sido su última preocupación en aquellas semanas, y no quiso pararse a pensar cómo debía oler...

Así que directamente se quitó toda la ropa que llevaba puesta, sacó la que tenía en la mochila y lo primero que hizo fue lavarla, frotándola contra una piedra para quitar bien las manchas. Dejó las botas para después, y se metió en el agua para frotarse con fuerza todo el cuerpo y el pelo, buceando para enjuagarse. El agua estaba bastante fría por la época del año en que estaban, pero no le importó. Durante un rato no pensó en nada de lo que ocurría a su alrededor, no miró a los lados cada segundo esperando ser atacado, y cuando salió del agua se encontraba con más energía que antes.

Se puso unos boxers, y se miró críticamente en el espejo. Tendría que cortarse el pelo, le había crecido demasiado para su gusto, pero de eso se preocuparía más tarde. Lo primero era librarse de aquella barba.

Tras hablar con Erik, Rachel se había calmado bastante. Normalmente no era tan brusca, pero había estado discutiendo con uno de los miembros del grupo sobre qué hacer a continuación, y lo último que necesitaba era otro gallito en el corral creando fisuras en el campamento. Decidió que iría a hablar con el nuevo y darle una oportunidad, un militar de su rango era un activo importante. Erik apenas tenía experiencia, y ella necesitaba ayuda, aunque no le gustara admitirlo.

Cogió aire para infundirse valor, preparándose por si le esperaba un enfrentamiento, y se dirigió hacia la orilla del lago. Por el camino, pasó junto a una pareja que estaba sentada en el suelo. Él tenía el pelo negro, cortado de forma desenfadada. Tenía los ojos grandes y muy azules, y rostro aniñado que le hacía parecer más joven de lo que realmente era. Ella hacía poco que había cumplido la mayoría de edad. Tenía el pelo teñido de morado, aunque ya se le empezaban a ver las raíces rubias. Estaba masajeándole los hombros mientras él le indicaba por dónde apretar más.

—¿No tenéis nada que hacer? —preguntó Rachel, sabiendo la respuesta de antemano.

—No me estreses, R —contestó él.

—Sí, no le estreses —repitió ella—. Está muy cansado.

—Oye, R, ¿quién ese? —preguntó el chico, señalando con la cabeza hacia el lago. Se podía ver a Hunter, con su cuchillo de caza en la mano pasandoselo por la cara—. ¿Qué es, más duro que las piedras? ¿No tiene cuchillas para afeitarse como una persona normal?

Rachel iba a contestar, pero se lo pensó mejor y se alejó, hablar con ellos era una pérdida de tiempo total y absoluta. Según se iba acercando, comenzó a tener una mejor visión de Hunter. Efectivamente, estaba usando su cuchillo para afeitarse, solo se había echado jabón para ablandar la barba. Cuando llegó a su lado, ya estaba secándose la cara con una toalla. Se la echó al hombro, y ella se quedó parada a un par de metros, sin poder creer que fuera la misma persona que había conocido un par de horas antes.

Erik había acertado con la talla de ropa que le había entregado, porque los pantalones vaqueros que se había puesto le quedaban perfectos. Aún no se había puesto nada más, así que pudo comprobar que estaba más que en forma y dedujo que seguramente seguiría entrenando con disciplina militar para poder sobrevivir.

Al verla, Hunter se puso una camiseta y se quedó mirándola, esperando a que terminara de acercarse. Rachel tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para mantenerse impasible. Con algunos mechones de pelo rubio cayéndole sobre la frente, aún húmedos, y sin barba que ocultara su rostro, Hunter era mucho más atractivo de lo que había esperado. Tampoco se había esperado mucho, pensó, pero es que aquellos ojos azules volverían loca a cualquiera...

—¿Viene a por el segundo asalto, doctora Portman? —preguntó él, colgándose las placas identificativas del cuello.

Aquella frase la hizo descender de forma brusca, así que adoptó su mejor expresión seria, y se paró frente a él, elevando la vista para hablar.

—No, no creo que lo adecuado sea discutir —contestó—. ¿Qué tal si empezamos de cero y hablamos un rato?

—De acuerdo. —Él pareció sorprendido, y se pasó una mano por el pelo—. No tendrá unas tijeras, ¿verdad? Quería cortarme el pelo también.

—Lo haré yo mientras hablamos.

De nuevo, Hunter se sorprendió por la oferta, pero no protestó, así que Rachel fue a coger unas tijeras y regresó al lago. Le señaló una roca, donde Hunter se sentó obediente.

Rachel le puso una toalla sobre los hombros, y le pasó la mano por el pelo para desenredarlo. Hunter se puso tenso, aquel gesto inocente le había hecho estremecerse, y supuso que era por el tiempo que había pasado desde que había tenido contacto con cualquier otro ser humano.

—¿Cómo de corto? —preguntó ella.

—Muy corto.

—De acuerdo. —Empezó a coger mechones y cortar hábilmente—. Así que es teniente coronel. ¿Dónde estaba destinado?

—Preferiría no hablar de ese tema.

—Vale, pero entenderá que necesito saber algo sobre usted antes de decidir si puede quedarse con nosotros o no.

—A lo mejor el que decide si quiere quedarse o no soy yo. —Ella le pegó un tirón en el pelo—. Eh, cuidado.

—Perdón —el tono indicaba que no lo sentía en absoluto—. Si la conversación va a seguir así, no vamos a llegar a ninguna parte. Somos un grupo bastante bien avenido, no estamos cerrados a nadie, pero hemos tenido un par de experiencias con extraños... Que digamos no han acabado muy bien.

—Ya. Yo he estado solo bastante tiempo, así que tampoco es que me hagáis excesiva falta.

Eso le valió otro tirón, pero no protestó.

—En ese caso, ¿por qué ha venido? ¿Se ha dado cuenta de que el invierno se acerca, y que será más difícil sobrevivir solo?

Hunter no contestó, aunque con esa pregunta le estaba demostrando que tenía visión de futuro. Si era ella quien llevaba el grupo, tenía que ser inteligente, así que decidió ponerla a prueba para ver si había sido todo fruto de la casualidad o si realmente valía para liderar y organizar.

—Ya que se supone que es la jefa, ¿podría contestarme algunas preguntas?

—Depende. —Le movió el pelo, comprobando el corte—. Dispare.

—Erik me ha dicho que hay como diez perros. ¿Por qué? ¿Tanta comida tienen que les sobra?

—Bueno... Realmente son más útiles que algunas de las personas que tenemos, ellos por los menos nos avisan cuando se acerca algún rabioso.

—¿Los avisan? ¿Qué quiere decir?

—No sé. —Se encogió de hombros—. Parece que los huelen, o algo. Se ponen muy nerviosos cuando hay alguno cerca, y ladran enseguida. Y esa... gente o lo que sea, no les hace mucho caso, así que...

—Entiendo. —Eso era nuevo para él, pero si era cierto, como defensa serían muy útiles—. ¿Ha dicho rabioso? ¿Es así como los llaman?

—No sé quién empezó a llamarlos así, pero es lo que parecen. Como si

tuvieran la rabia o algo así. ¿Usted cómo los llama?

—Al principio contagiados... Pero realmente tampoco pienso en ellos de ninguna manera.

—Ya, todos hemos visto también lo rápido que... Pueden contagiar lo que sea que tengan.

—En fin, da igual. ¿Organiza usted las guardias?

—Con ayuda de Erik, es el único con algo de formación militar por aquí—. Suspiró—. Pero es muy joven, solo tiene veintitrés años, y a veces... Veo que todo esto es demasiado para él.

—¿Y cómo ha llegado a dirigirlos usted? No parece mucho mayor que él.

—Gracias por la parte que me toca. —Se puso frente a él, para hacerle cortes en el pelo por delante—. Pero le llevo diez años, así que... Yo dirigía un hospital, supongo que estoy acostumbrada a mandar, y la gente necesitaba seguir a alguien. No me quedó otro remedio. —Le quitó la toalla y la sacudió, retrocediendo para mirarlo críticamente—. Ya está. Si le parece, pase el día y la noche con nosotros, y hablamos de nuevo por la mañana. Al final, todo se resume en tener confianza mutua. Usted no puede demostrarme que realmente es quien dice ser, ni yo tampoco. Así que o confiamos, y se queda acatando nuestras reglas, o no confiamos y hago que lo echen o se marcha usted. Es simple. —Le devolvió la toalla con una sonrisa encantadora, que le marcaba hoyuelos en las mejillas—. Espero que le guste el corte.

Con esas palabras, se dio la vuelta para marcharse. Hunter cogió el espejo rápidamente, mosqueado, y frunció el ceño al verse. No se lo había cortado como él había esperado, sino que se lo había dejado por arriba algo más largo, dándole un aspecto más joven y para nada militar.

—¡Esto no es lo que yo quería! —Gritó, hacia ella.

Rachel agitó la mano en el aire, en señal de despedida.

—No se puede tener todo lo que se quiere, teniente.

Hunter no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria ni lo retaran de esa forma, así que por una vez en su vida, se quedó sin saber qué contestar.

2. El grupo

Mientras esperaba que se secase su ropa, Hunter decidió dar una vuelta por el campamento para hacerse una idea mejor de cómo estaban organizados. Enseguida se dio cuenta de que había varios hombres observando sus movimientos, pero no le extrañó. Si él estuviera en el lugar de Rachel, su primera orden hubiera sido vigilar de cerca al desconocido, así que no le dio importancia.

El campamento estaba montando diferenciando la zona de tiendas personales de las comunes, todas ellas marcadas con spray de color por fuera para saber qué contenían. Lo habían montado todo alrededor de una cabaña de información del parque, marcada como «Centro». Dentro se encontraba Rachel reunida con varias personas.

La distribución le pareció adecuada, no encontró pegas al respecto, pero sí en cuanto a la gente. Una cosa era que hubiera turnos para que la gente descansara, pero hubo varias personas que le pareció que no tenían nada que hacer.

Buscó directamente a Erik, para ver qué información podía sacar, utilizando como excusa sus botas. Lo encontró en la zona de picnic, ocupado revisando cómo se repartían las raciones de comida del día. Al verlo lo saludó, y Hunter lo imitó.

—Descanse, soldado. —Erik obedeció—. No quiero molestarte mientras trabajas.

—No hay problema, ya he acabado aquí. —Miró la hora—. No tengo guardia hasta dentro de un rato. ¿Qué necesita?

—Un cepillo, para mis botas. Quiero limpiarlas también. —Señaló su muñeca—. ¿De dónde lo has sacado?

—Tuvimos suerte, casi todos tenemos. Al poco de ponernos en camino, pasamos por una joyería que habían desvalijado. Estos relojes son tan viejos que probablemente los ladrones pensaron que no servían para nada. Pero son los únicos que funcionaban, después de... Lo que fuera que pasó.

—Entiendo. —No quería seguir hablando de ese tema, así que volví al inicial—. ¿El cepillo?

—Sí, claro, sígame. —De nuevo lo llevó hasta su tienda, y le entregó un cepillo de cerdas duras. — ¿Qué tal con Rachel? ¿Dejará que se quede con nosotros?

Hunter reprimió una sonrisa, tras los comentarios de Rachel había estado esperando algún tipo de pregunta así. Erik parecía deseoso de quitarse responsabilidad de encima.

—¿Qué tal si me acompañas y hablamos un rato? —le preguntó.

—Claro, señor.

Lo siguió hasta la orilla del lago, donde se sentaron en unas rocas. Hunter comenzó a cepillar sus botas, preguntándole por su vida antes de todo aquello. Quería ganarse su confianza, si le preguntaba directamente sobre el campamento Erik podía ponerse a la defensiva.

Tras un rato de conversación, Erik fue a buscar un par de raciones de comida, y para entonces Hunter ya tenía casi toda la información que necesitaba.

En general, parecía que se las estaban arreglando bien y el sistema que habían establecido funcionaba, pero había algunas voces discordantes. Gracias a Erik sabía sus nombres, así que los buscaría para conocer su opinión.

Por otro lado, también había unos cuantos que no colaboraban demasiado... Pero eso, si se quedaba, tenía fácil solución. Él se encargaría de ponerlos firmes.

Erik se tuvo que marchar a ayudar a Rachel, así que Hunter fue a comprobar si su ropa se había secado. No se sentía cómodo con los vaqueros y las deportivas, prefería llevar su uniforme y además, sabía que con ropa militar infundía más respeto.

Se vistió de nuevo con su ropa militar, recogió el resto y lo guardó todo en la tienda de Erik, quien se la había ofrecido para pasar la noche, ya que él tenía guardia nocturna. No había dado ni dos pasos, cuando un hombre se interpuso en su camino. Era de complexión más bien rechoncha, algo mayor que él aunque más bajo, y totalmente calvo. Le dedicó una sonrisa tan falsa que Hunter se puso de inmediato en guardia.

—¿Qué tal? —dijo el hombre, saludándolo militarmente—. Soy Arthur Payne. Eres nuevo, ¿no?

«Pregunta absurda», pensó Hunter. «Ni que fueran cientos en el campamento».

No le devolvió el saludo, limitándose a asentir con la cabeza. A Arthur no pareció importarle, con su sonrisa aún puesta en la cara. Era uno de los nombres de la lista que Hunter había obtenido de Erik.

—¿Esos galones de qué son? —siguió preguntando Arthur—. ¿Capitán?

—Teniente coronel.

—¡Mejor aún! Es estupendo. Te quedarás con nosotros, ¿verdad?

—Aún no lo sé.

—Ah, no, pero tienes que quedarte, necesitamos a alguien como tú. —Le palmeó un hombro de forma amigable, sin darse cuenta de que Hunter se apartaba ligeramente—. Verás, sé que ya has conocido a esa doctorucha, no me digas que te dejarías mandar por una niñata como ella.

—No parece que lo esté haciendo tan mal.

—Hombre, no me malinterpretes, seguro que tiene muchas cualidades. —Le guiñó un ojo—. Pero yo era alcalde de Cannon Falls, lo haría mejor seguro.

—¿Sí? ¿Y cómo lo hizo en Cannon Falls? ¿Salvó a mucha gente?

Aquello lo pilló totalmente desprevenido, tal y como Hunter había esperado. No le había gustado nada el tono de superioridad con el que estaba hablando, así que decidió que no le dedicaría más tiempo, ya tenía claro por qué daba problemas. Nunca le habían gustado los políticos, y Arthur Payne era solo otro ejemplo más.

Lo dejó con la palabra en la boca, y se metió entre las tiendas, observando a la gente y esperando al siguiente. Visto lo visto, no tendría que buscar, ellos irían a él.

En efecto, no habían pasado ni quince minutos cuando otro hombre se le acercó. Este era más o menos de su edad, iba impecablemente peinado y vestido, y andaba despreocupado con las manos en los bolsillos, como si estuviera de paseo

en lugar de en un campamento intentando sobrevivir.

«El guapito del barrio», pensó Hunter.

—Hola, soy Phil Dempsey —saludó, sonriente como Arthur—. Ya me han hablado de ti. Hunter, ¿no?

—Teniente coronel Hunter Cooper.

—Eso he dicho, ¿no? —Sacudió la cabeza—. Bueno, es igual. Ya me ha dicho Arthur que ha hablado un poco contigo.

—Podría decirse así.

—Ya. Es que mira, este sitio está muy bien y todo lo que tú quieras, pero necesita un cambio de dirección, y tú nos vendrías muy bien.

—Me gusta ir por libre.

—No, claro, claro, te dejaríamos hacer lo que quisieras, faltaría más. Solo necesitaríamos que alguien como tú nos apoyara, alguien que imponga.

—¿Apoyaros a qué?

—A quitar a Rachel de la ecuación. En serio, ¿tú la has visto? —Señaló con la cabeza la tienda de enfermería, donde ella se encontraba con varias personas—. No es más que una tía, y ni siquiera de las más buenas de por aquí. No sirve nada más que para un polvo rápido. Aunque le gusta hacerse la dura, no te creas. Llevo detrás de ella desde que la conozco, pero nada. A este paso voy a tener que drogarla o algo para poder tirármela.

Se rio como si fuera el chiste más gracioso del mundo, sin darse cuenta de que se estaba librando de un puñetazo en la cara por los pelos. Hunter apretó los puños, haciendo acopio del poco autocontrol que le quedaba y que se le estaba agotando por momentos.

—Esta conversación se ha terminado —sentenció.

Y se marchó, dejándolo con la misma cara de pasmo que a Arthur. Ya le había quedado claro lo que estaba pasando allí. Rachel probablemente no era perfecta, pero si aquellos dos eran la voz cantante de los que estaban en su contra, nunca se

pondría de su parte. Él se guiaba por hechos objetivos, y si Rachel había conseguido lidiar con ellos hasta entonces, tenía más mérito aún del que le había dado en un principio. Tener a dos machistas babosos detrás que pensaban que solo servía para una cosa debería haber acabado con su paciencia. Y, sin embargo, aún permitía que estuvieran en el grupo. Si por él fuera, los dejaría en medio del bosque a la menor oportunidad.

Lo que le llevó a la pareja que había visto aquella mañana tumbada. Los buscó con la mirada, y no se sorprendió al verlos en el mismo sitio. Él estaba tirado en el suelo, sin camiseta y con gafas oscuras, como si estuviera tomando el sol. Ella estaba sentada a su lado, cosiendo una prenda de ropa.

Hunter golpeó un pie del chico con su bota para llamar su atención, y ella se levantó inmediatamente, haciendo aspavientos con los brazos.

—¿Estás loco? —gritó—. ¿No ves que está durmiendo?

—¿Y tú qué eres? ¿Su guardaespaldas?

—¡No, soy su fan!

Aquel debía ser el día de quedarse sin palabras, porque Hunter había esperado cualquier respuesta menos esa. Tenía que haber oído mal.

—Perdona —dijo—. ¿Qué has dicho?

—Que soy su fan. —Lo señaló—. ¿Pero no ves quién es? ¿No lo conoces?

Hunter lo examinó de arriba abajo. Le recordaba a los típicos ídolos de adolescentes guapitos, pero no le sonaba de nada.

—¿Debería? —preguntó.

—¡Es Jared Jacobs! —Hunter ni se inmutó—. ¡J.J! —Ninguna reacción. Ella estiró la camiseta que llevaba puesta, para que Hunter viera la foto impresa en ella. Era el chico, con cara mística y una guitarra en los brazos—. ¡Es imposible que no lo conozcas!

—Tranquila, Margorie, tranquila —dijo el chico, levantándose y palmeándole la espalda cariñosamente para tranquilizarla—. Discúlpala, es que es la presidenta de mi club de fans y a veces se deja llevar por la emoción.

—No hace falta que lo jures.

Si no la hubiera oído hablar, habría pensado que estaba contagiada. La chica movía la cabeza incrédula, hablando para sí como si fuera imposible de creer que hubiera alguien en el mundo que no supiera quién era aquel tal Jared Jacobs.

—Seguro que has oído alguna canción mía, aunque ahora no te acuerdes —siguió el chico.

—Lo dudo mucho.

—Bah, no importa. Ya te cantaré algo y no te preocupes, no te cobraré.

—¿Pero esto es en serio? —Señaló a la chica—. ¿Es la presidenta de tu club de fans? ¿No es una forma de hablar?

—Claro. —Lo miró como si estuviera loco—. Todo esto nos pilló en medio de un meet & greet, así que... —Se rio, divertido—. ¡Es el meet & greet más largo de la historia!

Hunter estaba tan sorprendido que casi había olvidado por qué se había acercado a ellos. Le parecía todo tan surrealista, que estuvo a punto de pellizcarse por si estaba soñando. O teniendo una pesadilla, más bien. Se pasó una mano por la cara, intentando aclarar sus ideas.

—De acuerdo, dejemos eso por un momento —dijo—. Os he estado observando, y no os he visto hacer ninguna guardia ni nada, ¿no tenéis ninguna tarea asignada?

—¿Pero estás sordo!? —gritó Margorie—. ¡Es Jared Jacobs! ¡No puede trabajar!

Se lanzó hacia adelante como si fuera a pegarle, pero Jared la retuvo cogiéndola por los brazos.

—Shhhhh, tranquila, tranquila —dijo, en tono suave.

—¿Está bien? Parece que le va a dar un ataque.

—Es un poco impulsiva, pero tranquilo, no te hará daño. Rachel sabe que no estoy acostumbrado a hacer esfuerzos, así que prefiero no molestar.

—Ya. —Estaba alucinando, pero decidió dejarlos en paz por el momento. Parecía que la chica empezaba a hiperventilar, así que no quería ser responsable de que le ocurriera nada—. Bueno, os dejaré solos. —Levantó las manos en un gesto pacificador—. Tranquila, eh, Margorie. Ya me marchó.

Se alejó rápidamente, preguntándose cuántos locos más se encontraría en el campamento. Por suerte, no fue así. Conoció a unas cuantas personas más, pero ninguno con ínfulas de poder ni comportamientos extraños, así que cuando anocheció se dirigió hacia la tienda de aprovisionamiento para que le dieran su ración.

Rachel estaba sentada con un grupo de gente en unas mesas de picnic, y le hizo gestos para que se sentara con ellos. Hunter dudó unos segundos, pero acabó acercándose y sentándose junto a ella. En la misma mesa estaba Hannah con la mujer rubia y un chico.

La niña lo miró abriendo los ojos con asombro.

—¿Eres el hombre raro? —preguntó, incrédula—. ¡Pero si antes eras muy feo!

—Cariño, eso no se dice —intervino la mujer, enrojeciendo—. Discúlpela, por favor.

—No pasa nada.

—Esta mañana no nos han presentado. Soy Amy Roberts, la madre de Hannah. —Señaló al chico a su lado—. Y este es mi marido, Jake.

—Es un placer conocerlo, teniente —dijo él, incorporándose para extender su mano—. Muchísimas gracias por salvar a nuestra hija, Erik nos lo ha contado todo. Tendremos más cuidado, se lo prometo.

Hunter le estrechó la mano, aceptando con ese gesto su disculpa. Solo esperaba que cumpliera su promesa.

—¿Qué tal su día? —preguntó Rachel—. ¿Ha sido productivo, teniente?

—Bastante. Confuso, también.

Ella rio, moviendo la cabeza.

—Eso quiere decir que ha conocido a J.J. y a Margorie —La mesa se llenó de risas y miradas divertidas—. O mejor dicho... —Hizo un gesto con las manos como si estuviera enmarcando algo—. Su ilustrísima Jared Jacobs y su fan número uno.

—¿Siempre han sido así?

—Y peor. Ahora por lo menos hablan con el resto, al principio éramos demasiado poco importantes.

—Pero tendrían que colaborar con los demás.

—¿Cree que no lo he intentado? No puedo preocuparme por si ayudan o no, tengo demasiadas cosas que hacer... —Lo miró, entrecerrando los ojos—. Pero si se queda, me gustaría verlo intentarlo.

—¿Me está retando, doctora?

—Si lo estuviera haciendo, ¿lo aceptaría?

La mesa se quedó en silencio esperando la respuesta de Hunter. Él le sostuvo la mirada, distraído momentáneamente por el color verde claro de sus ojos, pero se recompuso rápidamente.

—Lo pensaré —contestó, regresando su atención a la comida.

Los demás comenzaron a hacer comentarios entre ellos, y él se quedó escuchándolos sin participar más, pensando en qué decisión tomar.

Tras unas horas dando vueltas intranquilo dentro de la tienda de Erik, Hunter dejó por imposible intentar dormir y salió al exterior. Después de tantas noches durmiendo prácticamente a la intemperie, el espacio se le antojaba demasiado pequeño y agobiante. Además, aunque sabía que había vigilancia, no podía evitar la costumbre de tener que ver todo a su alrededor para poder controlar si se acercaba algo o alguien. Y, para colmo, su mente no paraba de dar vueltas a todo lo sucedido el día anterior y no era capaz de tomar una decisión.

Recorrió la entrada, saludando a Erik al verlo, y comprobando que había el doble de guardias que durante el día, todos ellos despiertos. En eso, por lo menos, estaban bien cubiertos.

Paseó entre las tiendas donde dormía la gente, y ya se estaba alejando hacia el lago cuando vio tres figuras medio escondidas tras la tienda de aprovisionamiento. Pensó que quizá estuvieran intentando robar, así que se acercó con cuidado de que no le vieran.

Cuando llegó a su altura, los reconoció. Eran Arthur y Phil, acompañados de otro hombre. Le había visto el día anterior por el campamento, pero no había llegado a hablar con él. Era más alto y corpulento que ellos, pero estaba de espaldas y no pudo ver su cara.

Los oyó murmurar entre sí, pero no pudo distinguir lo que decían, solo el nombre de Rachel. Antes de que pudiera encontrar un lugar mejor desde el que escuchar, se marcharon.

Aquello no le gustó nada, ¿qué estarían tramando? No se fiaba de ninguno de los tres. Pero, si lo pensaba bien, tampoco era su problema. Podría serlo si se quedaba, y no necesitaba complicaciones. En su lista de pros y contras, esos tres eran claramente un punto negativo a tener en cuenta.

Estaba pensando en ello, cuando vio salir a Rachel de su tienda. Decidió seguirla sin que ella se diera cuenta, pero no había dado ni dos pasos cuando se dio cuenta de que alguien más estaba haciendo lo mismo. Frunció el ceño, reconociendo al hombre que había estado con Arthur y Phil. Se quedó a una distancia prudencial, pero sin perderlos de vista a ninguno de los dos.

Rachel se fue hasta la zona reservada para el baño. Se quitó la ropa, quedándose solo con la interior, y entonces el hombre salió de pronto de su escondite, sobresaltándola.

Ella cogió rápidamente una toalla, cubriéndose con ella y retrocediendo mientras el hombre se acercaba.

—¿Qué quieres, Rick?

—La pregunta no es qué quiero yo, sino qué quieres tú. —Se acercó más, obligándola a retroceder hasta la orilla del agua—. ¿Qué tal un poco de compañía?

—No te acerques más.

—¿No? ¿Y cómo vas a impedírmelo?

Ella lo empujó, lo que solo consiguió que él se riera. Hunter ya había visto suficiente, así que llegó hasta ellos en un par de segundos.

—Hola, doctora Portman —saludó, como si pasara por allí casualmente—. Qué madrugadora, ¿no?

Rachel no pudo ocultar su alivio al verlo. El hombre se dio la vuelta con expresión furibunda, pero Hunter no se inmutó. Era tan alto como él, y parecía más fuerte, pero eso no lo intimidaba en absoluto.

—¿Se te ha perdido algo, tío? —preguntó el hombre.

—A mí no, ¿y a ti?

Se acercó aún más a él, retándolo con la mirada.

—Rick ya se iba, ¿verdad? —intervino Rachel, temiendo que llegaran a las manos—. ¿Rick?

Él sonrió maliciosamente, retrocediendo.

—Sí, claro. —Le guiñó un ojo—. En otro momento, monada.

Se marchó silbando tranquilamente. Hunter miró a Rachel, que se había envuelto en la toalla e intentaba aparentar tranquilidad, pero él pudo ver cómo temblaban sus manos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Nada. —Se encogió de hombros—. No se preocupe, teniente. No es problema suyo, es un poco... insistente, pero lo tengo todo controlado.

A Hunter no se lo pareció, pero no dijo nada. Supuso que ella no quería demostrar debilidad frente a él.

—La dejaré tranquila, entonces —dijo.

—Gracias.

La dejó sola, pero no se alejó demasiado, solo lo suficiente para que no lo viera y poder vigilar él que nadie más la molestara.

En ese momento, fue cuando tomó su decisión: se quedaría.

3. Estableciéndose

Después de desayunar, Hunter se dirigió a la cabaña del centro del campamento. Dentro estaba Rachel, estudiando unos mapas que había extendido sobre una mesa.

—¿Tiene un minuto, doctora?

—Sí, claro. —Bebió de una taza e hizo una mueca de asco—. Nunca pensé que echaría de menos el café del hospital, pero en fin. En comparación con lo demás, es el menor de los males. —Sacudió la cabeza—. Perdón, estoy un poco espesa. Dígame.

Lo miró expectante, y Hunter no pudo evitar preocuparse por ella al ver su aspecto. No parecía la misma chica que había reído el día anterior mientras cenaban. Tenía ojeras de haber dormido poco, y parecía cansada y preocupada.

—¿Ocurre algo? —preguntó, acercándose a ella—. ¿Ha habido algún avistamiento?

—¿Debo entender con esa pregunta que se marcha y teme encontrárselos? —Señaló el mapa—. Puedo decirle dónde están, aunque imagino que ya sabe que se mueven bastante rápido... Y le pediré a Erik que le entregue algunas raciones.

—Yo no he dicho que vaya a marcharme.

Rachel se cruzó de brazos, intentando aparentar indiferencia. Estaba aliviada de que no se marchara, pero también preocupada. Había descubierto que todo lo que estaba pasando sacaba lo mejor y lo peor de la gente, y últimamente solo se encontraba con los de la segunda clase.

—¿Entonces se queda? ¿Acatará nuestras normas?

—Bueno, eso depende, primero tendré que conocerlas todas. Y además, no me voy a quedar sin más, tengo condiciones.

—Soy toda oídos.

—No estoy acostumbrado a que una civil me dé órdenes, así que no espere que la siga ciegamente.

—Aquí todo se decide en grupo, votamos las cosas. No es una dictadura.

—Ya, pero eso lo veo también como un problema, si en ese grupo de decisión están Arthur o Phil.

Ella se sorprendió.

—¿Los conoce?

—Hablé con ellos ayer, no iba a quedarme sin saber qué terreno piso. Tengo claro que son un problema, por no hablar del idiota que la acosó esta madrugada.

Rachel movió la cabeza, intentado quitarle importancia al tema.

—Es imposible contentar a todo el mundo —dijo—. Tengo que escuchar lo que dicen todos, yo no puedo saber qué hacer en todo momento. ¿Qué propone?

—Me encargaré de todo el tema de seguridad, y quiero participar en la toma de decisiones de todo. Habría que establecer una jerarquía, no se puede tener una reunión cada vez que pase algo para ver qué opina la gente, no es operativo. Si ahora nos atacan, ¿qué va a hacer? ¿Organizar un comité de emergencia?

—No, no tiene sentido, pero...

—No le voy a quitar el puesto que tiene, pero si me quedo, es para compartirlo. Admítalo, necesita alguien con mi experiencia para lograr que esto funcione.

—¿Y qué experiencia es esa? Porque no me ha contado nada de su pasado.

Hunter se quedó unos segundos pensativo. ¿Hasta dónde podría contarle? ¿Sabrían que todo se había originado en Little Falls?

—Llevo en el ejército casi quince años. En este tiempo he estado destinado varias veces en Irak y en Afganistán, y he llegado a teniente coronel antes que nadie. No puedo demostrarlo, pero mi carrera ha sido intachable. He tenido mucha gente

a mi cargo, y mi porcentaje de misiones realizadas con éxito supera el 90%. Puedo explicar exactamente qué falló en ese 10%, pero ahora mismo no lo veo relevante. Por otro lado, he sobrevivido solo desde el... desde el primer momento. Sé que no puedo demostrar nada de ello, pero póngame a prueba.

De ser cierto, la carrera de Hunter era impresionante, pero él lo había relatado como si no fuera nada importante. Rachel se apoyó en la mesa, frotándose la frente pensativa. Tendría que fiarse de su instinto, no le quedaba otra opción.

—Está bien. —Extendió la mano—. Espero no tener que arrepentirme.

—Yo tampoco. —Le estrechó la mano, y se colocó junto a ella, mirando los mapas—. ¿Qué estaba mirando?

—No podemos quedarnos mucho más aquí, de momento tenemos armas y munición por si viene un grupo grande, pero...

—Hay que ir hacia el sur, es imposible que pasemos el invierno aquí.

—Lo sé, pero ellos... Hay una parte que quiere ir hacia el este, a Washington. Dicen que es imposible que no haya electricidad en todo el país, que allí seguro que sí.

—Si eso fuera así, ya habríamos visto algún avión o algún convoy militar. Hay que asumir lo peor.

—Eso les digo, pero... No me creen. Quiero convencerlos de ir hacia Florida.

—Mejor México. En Florida nos quedaríamos atrapados por el agua.

—Ya, pero para llegar a México hay dos desiertos por el medio y no sé si seremos capaces de atravesarlos.

—Y de aquí a Florida muchas más ciudades principales, que si están todas llenas de ellos, será imposible pasarlas.

—Vale. —Movié la cabeza—. Lleguemos a un punto intermedio. Esta tarde tenemos reunión, ayúdeme a convencerlos para ir al sur, y después volvemos a esta discusión, ¿de acuerdo?

Hunter estaba convencido de que tenía razón y lograría llevarlos donde él

quería, así que decidió claudicar y dejarlo para más adelante.

—De acuerdo. ¿Tiene un listado de la gente?

—Sí. —Levantó los mapas y le entregó una hoja—. ¿Por?

—Quiero que nos sentemos y me explique qué hace cada uno y cuándo, y a partir de ahí organizaré.

A Rachel no le gustó mucho su tono de «orden y mando», pero ya era más de lo que cualquier otro se había ofrecido a hacer, así que acercó un par de sillas y se sentaron para estudiar la lista.

Pasaron la mañana juntos, preparando el reparto de tareas. Hunter quería hacer también el organigrama jerárquico, pero ella prefirió dejarlo para otra reunión. Conocía a la gente, y sabía que tardaban horas en discutir cualquier tontería, así que para esa tarde tendrían que conformarse con convencerlos de aceptar de Hunter y de viajar hacia el sur.

Una cosa les quedó clara a los dos: aunque estaban de acuerdo en lo básico, chocaban en muchas más cosas y a ninguno le gustaba dar su brazo a torcer.

A pesar de todo, Rachel estaba contenta. Preveía discusiones con él en el futuro, pero por lo menos las cosas que decía tenían lógica y por poca disciplina militar que consiguiera contagiar al resto, ya sería más de la que tenían en aquel momento.

A mediodía, llamaron a la puerta de la cabaña. Erik se asomó, quedándose sorprendido al verlos.

—Perdón, ¿interrumpo?

—No te preocupes —contestó Rachel—. ¿Ocurre algo?

—Sarah Miller se ha caído, parece que se ha hecho algo en una mano. ¿Puedes ir a echar un vistazo? Nancy no está segura de sea solo una torcedura. Están junto a los botes.

—Sí, voy enseguida. Pasa por mi tienda y llévame el kit de emergencias, por favor.

—Claro.

Saludó a Hunter y se marchó.

—Será mejor que vaya, espero que no sea nada. Lo peor que puede pasarnos es tener que llevar a alguien herido.

—¿Quién es Nancy?

—Estudiaba enfermería en el hospital donde yo trabajaba, me ayuda bastante. Se la presentaré más tarde.

—¿Le importa si me quedo? Quiero estudiar estos mapas.

—No, sin problema. Una cosa más. —Él la miró—. Teniendo en cuenta las circunstancias, quiero decir, que esto parece el fin del mundo y tal... —Hunter levantó una ceja—. Me gustaría que nos tuteáramos, la verdad.

Hunter hubiera preferido no hacerlo, le parecía que de esa manera se establecía una distancia entre ellos. Pero pensándolo bien, ya había cruzado esa línea al quedarse e implicarse en sus problemas. Como tardaba en contestar, Rachel se incorporó.

—Da igual, era solo una idea. Lo veré esta tarde, teniente.

Abrió la puerta, pero antes de que pudiera salir él la alcanzo y la detuvo cogiéndola de un brazo.

—Espera, Rachel. —La soltó—. De acuerdo, pero creo que la gente responde más ante «Teniente Cooper» que ante mi nombre solamente, así que preséntame así ante ellos.

—Me parece bien.

Bajó un escalón, pero antes de cerrar la puerta se giró de nuevo.

—Hunter.

Él ya se había sentado, y la miró con el ceño fruncido mientras enrollaba un mapa. No estaba acostumbrado a que usaran su nombre, y tampoco quería pensar en la última persona que lo había llamado así.

Rachel se mordió un labio, un poco intimidada por su mirada.

—Gracias por lo de anoche.

Lo dejó solo, sin esperar su respuesta.

A las cuatro en punto, Rachel y Hunter esperaban en la cabaña a que llegara todo el mundo. En total eran quince personas, entre las cuales se encontraba el padre de Hannah, y tanto Arthur como Phil. Estos llegaron los últimos, y por sus expresiones Hunter dedujo que no les hacía ninguna gracia verlo de pie junto a Rachel. Ella esperó a que estuvieran todos presentes para empezar a hablar.

—Antes de pasar al orden del día, quiero presentaros al teniente coronel Hunter Cooper. —Él hizo un gesto de saludo con la cabeza—. Algunos ya lo habréis visto por el campamento, lo encontró Erik en el bosque. Me gustaría que se quedara con nosotros, su experiencia nos será muy útil.

—Salvó a Hannah de tres rabiosos —intervino Jake—. Para mí eso es suficiente, voto que sí.

—Ya tenemos un militar —replicó Arthur—. No necesitamos ningún teniente con ínfulas de poder para desestabilizarnos. Voto que no.

—Arthur, si alguien tiene aquí ínfulas de poder eres tú —contestó ella—. Así que no...

—¿En serio? Explícame esto entonces. ¿Por qué está a tu lado? ¿Por qué está presente en la votación? Debería estar esperando fuera como todos. Y mucho menos puede formar parte de este grupo de decisión tan pronto.

—Estoy con Arthur. Tiene que demostrar que vale, para mí su palabra no es suficiente —continuó Phil—. Yo tampoco entiendo qué pinta aquí, a no ser que te lo hayas tirado ya y te haya comido la cabeza.

Hunter levantó el puño, pero antes de que pudiera golpearlo oyeron disparos. La puerta se abrió de golpe, dando paso a un Erik agitado y casi sin aliento.

—¡Rachel, nos atacan! ¡Necesitamos a todo el mundo en la entrada, son muchos!

Ella reaccionó rápidamente, corriendo hacia un armario mientras daba órdenes.

—Jake, da la alarma y reúne a los niños, heridos y mayores en los botes. Busca a Nancy para que te ayude. —Él salió corriendo—. Coged un arma cada uno e id a ayudar a la entrada.

Abrió el armario y Hunter la ayudó a repartir las armas que había dentro. No se fiaba de entregar una a Arthur ni a Phil, pero no tenía otro remedio en aquel momento. Según iban cogiendo un arma y cargadores, cada uno se iba corriendo hasta que solo quedaron ellos dos solos.

Rachel cogió una pistola y la cargó, pero Hunter la retuvo.

—¿Dónde vas?

—A la entrada, ¿dónde si no? —Se soltó de su brazo—. No te me vas a poner en plan machito-rescato-a-la-chica, ¿no? No es la primera vez que disparo, y además tengo que dar ejemplo.

—No lo digo por eso, no te pongas a la defensiva. Es solo que eres la única médico disponible, no deberías arriesgarte sin más, piénsalo objetivamente. Eres uno de los activos más importantes, y...

Oyeron varias ráfagas de disparos, y ella corrió hacia la puerta.

—Luego lo discutimos, ahora no hay tiempo.

Salió rápidamente. Hunter suspiró fastidiado, ella era más cabezota de lo que había pensado. Cogió un rifle semiautomático y un par de cargadores, y corrió tras ella.

La entrada al campamento estaba llena de gente disparando, cada uno se había colocado sin ningún orden ni concierto, lo cual no le gustó en absoluto. Sin unas posiciones fijas, podrían acabar disparándose entre ellos accidentalmente.

Buscó a Rachel con la mirada, y subió a uno de los bancos junto a ella para poder tener una posición más elevada y poder protegerla mejor. No tuvo tiempo de pensar nada más. El bosque estaba lleno de gruñidos y se distinguían sombras moviéndose entre los árboles. Los perros ladraban furiosos hacia los sonidos, corriendo entre la veintena de cuerpos caídos frente a ellos. Algunos aún se movían,

intentando arrastrarse a pesar de carecer de extremidades inferiores o de tener algún perro mordiéndoles las piernas.

Hunter puso el rifle en modo manual, y se encargó de ellos reventándoles la cabeza con un par de tiros a cada uno.

Inmediatamente después, tuvo que empezar a disparar hacia el bosque. Comenzaron a salir figuras humanas, mujeres y hombres, jóvenes y viejos, incluso algunos niños. Todos corrían sin parar, moviéndose espasmódicamente. Sus gruñidos se vieron apagados por el sonido de las armas disparando, pero por cada uno que caía, salían tres más. Hunter rezó por que no se quedaran sin balas, apuntando a la cabeza y disparando sin cesar.

La última vez que había visto tantos juntos había sido en Little Falls, probablemente aquel grupo estaba formado por personas del mismo pueblo o barrio, y se habían contagiado antes de darse cuenta de lo que les estaba ocurriendo.

Iban cayendo unos sobre otros, pero Hunter se dio cuenta de que los que eran, o habían sido, niños, avanzaban sin que nadie les disparara. Una niña se dirigía con velocidad hacia Rachel. Tenía la mitad del pelo arrancado desde el cuero cabelludo, y le faltaba parte de la cara. Rachel apuntó, pero le temblaba demasiado el pulso y no pudo disparar, así que se encargó él.

Rachel cogió aire, aliviada. Sabía que todos eran iguales, que no importaba el aspecto que tuvieran, pero disparar a niños era algo que la superaba. Miró a Hunter, agradecida, y no supo si admirarlo o temerlo. Estaba totalmente concentrado en lo que hacía, sin fallar ni un solo tiro, haciéndose cargo de todos los que los demás estaban fallando o ignorando deliberadamente. No parecía afectado por disparar a niños, no hacía ninguna diferencia entre ellos. A todos los eliminaba con la misma expresión neutra en el rostro.

Él se quedó sin balas, y sacó un cargador de su bolsillo.

—¿Estás bien? —preguntó, sin dejar de mirar a los rabiosos—. ¿Rachel?

—Sí, yo... Sí.

—¿Tienes balas suficientes?

—Sí, solo... Estoy bien.

Volvió su atención al grupo, disparando. Hunter frunció el ceño, pero no podía distraerse en aquel momento, había demasiados, así que apartó la preocupación por ella de su mente y siguió eliminándolos.

Perdió la noción del tiempo, concentrado en el ataque. Por el otro extremo eran más, y de pronto vio cómo lograban llegar hasta los bancos, abalanzándose sobre los que estaban disparando desde allí.

—¡Erik, el flanco derecho! —gritó—. ¡Que no pasen!

El soldado apuntó hacia allí. Hunter cambió el arma a la posición de disparo semiautomático, disparando directamente a los miembros del campamento que ya habían sido mordidos y se revolvían contra sus hasta entonces compañeros. Hubo un momento que pensó que no podrían con todos ellos, pero al cabo de media hora el flujo de rabiosos comenzó a disminuir hasta desaparecer por completo.

Tras el estruendo conjunto de las armas, ladridos de los perros y gruñidos de los rabiosos, cuando todo cesó, el silencio cayó ominoso sobre ellos.

—¡Que nadie se mueva! —ordenó Hunter—. ¡Puede que queden más, todos quietos hasta que estemos seguros!

—¿Y en qué momento se te ha puesto al mando? —gritó Arthur, dejando su arma—. No eres quién para darnos órdenes, teniente de pacotilla.

—Arthur tiene razón —gritó otro hombre, saltando de un banco hacia el exterior y apuntando a Hunter con una pistola—. ¿Quién eres tú?

No bien había terminado de decirlo, cuando aparecieron tres rabiosos más. Hunter disparó sucesivamente acabando con todos, pero mientras tanto salió otro del bosque y se lanzó directo sobre el hombre, arrancándole la garganta de un mordisco.

Hunter no se lo pensó dos veces, y les disparó también a los dos en la cabeza. Todos se quedaron quietos en sus puestos, apuntando con sus armas de nuevo hacia los árboles. Arthur recuperó su arma rápidamente, colocándose detrás de un par de hombres.

Se quedaron quietos en sus posiciones, atentos a cualquier ruido o movimiento y esperando las órdenes de Hunter. Él dejó pasar unos minutos. Cuando vio que no aparecían más ni se oía nada bajó su arma, mirando a su

alrededor.

El panorama era dantesco. Frente a ellos se acumulaban decenas de cuerpos, la mayoría irreconocibles por los disparos que habían reventado sus cabezas, esparciendo sus cerebros por todas partes. El aire se había impregnado del olor de la sangre, y Hunter decidió que lo mejor era librarse de ellos cuanto antes.

—Erik, haz un recuento de bajas —ordenó—. Amontonad todos los cadáveres en aquel claro, los quemaremos pero lejos de los árboles, no quiero causar un incendio. Tú. —Señaló a uno de los que más puntería había tenido—. Coge a cinco personas y quedaos aquí vigilando con los perros. Los demás, revisad cargadores y devolved todo. Rachel, encárgate del inventario de armas y munición.

Varios la miraron a ella, esperando su confirmación. Hunter se dio cuenta de que acababa de actuar como si él estuviera al mando, pasando por encima de la autoridad de Rachel. Ella se había tensado visiblemente, pero se controló para no gritarle allí mismo.

—Haced lo que ha dicho —ordenó—. Teniente, venga conmigo y me ayuda con el inventario de armas.

Él había pensado quedarse a vigilar, pero después de lo que había hecho no podía negarse delante de los demás sin socavar aún más el liderazgo de Rachel, así que la siguió a la cabaña sin decir nada.

Entre los dos revisaron cada arma que la gente iba entregando, así como los cargadores y balas que quedaban. Rachel tenía una lista del inventario inicial, la cual fue tachando y modificando adecuadamente.

Siguiendo su costumbre, los últimos en llegar fueron Arthur y Phil, que parecían bastante reticentes a devolver las armas.

—Esto no ha terminado —dijo Arthur—. Hay que hacer otra reunión.

—Os convocaré más tarde, gracias —contestó ella.

Los dos se marcharon protestando. Rachel los ignoró, cerrando la puerta tras ellos, y se enfrentó a Hunter con los brazos cruzados y expresión furibunda. Al menos, él tuvo la decencia de parecer un poco arrepentido.

—Ya sé lo que me vas a decir, y lo siento. Hablé sin pensar.

—¿Seguro? ¿No ha sido una forma poco sutil de pasar por encima de mí en cuanto has tenido la oportunidad?

—No. De todas formas, admite que con todo lo que ha pasado tampoco había mucho tiempo para pensar. Podía haberlo dicho de otra manera, incluirte en las órdenes, pero ya te avisé de que estoy acostumbrado a darlas solo.

—Hunter, no quiero que me ayudes a librarme de Arthur y de los que son como él para tener que estar peleándome después contigo.

—Lo sé, no era lo que pretendía yo tampoco.

—Tenemos que buscar la forma de que todos vean que compartimos la autoridad, como habíamos acordado. Si no eres capaz, dímelo ahora.

—Ya me he disculpado y te puedo asegurar que no es algo que acostumbre a hacer.

Ella sacudió la cabeza, intentando tranquilizarse.

—Perdona, tienes razón. En realidad no me ha molestado que dieras las órdenes, está claro que sabes lo que haces. Ha sido solo...

—¿Mi última orden?

—Sí. Tal y como lo has dicho... No sé, a lo mejor ha sido solo cosa mía, pero ha sido como si no me incluyeras, sino que mandabas sobre mí.

—Puede, pero no creo que tu autoridad esté en peligro. Te miraron a ti antes de hacer nada.

Rachel se dio cuenta de que había reaccionado demasiado a la defensiva con él. En cuanto hicieran otra reunión, sabía que podrían aclarar el tema con el resto. Además, ya no dudaba que votarían por que se quedara, después de cómo había actuado en el ataque.

Pero eso también podía actuar en su contra, estaba segura de que si Hunter se lo proponía, podía convencer a los demás para que lo siguieran. Aunque la gente negara ser machista, siempre era más fácil para un hombre, sobre todo un militar como él.

Le había ocurrido exactamente lo mismo en el hospital, había tenido que trabajar el doble o el triple que sus compañeros para hacerse valer, y le había costado mucho llegar a donde estaba.

Llamaron a la puerta, y Erik entró sin esperar a que contestaran.

—Rachel, teniente Cooper. Ya hemos hecho el recuento.

Ellos se miraron. Se había dirigido a los dos, lo cual tranquilizó a Rachel. Si Erik aún la tenía en cuenta, no había sido tan grave.

—¿Cuántos? —preguntó ella.

—Hemos perdido a seis. —Empezó a enumerar con los dedos—. Alan, William, Linda, Sean, Mary y... ¿Matthew? ¿Matt?

—Sí, Matt.

—Los perros están tranquilos, no parece que haya más de ellos cerca. Hemos amontonado los cadáveres, y Jake y su mujer están con los niños, evitando que se acerquen. No es lo que se dice un espectáculo muy agradable.

—Es mejor que los quememos por la mañana. —intervino Hunter—. Si lo hacemos ahora, estarán toda la noche y la hoguera se verá a kilómetros. Por no hablar del olor.

—De acuerdo. Erik, convoca otra reunión para dentro de media hora, por favor.

—Sin problema.

Saludó a Hunter como siempre hacía y se marchó. Rachel se dejó caer en una silla, cansada. No era la primera vez que perdían gente, pero nunca se acostumbraría a ello.

—¿Estás bien? —preguntó Hunter.

—Sí, es solo que... Seis. —Movi6 la cabeza—. Seis más.

—No es un porcentaje muy alto, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Eso no me consuela. Supongo que tú estás más acostumbrado a estas cosas, pero yo aún no. Yo los conocía, Hunter.

—Lo entiendo. —Se encogió de hombros—. Pero si nos paramos a pensar en cada uno de los que se han quedado por el camino, no avanzaríamos, así que no hay que dar más vueltas.

Rachel iba a replicar, pero se quedó callada ante su expresión, totalmente hermética. Se preguntó a cuánta gente habría perdido, para llegar al punto de no sentir nada al ver morir a alguien.

4. En movimiento

La reunión de la noche fue mejor de lo que habían esperado. Tal y como Rachel había supuesto, Hunter se había ganado la admiración de la mayoría de la gente que lo había visto en acción y la votación fue rápida. Exceptuando a Arthur y a Phil, todos estuvieron a favor de que Hunter se quedara y se encargara de la seguridad.

La votación para decidir hacia dónde dirigirse fue más complicada. Tal y como ella había dicho, estaban divididos entre ir hacia Washington o hacia el sur. Como parte del camino era el mismo, al final acordaron ir todos juntos hasta Saint Louis, y volver a discutirlo allí. En lo que estaban todos de acuerdo era en alejarse de Minnesota, o morirían de frío. Con esa idea, acordaron salir al día siguiente.

Rachel recogió los planos suspirando cuando se quedaron solos.

—No ha ido mal —comentó Hunter—. Para ser mi primera reunión sin interrupciones, quiero decir.

—No, pero me sigue preocupando Arthur. Sé que seguirá intentando convencer a todos de ir a Washington.

—No te vuelvas loca pensando en eso. Si al final se van con él, será su problema. No puedes hacer de niñera toda la vida, la gente tiene que aprender a cuidarse sola. Y eso me recuerda nuestra estrella invitada, así que voy a ver si lo espabilo un poco. Nos vemos mañana.

La dejó sola y se fue directamente a buscar a J.J. y Margorie. Había alguna persona más sin nada asignado, pero ellos dos eran los que, suponía, más problemas le iban a dar, así que quería encargarse cuanto antes.

A pesar de lo ocurrido aquella tarde los encontró en su lugar habitual, tranquilamente sentados como si nada hubiera pasado.

—Quiero hablar contigo, señor cantante famoso. Dile a tu fan que se relaje y ven.

Se alejó sin esperar a ver si lo seguía. J.J. se lo pensó unos segundos, mientras Margorie protestaba por el tono autoritario de Hunter, pero precisamente fue la forma en la que se lo había dicho lo que lo hizo obedecer. Hasta entonces, nadie le había hablado así.

Tranquilizó a Margorie como pudo, convenciéndola para que se quedara esperándolo allí sentada, y alcanzó a Hunter.

Este le tiró un objeto, que J.J. cazó al vuelo instintivamente. Lo miró y frunció el ceño.

—¿Una lata de sardinas? ¿Para qué es esto?

—Será tu desayuno de mañana. Si consigues abrirla, claro.

—¿Qué?

—Todavía no tengo muy claro para qué sirves, pero en este grupo se van a acabar las tonterías. El que no tenga una utilidad, o no colabore de alguna forma, será expulsado.

—No puedes hablar en serio. Rachel no lo permitirá.

—Pregúntaselo.

Estaba tan serio, que J.J. lo creyó. Tragó saliva mirando la lata.

—¿Y por qué me das esto?

—Me han dicho que no eres capaz ni de abrir una lata. Así que demuéstreme que se equivocan.

Se marchó, dejándolo preocupado. J.J. se guardó la lata en un bolsillo, y regresó junto a Margorie. Estaba acostumbrado a que hicieran todo por él. Había sido una estrella infantil, y siempre había estado rodeado de gente que se había preocupado de hacer su vida más fácil, así que ni siquiera él sabía si era capaz de hacer otra cosa que no fuera cantar y bailar.

Pero por mucho que intentara cerrar los ojos a la realidad, esta le estaba alcanzando. Desde el primer momento había esperado que todo pasara pronto, que aparecería el ejército y los salvaría a todos. Margorie también se lo repetía continuamente, pero J.J. ya empezaba a creer que no sería así.

Tenía que hacer algo, ese militar nuevo no parecía estar bromeando. E incluso por sí mismo, necesitaba demostrar que no era tan inútil como todos pensaban. Convencido de que lograría hacerlo, se quedó dormido.

Todos en el campamento se levantaron en cuanto amaneció. Se repartió el desayuno pronto, y empezaron a recoger las tiendas.

Hunter recorrió el campamento revisando que no se dejaban nada, y fue a la cabaña a ayudar a Rachel. Ella casi había terminado, ayudada por Nancy. Esta tenía el pelo castaño corto y ojos oscuros, y era joven, tanto que parecía recién salida del instituto. Rachel los presentó, y Hunter siguió con sus comprobaciones.

J.J. consiguió un abrelatas, pero cuando lo tuvo en su mano se dio cuenta de que no sabía cómo utilizarlo. Tras una hora dando vueltas con él, Margorie tuvo que explicarle dónde poner las ruedas dentadas y cómo girarlo. Aquello lo desanimó un poco, pero fue con la lata abierta a enseñársela a Hunter, que estaba ocupado revisando su mochila.

—¿Lo has hecho tú solito o te han tenido que enseñar? —preguntó este, desconfiado.

—Eso da igual, el tema era abrirlo, ¿no?

—No exactamente. Pero por hoy te lo doy por válido, hay muchas cosas que hacer. Vete con Margorie a ayudar a Rachel, anda. La próxima vez no será tan fácil.

J.J. obedeció sin protestar, aunque interiormente no estaba nada contento. Por un lado, no había sido capaz de abrir una lata. Y por el otro, a saber qué más le

mandaría hacer...

En un par de horas, el campamento estaba recogido y todo el mundo listo. Incendiaron el montón de cadáveres, y se marcharon sin mirar atrás.

Hunter colocó a varias personas con armas delante y detrás del grupo, y un par de ellas a cada lado, para poner tener todos los flancos vigilados.

Era mucho más seguro evitar las carreteras principales, así que se dirigieron a un camino secundario en dirección a Eyota. No había pasado ninguno de ellos aún por allí, y Hunter quería revisar el pueblo por si había suministros que les hicieran falta.

Después seguirían hasta Forestville, otro lugar parecido a Chester Woods. Los bosques eran las zonas más seguras, así que intentarían hacer el camino hasta St Louis a través de los parques nacionales que había en el trayecto, evitando las ciudades más grandes. Hunter había calculado que tardarían un par de días en llegar, pero cuando empezaron a andar, tuvo que rehacer sus cálculos. Iban demasiado despacio para su gusto.

Rachel se dio cuenta de que Hunter estaba molesto por algo, parecía mucho más serio de lo normal, así que se puso a su altura para caminar junto a él.

—¿Qué te preocupa?

Él la miró con el ceño fruncido. ¿Tan transparente se había vuelto?

—No me mires así, no creo que nadie diferencie entre tu cara seria y las demás, porque solo tienes una... —Sonrió ella, ante su expresión—. Vale, vale, perdona. Estaba bromeando. ¿Nunca sonríes?

—¿Querías preguntarme algo?

—Está bien, señor «vayamos al grano». Como te decía, soy muy observadora, y aunque tienes tu cara de militar de siempre, me da que algo que pasa. Estás muy... No sé cómo explicarlo. ¿Cerrado?

—Estoy viendo que no me vas a dejar en paz hasta que hable contigo, ¿verdad?

—Verdad. No sé cuánto tiempo has estado solo, pero la gente suele hacer eso:

hablar. Puedes confiar en mí.

Para Hunter no se trataba de un tema de confianza, nada de lo que ella había hecho hasta entonces le había dado motivos para desconfiar de Rachel. Se había acostumbrado a estar solo, y después de lo que había ocurrido en Little Falls... No quería volver a sentir algo parecido, no podía permitirse que alguien llegara a importarle para que luego muriera.

Aquel pensamiento ensombreció aún más su expresión, y lo apartó rápidamente. Rachel no llegaría a significar nada para él, solo era un medio para lograr un objetivo: sobrevivir al invierno.

—Creo que vamos muy despacio.

—No podemos ir más deprisa. Hay gente mayor, y los niños...

—¿Y no crees que eso es un problema? Una cadena es tan fuerte como su eslabón más débil.

—¿No sois los militares los que decís que nunca se deja atrás a un compañero?

Hunter se tensó visiblemente. Ese sí que era un tema que no quería recordar.

—Esto no es lo mismo.

—Para mí, sí. Así que ni se te ocurra pensar ni proponer que dejemos a nadie por el camino.

—No, ya me imagino que eso sería demasiado radical. Algo se me ocurrirá, si tuviéramos caballos... Déjame el mapa.

—¿Cuál de ellos?

—El de Minnesota. Y el de Iowa.

Rachel buscó en su mochila, y se los entregó. Él los desplegó, mirándolos con detenimiento, pero se los devolvió con un gesto de frustración. Ella los guardó de nuevo.

—¿Qué buscabas?

—Granjas. Pero no están marcadas, lo que daría ahora mismo por una imagen de satélite decente...

—Bueno, yo me conformaría con una furgoneta. Y puestos a pedir, un baño de agua caliente. Pero supongo que cada uno tiene sus prioridades.

Hannah corrió hacia ellos, dando saltitos como siempre y con su cachorro pegado a los talones.

—Rachel, ¿tienes caramelos? —Extendió la mano con la palma hacia arriba—. Hola, señor raro.

—¿No habíamos quedado en que ya no era raro? —replicó él.

—Es que no me acuerdo cómo te llamas.

—Hunter.

—¿En serio? Pues parece un nombre de mascota. Un niño que conocía tenía un pez que se llamaba así. Uno de esos naranjas, ¿los has visto alguna vez? ¿Y por qué te pusieron así?

—Toma, cariño —interrumpió Rachel, entregándole un caramelo. No estaba segura de que a Hunter no le molestara que le hiciera preguntas—. ¿Por qué no vas a ver si tu madre te está buscando?

—Gracias, Rachel. —Se lo metió en la boca—. No me busca, me ve desde aquí. Oye, Hunter. ¿Te duele la cabeza?

—No. —Parpadeó sorprendido—. ¿Por qué?

—¿Y la espalda?

—No especialmente.

—¿Y el cuello?

—Que no. ¿Qué quieres, ser médico o qué?

—No. —Levantó los brazos—. Si no te duele nada, me puedes llevar a hombros, ¿no?

Hunter miró a Rachel en busca de ayuda, pero ella a duras penas podía contener la risa y se encogió de hombros.

—Creo que no te vas a librar de esta, lo siento.

Se alejó para hablar con una pareja que iba detrás de ellos. Hannah puso su mejor cara de dar pena. Hunter murmuró fastidiado, pero la cogió y se la puso sobre los hombros. Ella rio divertida, y empezó a parlotear sobre un cuento que le había leído su madre la noche anterior. Hunter de vez en cuando asentía a lo que le estaba contando, pensando en cómo librarse de ella.

Sin embargo, dos horas después aún seguía con Hannah encima. Habían llegado al borde de la carretera, y estaban a solo un kilómetro de Eyota.

—Ahora tienes que bajarte, Hannah.

—Vale.

La dejó en el suelo, pero cuando iba a incorporarse ella lo abrazó del cuello.

—Muchas gracias, señor Hunter.

Le dio un beso en la mejilla, y corrió hacia su madre bailando. Hunter se quedó mirándola unos segundos, preguntándose cómo era posible que pareciera tan feliz con todo lo que estaba ocurriendo.

Rachel se acercó a él, sonriéndole compasiva.

—¿Ha sido muy duro?

—No, no pesaba mucho.

—Lo decía porque sé cuánto habla, parece que le has caído bien. Debe ser tu amabilidad innata.

—No intentes provocarme, sé lo que estás haciendo.

—¿El qué? —Levantó las cejas inocentemente—. ¿Sacarte una sonrisa? ¿Tan malo sería?

—¿Qué tal si nos concentramos en el plan del día? ¿Te quedas tú aquí al

cargo mientras yo hago una incursión en Eyota con algunos hombres?

—Claro —decidió no seguir tomándole el pelo, al menos por el momento—. ¿Repartimos las raciones del día y comemos mientras os esperamos? ¿Cuántos vas a llevarte?

—No demasiados, cuantos menos mejor, tendremos más movilidad. Dejaré aquí a Erik contigo, ¿de acuerdo?

—Perfecto. Iré organizando a la gente.

Se separaron, organizando entre los dos las tareas del grupo. Hunter escogió a cinco hombres. Había hablado con alguno, y sabía por Erik quiénes se defendían mejor. Además, durante el ataque al campamento había podido comprobar quiénes eran buenos tiradores, y ellos lo parecían. Tenía claro que no podía tratarles como a sus soldados, pero no le quedaba más remedio que arreglarse con la gente que había e intentar sacar lo mejor de ellos. Sabía que nunca podrían tener una disciplina ni formación militar completa, pero esperaba poder instruirles poco a poco y aumentar así las probabilidades de supervivencia del grupo.

Dio instrucciones a Erik sobre cómo repartir al resto en la vigilancia durante su ausencia.

—Estaremos de vuelta en dos horas. Si no es así, marchaos.

—De acuerdo.

—Y otra cosa. —Lo apartó un poco de los demás para que no los oyeran—. Vigila especialmente a Arthur y su pandilla. No te separes de Rachel.

—¿Cree que aprovecharán que no está para montar alguna de las suyas?

—No lo sé, pero no me fío.

—No se preocupe, me mantendré cerca sin llamar mucho la atención... si Rachel me ve protegiéndola puede mosquearse. Ya sabe que lo de dama en apuros no va con ella.

—No, ya me he dado cuenta. Confío en ti, hazlo como consideres.

Rachel se acercó a ellos, y se separaron rápidamente, lo que le extrañó. Erik se

despidió intentando aparentar normalidad.

—Bueno, yo me voy a lo mío. Luego le veo, teniente. Estaré por ahí, Rachel.

—Vale. — Esperó a que se alejara—. ¿Qué le pasa? Está un poco raro, ¿no?

—No, no le pasa nada. No te preocupes por él. ¿Todo organizado?

—Sí, ¿y tú?

—Sí. Me llevo a Jason, Miles, Tony, Rick y... El del pelo negro.

—Archie.

—Eso.

—¿Habéis comido ya?

—No, cuando volvamos.

—Bien, pues... Hasta luego entonces.

Hizo un gesto de despedida con la mano y empezó a alejarse.

—Un momento —dijo Hunter—. ¿No se te olvida una cosa?

—Creo que no.

—Empiezo a conocerte... ¿No me tendrías que decir lo de «ten cuidado»?

Ella lo miró, cruzándose de brazos y ladeando la cabeza con expresión divertida.

—Lo haría, pero yo también empiezo a conocerte a ti. Y sé que lo tendrás.

Le guiñó un ojo y se marchó. Hunter la siguió con la vista, distraído por un momento por aquel gesto. Sacudió la cabeza al sorprenderse mirando cómo se le ajustaban a sus curvas los vaqueros que llevaba, y se reunió con los cinco hombres.

Les dio instrucciones básicas en cuanto a gestos para poder comunicarse. Erik ya les había enseñado algunas cosas, así que Hunter esperaba que no tuvieran demasiados problemas.

Comprobaron sus armas y cargadores de repuesto, y se dirigieron hacia el pueblo con Hunter a la cabeza, avanzando paralelamente a la carretera y ocultándose entre los árboles.

Al llegar a las primeras casas, Hunter ordenó por gestos que se detuvieran y esperaran. Sacó sus prismáticos, estudiando el barrio residencial que había frente a ellos. Las casas parecían vacías, y vio un cartel de un veterinario. Lo señaló al resto, era un buen sitio por donde empezar.

Llegaron hasta la primera casa, y Hunter se asomó con cuidado hacia la calle. Estaba desierta. Había cristales rotos, y un par de coches accidentados, pero no se oía ni veía a nadie.

Avanzaron hasta la consulta veterinaria. La puerta estaba cerrada, pero Hunter la abrió de una patada y entraron. Dividió a los demás para registrarla rápidamente, y en menos de diez minutos ya habían vaciado los armarios de medicinas.

Uno de los hombres, Jason, le entregó a Hunter un papel.

—He encontrado esto, es un mapa de Eyota.

—Perfecto. —Lo desplegó rápidamente sobre una mesa—. Vale, aquí hay un supermercado. —Señaló al otro extremo del pueblo—. Iremos a través de este parque, será más seguro.

—¿Y los colegios? —preguntó otro, mirando sobre su hombro.

—No, nos llevaría demasiado tiempo —Señaló un edificio, con expresión satisfecha—. Pero esto sí es interesante.

—Un club de la American Legion.

—Exacto. Si alguien tiene armas en este país, son los veteranos de guerra. Está de camino al supermercado, iremos primero allí—.Miró el reloj—.Vamos, en marcha.

Echó otro vistazo al mapa para memorizarlo, y se lo devolvió a Jason por si se separaban. Comprobó de nuevo que la calle era segura, y fueron al edificio de la American Legion. Tenía algunas ventanas rotas, y varias motos aparcadas en la entrada. El símbolo de la asociación estaba intacto, así como las banderas

americanas de su azotea.

La entrada principal tenía dos puertas dobles de madera, que estaban cerradas. Hunter señaló una ventana en un lateral, y corrieron todos hacia allí.

Se asomó, viendo la tienda de recuerdos. Estaba vacía, pero le pareció que se oían ruidos. Indicó a los demás que se mantuvieran en silencio y lo cubrieran. Quitó unos cuantos cristales del marco para no cortarse y se aupó para entrar a la tienda.

Había unas cuantas baldas caídas, pero la caja registradora estaba intacta, así que no habían sido saqueadores. La puerta que comunicaba con el resto del edificio estaba entreabierta, y se agachó para mirar a través de ella.

Un hombre estaba al otro lado del pasillo. Iba lleno de sangre, y arañaba insistentemente la pared, como si quisiera atravesarla. Pero entre ellos había otras dos puertas, abiertas, así que no podía arriesgarse a ir a por él sin saber lo que había dentro. Se oían más gruñidos, por lo que cerró con cuidado la puerta de la tienda y regresó a la ventana.

Les explicó lo que había visto, y ordenó que recorrieran el perímetro del edificio e investigaran por todas las ventanas que pudieran.

Esperó vigilando la puerta hasta que volvieron. Entre todos, habían visto diez en total, pero probablemente habría más en la segunda planta.

Volvió a asomarse. El hombre seguía igual, pero de pronto una figura corrió de una habitación a otra. Decidió arriesgarse. Si no habían entrado saqueadores, estaba seguro de que habría armas.

Regresó a la ventana para ayudarlos a subir. Archie tropezó al entrar, y cayó al interior golpeándose con una mesa.

Hunter le miró como si fuera a matarlo, haciendo gestos para que todos se quedaran inmóviles.

Lo obedecieron, mirando hacia la puerta, pero pasaron un par de minutos y no sucedió nada. Hunter les hizo gestos para que lo cubrieran, y salió al pasillo protegido por ellos. Se encargó del hombre de un tiro en la cabeza. Inmediatamente, empezaron a oír pasos de gente corriendo por las habitaciones contiguas y por el piso superior.

Hunter los repartió por el pasillo, para que pudieran cubrir las escaleras y las puertas cercanas. En menos de cinco segundos, el pasillo se inundó de rabiosos corriendo hacia ellos. Todos se mantuvieron en sus posiciones, empezando a disparar hacia ellos siguiendo las órdenes de Hunter, que a pesar del peligro del momento, se alegró de haberlos escogido. Por lo menos, no habían salido corriendo y estaban más o menos calmados.

En cuanto acabaron con los del pasillo, Hunter envió a cuatro de sus hombres a la segunda, quedándose solo con Jason para cubrirlo. Avanzó con él a su espalda, pasando por encima de los cadáveres y aplastando con su bota un par de cabezas de los que aún se movían por el camino. Todos llevaban camisetas o gorras del club, debían haber sido miembros de la asociación. En otras circunstancias, Hunter podría haber sentido algún tipo de conexión con ellos. Al fin y al cabo, eran veteranos o personas que habían pertenecido en algún momento al ejército, pero ya no los veía así. Igual que le ocurría con los niños, para él todos eran iguales: rabiosos que había que eliminar.

Al final de una habitación, había unas puertas dobles cerradas y bloqueadas con unos muebles. Se oían golpes insistentes al otro lado, acompañados de gruñidos y respiraciones agitadas. Hunter retrocedió. Supuso que sería el salón de actos y estaría lleno de ellos, así que no merecía la pena el riesgo.

Siguieron revisando habitaciones, y en la última encontraron por fin lo que estaban buscando: la sala de armas. Había armarios y cristaleras por todas partes. Estaban abiertos y faltaban algunas armas, pero tenían de sobra donde escoger. Revisaron rápidamente todas, cogiendo semiautomáticas y todos los cargadores que había.

Colgada en la pared, como si estuviera esperándolo, había una ballesta. Hunter la examinó, comprobando la mira telescópica, y encontró flechas en un cajón. Colocó una y probó el mecanismo, satisfecho al ver cómo la flecha atravesaba el respaldo de una silla como si fuera de mantequilla.

Recogió la flecha, guardó todas en su mochila y se cargó la ballesta a la espalda. Regresaron al pasillo a esperar al resto. Tras varios minutos los disparos cesaron, y los vieron bajar corriendo por la escalera. Archie iba demasiado rápido, y rodó los últimos escalones. Cuando intentó levantarse, hizo un gesto de dolor al apoyar el pie.

—Joder. —Hunter se acercó—. ¿Puedes moverlo? ¿Está roto?

—Creo que no. —Se levantó apoyándose en la escalera—. Puedo andar.

—Intenta no quedarte atrás.

Hunter miró el reloj. Ya había pasado más de una hora, no tenían tiempo de ir hasta el supermercado y volver al campamento. Sin embargo, recordaba que en la calle de al lado había un par de restaurantes, así que echarían un vistazo por si acaso. Se repartieron el peso de las armas y los cargadores, entregándole a Archie menos que al resto.

Salieron al exterior, y a lo lejos pudieron ver varios rabiosos corriendo en dirección a ellos. Probablemente, el ruido de los disparos les había atraído hacia allí. Tuvo que desechar su idea de las cafeterías, y ordenó la retirada.

Corrieron hacia la carretera, ocultándose entre las casas para intentar evitar que los vieran, y en cuanto salieron del pueblo se metieron en una zanja. Archie se quedó rezagado, pero consiguió alcanzarlos cojeando y cayó en la zanja resoplando.

Apuntaron con sus armas hacia Eyota, y esperaron por si aparecían los rabiosos.

Rachel miró el reloj, sin poder ocultar su nerviosismo. Quedaban pocos minutos para que pasaran las dos horas marcadas por Hunter, y las únicas señales que habían tenido de ellos había sido el sonido de disparos.

Se rehízo la coleta por quinta vez, y revisó por décima el mapa de carreteras.

—¿Preocupada por tu soldadito?

Rachel se sobresaltó. No había oído a Rick acercarse.

—Vendrán enseguida, estoy segura.

—¿Y si no lo hacen? —Se acercó más a ella, haciéndola retroceder—. Ya casi es la hora, ¿no?

—Rick...

Lo empujó, pero él ni se inmutó, y la acorraló contra un árbol.

—Quizá esta noche me pase por tu tienda, ¿qué te parece?

—Rick, déjame en paz. Yo...

—Rachel, necesito que vengas conmigo.

Los dos se giraron hacia Erik, que se había acercado y los miraba con su arma colgada del cuello y el dedo en el gatillo. Rick lo miró de arriba abajo, como si fuera un mosquito insignificante.

—No me digas que te ha dejado a ti de niñera.

—Lo que yo haga o deje de hacer no te importa. Ahora, deja de molestarla.

—Muy bien. —Se apartó—. Me iré. Por ahora, al menos.

Fingió que le disparaba con los dedos, y se marchó. Rachel cogió aire, cansada de aquella situación y agradecida por la intervención casual de Erik.

—¿Qué tienes que enseñarme?

—Bueno, yo... —Enrojeció—. En realidad...

—Espera. —Frunció el ceño—. ¿No has venido a buscarme por casualidad?

—No te enfades conmigo. Él me lo pidió, y...

—¿Él? ¿Quién? ¿Y qué te pidió?

—El teniente Cooper. Me dijo que te echara un ojo por si Arthur o sus colegas te molestaban, y... no le digas que me has pillado, ¿vale? ¿Estás enfadada?

Rachel estaba tan asombrada que lo último que sentía era enfado. Hunter podía ir de duro y solitario, pero al dar esa orden a Erik le estaba demostrando que se preocupaba por ella. No era tan insensible como pretendía hacerle creer.

—No diré nada, no te preocupes. Y gracias por intervenir.

—No ha sido nada. —Miró su reloj con expresión preocupada—. ¿Qué hacemos, Rachel? Ya han pasado dos horas.

—Démosles unos minutos más...

Uno de los perros ladró. Corrieron hacia él, pero movía el rabo feliz mirando hacia los árboles. Hunter y el resto llegaron al campamento. Tenían aspecto cansado, pero estaban todos, y eso era lo más importante.

Dejaron las mochilas en el suelo. Hunter dio órdenes a dos chicas que había cerca para que inventarian el contenido, mientras ellos descansaban.

Archie se dejó caer al suelo con gesto de dolor, y se quitó la bota. Su tobillo se había hinchado, así que Rachel se lo examinó rápidamente. Parecía un esguince, por lo que se lo vendó.

Después cogió una ración de comida y agua, y se acercó a Hunter intentando comportarse como si no hubiera estado preocupada por él en lo más mínimo.

Hunter se quitó el arma automática y la ballesta, y se sentó apoyando la espalda en un árbol. Cogió las raciones suspirando cansado.

—Gracias.

—¿Qué tal ha ido? —Se sentó junto a él—. Aparte de lo de Archie, quiero decir.

—Bien. Bueno, podría haber ido mejor, pero al menos tenemos munición y más armas. No ha habido tiempo de más.

—No importa. Tenemos comida de sobra.

—Danos una hora para descansar, y continuaremos, ¿de acuerdo?

—No hay problema. Lo que necesitéis.

Hunter empezó a comer, mirándola de reojo. Notaba algo extraño, pero no sabía qué.

—¿Y qué tal por aquí?

—Sin novedad.

Su cara se iluminó con una sonrisa, y eso lo desarmó por completo. Cuando se le marcaban aquellos hoyuelos parecía más joven, y su rostro aún más dulce. Apartó la vista con el ceño fruncido, ¿qué le pasaba? ¿Desde cuándo le afectaba una

sonrisa?

—¿Ha pasado algo? ¿Por qué sonrías tanto?

—¿Estoy sonriendo? —Se levantó, encogiéndose de hombros sin perder la sonrisa—. No me había dado cuenta. Lo siento, señor serio. A lo mejor se te contagia algo y te duele la cara al mover algún músculo desconocido. Te dejo, voy a avisar a Erik de que nos vamos en una hora.

Y se alejó dejándolo aún más confuso.

5. Una parada en el camino

Llevaban ya varios días de viaje, y aún no habían alcanzado Forestville. Al alejarse de Eyota, el tiempo había empezado a empeorar. Llovía casi de continuo, y se encontraron un par de ríos inundados que les obligaron a dar rodeos para poder cruzarlos.

Avanzaban muy pocos kilómetros cada día, buscando lugares donde refugiarse del mal tiempo para intentar evitar que la gente acabara enfermando por el frío. La mayoría llevaba chubasqueros que habían conseguido en una gasolinera por la que habían pasado, pero aun así era difícil no mojarse.

Aunque a Hunter le pareció un poco frustrante al principio, enseguida lo vio como una oportunidad para poder entrenar más a la gente. Con esa idea en mente, organizaba grupos cada vez que tenía oportunidad para dar charlas o practicar sistemas básicos de defensa y ataque. Arthur y los que lo seguían se negaban a acudir, pero a Hunter le daba igual. Sabía que no podía contar con ellos para nada, así que no los tenía en cuenta.

Acamparon a pocos kilómetros de Forestville. Hunter calculaba que no estarían a más de un par de horas de distancia, pero ya estaba oscureciendo. Además, habían encontrado una granja escondida entre los árboles perfecta para pasar la noche. Había sido saqueada, pero aparte de un par de cadáveres en su porche, estaba vacía y se podía acceder fácilmente a su tejado.

Hunter colocó varios vigías en puntos estratégicos y organizó los turnos para la noche. Por el camino habían pasado por un restaurante de carretera, donde se habían provisionado de unas cuantas latas de comida. Cogió una y un abrelatas típico de camping, y se fue a buscar a J.J. Habían repartido a la gente por las habitaciones, y él estaba en el sofá del salón con Margorie a su lado, en un sillón.

Margorie, siguiendo su costumbre, se interpuso en su camino, abriendo los brazos en cruz para que no pasara.

—J.J. está muy cansado, no puedes molestarlo.

—No te preocupes, que no voy a mandarle hacer cien flexiones. —La cogió de la cintura, la levantó y la apartó a un lado—. ¿Cómo lo llevas, genio?

—Más o menos. —Hunter le lanzó la lata y el abrelatas, y él los miró—. ¿Y esto?

—Prueba número dos, a ver si lo abres.

—¿Con qué?

—¿Con el abrelatas que te he dado también?

—¿Esto es un abrelatas? —Le dio un par de vueltas en la mano—. ¿En serio? ¿De cuándo, de la segunda guerra mundial? ¡No tengo ni idea de cómo se usa!

—Seguro que encuentras la forma, porque no vas a comer hasta que lo abras. Y ya sabes lo que dicen.

—¿Qué?

—El hambre agudiza el ingenio.

Subió al cuarto que le había tocado por sorteo. Era una habitación infantil, toda pintada de rosa, con dos camas pequeñas y peluches por todas partes. Erik estaba dentro, mirando las paredes con la misma cara que se le había quedado a él.

—¿Qué te parece si hacemos un cambio? —propuso Hunter—. Creo que a Hannah y a sus padres les ha tocado otra, no creo que sea rosa.

—Por mí perfecto.

Fueron a buscarlos. Hannah aplaudió entusiasmada al ver la habitación rosa, encantada con el cambio.

La casa aún tenía agua corriente, por lo que se habían formado colas en todos los baños. Hunter decidió esperar al final, y se fue a cenar mientras tanto.

Se sentó sobre la encimera de la cocina, mirando los columpios del jardín trasero de la casa, que se mecían suavemente con el viento. De pronto se abrió la puerta trasera, y entró Phil riendo y abrochándose los pantalones. Al verlo intentó ponerse serio sin conseguirlo.

—Señor teniente.

—¿De dónde vienes? En la calle solo pueden estar los de guardia.

—Relájate, solo ha sido un momentillo. Aquí al lado hay un cuartito de leña muy interesante, tú ya me entiendes.

Le guiñó un ojo, cogió un trozo de queso de la encimera y se marchó silbando. No había pasado ni un minuto cuando entró una chica por la misma puerta. Hunter la había visto mariposeando por el campamento. Sabía quién era porque estaba en su lista de gente por asignar tareas, pero aún no había hablado con ella directamente.

Al verlo, la chica dejó de arreglarse la ropa y se pasó las manos por el pelo para peinárselo. Lo miró sonriendo seductoramente, y se puso delante de él inclinándose para que pudiera ver bien su escote.

—Hola, teniente.

—Cassidy.

—¿Sabes mi nombre? —Le apoyó las manos en los muslos—. Bueno, no me extraña. Supongo que ya te habrás interesado por mí.

—No por lo que tú piensas.

Se metió en la boca el último trozo de comida. Cogió sus manos, las apartó y se bajó de un salto de la mesa. Ella lo miraba confundida.

—¿Te marchas?

—Aquí no se me ha perdido nada.

—Pero yo creía... ¿No quieres salir un poco a la calle conmigo? —Fue a acariciarle un brazo, pero él se apartó—. Te aseguro que te lo pasarás muy bien.

—Lo dudo. Vete a dormir con quien sea que te toque esta noche, y no vuelvas a acercarte a mí si no es para algo de utilidad. Ya me encargaré de que tengas algo más importante en lo que ocupar tu tiempo.

Salió a comprobar que todas las personas asignadas de guardia estaban en sus puestos, y tras ver que todo parecía tranquilo, regresó al interior.

Ya había oscurecido totalmente, y todo el mundo se había ido a sus habitaciones o lugares designados para pasar la noche. Subió hacia su habitación, donde Erik ya dormía, y vio que la cola del baño principal ya había desaparecido. Cogió una toalla y se metió en la ducha. El agua estaba fría, pero nada que ver en comparación con la del lago. Se quedó un rato dejando que le cayera sobre la cabeza y la espalda. Le parecía que habían pasado años desde la última vez que había hecho algo así.

A Rachel le había tocado lo que parecía haber sido la habitación principal. La compartía con Nancy, y ésta ya dormía profundamente.

Rachel se puso una camiseta y quitó todas las fotos que había a la vista. Le ponía nerviosa pensar qué habría ocurrido con la gente que sonreía feliz en ellas, y sabía que no podría dormir de otra manera.

Cogió un cepillo de dientes y pasta, esperando que ya hubiera desaparecido la cola del baño. Había conseguido ducharse de las primeras, pero aún no había podido lavarse los dientes. Encendió una vela para poder ver por dónde iba y salió al pasillo sin hacer ruido para no molestar a su compañera. Apenas se oían sonidos en la casa, por lo que supuso que la mayoría de la gente ya estaría durmiendo.

La puerta del baño estaba cerrada. Al acercarse más, oyó cómo se cerraba el agua de la ducha, así que se quedó fuera a esperar.

Poco después, la puerta se abrió y salió Hunter. Llevaba solo una toalla alrededor de la cintura, y ropa en la mano. Rachel se quedó momentáneamente sin aliento. Apartó la vela de su cara rápidamente, al darse cuenta de que casi la había

apagado al echar el aire.

Él frunció el ceño.

—¿Qué haces levantada todavía?

—Baja la voz, están todos dormidos. Voy a lavarme los dientes.

—Esta frase te va a sonar machista, pero no deberías pasearte por ahí con tan poca ropa.

—¿Perdona? —Movió la vela iluminándolo de arriba abajo—. ¿Y me lo dices tú?

—A mí no me está acechando un perverso.

—¿Te refieres a Rick?

—No, me refiero al vecino de enfrente. Pues claro que me refiero a Rick. Es mejor que no andes sola por ahí.

—Gracias por preocuparte, pero hay como tres metros de aquí a mi habitación. Si se me acercara alguien, creo que me daría tiempo a verlo y gritar. Y tampoco creo que sea tan idiota de ir aquí a por mí, con todos alrededor. No hace falta que te pongas así, señor gruñón.

Pasó junto a él para entrar en el baño, y le cerró la puerta en la cara sin esperar a que dijera nada más. Hunter estuvo a punto de golpear la puerta, pero se lo pensó mejor. Tampoco era cuestión de montar una escena, y además se dio cuenta de que ella tenía razón. Las puertas de las habitaciones estaban abiertas, había gente en el salón y vigilantes fuera... No era el escenario ideal para atacar a una persona sin que los demás se enteraran.

Se fue a su habitación enfadado consigo mismo, al darse cuenta de que lo que le había molestado realmente era aquella camiseta demasiado corta.

Por la mañana Hunter despertó con las primeras luces del amanecer. Todavía le quedaba una hora hasta su guardia, pero se levantó y vistió procurando no hacer ruido para no despertar a Erik, que acababa de volver del último turno de guardia

de la noche. Miró por la ventana, y cogió un chubasquero, ya que llovía con bastante fuerza.

Avanzó en silencio por el pasillo. Nancy salía justo en aquel momento de la habitación, caminando de puntillas. Le saludó susurrando.

—Buenos días. Voy a aprovechar antes de que se levanten los demás para darme una ducha.

—¿Rachel sigue dormida?

—Sí, creo que ayer se acostó tarde.

Se metió en el baño. Hunter se asomó a la habitación, distinguiendo en la penumbra la figura de Rachel dormida en la cama. Siempre la había visto con coleta, pero en aquel momento dormía con el pelo suelto extendido por la almohada.

Hunter apretó la manilla con fuerza, molesto. Aquella visión le estaba evocando imágenes que prefería evitar, así que cerró la puerta y se fue a desayunar, pensando que aquello tenía que acabar. No podía distraerse con ella de esa manera.

En la cocina, se encontró con J.J. Reprimió una sonrisa al ver su cara de agobio, y se sentó junto a él con un paquete de galletas.

—¿Qué, no se abre?

—No me fastidies, teniente, que no he cenado.

Margorie había intentado explicarle cómo se abría, pero J.J. se había negado a escucharla. Quería ser capaz de hacerlo él solo, y apenas había dormido dándole vueltas a la cabeza.

Hunter apoyó las piernas en otra silla, empezando a comer galletas y ganándose así una mirada de odio.

—J.J., es por tu bien. Si te quedaras solo, ¿qué pasaría? No puedes depender así de la gente.

—Eso no me quita el hambre. Y tú ahí comiendo no ayudas, pero me imagino que lo estás haciendo a propósito.

—Puede. —Se metió una galleta pequeña entera en la boca y sacó otra, dejándola en la mesa—. Piensa.

—¿Esto qué es? ¿Como a los perros? ¿Una galleta de premio si acierto?

—No te disperses, anda. Concéntrate un poco.

J.J. suspiró fastidiado, pero ya le había bastado con no cenar, no quería quedarse también sin el desayuno o la comida. Cogió el abrelatas y le dio varias vueltas por millonésima vez, sacando la parte puntiaguda. Estaba seguro de que esa era la clave, pero cada vez que lo acercaba a la lata, se le cerraba de nuevo.

Que Hunter lo mirara no hizo sino mosquearlo aún más. Lo abrió de nuevo con gestos bruscos, y lo clavó en la lata. Casi se cayó de la silla al ver que, esa vez, sí se había quedado fijo y había hecho un agujero. Miró a Hunter asombrado.

—Sigue, no creo que por ese agujerito te salga nada.

Más animado, J.J. empezó a manipular las dos cosas. El abrelatas se le salió un par de veces, pero en cuanto consiguió abrir un poco más la lata, entendió cómo funcionaba y logró quitar toda la tapa. Estuvo a punto de saltar de la emoción.

—¿Lo ves? —dijo Hunter, arrimándole más la galleta—. Si sigues así, hasta puede que te deje un arma un día de estos.

Lo dejó solo en la cocina, llevándose el paquete con él para repartirlo con la gente de guardia.

J.J. se comió la galleta, sonriendo como un niño que hubiera abierto un regalo de Navidad. Después de todo, sí que sabía abrir una lata.

6. Uno menos

West Lake County Park, Iowa. 10 de diciembre.

Tras pasar por Forestville, siguieron avanzando hacia el sur hasta llegar a las

afueras de Davenport. Los días eran cada vez más cortos y fríos, pero al menos estaban teniendo más suerte y no llovía tanto.

En el camping se encontraron con algunos rabiosos, pero consiguieron eliminarlos sin muchas dificultades. Establecieron el campamento cerca de la orilla del lago, junto a una playa artificial, y con la cabaña de botes como centro. Distribuyeron las tiendas por las zonas de parking, y Hunter organizó el perímetro de seguridad. Los caminos de acceso tenían puertas de seguridad, lo que facilitaba mucho las cosas. Algunas estaban rotas o atascadas por el desuso, pero puso a gente a trabajar en ellas.

Otro grupo se dedicó a registrar los coches y caravanas abandonados en busca de ropa limpia y comida.

Cuando vio que todo el mundo estaba ocupado, se fue a buscar a Erik. Al principio había pensado no avisar a nadie, pero si desaparecía sin más iba a ser peor.

Le encontró revisando un coche, y le apartó del resto para que no le oyeran hablar.

— ¿Ha pasado algo? — preguntó Erik, preocupado.

— Voy a irme unas horas.

— ¿Qué? ¿Por qué?

— Tengo que ir a Davenport.

— ¿Tú solo? Pero... Estará lleno de... ¿Para qué?

— Es personal.

— ¿Personal? ¿Pero vas a volver?

— Sí, yo solo... tengo que comprobar una cosa.

Había pasado demasiado tiempo, pero tenía que ir. Quizá Nathan y Alexis habían logrado llegar y le habían dejado alguna nota, o quizá se habían refugiado en algún lugar cercano... Sea como fuere, no podía irse sin al menos intentarlo.

—¿Se lo has dicho a Rachel?

—No.

De hecho, llevaba varios días hablando con ella solo lo indispensable. Quería evitar involucrarse aún más emocionalmente, pero estaba logrando justo el efecto contrario: cada vez se sorprendía pensando en ella más a menudo.

—¿Y qué le digo cuando vea que no estás? Porque se va a dar cuenta.

—Que he ido a explorar.

—Esto no me gusta. —Negó con la cabeza—. ¿Por qué no dejas que te acompañe alguien?

—No quiero poner la vida de nadie en riesgo. Mira, quedan un par de horas para que anochezca, y pienso volver antes de que amanezca, ¿de acuerdo?

—No, pero sé que no voy a poder convencerte así que... cuanto antes te vayas, antes volverás.

—Exacto. Te veré por la mañana, entonces.

Se marchó a su tienda, dejando a Erik preocupado y poco convencido.

No quería llevar mucho peso para ir más rápido, así que preparó una mochila con agua, algo de comida y un spray de pintura. Se colgó la ballesta y unas cuantas flechas, guardó su cuchillo en el bolsillo del pantalón y cogió una pistola pequeña con un par de cargadores.

Tenía un par de horas al menos hasta el campo de béisbol, eso si no se perdía. Hacía muchos años que había estado en Davenport por última vez, no había vuelto desde que terminara el instituto. Esperaba que no hubieran construido demasiado, o no reconocería las calles.

Comprobó que la gente seguía ocupada en diferentes cosas y nadie le prestaba atención, y se escabulló del campamento sin que ninguno de los guardias se diera cuenta.

Antes de irse a dormir, Rachel se dio una vuelta por el campamento buscando a Hunter. No lo había visto desde que habían llegado, y quería confirmar con él que todo estaba organizado por su parte.

Después de recorrer todo el perímetro y las tiendas y no encontrarle, empezó a preocuparse. Ya hacía varios días que le notaba más taciturno de lo habitual, e incluso le daba la sensación de que estaba esquivándola, pero no encontrarle por ninguna parte le pareció demasiado extraño.

No quería alarmar a nadie más, así que tras preguntar a un par de personas y ver que nadie le había visto desde hacía horas, se fue directa a por Erik.

En cuanto lo encontró y vio su cara de culpabilidad, supo que él sabía algo, así que fue directa al grano.

—Hace horas que no veo a Hunter, y sé que tú sabes dónde está, así que no me vengas con rodeos.

—¿Explorando? —Hasta él se dio cuenta de que no sonaba convencido—. Está explorando.

—¿Explorando qué? Erik, no me tomes por tonta. —Palideció, pensando lo peor—. ¿Se ha ido? ¿Es eso?

—No, no, va a volver, dijo que serían solo unas horas.

Rachel se sintió aliviada, aunque aquella respuesta tampoco le aclaraba demasiado.

—¿Dónde ha ido, Erik?

—Yo no te lo he contado, ¿vale? Me dijo que tenía que ir a Davenport, que era algo personal.

—¿Personal? ¿Tenía familia aquí o algo así?

—No lo sé, Rachel. No quiso decírmelo, ya sabes cómo es.

—Pero... ¿Y ha ido solo? Davenport... estará lleno de rabiosos, ¿cómo va a ir y volver sin que le pase nada?

—Te juro que intenté convencerlo, pero se iba a ir, daba igual lo que yo hiciera o dijera.

Ella suspiró, más preocupada que antes. Pero conociendo cómo era Hunter, hubiera dado igual que ella lo hubiera sabido. Estaba segura de que tampoco lo habría convencido.

—Rachel...

—No te preocupes, no es culpa tuya. —Movi6 la cabeza, intentando restarle importancia—. Ya volverá. ¿Aquí está todo organizado?

—Sí, no hay ningún problema.

—Vale, pues... Voy a ver si duermo algo.

Se marchó a su tienda de campaña, pero aunque intentó dormirse, le resultó imposible.

Casi sin aliento, Hunter saltó por encima de un muro y se ocultó tras él. Llevaba corriendo sin parar más de media hora, intentando esquivar rabiosos. Salían por todas partes, toda la ciudad estaba infectada y cada vez que evitaba un grupo, se encontraba con otro.

Los oyó pasar y se asomó con cuidado, viendo cómo recorrían la calle corriendo de un lado a otro, buscándolo sin parar.

Se agachó de nuevo y bebió un poco de agua, recuperando el aliento. El estadio estaba frente a él, solo tenía un aparcamiento en el camino.

Esperó unos minutos, asegurándose de que se habían alejado, y atravesó el aparcamiento corriendo hasta llegar a la puerta principal. Estaba abierta de par en par, con los cristales rotos y manchas de sangre seca por todas partes. El interior, como era de esperar, estaba totalmente a oscuras.

Revisó las paredes exteriores y la zona de taquillas, sin encontrar nada. Fue hasta las vallas exteriores del campo de béisbol, con el mismo resultado. Aunque era lo que había esperado, sintió que sus últimos restos de esperanza se rompían en su interior: Nathan y Alexis tampoco lo habían logrado. Todos los que conocía,

todos los que habían significado algo para él en algún momento de su vida habían muerto... Y eso no era lo peor. Sus decisiones, sus órdenes aquel día eran lo que lo habían causado. Si no hubiera confiado en Thomas... Apretó los puños, deseando que estuviera muerto porque si alguna vez lo veía de nuevo, lo mataría.

Se quedó sentado en el suelo, mirando el campo de béisbol vacío, las gradas donde tantas tardes habían pasado Nathan y él animando al equipo de Davenport. Así era como se habían hecho amigos, la casualidad había hecho que los dos fueran fans del mismo equipo fuera de su ciudad. Un día se encontraron en el aparcamiento del estadio, los dos con la misma cara de extrañeza al verse. Por un lado, Nathan era el típico cerebrito que no hacía ningún deporte. Por el otro, Hunter era el quarterback del equipo de rugby del instituto. Ninguno de los dos había hablado nunca antes, y mucho menos se habían imaginado que al otro le gustara el béisbol, encima de una ciudad rival.

Así que de esa forma iniciaron su amistad, y fue su nexo de unión durante aquellos años.

Hunter se pasó la mano por la cara, golpeando la cabeza contra la valla con rabia. Pero no podía entretenerse más, vio sombras al otro lado de la calle corriendo. Y tenía que regresar al campamento.

Con lo que, aunque pensaba que era inútil, escribió una nota para Nathan con el spray de pintura en uno de los muros. Echó una última mirada al campo, y emprendió el regreso.

Rachel no conseguía dormir. No paraba de dar vueltas dentro de su saco de dormir sin encontrar postura, así que acabó por dejarlo por imposible. Estaba claro que no lograría descansar hasta saber que Hunter había vuelto sano y salvo, así que se vistió y salió de la tienda.

El campamento estaba en silencio, todo el mundo dormía excepto por los que montaban guardia. Se frotó los brazos, para entrar en calor. A pesar de la chaqueta que llevaba, se notaba bastante el frío.

Se fue hasta la playa artificial y se sentó en la arena, mirando el agua. No podía evitarlo, pero la incertidumbre podía con ella. ¿Estaría bien Hunter? ¿Y si había mentido a Erik, y los había abandonado? Eso explicaría su comportamiento de los últimos días... Había empezado a pensar que se llevaban bien, al menos

funcionaban como equipo. No habían tenido ninguna discusión, pero estaba segura de que algo había pasado porque hablaba cada vez menos con ella. Se abrazó las piernas pensativa. O quizá tampoco tenía que ver nada que ver con ella, sino con el hecho de acercarse a Davenport. ¿Y si era de allí o tenía familia en la ciudad?

Suspiró frotándose los ojos. Tantas preguntas le estaban dando dolor de cabeza, y sabía que empeoraría si no dormía algo. Se levantó para ir a buscar una aspirina, pero de repente alguien se abalanzó sobre ella tirándola al suelo.

Se quedó sin aliento al caer, pero antes de que pudiera gritar una mano le tapó la boca.

—Por fin te pilló sola, puta.

Rachel abrió mucho los ojos, más asustada que si hubiera sido un rabioso. Intentó soltarse de Rick, pero él le golpeó la cabeza, dejándola seminconsciente.

Mareada, apenas fue consciente de que la arrastraba hasta unos árboles cercanos. La tiró al suelo y se puso sobre ella, dándole un par de bofetadas.

—Espabila, quiero que estés despierta.

Le cubrió la boca con la mano, al ver que había logrado su propósito. Rachel sentía la cabeza como si fuera a explotar, notaba la sangre caer por su rostro, pero aun así sacó fuerzas para arañar su cara e intentar patearlo.

Con aquello lo único que logró fue divertirlo, porque empezó a reírse mientras le abría la chaqueta y le rompía la camiseta que llevaba debajo. La golpeó de nuevo, aturdiéndola unos segundos que aprovechó para abrir su pantalón.

El pánico se apoderó de Rachel. No podía gritar, ni quitárselo de encima... sintió ganas de vomitar al notar su aliento cerca de su cara y sus manos en el sujetador. Cerró los ojos con fuerza, reprimiendo las arcadas, y de pronto dejó de sentirlo sobre ella.

Rachel se apartó sentándose, mirando confusa a su alrededor. Tuvo que parpadear varias veces para aclarar la vista, hasta que logró ver lo que estaba ocurriendo, y a punto estuvo de llorar del alivio.

Hunter había apartado a Rick de una patada en las costillas, y siguió golpeándolo con sus botas sin darle tiempo a levantarse. Rick se intentó cubrir,

gimiendo de dolor, pero no consiguió evitar que le rompiera un par de costillas.

—Espera... —intentó hablar, pero Hunter lo pisó entre las piernas, lo que lo dejó sin aliento—. Joder... tío, yo...

Hunter no estaba para discursos, directamente le pateó la cabeza y se puso de rodillas sobre él, asestándole puñetazos en su cara sin piedad. Había perdido totalmente el control y lo sabía, pero no le importaba. Veía todo rojo, sentía que no estaba pegando solo a Rick, en su mente tenía también a Thomas frente a él. Llevaba tanto tiempo con las emociones bajo control, que una vez empezó a golpear, no podía parar.

Tardó en oír la voz de Rachel junto a él, y cuando lo tocó el brazo, por fin se detuvo. Se miró las manos, tragando saliva al verse los nudillos rotos. Bajo él, Rick tosía. Tenía la cara hinchada, cubierta de sangre y la nariz rota. Levantó el puño para golpearlo de nuevo, pero Rachel le cogió la mano.

—Para, por favor. Vas a matarlo.

—Se lo merece.

—No somos como él. —Negó con la cabeza—. Déjalo.

Él la miró, dispuesto a replicar, pero al ver su aspecto no lo hizo. Ella temblaba visiblemente, e intentaba cubrirse con los restos de la chaqueta que Rick había destrozado.

Hunter cogió del cuello de la camisa a Rick, acercándose a su cara para que lo oyera bien.

—Lárgate y no vuelvas, hijo de puta, o te mataré.

Se incorporó y le dio una última patada en el estómago. Rick se levantó tosiendo, y se internó en el bosque a trompicones.

Hunter se quitó su chaqueta y se la puso a ella sobre los hombros, atrayéndola hacia sí. Rachel se dejó abrazar, apoyando la cabeza en su pecho. La dejó un rato desahogarse, esperando a que se tranquilizara. No sabía si había llegado demasiado tarde.

Cuando notó que dejaba de sollozar, la apartó un poco para mirarle la cara.

—¿Estás bien? Tienes sangre en la cara, y...

—Sí. —Se tocó la cabeza, haciendo una mueca—. Me va a salir un buen chichón, pero... Creo que estoy bien.

—Y... él... ¿Te ha hecho algo más?

—No. —Lo miró, intentando sonreír—. Has llegado a tiempo. Yo... Sé que no debería haberme alejado sola, pero...

—No ha sido culpa tuya, si yo hubiera estado aquí...

—¿Has... encontrado lo que buscabas en Davenport?

Él la colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, sin saber qué contestar.

—Digamos que... Algo así. Volvamos al campamento, hay que mirarte esas heridas.

Recogió la mochila y la ballesta, que había tirado al llegar y encontrarse con ellos. Cogió a Rachel en brazos, y se dirigió de vuelta a las tiendas. Ella se dejó llevar, aún en shock por todo lo que acababa de ocurrir, pero sintiéndose reconfortada al tenerlo junto a sí. No quería pensar en lo que hubiera pasado si no hubiera aparecido en aquel momento.

Hunter la llevó hasta la cabaña de botes, y la dejó sentada sobre una mesa mientras encendía unas velas y cogía el botiquín.

—¿Voy a buscar a Nancy?

—No. —Se estremeció—. No, por favor. No me dejes sola.

—Sé de primeros auxilios, pero tienes un golpe en la cabeza y...

—Uno no, varios. —Se tocó los bultos que habían empezado a salir—. Tampoco es que podamos hacerme un escáner o ponerme hielo, así que... solo desinfectame las heridas.

Él obedeció, preocupado, pero ella tenía razón. Sin nada con qué examinarla, lo único que podían hacer era esperar que fueran golpes superficiales.

Le limpió las heridas con cuidado, intentando hacer el menor daño posible.

—Tenías que haberme dejado matarlo. Si hubiera tardado un poco más, o si hubiera venido por otro camino...

—Pero no lo has hecho. —Le cogió una mano mirándolo a los ojos—. Probablemente tengas razón, y se lo merezca, pero ha muerto tanta gente que... Y no quiero ser como él, no quiero matar.

—Sabes que ese momento llegará. Hay más como él, la gente se vuelve más egoísta en estas circunstancias.

—Lo sé, pero... no quiero pensar que ya no hay esperanza. Y tú tampoco deberías.

Él le sostuvo la mirada. Si ella supiera lo que él sabía... Cómo había empezado todo por el ego de un solo hombre, la parte que él había tenido... No pensaría así. Una parte de él quería contárselo, pero antes de que pudiera decir nada, se abrió la puerta y el momento pasó.

Se separó de ella, mirando hacia la entrada.

Jake se quedó parado, sorprendido al verlos.

—Ah, sois vosotros. He visto luz, y me ha extrañado. —Entonces se fijó más en Rachel, y se acercó preocupado—. Dios mío, Rachel. ¿Qué te ha pasado?

—Estoy bien, no te preocupes.

Se lo contó por encima, intentando no darle demasiada importancia.

—Mañana habrá que hacer algo —dijo él, cuando terminó—. Quiero decir, cuando Arthur se dé cuenta de que su amigo del alma no está...

—Pues le daremos la opción de que se vaya con él —interrumpió Hunter—. Las gilipolleces y los juegucitos ya se han acabado. Si quieren dividir al grupo, que lo hagan. Organiza una reunión para después del desayuno, este tema queda claro ya.

Jake asintió con la cabeza, y los dejó solos. Rachel bajó de la mesa, haciendo un gesto de dolor.

—Ponte ahí —ordenó.

—¿Qué?

—Tienes los nudillos destrozados, voy a curarte también.

Hunter se los miró, se había olvidado totalmente. Le dolían, pero no le parecía nada grave. Sin embargo, obedeció. La conocía, y había puesto su tono de «haz lo que te digo y calla». Así que se apoyó en la mesa y extendió las manos.

—Sé que no quieres que el grupo se separe, pero...

—No, no quiero, pero tienes razón. —Le pasó un algodón empapado en alcohol por los nudillos—. Se trata de sobrevivir, no de elegir alcalde ni atacarnos entre nosotros. Que escojan ellos.

Terminó de curarlo. Hunter fue a buscar ropa para que se cambiara, y después se quedaron en la cabaña juntos hasta que amaneció. El dolor de cabeza de Rachel fue remitiendo poco a poco. No sintió más mareos ni tuvo vómitos, y aunque tenía sueño, no se quedó dormida.

7. Susurros y traiciones en la oscuridad

Una mano cubrió la boca de Arthur, que despertó sobresaltado. Se tranquilizó al ver a Rick, pero aunque estaba oscuro, pudo ver que tenía la cara llena de sangre.

—No grites, no nos atacan ni nada —susurró Rick, quitando la mano—. Sígueme.

Arthur obedeció, intrigado. Salieron de su tienda, agachados y sin hacer ruido. Rick lo guio por el campamento hasta unos árboles, esquivando los guardias, hasta que llegaron a una zona donde estaba seguro de que no les veían ni oían.

—¿Qué demonios te ha pasado? —preguntó Arthur.

—Ha sido el cabrón del teniente ese. Por fin tenía a Rachel solita para mí, pero tuvo que aparecer él y joderlo todo.

—Mierda. —Se pasó una mano por la cara—. Ya te dije que era muy arriesgado, que teníamos que buscar otra forma de acabar con ella.

—Eso ya da igual. Hay que terminar con esto definitivamente, y no pienso dejar que se vayan de rositas, ni ella ni su soldadito.

—No, ya me imagino, menos después de cómo te ha puesto.

—Porque me ha pillado desprevenido. Si no, no me hubiera aguantado un asalto, eso te lo aseguro.

Visto su aspecto, Arthur no estaba nada convencido de aquello, pero no pensaba discutir con él. Estaba más interesado en ver qué pensaba hacer.

—¿Vas a volver al campamento?

—No, me ha echado. —Escupió—. No sé quién se piensa que es, pero a mí no me echa nadie de ninguna parte.

—¿Qué necesitas?

Rick le contó su plan rápidamente. A Arthur le pareció bastante arriesgado, pero él también estaba harto de que le mandaran, harto de sentirse menospreciado por una mujer, así que le consiguió lo que necesitaba y después regresó al campamento a hablar con Phil. Necesitarían también su ayuda.

Una vez se hubo despertado todo el mundo, Jake fue avisando a la gente que formaba parte del grupo de decisión para que se reunieran en la cabaña tras desayunar.

Según iban llegando, todos se quedaban mirando a Rachel, preguntándose qué habría ocurrido. Tenía un par de moratones en las mejillas y un labio partido, pero por lo demás había salido mejor parada de lo que esperaba.

Arthur y Phil llegaron los últimos, y Hunter empezó a hablar mirándoles directamente.

—Voy a ir al grano. Esta noche he expulsado a Rick del campamento por intento de violación.

—¿Qué pruebas tienes contra él? —preguntó Arthur—. No puedes tomarte la ley por la mano así como así, si lo que dices es cierto tendrías que haberlo traído aquí.

—¿Dudas de mi palabra?

—Bueno. —Se encogió de hombros—. No es ningún secreto que ella y Rick no se llevaban bien, ¿quién me dice que no estáis mintiendo?

Hunter apretó los puños, pero Rachel le cogió un brazo para que no avanzara.

—Rick intentó violarme anoche. Hunter lo impidió y lo echó. Puedes decir que es nuestra palabra contra la suya y todo lo que quieras, pero me da igual. Es lo que hay.

—¿Cómo dices?

—Digo que esto se ha acabado. Quien no esté de acuerdo, que se vaya. Las discusiones se han terminado.

—Así que es eso. Vais a cambiar la democracia por la dictadura.

—Esto es intolerable —intervino Phil—. ¿Qué es esto? ¿Tenemos que obedecer ahora como si fuéramos tontos? Ni loco, vamos. No contéis conmigo.

—Pues ya sabes dónde está la puerta —dijo Hunter, señalándola.

Arthur y Phil se miraron, sin creer lo que acababa de decir.

—¿Nos echáis también? —preguntó Arthur.

—Os damos la opción —contestó Rachel, con tono conciliador—: podéis iros o quedaros, vosotros y los que piensan igual. Pero si os quedáis, se acabaron las discusiones.

Ellos volvieron a mirarse.

—Dadnos hasta mañana —dijo Arthur—. Lo vamos a hablar entre nosotros.

Rachel miró a Hunter, que se encogió de hombros.

—Mañana entonces —confirmó ella—. Entonces veremos si el grupo se separa.

Arthur y Phil se marcharon, seguidos por una mujer del grupo, y pegaron un portazo al salir.

Los demás se miraron entre ellos, pero ninguno dudaba de la palabra de Rachel.

—Sinceramente, espero que decidan irse —dijo Jake—. Bastantes problemas tenemos ya, tener gente que los causa no nos va a ayudar a sobrevivir.

El resto de comentarios fueron más o menos parecidos, así que poco después dieron la reunión por terminada y se marcharon de la cabaña.

Hunter se fue a hacer una ronda por el perímetro. Todo estaba tranquilo, por lo que pasó por su tienda para coger ropa limpia y fue a darse un baño en el lago.

Por el camino se cruzó con Hannah, que iba de la mano de otro niño que lloraba.

—Hola, Hunter.

—Hola. —Se detuvo y acarició al perro de Hannah, que se había acercado moviendo el rabo—. ¿Qué le pasa a tu amigo?

—No encuentra a su perrito. ¿Lo has visto?

—¿Cuál era?

—«Sparky» —contestó el niño entre lágrimas—. Era así de grande, negro.

Se refería a uno de los rottweilers, de los más fuertes que tenían y que Hunter no entendía cómo lo habían llamado así.

—No te preocupes, seguro que está dando una vuelta por ahí. Preguntaré a los guardias a ver si lo han visto, ¿de acuerdo?

Los niños afirmaron, y se marcharon para seguir buscando. Hunter esperaba que no se hubiera escapado, no era tan fácil encontrar perros como él. Avisó a Erik para que estuvieran atentos, y siguió hasta el lago.

A Hunter le tocó uno de los primeros turnos de guardia aquella noche. Teniendo en cuenta que no había dormido la anterior y apenas había descansado durante el día, en cuanto se metió en su tienda se quedó dormido.

Era el momento que estaba aprovechando Arthur. Esperó unos minutos hasta que estuvo seguro de que dormía, y se fue a despertar a Phil.

Se dirigieron hacia uno de los puntos de vigilancia, separándose antes de llegar.

Jason estaba encargado de aquella zona, y al oír ruido tras él se giró. Frunció el ceño extrañado al ver a Arthur.

—¿Qué haces aquí?

—Nada, solo estaba dando una vuelta.

El chasquido de una rama le hizo darse la vuelta de nuevo, pero antes de que se diera cuenta de lo que ocurría Phil le había golpeado la cabeza con un bate. Cayó al suelo, inconsciente.

Entre los dos pusieron el cuerpo debajo de un banco. Arthur se encargó de atar y poner bozales a los perros, mientras Phil se metía en el bosque.

Los perros comenzaron a moverse inquietos en sus sitios, tirando de sus correas intentando soltarse para correr hacia aquella zona. No podían ladrar, pero empezaron a gemir tan alto que no tardaron en llamar la atención de los demás que estaban vigilando.

Sin embargo, ya fue demasiado tarde.

Arthur inició un incendio en la cabaña de los botes, distrayéndolos también hacia allí. Mientras se daba la alarma, Phil y Rick regresaron al campamento.

Pero no estaban solos. Llevaban cada uno una vara, que terminaba en una

cuerda atada en el cuello de un rabioso. Este se retorció intentando alcanzarlos, sin lograrlo.

En cuanto llegaron al campamento, entre los dos lo empujaron hacia el cuerpo inmóvil de Jason. Inmediatamente, el rabioso se lanzó a su cuello. Ellos aprovecharon ese momento para soltarlo, coger a varios perros por la correa y salir corriendo.

Hunter despertó bruscamente, alertado por los gritos de alarma. Se puso las botas y salió rápidamente, quedándose parado sin poder creer lo que veía.

La cabaña de botes ardía, mientras varias personas intentaban apagar el fuego. Entonces oyó los disparos. Buscó el origen con la mirada, y vio a varias personas corriendo en la entrada. Por cómo se movían, le quedó claro lo que eran.

Erik llegó a su lado, sin aliento.

—Ha sido Arthur, lo he visto. —Señaló hacia la entrada—. ¡Tenemos un problema, han metido uno y está expandiéndose!

—Saca a todos los que puedas, corre la voz de que vayan hacia el río, al otro lado hay una reserva. Nos encontraremos allí, y esperaremos a todos un par de días.

—De acuerdo. Suerte.

—Tú también.

Erik se alejó corriendo, gritando a todo el mundo que saliera de sus tiendas y se marchara. Hunter cogió de su tienda su ballesta y su arma, y se dirigió hacia los rabiosos. Ya había al menos diez, lanzándose contra cualquiera que se cruzara con ellos y arrasando las tiendas. Disparó a varios, pero aunque el fuego iluminaba bastante el campamento, se movían demasiado rápido y se mezclaban entre la gente que corría asustada, lo que le impedía apuntar bien. Era imposible que acabara con todos, la distracción del fuego había causado demasiada confusión.

Empezó a ayudar a la gente a salir de sus tiendas, gritándoles a dónde dirigirse mientras buscaba a Rachel con la mirada.

Por fin la encontró, iba hacia las tiendas más cercanas a los rabiosos, donde aún había gente que no le había dado tiempo o no se atrevía a salir.

La cogió de un brazo para que no se acercara más.

—¡Hay que ayudarlos! —gritó ella.

—No hay tiempo, Rachel. Tenemos que irnos ya, o arrasarán con todos.

—Pero...

Oyeron un grito infantil. Hannah corría hacia ellos, perseguida por quienes habían sido hasta entonces sus padres. Ambos tenían los rostros desencajados y cubiertos de sangre. Antes de que pudieran hacer nada, los dos le dieron alcance y cayeron sobre ella, desgarrándole la garganta.

Rachel gritó, desesperada. Intentó ir hacia ellos, pero Hunter la cogió por la cintura y se la cargó al hombro. Ella le golpeó la espalda.

—¡Déjame! ¡Tengo que ayudarla, es solo una niña!

—¡Ya no lo es!

—¡NO DIGAS ESO!

Siguió gritando, pero Hunter la ignoró y se alejó lo más rápidamente que pudo, ordenando a todos los que se encontraba que se marcharan y a dónde dirigirse.

Logró salir del campamento, disparando a un par de rabiosos en la cabeza, y cuando llegaron a un camino soltó a Rachel. La cogió por los brazos y la agitó. Ella ya no gritaba, pero lo miró como si no lo conociera.

—Escucha, tenemos que alejarnos de aquí, ya no podemos hacer nada por ellos. ¿Puedes correr?

Ella asintió lentamente, con la mirada perdida. Él suspiró impaciente, pero no podía hacer nada de momento, así que la empujó ligeramente para que se moviera. Dio un par de zancadas, comprobando que ella lo seguía, y corrieron para alejarse del caos en el que se había convertido su refugio.

8. Hacia el punto de encuentro

Habían perdido la noción del tiempo que llevaban corriendo. Aún era de noche, y la luna apenas si iluminaba el camino. Rachel tropezó un par de veces, así que Hunter decidió que ya era hora de parar. Vio una casa entre los árboles, rodeada de un muro. Se detuvo y cogió a Rachel, sentándola junto a un árbol.

—Espérame aquí, ¿de acuerdo? —Ella afirmó lentamente con la cabeza—. Vuelvo enseguida, no te muevas.

No quería dejarla fuera de su vista, pero necesitaban un lugar para descansar y tenía que comprobar la casa. Le puso la pistola en la mano, que ella apenas miró. Hunter estaba preocupado, nunca la había visto de esa forma. No sabía cómo hacerla reaccionar, pero lo primero era ponerse a salvo. Después intentaría hablar con ella.

Le lanzó una última mirada, y saltó el muro para entrar en la casa. Oyó ruidos en el interior, así que se asomó por una ventana. Había tres rabiosos dando vueltas en la cocina. El cristal estaba roto, por lo que aprovechó el hueco para introducir la ballesta y disparar.

Cuando hubo acabado con los tres, entró por la puerta trasera. Sacó los cadáveres y los tiró tras unos setos, para que Rachel no los viera, recuperando antes las flechas. Recorrió la casa y el jardín, asegurándose de que no había más.

La verja principal estaba abierta de par en par. Salió por allí y regresó junto a Rachel. Ella estaba exactamente en la misma posición en la que la había dejado. Al verle, le devolvió el arma y le siguió sin decir nada.

Entraron por la verja, y Hunter la cerró. Tenía un par de bridas en un bolsillo, y las utilizó para bloquearla. No soportarían mucho, pero si algún rabioso intentaba entrar, quizá desistiría al encontrar resistencia. Y en cualquier caso, la verja chirriaba por falta de aceite, con lo que oirían el ruido si alguien la abría.

Cogió a Rachel de la mano, llevándola hasta la casa. Subió hasta la primera planta, y la metió en un baño. Abrió el grifo de la ducha en la bañera, esperando que el agua fría la hiciera reaccionar.

—No quiero bañarme —protestó ella.

Era lo primero que decía desde que se habían ido del campamento, lo que lo

alivió un poco. La empujó hacia el interior suavemente.

—Te vendrá bien. Enseguida vengo, voy a buscarte ropa.

Ella empezó a desvestirse con gestos lentos. Hunter revisó las habitaciones. Encontró velas y cerillas en un cajón, y encendió una para poder ver mejor. Registró los armarios, escogió varias prendas de ropa y se las pasó a Rachel través de la puerta entreabierta del baño.

Con la luz de la vela pudo ver un acceso al ático mediante de una escalera desplegable, que en su primer registro había pasado por alto. Tiró de la cuerda para bajar la escalera y subió con cuidado. No había nadie. Estaba relativamente limpio, parecía que lo habían utilizado como estudio porque aún tenía una mesa con un ordenador, un par de sofás y una televisión. Decidió que descansarían allí, si subía la escalera era imposible que un rabioso pudiera alcanzarla, y estarían seguros.

Dejó algunas velas encendidas, y bajó de nuevo. Buscó ropa también para él, y esperó junto a la puerta hasta que ella salió. Tenía el pelo mojado, y Hunter le dio una toalla.

—Intenta secártelo un poco más, puedes coger una pulmonía. —Señaló las escaleras—. Sube por ahí, enseguida voy yo, ¿de acuerdo?

Ella cogió la toalla sin decir nada y obedeció, subiendo al ático.

Hunter se duchó rápidamente. No quería dejarla mucho tiempo sola, así que lavó superficialmente su ropa y la dejó colgando de la barandilla de la escalera.

Regresó a la cocina a revisar los armarios, y se alegró de encontrar unas cuantas latas. Subió con ellas hasta el ático, y elevó la escalera para que quedaran aislados.

Abrió una lata de jamón ahumado y se la tendió, pero ella negó con la cabeza.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer.

—¿Para qué?

—Rachel...

—Lo digo en serio, ¿para qué, Hunter? ¿Por qué voy a comer? ¿Para tener fuerzas para seguir corriendo mañana? ¿Y luego qué?

—Iremos al punto de encuentro. Seguro que habrá llegado alguien.

—¿Y qué? ¿Seguir hacia delante con los que quedemos?

—Fuiste tú quien me dijo que no había que dejar de tener esperanzas.

—¡Pues lo retiro!

Tiró la toalla con la que se había estado frotando el pelo, y sonrió amargamente al darse cuenta de lo metafórico que había resultado su gesto. Hunter se dio cuenta también. Dejó las latas y se acercó a ella, pero cuando intentó tocarla Rachel lo empujó.

—Tú no lo entiendes.

Él respiró hondo, cruzándose de brazos.

—Te entiendo. Sé lo que estás pensando, crees que es culpa tuya.

Rachel lo miró sorprendida, abriendo mucho los ojos.

—¿Cómo...?

—Yo también he tomado decisiones que... En su momento pudieron parecer correctas, pero que luego no fue así. —Movié la cabeza—. Pero no se puede hacer nada, Rachel, no se puede volver atrás. Sí, es cierto. Si me hubieras dejado matar a Rick, esto no habría ocurrido. Pero no sabes si lo hubieran hecho más adelante, o alguna otra cosa parecida. Así que no te tortures con eso.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Esto. —Movié la mano para señalarlo, recorriéndolo—. Estar así de... Impasible. Por Dios, Hunter. Hannah solo tenía seis años, era... tan pequeña.

—Te lo dije. No puedes pensar en cada persona que...

—¡Pero lo hago! —Lo cogió de la camiseta, mirándolo a los ojos intentando hacerlo reaccionar—. Seguro que tú has visto muchos y has conseguido insensibilizarte, pero ¿crees que yo no? —Apretó aún más los puños—. ¡Yo dirigía un hospital! ¿Qué crees que pasó cuando se fue la luz y no funcionaron los generadores de emergencia? ¿Cuánta gente piensas que murió aquel día, y el siguiente, y...? Y cuando empezó a llegar gente de otros pueblos, contando historias sobre ataques... Nuestra policía no hizo nada, Hunter, no los creyeron hasta que llegó el primer grupo y fue demasiado tarde.

—Nada de eso fue culpa tuya. —Apretó los dientes, sin querer revelar más—. No es lo mismo, y ...

—¡Me da igual que no fuera culpa mía! —Lo golpeó en el pecho—. No puedo seguir así, no quiero sentirme así. Estoy cansada de sentir dolor todo el tiempo, de cerrar los ojos y ver gente morir, no quiero pensar en Hannah, ni en sus padres, ni... —De pronto tiró de su camiseta y lo atrajo hacia ella—. Ojalá fuera como tú, pero como no puedo, vas a hacer que me olvide de todo.

—¿Qué?

—Vas a quitarte esa ropa y me vas a hacer el amor ahora mismo, o te juro que me largo de aquí corriendo.

—¿Pero estás loca? —Intentó apartarse, pero ella lo cogió con más fuerza—. ¿Y a dónde irías?

—No lo sé. —Tiró de la tela, rompiéndole la camiseta—. Pero no puedo quedarme sentada durmiendo tranquilamente, así que tú verás.

—No sabes lo que estás diciendo. Si lo piensas un segundo...

Le cogió las manos para separarla, pero Rachel se soltó. Le pasó la lengua por el pecho, lo que lo hizo estremecerse. Ella sonrió satisfecha. No era tan insensible, al fin y al cabo.

Se puso de puntillas para poder rodearle el cuello con los brazos, y le rozó los labios con los suyos.

—Demuéstrame que no eres de piedra, que eres capaz de sentir algo.

Hunter tenía las manos a ambos lados de su cuerpo, con los puños apretados

conteniéndose. Pero ella no se lo estaba poniendo nada fácil. Se había pegado a su cuerpo, y le mordisqueó el lóbulo de una oreja, susurrando que no se resistiera más.

Y Hunter por fin reaccionó. La agarró con fuerza de los brazos y la separó, mirándola a los ojos con rabia.

Ella pensó que por fin había logrado sacarlo de su cascarón, pero con el efecto contrario al que había deseado, y que Hunter iba a empezar a gritar de un momento a otro. En cambio, él cogió su cara y la besó con tanta intensidad que cuando se separó, se sintió mareada. Se tocó los labios, asombrada, pero él interpretó el gesto de otra manera.

—Perdón, lo siento. —Retrocedió un paso—. ¿Te he hecho daño?

Rachel los tenía doloridos, no se había curado aún de los golpes de Rick, pero aquello era lo último que se le había pasado por la cabeza. Vio en su mirada que estaba cambiando de idea, así que lo abrazó de nuevo.

—No. —Le quitó lo que quedaba de la camiseta—. Así que sigue, y no se te ocurra parar.

Hunter volvió a dudar unos segundos, pero ella se quitó la camisa y él supo que ya estaba perdido.

La levantó cogiéndola de la cintura sin esfuerzo, y la llevó hasta el mueble más cercano, que era el escritorio del ordenador. Tiró de un manotazo todo lo que había encima. El monitor cayó y la pantalla se rompió en pedazos, pero a ninguno le importó.

Rachel se peleó con el cinturón de Hunter, mientras él se deshacía de su sujetador y la besaba con fiereza por todas partes. En menos de dos minutos se habían arrancado la ropa mutuamente, y cuando por fin entró en ella, Rachel había logrado su objetivo totalmente: él consiguió hacerla sentir que estaban solos en el mundo.

Cuando Hunter despertó, la luz del día iluminaba el ático a través de una claraboya en tejado. Miró su reloj, y comprobó que era casi medio día. Habían dormido unas ocho horas, muchas más que cualquier noche normal.

«Aunque no ha sido de continuo», pensó, mientras Rachel se acurrucaba contra su cuerpo.

Se acomodó frotándose los ojos. ¿Qué iba a pasar a partir de entonces? Las cosas no iban a ser iguales entre ellos. Desde el primer momento él no había querido involucrarse, pero ya no había marcha atrás. Y aunque delante de ella nunca lo admitiría, la visión de Hannah atacada por sus propios padres le había afectado más de lo que había esperado. Estaba seguro de que no habría podido hacer nada, pero eso no importaba. Por no hablar del resto del campamento. ¿Cuántos lo habían logrado? Si llegaban al punto de encuentro y no había nadie... Sería como revivir Little Falls de nuevo.

Y Rachel... Le acarició el pelo besándola en la frente, resistiéndose a despertarla. Estaba profundamente dormida. Durante la noche se había despertado un par de veces con pesadillas, pero él se había encargado de hacérselas olvidar. Sin embargo, ya era de día, y tenían que enfrentarse a la realidad. ¿Y si ella no se recuperaba? Todo el mundo tenía un límite, y la noche anterior ella parecía haber llegado al suyo. La estrechó contra su pecho, rezando porque hubiera supervivientes. De lo contrario, estaba seguro de que ella no se recuperaría y él no se veía capaz de soportar volver a verla sin esperanza.

Suspiró, apartando esos pensamientos de su mente y decidiendo concentrarse en lo práctico. Si seguía pensando en ella, acabaría analizando sus propios sentimientos, y se negaba a admitir que sentía algo por ella.

Se levantó con cuidado de no despertarla. La cubrió con una manta, y se marchó a registrar la casa a fondo.

Rachel parpadeó y miró a su alrededor, tardando unos segundos en recordar dónde estaba. Empezó a sonreír al ver la camiseta rota de Hunter en el suelo, pero dejó de hacerlo al momento. La noche había sido la más increíble de toda su vida, pero los motivos por los que estaban allí eran demasiado dolorosos como para ignorarlos.

Miró el tragaluz, sintiendo que sus ojos se llenaban de lágrimas. Hannah, sus padres... y a saber cuántos más. Todas las muertes que habían ocurrido a su alrededor le habían afectado en mayor o menor medida, pero siempre le había quedado una esperanza de que entre todos lograrían sobrevivir. Pero lo que habían

hecho Rick y sus acólitos... Nunca hubiera creído que la maldad humana pudiera llegar a esos extremos.

Se frotó las mejillas furiosa, negándose a pensar en ellos. Si perdía toda esperanza, si dejaba de pensar en positivo, ellos habrían ganado del todo. Y no estaba dispuesta a permitirlo.

Apartó la manta respirando hondo para calmarse. Recogió la ropa que había por el suelo y bajó al baño para darse una ducha. Cuando salió de la bañera envuelta en una toalla, se sentía algo mejor. Se miró en el espejo para peinarse, haciendo una mueca al verse. Tenía los labios algo hinchados y el cuello lleno de marcas. Enrojeció recordando detalles de la noche, y que ella le había dejado también a él unas cuantas.

Sacudió la cabeza, y se vistió rápidamente.

Bajó a la cocina, y por un segundo pensó que estaba aún dormida. Olía a café recién hecho.

Entonces vio que había una cafetera antigua sobre una pequeña bombona de camping gas. Se acercó inspirando con placer, y cuando oyó que burbujeaba cerró la espita.

Buscó un par de tazas en un armario, y sirvió el café en ellas. Cogió una y se asomó a la ventana, viendo a Hunter en el jardín. Había una caseta de madera, y salía de ella con varios objetos en la mano. Se había puesto de nuevo su ropa de militar.

Le recorrió con la vista, pensando en todo lo que había pasado. No habían hablado en ningún momento, ¿qué ocurriría cuando entrara? ¿Seguiría con su actitud de siempre o habría cambiado? No tenía ni idea de qué esperar. Probablemente para él solo había sido sexo, pero para ella... Podía echarle la culpa a las circunstancias extremas, pero sabía que si en lugar de Hunter hubiera sido Erik u otro, no habría reaccionado así. Le había necesitado a él, y según le veía acercarse, se dio cuenta de que aún le necesitaba. Se había enamorado de él.

Aquella revelación no la alegró en absoluto, sobre todo porque en ese momento Hunter entró en la cocina, y ella vio por su expresión que había vuelto el Hunter impassible de siempre.

Bebió un sorbo de café para ocultar su rostro y tener tiempo para

recuperarse.

Él dejó todo lo que llevaba sobre la mesa, y cogió la taza que ella le había servido. Se apoyó en la mesa para mirarla, inquisitivo. Distinguió un par de marcas en su cuello que recordaba vagamente haberle hecho, pero apartó la vista rápidamente de esa zona.

—¿Estás mejor? —preguntó.

—Sí —carraspeó—. Hunter, yo... Anoche...

—No tenemos que hablar de eso si no quieres.

—De acuerdo, pero solo... Para que queden las cosas claras.

—Te escucho.

—Vale. —Bebió más café, buscando las palabras—. Ayer yo... Perdí el control, todo lo que ocurrió en el campamento me afectó demasiado y... —Movié la cabeza—. No sé qué me pasó. Pero quiero que sepas que te agradezco que me ayudaras a pasarlo.

—Te diría que fue un placer. —Levantó una ceja—. Pero creo que ya lo sabes.

Rachel enrojeció hasta la raíz del pelo.

—Sí, yo... Bueno, solo me gustaría que siguiéramos siendo amigos. Quiero decir, fue solo sexo, y si... Cuando nos encontremos con los demás, no tienen por qué saberlo. —Lo miró a los ojos, esperando su reacción—. ¿No te parece?

Aquellas palabras, aunque eran lo que había querido oír, lo molestaron. ¿Solo sexo? En absoluto. Y nunca se hubiera imaginado que la palabra amigos pudiera sonar como un insulto, pero fue así como lo hizo sentir.

Sin embargo, se encogió de hombros como si no le importara.

—Estoy de acuerdo —contestó, bebiendo también su café—. Será mejor que comamos algo rápido y nos marchemos, me gustaría llegar al punto de encuentro antes de que se haga de noche.

—Claro. ¿Y qué es todo esto que has encontrado?

Hunter sacó varias latas para comer, mientras la ponía al corriente de todo lo que había encontrado de utilidad y que se llevarían.

Además de la comida y ropa de invierno de la casa, en la caseta del jardín había multitud de accesorios de camping. Por desgracia no había tiendas de campaña, pero sí un par de sacos de dormir y mochilas. Había varias botellas de gas llenas, pero eran demasiado pesadas para llevárselas. Solo cogió dos como la que estaba usando en aquel momento, de un par de litros cada una, que no pesarían demasiado y que, si tenían cuidado, les durarían un tiempo. Además, encontró algunos mapas que les serían muy útiles. Desgraciadamente, lo que no había en toda la casa eran armas.

Preparó las mochilas repartiendo el peso entre los dos, aunque llenó la suya más. De la ropa para él se llevaron las prendas de más abrigo y una manta cada uno, y se marcharon.

Apenas hablaron durante el camino. Cuando habían salido corriendo Hunter no se había fijado hacia dónde iban, pero cuando vieron señales que indicaban el río Mississippi a un par de kilómetros, respiró aliviado. Al menos, habían ido en la dirección correcta.

Llegaron al puente que lo atravesaba sin problemas, pero antes de cruzarlo Hunter la llevó hasta unos árboles para que se escondiera.

—Hay varios coches accidentados —dijo—. Voy a comprobar que no hay rabiosos, y vuelvo enseguida.

—Ni hablar, voy contigo.

—Rachel...

—Dame la pistola. Tú tienes tu ballesta, entre los dos acabaremos con los que haya.

Hunter suspiró fastidiado, aunque en realidad se sentía aliviado. Aquella se parecía más a la Rachel del campamento. Le entregó el arma, y juntos se dirigieron hacia el puente.

Varios coches habían chocado, probablemente a causa del fallo en sus sistemas eléctricos. Bloqueaban la carretera, pero pasaron por encima y siguieron andando, mirando el interior de cada uno de ellos. La mayoría tenían las puertas

abiertas, y no había cadáveres, por lo que dedujeron que la gente se había marchado.

Cuando ya estaban llegando al final, oyeron gruñidos. Se agacharon tras una furgoneta, ocultándose.

Hunter se asomó con cuidado. Un rabioso corría en círculos entre un camión y un coche, sin poder salir. Apuntó y le disparó una flecha a la cabeza. Esperó unos segundos por si acaso, y cuando vio que no se levantaba le indicó a Rachel que podían seguir.

Recuperó la flecha al pasar junto al cuerpo inerte del rabioso, y siguieron su camino.

9. Supervivientes

La reserva donde habían quedado no contaba con camping ni cabañas donde alojarse, era un espacio natural protegido. Siguieron las señales hacia el centro de interpretación de la naturaleza, el único edificio del lugar y donde Hunter esperaba que hubieran ido los demás.

Cuando les quedaban pocos metros para llegar, Hunter vio movimiento en el interior a través de una ventana. Se giró hacia Rachel para que se escondiera, pero entonces oyeron una voz familiar llamarles.

—¡Rachel! —llamó Erik—. ¡Teniente, estamos aquí!

Miraron hacia el edificio. Erik estaba asomado a una ventana, y les señalaba la puerta principal. Se dirigieron rápidamente hacia allí, y les abrieron la puerta desde el interior. Al otro lado estaba uno de los hombres del campamento.

—Menos mal que estáis bien —dijo.

—Me alegro de verte, Joe —respondió Rachel, dándole un abrazo rápido.

—Subid, están todos en la primera planta. El edificio es seguro, no os preocupéis. Bloquearé la puerta de nuevo.

Les señaló las escaleras, y ellos subieron, esperando que no fueran Erik y Joe los únicos.

Cuando llegaron a la primera planta, Rachel casi se desmayó de la alegría. Había unas veinte personas, más de lo que había imaginado, e incluso dos de los perros. Abrazó a Nancy y a Erik con lágrimas en los ojos, emocionada.

Hunter no pudo ocultar su alivio. Habían perdido gente, cierto, pero menos de lo que había supuesto. Dejó las cosas en una esquina, mirando cómo Rachel iba de uno a otro saludándoles efusivamente.

Erik se acercó a él, y le estrechó la mano.

—Me alegro mucho de verlo, teniente.

—Lo mismo digo. ¿Alguna señal de Rick?

—No, ni de Arthur ni de Phil. —Señaló una pared—. Pero está ella.

Hunter frunció el ceño a ver a Cassidy sentada en el suelo. Avanzó hacia ella, pero se detuvo a medio camino, dándose cuenta de que si se acercaba, era capaz de estrangularla. Le dio la espalda mientras se tranquilizaba, y entonces vio a J.J. Estaba solo, mirando por una ventana con expresión seria.

Hunter revisó la habitación con la vista, sin encontrar rastro de Margorie, por lo que supuso que no lo había logrado. Se acercó a él, quedándose de pie a su lado, y esperó.

J.J. tardó un rato en darse cuenta de que alguien estaba a su lado. Hacía horas que habían llegado allí, pero aún no se había recuperado del shock. A pesar de todo lo que había ocurrido, hasta entonces había cerrado los ojos a la realidad, había pensado que en cualquier momento llegaría el ejército a rescatarles, la electricidad regresaría... Que todo acabaría volviendo a la normalidad. Pero ver a Margorie morir... Había accionado algún mecanismo en su interior que lo había hecho despertar por fin. Y la realidad no era en absoluto agradable.

Miró de reojo, reconociendo a Hunter.

—No estoy de humor para abrir latitas, teniente.

—No te preocupes, no iba a darte ninguna. Al menos de momento.

J.J. se encogió de hombros, resignado.

—¿Qué más da? Margorie sabía abrir latas, y... Ya ves.

—¿Vas a rendirte así sin más?

—Tú no lo entiendes. —Movi6 la cabeza—. Se puso delante de mí, ella... Vale, estaba como una cabra, pero me salv6.

—Supongo que sí que era tu fan número uno.

J.J. lo fulmin6 con la mirada.

—No me hace gracia. Ella me ayudaba, y yo... Tú mismo lo dijiste, no sirvo para nada. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cantarles canciones a esos monstruos a ver si se ponen a bailar?

A su pesar la imagen le hizo gracia a Hunter, pero se contuvo para sonreír. J.J. parecía realmente afectado, lo último que necesitaba es que le tomaran el pelo.

—Mira, si te lo tomas en serio, yo te ayudaré.

—¿Qué? —Lo mir6, esperanzado—. ¿Cómo?

—No como ella, no voy a hacerlo todo por ti ni nada por el estilo. Lo de las latas no es ninguna broma, sigue haciéndome caso y sobrevivirás.

J.J. no estaba convencido del todo, pero sabía que sumirse en la autocompasión no iba a ayudarlo, así que afirmó con la cabeza.

Rachel terminó de saludar a todo el mundo, excepto a Cassidy. A falta de Rick o Arthur, era lo más parecido a un culpable, y no quería perder el control y hacer algo de lo que luego se arrepintiera. Ignor6 a la chica deliberadamente, y fue a hablar con Hunter. Estaba segura de que él sabría qué hacer.

Hunter había repasado con Erik todo el inventario del que disponían, y se encontraba revisando sus flechas. Él la mir6, extrañado al ver su expresión.

—¿Qué ocurre?

—Eso. —Señal6 a Cassidy con la cabeza—. ¿Qué vamos a hacer?

Hunter suspiró, guardando las flechas. Él tenía bastante claro qué hacer con Cassidy, pero sabía que, a pesar de todo, Rachel no era capaz de tomar esa decisión.

—Rachel, no sabemos si la han seguido o si la han dejado tirada, pero... sabes lo que hay que hacer.

—Lo sé. —Lo miró, mordiéndose un labio—. Pero yo...

Apartó la vista, y Hunter supo que no podía dejarlo en sus manos. Si Rachel daba esa orden, nunca se lo perdonaría a sí misma, y él no podría vivir con eso. Así que hizo lo único que podía hacer: asumir la responsabilidad.

—Yo me encargo.

Se fue hacia Cassidy, sin esperar su respuesta.

Al verlo acercarse, la chica se levantó mirándolo esperanzada. Todos allí la habían ignorado, Phil la había abandonado sin más... y no sabía qué esperar.

—Hola, teniente.

Él la cogió de un brazo, apartándola del resto, lo que no hizo más que aumentar su entusiasmo. En cuanto salieron de la habitación, ella intentó tocarlo entre las piernas.

Hunter la apartó con gestos bruscos.

—¿Pero qué haces?

—¿No es eso lo que quieres? —Lo miraba confusa—. ¿Para qué me has traído aquí si no?

—Quiero que me contestes a unas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que ha pasado. ¿Tú lo sabías? —Ella palideció—. Dime la verdad, Cassidy. ¿Lo sabías sí o no?

—¡No! Te lo juro, no sabía nada. ¿Crees que si fuera así, me habrían dejado atrás?

—¿No te han seguido? ¿No saben dónde estamos?

—¡Te juro que no!

Empezó a llorar, pero Hunter no se inmutó. Lo sentía mucho por ella si estaba diciendo la verdad, pero ese era un riesgo que no pensaba correr. No podía permitirse confiar en la gente equivocada, no después de lo que había ocurrido.

—Está bien —dijo, alejándose—. Vete a dormir, ya hablaremos mañana.

Ella se fue corriendo, secándose la cara aliviada, y Hunter fue a hablar con Erik para terminar de ponerse al día.

Ya había anochecido, así que repartieron raciones para la noche y se repartieron por la habitación para dormir. Dejaron la puerta principal bloqueada, vigilando la entrada desde las ventanas, y Hunter hizo la primera guardia.

Rachel se acomodó en su saco de dormir. Nancy se había acostado junto a ella, y aunque Rachel agradecía tenerla cerca, notó en falta el calor del cuerpo de Hunter. Suspiró fastidiada, mirando hacia la ventana donde él controlaba el exterior. Tantas noches durmiendo sola, y en unas horas con él ya lo echaba de menos... Hunter se giró, y cuando sus miradas se encontraron, Rachel se dio la vuelta en el saco y cerró los ojos con fuerza. Seguro que si se lo proponía, conseguiría dormirse.

Hunter apartó la vista de Rachel, concentrándose en el exterior. Tenía que dejar de pensar en esas cosas, no perder el tiempo imaginándose que se metía en el saco con ella... movió la cabeza mosqueado. Solo habían pasado una noche juntos, se repitió. No debería seguir pensando en ello.

Así que cuando terminó su guardia, se llevó su saco lo más lejos posible de la médico. Aun así, apenas logró conciliar el sueño.

Se quedaron en el edificio un día y una noche más, esperando por si llegaba algún otro superviviente, pero no fue así, y decidieron seguir hacia el sur. Delante de Cassidy confirmaron su decisión de continuar hacia Saint Louis como habían previsto, aunque en realidad tenían pensado desviarse e ir hacia Kansas city.

Salieron del edificio, quedándose Hunter el último con Cassidy. Cuando

estaban a punto de atravesar la puerta, él la retuvo.

—Espera un segundo.

—¿Qué pasa?

—Nada. —Hizo un gesto hacia el grupo, que ya desaparecía por una curva del camino—. Que me he pensado tu oferta mejor.

—¿En serio? —Le sonrió seductoramente—. ¿Esta noche, entonces?

—No, mejor ahora.

—Pero... —Miró hacia el camino—. ¿Y ellos?

—Tranquila, les diré que nos hemos olvidado algo. —La empujó ligeramente hacia el edificio de nuevo—. Vete subiendo, espérame en la habitación donde hemos dormido. Voy a hablar con ellos y subo, ¿de acuerdo?

—Vale. —Le tiró un beso—. Estaré lista para ti.

—Estoy seguro.

Se metió en el edificio.

Hunter no esperaba que ella tuviera la menor idea de cómo seguir un rastro, pero por si acaso borró todas las huellas del grupo y cuando les alcanzó, se desviaron de la carretera principal que llevaba a Saint Louis.

Cassidy esperó a Hunter, desnuda y sola en el edificio. Tras media hora se vistió, preguntándose qué había ocurrido. Cuando salió al exterior y no vio a nadie, se dio cuenta de lo que había ocurrido, y gritó de rabia.

Pero no había nadie cerca para escucharla. O por lo menos, nadie humano.

Ser un grupo más reducido tenía desventajas, sobre todo a la hora de organizarse para las guardias, pero como aspecto positivo, avanzaban mucho más rápido.

Tres días después, habían atravesado el río Illinois. Comenzaban a caer copos de nieve, así que acamparon en Sand Ridge State park, a ochenta kilómetros de Springfield. Siguiendo su costumbre, colocaron sus tiendas en el centro junto al edificio principal de información y revisaron los coches y las auto caravanas que encontraron. La mayoría estaban deterioradas y con los cristales rotos, además de no contener prácticamente nada de utilidad, por lo que supusieron que ya había pasado algún grupo por allí antes que ellos.

Repartieron las raciones diarias, pero cuando le tocó el turno a J.J., Hunter le entregó solamente una lata.

—Ya estamos —protestó él—. Hunter...

—Te dije que iba en serio. Y lo siento, pero aunque quisiera, no podría darte un abrelatas. No tenemos ninguno.

—¿Qué? —Miró a Rachel, que afirmó con la cabeza sintiendo pena por él—. ¿Y cómo la voy a abrir? ¿A mordiscos?

—Puedes intentarlo, pero no tenemos dentistas a mano.

J.J. tuvo ganas de tirársela a la cabeza, pero en su lugar se alejó refunfuñando. Estuvo un rato con la lata dando vueltas, probando de todas las formas que se le ocurrían.

Después de tirarla unas cuantas veces al suelo y contra unas rocas, se dio cuenta de que Hunter lo observaba divertido, así que se alejó aún más de él.

Pasó junto a Erik, que vigilaba un camino subido en el techo de una auto caravana.

—¡Eh, J.J.! ¿Dónde vas?

—¡A por un poco de privacidad!

—¿Qué?

—¡Que quiero estar solo, joder!

Erik parpadeó, sorprendido ante su tono, pero al ver la lata en su mano comprendió.

—Vale, pero no te alejes mucho.

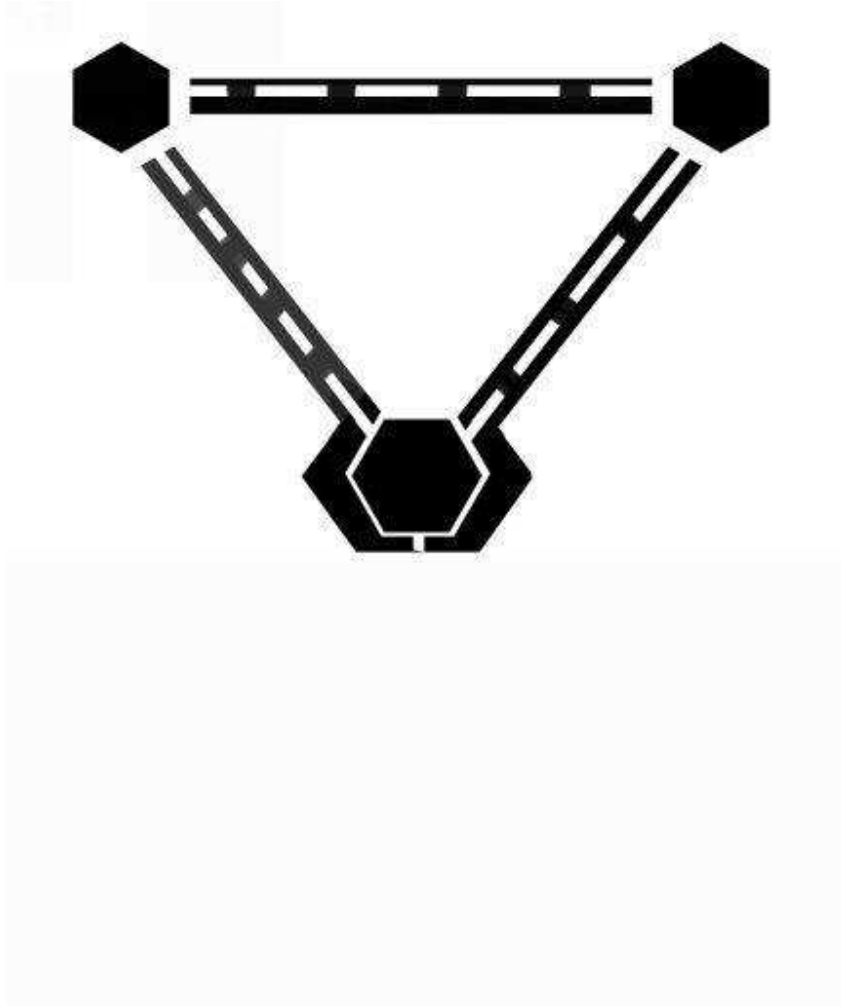
J.J. hizo un gesto con la mano que no le quedó muy claro a Erik, cogió una manta que pilló por el camino y se metió entre unos árboles. Se sentó sobre la manta sobre la nieve, apoyando la espalda en un árbol; cogió una piedra del suelo y se puso a golpear la lata como si le fuera la vida en ello. La lata empezó a abollarse, lo que lo animó a seguir, y al cabo de un rato consiguió reventarla.

Se comió el embutido que contenía como si fuera caviar ruso, y al terminar sonrió satisfecho. Hunter tenía razón, si se lo tomaba en serio, podía lograrlo. Apoyó la cabeza en los brazos y cerró los ojos, imaginándose la cara que pondría al verlo regresar con la lata abierta.

De pronto, oyó un ruido. Abrió los ojos, asustado, pero lo que tenía ante él no era un rabioso.

Era una chica rubia y delgada, de rostro dulce... Y que lo estaba apuntando con un arma.

TERCERA PARTE: EL MAPA DE LOS MUERTOS



1. Little Falls

Little Falls, Minnesota. 12 de septiembre.

Un disparo, dos disparos, tres disparos.

De pronto, el aire se llenó de proyectiles, incluso una bala le rozó la mejilla dejando un rastro de pólvora. Estaba gritando a Hunter que sus soldados caídos se levantaban del suelo con intenciones hostiles, y al momento la ráfaga de tiros ahogó

SU VOZ.

Su primera reacción fue echar mano de su revólver, pero se encontró con que tenía las muñecas atadas a la espalda; soltó un juramento mientras su cabeza pensaba a toda velocidad. Entonces sintió un fuerte empujón y faltó un milímetro para acabar con la cara estampada en el asfalto mientras notaba el peso de un cuerpo sobre ella.

—¡Joder! —exclamó tratando de moverse.

—¡Para, Em!

Era la voz de Joel y ella obedeció sin rechistar; notó cómo él apretaba el gatillo cuatro veces seguidas y tuvo la tentación de cerrar los ojos. Cerrar los ojos y esperar que la pesadilla finalizara, porque aquello no podía ser real... Estaba viendo cómo dos soldados se abalanzaban sobre Dolce y Dios santo, nunca le había caído bien aquella mujer, pero lo que le estaban haciendo era lo más horrible que había visto nunca.

Por fin sus pulmones dejaron de ser comprimidos y alguien la puso en pie con brusquedad sin parar de sacudirla.

—¡Emma! —Joel no se detenía—. ¿Estás bien? ¡Tú, ven!

Como si se tratara de una película, Emma notó que el tiempo se ralentizaba ante sus ojos: Joel zarandeaba al sargento Clive gritando en su cara mientras hacía gestos bruscos con los brazos. Oía gritos, gruñidos, golpes, tiros... Morrigan había caído al suelo y le faltaba... ¿el pelo? Dios santo. Los gruñidos no se escuchaban lejanos y por el rabillo del ojo se dio cuenta que ya eran más numerosos que momentos antes.

Hunter y Alexis retrocedían hacia el hummer, sin dejar de disparar.

—Se van, ¡la madre que los parió! —Escuchó gritar a Joel, que no dejaba de disparar—. ¡Vamos, imbécil, busca la forma de soltar esas bridas!

¿Se lo decía a ella? Emma enfocó hacia su amigo, pero él hablaba al sargento Clive, que con los nervios casi tiró al suelo la navaja que trataba de sacar. Un militar del equipo retrocedió disparando hacia su posición, por lo visto le había resultado imposible llegar hasta Hunter. Los cubrió mientras el sargento Clive trataba de soltarla, algo difícil con aquel temblor de manos.

—¡Espabila, idiota!

Un segundo después Emma se vio libre de las bridas, pero no de Joel, que la agarró por los hombros y la sacudió por segunda vez gritando su nombre. Lo miró, tratando de prestar atención, pero se sentía como si lo estuviera viendo todo desde la distancia, igual que un enfermo con la fiebre alta escuchaba su voz lejana... hasta que él la abofeteó sin contemplaciones.

Emma salió de su estado de shock al momento y se frotó el lado derecho de la cara con el ceño fruncido.

—¿Pero qué coño haces, Crane? —La rubia sacó su arma y miró a su alrededor—. ¿Dónde está June? ¿Alguien ha visto a June?

El sargento Clive y el otro militar que no conocían iban retrocediendo conforme los soldados contagiados ganaban posiciones, aproximándose cada vez más. Los hacían ir hacia atrás y no tenían ninguna opción aparte de meterse en comisaría; Emma empezó a llamar a su hermana, esperando escuchar su voz desde algún rincón, pero aunque había muchos gritos ninguno pertenecía a June.

—¡Atrás, atrás! —gritaba el desconocido—. ¡Sargento, los tenemos encima!

Emma empezó a disparar derribando a uno. Escuchó gritar a Malone y lo buscó con la mirada; dos de aquellos hombres lo habían atrapado cuando trataba de ayudar a Morrigan y ahora uno la había emprendido a dentelladas con su brazo mientras el otro mordía su cuello. Emma le pegó un tiro en la cabeza al del brazo sin pensar, pero llegó tarde... la sangre del cuello de Malone saltó por los aires como una manguera mal ajustada, y quedó tendido desangrándose. Ella sacó el arma que llevaba oculta en la bota izquierda para disparar por ambos lados. Deberían avanzar, pero era imposible, había demasiados y Hunter, que montado en el hummer podía haber tratado de acercarse para ayudarlos, salió pitando en dirección contraria.

—Hijo de puta... —Oyó maldecir a Joel.

La rubia continuó recorriendo la escena con mirada crítica, el detective Chase acababa de ser atrapado por la espalda; fue derribado al suelo en la misma postura y una vez allí, un contagiado lo dobló con tal violencia que partió su columna. Después se lanzó a morderlo repetidas veces, al parecer animado por los chillidos de dolor del hombre. Al cabo de cinco segundos, aquellos lamentos se hicieron insoportables para ella, de manera que la rubia apuntó a su detective y disparó un

tiro entre ceja y ceja. Chase se derrumbó y al momento el contagiado lo dejó caer, incorporándose para buscar otra víctima.

—¡Salgamos de aquí! —gritaba el sargento Clive, con una voz ya próxima al pánico.

Joel tiró de su brazo para que fuera tras ellos; Emma miró la calzada, sembrada de los cuerpos de sus compañeros, algunos amigos... La rabia e impotencia llegaron de la mano, pero no podía quedarse quieta. Ellos, fueran lo que fueran, se movían deprisa y con una violencia sin precedentes, como por desgracia había podido comprobar. Siguió a Joel y a los demás al interior de la comisaría, donde al momento el sargento Clive y el militar desconocido bloquearon la puerta colocando un mueble delante. Miró las ventanas de forma crítica, pero por suerte todas ellas tenían rejas.

—Deberíamos registrarlo por si acaso —sugirió a Joel y él asintió—. Vamos.

En la sala de relax escucharon un sollozo y allí estaba Olivia, sentada en el suelo abrazándose las piernas y con las lágrimas corriendo por sus mejillas. Al verlos lloró con más fuerza, negando con la cabeza.

—Lo siento, lo siento —decía una y otra vez—. Lo siento, Em, vi lo que le hicieron a Dolce... no puedo. No puedo.

No la culpaba. Ella tendría pesadillas durante una buena temporada, con toda la sangre que había visto; se aproximó despacio y se dejó caer al lado, apretando su mano.

—Tranquila, aquí no pueden entrar.

Joel se acercó a ellas con algo entre las manos y miró a Olivia.

—Oye —le dijo, haciendo un gesto para que prestara atención—, ¿por qué no traes todas las armas y munición que tengamos? Por favor.

La joven tardó un poco en captar lo que decían, pero al final asintió y fue a hacer lo que le habían pedido, aún con aspecto desorientado.

—¿Tú estás bien? —preguntó Joel, sujetando sus hombros.

—¡Joel! No te pases —le advirtió Emma—. Ya me has dado una bofetada

antes, a la siguiente te prometo que te la devuelvo.

—Sí, ya estás bien —suspiró aliviado y le hizo girar la cara para ver su mejilla—. Una bala te ha rozado la cara, Em. Joder, tienes más vidas que un gato.

—Creo que eso debo agradecértelo a ti, ¿no? Si no me hubieras tirado al suelo, con las manos atadas ya estaría criando malvas.

El sargento Clive entró en la sala de relax con cara de agotamiento; era evidente que aquello lo había pillado por sorpresa y que en el ejército no lo habían preparado para algo así.

—¿Alguien más está herido? —Joel alzó la voz—. ¿Clive, señor militar que no conocemos? —se dirigió al hombre desconocido de aspecto desaliñado.

—Soy el capitán Scalia —aclaró él—. No estoy herido. De estarlo ya sería un cadáver.

—¿Tratan de entrar? —Emma se puso en pie rauda y veloz, pero él la tranquilizó negando con la cabeza—. ¿Seguro?

—Si, seguro. Parece que prefieren la acción.

—No podemos quedarnos aquí metidos —repuso la rubia—. Si esto se propaga, y ocurrirá, pronto podríamos tenerlos a todos aquí golpeando la puerta. Tenemos que armarnos y ponernos en marcha.

—¿A dónde? —Olivia se detuvo en el umbral de la puerta, con el manajo de llaves de la armería que poseían entre las manos.

—Debemos asegurarnos que evacuan el pueblo... No sé si el hecho de que los militares estuvieran aquí significa que ya sabían algo, ni si han tomado medidas, pero nuestro deber es comprobarlo. Y si lo están haciendo hay que ayudar.

—¿Estás loca? —casi gritó Joel después de lanzar sendas miradas furiosas a los dos militares presentes en la sala—. ¡Nos han abandonado como a perros! ¿No lo ves, Jefferson?

El sargento Clive negaba con la cabeza, mientras que Scalia permanecía cruzado de brazos sin parecer ofendido por la acusación. Ciertamente era que ninguno tenía ni idea de a qué se referían, pero de cualquier modo lo que él decía no podía

ser verdad.

—Créeme, cuando esto acabe aclararemos el tema. Pero ahora lo que importa es la gente, Joel, tenemos que ponerlos a salvo. Es nuestro trabajo.

Tras unos segundos de silencio, Joel acabó por asentir con un gruñido.

—Como quieras. —Otra mirada desdeñosa hacia Clive y Scalia, dejando claro que no les daría agua ni aunque estuvieran perdidos en mitad del desierto—. ¿Qué hay de la base, debemos ir a ver?

—Sé que el coronel tiene algo que ver en esto. Si no es un virus o algo así que se les ha escapado es otra cosa, pero está detrás. Vamos a intentar hablar con él. —Emma se levantó decidida, muy consciente de que si se acomodaban allí esperando ayuda cada vez les costaría más animarse a salir—. Quiero a todos armados. Encárgate —ordenó a Joel—. Ahora vengo.

Abandonó de forma momentánea el cuarto para abrir la puerta más alejada; en el calabozo, Scott Hauser se había levantado y estaba apoyado contra los barrotes con cara de angustia. Al verla pareció aliviado y soltó un suspiro.

—Joder —repuso—, ¿qué demonios está pasando? He oído disparos, y gritos. Se me ha puesto la piel de gallina.

—Y no es para menos. —Emma abrió la puerta y se apartó para que saliera—. Vamos. —Scott dio tres pasos, vacilante y se detuvo para observarla—. Scott, estamos en una situación complicada y tienes dos opciones, puedes venir con nosotros o marcharte por tu cuenta. Pero no te recomiendo esto último, la verdad.

—Cuéntame qué ha sucedido —pidió el joven, empezando a asustarse.

—Sígueme y te lo explico.

Scott salió de la celda, sin estar demasiado convencido, pero sabiendo que no podía quedarse allí solo. Emma hizo un resumen rápido de algo que parecía sacado de una película de terror, costaba creerse aquello... pero por otro lado, los gritos y tiros continuos habían sido muy reales. Y las caras de las personas que estaban esperando en el cuarto contiguo, también.

—Muy bien. —Emma se aproximó al centro de la habitación, donde Joel ya había traído todas las armas que poseían con ayuda de Clive y las tenía expuestas

encima de la mesa—. ¿Tenemos munición de sobra? Al menos para salir de aquí, después podemos pasar por cualquier tienda de armas y aprovisionarnos.

—Sin problema —replicó él, empezando a entregar pistolas y balas a todos los presentes hasta que se quedó contemplando a Scott—. ¿A él también?

—Sí. Dale una —ordenó ella—. Decida irse por su cuenta o no, que vaya lo mejor protegido que pueda. —Y lo miró de reojo.

—¡Ni de coña pienso irme solo! —protestó el joven—. No estoy loco, ¿sabéis? Trae esa pistola.

Despacio, todos los presentes se ocuparon de guardarse balas suficientes; las manos de Olivia temblaban y no cesaba de murmurar cosas inconexas para sí misma, tanto que Emma se dio cuenta de que era inestable y que habría que vigilar su comportamiento por si acaso. Al menos, Joel parecía controlar la situación, y los dos militares aguantaban el tipo también; Emma los dejó terminar de armarse antes de lanzar una mirada serena hacia ellos.

—Vosotros dos —dijo con voz clara—, escuchadme. —Ambos alzaron sus ojos a la vez, mientras esperaban sus palabras—. Podéis coger las armas y salir de aquí para ir por vuestra cuenta; nadie os lo va a impedir. Pero si os quedáis, debéis saber que ahora mando yo. No volveremos a ceder ante militares después de lo sucedido, ¿os queda claro?

El sargento Scalia tenía una mueca escéptica en la cara. Clive no decía nada; parecía ligeramente avergonzado y clavó los ojos en la mesa.

—Si lo que queréis es acompañarnos a la base y después quedaros allí, también podéis hacerlo. Pero durante el camino estaréis sujetos a mis órdenes. —Y la joven esperó.

Por sus caras vio pasar la ristra de emociones habitual cuando le hablaba a alguien de aquella manera: primero el escepticismo, como el de Scalia. Después venía el cabreo porque alguien tan joven, y además mujer, fuera a dar las órdenes siendo ellos los machos alfa por excelencia. Pero después de lo sucedido, Emma tenía claras dos cosas: una, no volvería a claudicar ante nadie, ni siquiera ante coronel Thomas; y dos, si aquello que había infectado a Tuesday y los soldados se estaba propagando, en poco tiempo las jerarquías habrían dejado de importar. Lo único que quedaría sería la ley del más fuerte.

—Si venís con nosotros —añadió—,nos protegeremos unos a otros. Aquí nadie abandona a nadie, ¿de acuerdo?

Y aunque no lo mencionó, todos tuvieron clara la imagen del hummer del teniente coronel Cooper largándose a toda prisa sin mirar atrás.

—¿Y bien? —Joel interrumpió el tenso silencio.

—Yo voy con vosotros —dijo el sargento Clive y asintió cuando miró a la jefa de policía.

Scalia tardó un poco más en responder, pero acabó por asentir de mala gana. No es que le gustara obedecer a una tía que para su gusto hubiera estado mejor en posición horizontal, pero admitía que después de la estampida de Cooper se sentía más seguro entre la policía.

—Muy bien —Emma asintió al verlos y se volvió hacia los suyos—. Pues en marcha.

Joel no parecía muy conforme con el hecho de que Emma decidiera salir en primer lugar, pero con los años había aprendido a no cuestionar su autoridad de manera directa. Se le daba mejor manipularla con detalles o provocaciones, pero dado que no había tiempo literal para eso, no tuvo más remedio que aceptarlo. Además, ella se había adueñado del mando, así que tampoco procedía que la vetara solo porque le preocupaba su seguridad. Lo único que podía hacer era protegerla lo mejor posible, algo que por otra parte llevaba tiempo haciendo... y conocía de primera mano lo capacitada que estaba para cuidarse sola.

Las órdenes eran claras: coger el furgón policial aparcado al otro lado de la carretera y salir pitando. Era fundamental no perder el tiempo, cada minuto que pasaba jugaba en su contra y había muchísimas más posibilidades de contagio.

La salida fue tensa, todos pendientes esperando un posible ataque, pero la calle había quedado vacía de un modo que resultaba inquietante. Únicamente descansaban sobre el pavimento unos pocos cuerpos de los que habían conseguido abatir.

Segundos después estaban dentro del furgón policial y Joel se puso al volante; intercambió una mirada con Emma, sentada a su lado, mientras los demás se colocaban en la parte trasera.

—Qué raro. —Oyeron murmurar a Olivia—. Es tan raro no ver los cuerpos de...

Lo que verbalizó era, en realidad, lo que todos estaban pensando; los que no estaban allí, estaban por ahí sueltos y contagiados. Quién sabía dónde podían encontrarse, tal vez atacando la casa más próxima o... a saber. Ninguno quería pensar en ello, así que Joel arrancó mientras Emma miraba por el retrovisor cómo su comisaría se alejaba de forma veloz. Se alejaba de June, y no sabía si debía pararse a buscarla, o seguir por un bien mayor.

—¿A la base pues? —preguntó él mientras trataba de sintonizar la radio por si se escuchaba alguna noticia sobre los sucesos, y la rubia afirmó—. Muy bien. Pues cuanto antes lleguemos, mejor.

Y aceleró. A Emma no le importó porque Joel siempre había conducido muy bien, incluso bajo presión; escuchó como en la parte trasera se apresuraban a abrocharse los cinturones de seguridad y ella hizo lo propio, algo que, por otro lado, le salvó la vida. Estaban ya muy cerca, iban demasiado deprisa y entonces, sin más, el automóvil falló y Joel perdió el control; dio un volantazo para tratar de compensar, pero la velocidad jugó en su contra y terminaron por volcar tras dar dos vueltas.

Emma abrió los ojos unos minutos después, cuando el furgón quedó del todo quieto. No había perdido la conciencia en ningún momento, por suerte, y aunque estaba boca abajo y colgando solo sujeta por el cinturón, supo que no estaba herida.

—¿Joel? —Lo miró, pero él tenía los ojos cerrados y un buen golpe en la cabeza—. Mierda... ¿cómo estáis por ahí atrás?

Escuchó un par de gruñidos, indicativo de que al menos había alguno vivo. Aquello era un infierno, estaba desubicada y con dolor de cabeza...pero sabía lo que tenía que hacer: coger aire y tranquilizarse. Aquello era una de las primeras cosas que su padre le había enseñado, siendo muy niña: no actuar con precipitación. Pensar. Valorar la situación. Era consciente de que la mayor parte de las veces las lesiones no sucedían cuando el coche volcaba, sino a la hora de salir. Por norma general, se actuaba de forma precipitada bajo la falsa creencia de que el coche podía explotar, y mucha gente terminaba desplomándose sobre su propio cuello, produciendo lesiones y cortes de médula espinal. Excepto en alguna ocasión extraordinaria, los coches solo explotaban en las películas, así que puso en práctica lo que debía hacer: buscó un punto de apoyo en el salpicadero, acomodó los pies y

se aseguró de que quedaba inmóvil antes de soltar el cinturón, protegiendo así su cuello. Una vez liberada, probó a abrir la puerta, pensando que sería demasiada mala suerte que estuviera atascada... pero oyó un satisfactorio clic, así que solo quedó escurrirse, con calma pero sin dormirse. Una vez fuera se incorporó, comprobó que no tenía nada roto y fue hacia el lado del conductor para ayudar a su amigo.

—Joder... —Lo escuchó gruñir con voz desorientada cuando abrió su puerta—. Coño, me va a estallar la cabeza.

—Calla, te has dado un buen golpe. Apóyate bien, anda —ordenó mientras soltaba su cinto a la vez que lo sujetaba para que no se desplomara y cayera hacia abajo—. Ayúdame un poco, Joel.

Notó como se esforzaba por hacer fuerza para salir y al de poco estaba sentado en la calzada, frotándose el lado derecho de la cara que sangraba de forma tímida pero insistente.

—Toma. —Le tendió una tela que él no identificó, aún tratando de enfocar—. Aprieta la herida. Voy a sacar a los demás.

Joel parpadeó varias veces, hasta que el aturdimiento provocado por la contusión se fue evaporando y se sintió con ánimos de incorporarse a echar una mano, todo ello sin dejar de hacer presión en la herida, que ya comenzaba a palpar. El sargento Clive ya estaba fuera, de rodillas, ayudando a Emma a sacar a Scalia; tampoco se lo veía herido. Sin embargo, cuando lograron sacar a Scott, éste no había tenido tanta suerte: tenía el cuello roto.

—Mierda —suspiró la rubia, tras cerciorarse de su muerte.

No había nada que pudieran hacer por él ya, así que sacaron a Olivia y luego se tomaron unos minutos para recuperarse.

—¿Qué demonios ha sucedido? —quiso saber Emma mirando a Joel.

—No lo sé, solo he perdido el control de repente. —Se acarició la barbilla, interceptando entonces una mirada entre militares—. ¿Qué? Vosotros dos sabéis qué pasa, así que hablad.

Scalia asintió con lentitud, y Clive carraspeó.

—Habrán mandado un pulso electromagnético. Se usa cuando se quieren cortar las comunicaciones —comentó—, y tenemos un dron de pruebas en la base.

—¿El coronel Thomas? —inquirió Emma, acercándose a ellos mientras sujetaba a Olivia.

—Tal vez —dijo Clive de forma vaga—. No lo sé, estoy aquí con vosotros y no en Camp Ripley. Pero tiene toda la pinta, así que se habrá cargado todas las comunicaciones en Little Falls.

—¿No tenemos electricidad? —Oyeron farfullar a Olivia—. Pero... ¿y cómo seguiremos el viaje si no podemos ir en coche?

—Estamos cerca —dijo Scalia—. Podemos llegar andando.

—¿Y esas cosas? —insistió Olivia, quien no parecía en absoluto convencida de aquella propuesta.

—Vamos armados —repuso Clive—. Nos defenderemos.

La vieron negar con la cabeza, como si no quisiera creer que aquello estuviera sucediendo. Emma trató de calmarla, pero solo lo consiguió a duras penas y tomó nota: la siguiente vez que encontraran una farmacia cogería algún tranquilizante leve. Olivia parecía haber olvidado por completo que era policía y se comportaba más bien como una civil aterrorizada, pero cada persona reaccionaba de un modo distinto y tampoco podía culparla por estar asustada, la situación no era para menos.

Todos la miraban, esperando que tomara una decisión. Ir caminando por la calle los convertía en un blanco fácil, pero tenían que llegar a la base y saber qué diantres había sucedido. Y así tal vez podría localizar a Nathan, que esperaba que se encontrara bien.

—Iremos —comunicó—, pero no por la carretera, llamaríamos demasiado la atención y por ahora no nos interesa. —Señaló hacia donde la carretera finalizaba y comenzaba el bosque—. Por ahí.

No hubo protesta alguna ante su orden. Todos comprobaron que tenían las armas cargadas y listas, y se internaron en la negrura del bosque, totalmente alertas.

—¿Crees que el coronel Thomas dará la cara? —pensó Joel en voz alta.

—No va a tener otro remedio que hacerlo, esta vez la ha liado muy gorda.
—Emma miró por encima de su hombro a ambos militares—. ¿Vosotros tenéis conocimiento sobre este tema, nunca habéis visto algo sospechoso en la base?

Ellos se encogieron de hombros.

—Es normal ver cosas raras —comentó Clive, siempre más propenso a hablar que Scalia—. Gente que aparece en un coche blindado y que es trasladado a la zona inferior sin que nadie sepa quién es ni el motivo de su estancia... o esos dos militares que trabajaban de forma unilateral y no pertenecían a la base... o como cuando llegaron los científicos.

—¿Te refieres al pelirrojo y a la señora antipática? —preguntó Joel.

—Sí, exacto. En teoría venían a una exposición, pero el coronel los metió en la zona de laboratorios y ya no salieron más. Nadie los vio tras eso. Luego nos mandaron a esta misión, la comandada por Hunter.

—¿Vuestras órdenes eran llevaros a Tuesday Latch y ya? —quiso saber Emma.

La simple mención a Hunter hacía que le subiera la temperatura, solo que de mala forma.

—Las mismas.

—¿Y vuestros trajes? —ese fue Joel. Recibió varias miradas de interrogación—. Sí, ya sabes, una infectada, un posible contagio... cuando suceden esas cosas os ponen esos trajes de astronauta, ¿me equivoco?

Clive no tenía respuesta.

—En cualquier caso, nuestra misión era traer a esa joven —explicó—. Costara lo que costara —añadió, mirando a Emma.

—Sí, ya me di cuenta —dijo ella con una mueca.

No tuvo necesidad de mirarlos para sentir su vergüenza; ya no tenía solución, pero no les pasaría nada por sentirse así durante un tiempo. El resto del camino apenas hablaron, todos concentrados en conservar el mayor número de fuerzas posible.

Fueron conscientes de que se acercaban cuando escucharon ruidos diversos: gritos y sonidos de gente que corría y huía. Se quedaron amparados en la oscuridad del bosque, observando cómo la base militar parecía sumida en el caos: se veía humo, las sirenas sonaban y pronto se dieron cuenta que la gente que corría eran infectados.

—¡Atrás! —siseó Joel mientras retrocedían para no ser vistos—. Joder, está infestado, Em. —La agarró del brazo con cuidado de no alzar la voz—. No podemos atravesar eso.

El resto observaba atónito como la cantidad de infectados había aumentado desde el ataque a la comisaría, hasta el punto de resultar alarmante. No quedaba duda de que se había propagado y empezaba a parecer incontrolable.

—¿Qué hacemos? —Olivia apresó a Emma del brazo con ansiedad.

Emma no sabía qué responder; atravesar aquello para poder abordar la base le resultaba una completa locura... pero todas las respuestas estaban allí dentro. El coronel Thomas, casi seguro el responsable, y Nathan, al que quería sacar de allí si es que era verdad lo que había escuchado de boca del sargento Clive.

—Tenemos que llegar hasta dentro —decidió—. Aquí fuera tampoco estamos a salvo. Tened las armas preparadas y sed muy, muy rápidos. Procurad no separaros.

No esperó respuesta de ninguno, solo echó a andar hacia delante, sujetando sus dos revólveres y esperando que la siguieran; sin embargo, no llegó lejos. Cuando se acercaba el terrible momento de correr entre los infectados, Emma se detuvo al escuchar una explosión. El humo que habían avistado nada más llegar se había transformado en una espesa niebla que cada vez hacía más difícil la visión. El olor a quemado comenzó a llegar hasta ellos.

—¡La base está ardiendo! —exclamó Clive señalando hacia la parte derecha, donde se hallaba ubicado el hangar—. ¡Debemos alejarnos cuanto antes!

Retrocedió seguido de Scalia, mientras se escuchaban otras explosiones que parecían provenir del interior de la base. pronto, el fuego hizo acto de aparición, una enorme lengua naranja que asomaba del hangar. Al parecer se había originado allí, pero en esos momentos ya se había extendido por el edificio principal; las sirenas continuaban su anodino lamento, pero quizá no hubiera nadie para apagarlas.

Emma se había quedado sin habla, observando impotente cómo las llamas devoraban el lugar donde esperaba hallar respuestas.

—¡Vámonos! —urgió Joel tirando de su brazo. Al ver que ella se resistía a abandonar, se acercó tratando de que lo mirara—. Em, no puedes hacer nada... es demasiado tarde, cualquiera que estuviera allí dentro ya estará muerto. —Trató de suavizar su tono—. Vámonos.

La explosión se intensificó, convenciéndolos de que debían abandonar. Emma se dejó llevar por Joel y regresaron hasta el bosque, donde el resto aguardaban expectantes.

—¿Qué? —preguntó Olivia.

—Cambio de planes —dijo Emma—. No podemos abordar la base.

—¿Y qué hacemos?

Buena pregunta, se dijo la rubia. El problema era que no sabía qué demonios hacer. El plan de lograr información del coronel Thomas se había evaporado, y también cualquier posibilidad de huir de allí por algún medio alternativo que quizás tuviera el militar. Disponían de vehículos, pero estos ya no funcionaban. Tenían armas, pero no munición infinita, y había demasiados infectados corriendo por allí, con la boca abierta, haciendo rechinar sus mandíbulas, entrechocando los dientes en el gesto de morder...mordedores, eso eran. Solo buscaban algo donde clavar sus colmillos.

—Atlanta —dijo de pronto, sobresaltando a todos.

—¿Atlanta? —repitió Joel. Se tocó de nuevo la sien donde tenía la herida, pensativo, y después exhaló aire despacio—. ¿Al CDC?

—Sí. Es el sitio al que tenemos que ir, ellos sabrán qué hacer... y si esto aún no ha llegado allí, pues así lo sabrán de primera mano. —No los dejó reaccionar—. Pero antes debemos reponer las municiones, porque el viaje será a pie. Necesitamos mapas. Y mochilas, sacos de dormir, linternas, buen calzado, algo de comida... hay que ponerse en marcha, ya.

Tenía que dar por muerta a June, visto lo visto.

2. Saint Cloud

Equiparse fue más difícil de lo que habían pensado en un principio. Para cuando terminaron, todos sin excepción llevaban una mochila con un peso respetable; sin embargo, Emma se había mantenido inflexible en ese aspecto. No importaba que aquello les ralentizara el paso o que tuvieran que detenerse más a menudo, lo principal era que si por algún motivo se separaban, tuvieran los medios para poder apañarse.

—Hay pueblos durante el camino —trató de protestar Olivia cuando le pusieron sobre los hombros la pesada carga—, y tiendas en todos ellos, ¿esto es necesario?

—La mayor parte del camino la haremos cruzando el bosque. Tenemos que evitar los sitios demasiado concurridos.

—¡Pero es un problema de Little Falls! Cuando llegemos a Saint Cloud...

—No lo sabemos —la cortó tajante y después se giró, viendo su mirada resentida, así que se acercó a ella suavizando el tono—. Olivia, ojalá tengas razón. Pero ya has visto lo que ha sucedido aquí en una sola noche...

—Todo irá bien, cuando llegemos a Saint Cloud —dijo ella esperanzada—. Verás que sí.

—De acuerdo. Pero hasta que estemos allí, tomaremos todas las precauciones posibles —Emma decidió no añadir más—, ¿entendido? Y eso supone llevar un mínimo de instrumentos básicos, como cerillas, cuchillos, la cantimplora. Tened muy en cuenta la regla de tres.

—¿La regla de tres? —preguntó Joel.

Scalia dejó de jugar con su mechero y alzó la mirada.

—Los humanos no sobreviven más de tres minutos sin aire, más de tres días sin agua y más de tres semanas sin comida —comentó.

—Eso mismo —corroboró Emma, y se volvió hacia el resto—. Coged ropa de abrigo. Estamos en septiembre y ya se nota el frío. Todos llevaremos cosas

necesarias en nuestra mochila.

Cogieron todo lo que necesitaban de algunas tiendas del centro, siempre extremando las precauciones. De la noche al día, Little Falls parecía un lugar de esos abandonados que aparecían en los reportajes, como aquel viejo parque de atracciones de Nueva Orleans. El pueblo estaba desierto, con los coches abandonados de cualquier manera en la carretera o en los arcenes, las viviendas aparentemente vacías. Había cristales por el suelo, ventanas rotas y un gran silencio que se veía interrumpido de cuando en cuando por algún aullido que llegaba arrastrado por el viento.

—¿Qué pasa con nuestra gente? —quiso saber Joel, cuando estaban a punto de abandonar Little Falls—. ¿Y si queda alguien vivo? Ya sabes, reclusos en sus casas, aguardando que alguien acuda a rescatarlos.

Emma no respondió, ella también se lo preguntaba. Pero no podían perder tiempo en registrar todo el pueblo por si quedaba alguien oculto en su hogar, además de que no parecía muy probable. Todo Little Falls parecía haber sido arrasado. Con un gran vacío en el pecho, debían irse sin mirar atrás.

—Tendrán que apañárselas como puedan —se limitó a decir, antes de dejarlo atrás para comenzar a caminar.

Y de esa forma fue como comenzaron su viaje, atravesando el bosque. Emma tenía todo bien pensado al respecto: llegarían a Saint Cloud y pronto advertirían si lo sucedido había sido un caso aislado, o aquello había llegado a más sitios. Si había suerte y era el primer caso, avisarían a las autoridades pertinentes... pero si, como pensaba, el caso era el segundo, lo primero que harían sería aprovisionarse de nuevo. Seguir las reglas: conseguir munición, comida, ducharse si aún quedaba agua corriente en alguna casa, cambiar las prendas de ropa y regresar su camino por las zonas apartadas.

—¿Cómo haremos para dormir?—preguntó Olivia, una vez se pusieron en camino.

—Escogeremos un sitio adecuado para hacer un refugio —explicó la rubia—. Ahora aún no es tan importante, pero el mes que viene empezará a hacer mucho frío.

—¿Piensas que el mes que viene aún continuaremos caminando? —la voz de su amiga sonó burlona con un punto de histerismo.

—Es muy posible. Con las paradas para descansar, dormir y demás, estos viajes suelen ser largos.

Por el rabillo del ojo vio que Clive asentía.

—Yo tengo experiencia en refugios —comentó—. De niño mi padre me enviaba a un montón de campamentos y un año me tocó uno de supervivencia en los bosques.

—Estupendo, nos viene muy bien. Tú te encargarás de localizar el mejor sitio, pues.

—Tendremos que hacer guardias —añadió Scalia—, es la mejor forma de que el resto pueda descansar tranquilo. Pueden ser dos o tres turnos, dependiendo del aguante de cada uno.

Emma también asintió a aquello.

—Pues tú puedes ocuparte de organizarlos y vigilar que se lleven a cabo —le ofreció.

—Sin problema. ¿Alguien sabe cazar?—ninguno abrió la boca—. Bueno, iremos probando. No creo que nos quedemos sin comida enlatada, los supermercados y tiendas están llenos por ahora.

—Yo sé pescar —comentó Emma—. Si lo vemos necesario recurriremos a eso, ¿vale?

Olivia puso cara de ser consciente de su total desconocimiento en cualquier tema de los que estaban hablando, pero nadie hizo ningún comentario al respecto, solo siguieron el camino.

Pese a que llevaba buen calzado y a que todos tenían una cierta forma física derivada de sus trabajos, Emma no creía que fuera bueno que se agotaran demasiado pronto. Era importante mantener la moral alta, y eso era más sencillo de lograr si todo el mundo comía, bebía y descansaba lo suficiente.

Muchas veces notaba que Olivia hablaba en términos de «cuando lleguemos a Saint Cloud», dando por hecho que allí terminaría el camino. No deseaba desalentarla, pero tampoco sabía bien cómo lograr que no fijara sus esperanzas en aquello... y aunque el resto no decía nada, se daba cuenta que todos pensaba como

ella. El hecho de no haberse encontrado aún con ninguna persona era esclarecedor en unos bosques donde siempre había algún excursionista.

Lo único positivo era que por allí no había mordedores en masa. Sí que había avistado alguno, a veces los oían a lo lejos, pero hasta ese momento habían conseguido esquivarlos sin mayores problemas y tampoco iban en grupos, como mucho dos o tres dispersos. Pero eso no significaba que no estuvieran, solo que estaban teniendo suerte.

Alcanzaron Saint Cloud dos días después de partir de Little Falls. Podrían haber llegado antes, pero las continuas paradas para descansar y comer, y durante la noche para dormir, habían duplicado las horas de viaje a pie.

Saint Cloud era mucho más grande que Little Falls y allí vivían unos sesenta y cinco mil habitantes... o habían vivido. Porque cuando llegaron, estaba igual de arrasado que Little Falls, al menos en las afueras; Emma temía movilizarse hacia el centro por si allí se concentraban grupos peligrosos.

—Deben estar encerrados —sugirió Olivia—. Seguro que se metieron en algún lugar público, ¿y si nos acercamos a la policía a preguntar?

—Si vamos caminando por el centro de la ciudad nos exponemos demasiado —dijo Joel—. Tenemos que tener cuidado, no sabemos ni qué ha sucedido aquí, ni si hay mordedores.

Emma le daba la razón asintiendo con la cabeza. Nadie puso pega pese a que no les apetecía en exceso investigar, sabiendo qué podían encontrarse. Según avanzaban hacia el corazón de la ciudad, fueron tropezando con coches abandonados en mitad de las calles, cruzados en las aceras, volcados... muchos habían chocado, seguramente durante el pulso electromagnético.

—Pues ya tenemos respuesta —musitó Clive—. No fue solo en Little Falls. Es probable que el coronel Thomas solo deseara aislar aquello, pero fue más allá.

Olivia miraba todo con los ojos dilatados. En su rostro se apreciaba el golpe que acababa de sufrir al comprobar que Saint Cloud había sufrido la misma suerte que Little Falls... dejaron atrás también algunos cuerpos cuyas cabezas aparecían destrozadas.

—Y la infección ha llegado también —dijo Emma y alzó la vista para encontrarse con un edificio inmenso—. Es el hospital. Ya que estamos vamos a

entrar.

Por algún motivo, ninguno deseaba cruzar esas puertas. Tenían miedo de lo que podían encontrarse allí dentro... pero aún les asustaba más quedarse fuera esperando, así que se limitaron a seguir a Emma al interior.

Dentro, parecía haber pasado un huracán. No había prácticamente nada entero: los mostradores de la recepción se mantenían en su sitio, pero poco más... sillas rotas, camillas tiradas por el suelo, teléfonos que pendían de sus cables sin emitir sonido alguno...

En el primer piso tuvieron que forzar la puerta para entrar, solo para encontrarse con una habitación llena de muertos. Olivia salió a toda prisa con la cara ya de un tono verdoso, y Joel se fue con ella. Emma examinó el lugar meneando la cabeza.

—¿Qué hacía toda esta gente aquí? —preguntó para sí misma.

—Es posible que al estallar el caos trataran de protegerse cerrando la puerta —comentó Scalia—. A saber qué ocurriría... quizá alguno estaba infectado, aunque no lo parecen.

—No —observó ella—. No parecen haber sido mordidos, pero aun así a todos les dispararon.

—Puede que alguien creyera estar haciendo una buena acción. —Clive pasó por encima de los cuerpos con cuidado de no pisarlos—. Esto es un desastre, no hay nada que salvar. —Se volvió hacia la rubia—. ¿Qué buscas exactamente?

—Un botiquín para emergencias —dijo ella—. Sin electricidad ni médicos, cualquier cosa sin importancia puede volverse muy seria. Y medicinas... penicilina, por ejemplo, por si acaso alguien sufre una infección, lo que sea. No soy ninguna experta en ese campo, pero no quiero problemas por no llevar alcohol, no sé si me explico.

—Claro —replicó él—, vamos a buscar en la tercera planta.

Joel se quedó con Olivia mientras ellos recorrían la planta superior. Más camillas volcadas, material quirúrgico por el suelo, cristales hechos mil pedazos, puertas cuyos pomos habían sido arrancados... incluso en una había un hacha clavada. Emma sintió un escalofrío al verlo; en realidad, todo el hospital se lo

producía.

—Vamos a darnos prisa. Quiero salir de aquí lo antes posible.

Tuvieron suerte al encontrar un cuarto cerrado que no había sido atacado. Dentro había un montón de cosas que podían llevarse, así que Emma se dedicó a guardarlo todo en su mochila: antipiréticos, penicilina, alcohol, gasas, tiritas, catguts. Adrenalina, pastillas de polaramine por si había algún cuadro alérgico severo. Valium, para las pesadillas... cogió lo que creyó que podía ser necesario, pero ella sabía que siempre sucedían imprevistos para los que no estabas preparado. Pensó en June al ver aquellas medicinas... su hermana pequeña, higienista dental, ¿dónde estaría en aquellos momentos? ¿Tuvo siquiera unos minutos para poder ponerse a salvo?

Apartó aquellos pensamientos, tan inútiles como embarazosos. Era lo mismo que pensar en Nathan, no tenía sentido. Podía tener fe y prepararse para lo mejor, o esperar lo peor. Y visto el panorama, la fe era un lujo que no podía permitirse.

Estaba decidiendo si llevarse aquel hacha que había visto cuando escuchó gritos y tiros en la planta inferior. Perdieron un segundo en mirarse antes de salir corriendo hacia allá, temiendo lo peor; apenas habían llegado y ya escuchaban los gruñidos, un grupo reducido de mordedores intentaban llegar hasta Joel y Olivia, que permanecían atrincherados en un rincón, él disparando y ella cubriéndose la cara y lanzando gritos.

—¡Joel! —gritó Emma desde la entrada—. ¡Que se calle, va a alertar a cualquiera que haya por aquí cerca!

Joel no la oía, ocupado en disparar. Emma empezó a soltar juramentos, ¿de dónde diantres habían salido aquellos mordedores? Ni siquiera los habían notado al entrar, no habían escuchado un solo ruido. Scalia abrió fuego desde la puerta, reventando dos cabezas con un grito de satisfacción.

—¡Yuju! ¡Ahí tenéis, cabrones! —exclamó.

Clive lo imitó, aunque sin los aullidos entusiastas. Joel remató el último desde su sitio y una vez libres, arrastró a Olivia hacia el grupo.

—Larguémonos ya —dijo jadeando—. Seguro que el ruido los atrae y si son muchos no saldremos de aquí vivos.

Emma estaba de acuerdo, de forma que fueron a toda prisa hacia el piso inferior. Una vez en la puerta principal, Clive se asomó con precaución para comprobar si la calle estaba vacía y segura, y después empujó la puerta mientras el resto terminaba de recoger y ponerse las mochilas.

—Vía libre —anunció—. ¿Regresamos al bosque?

—¿No iremos a hablar con la policía? —preguntó Olivia, retorciendo sus manos—. O con las autoridades, con quien sea, ¡tiene que haber personas vivas que sepan que hacer!

—¡No queda nadie, joder! —le gritó Joel furioso—. ¿Quieres espabilar de una puta vez? ¡Abre los ojos y mira a tu alrededor! Tendremos que apañarnos por nuestra cuenta y más vale que reacciones, Olivia. Porque nadie va a venir a rescatarnos.

—¿Y el ejército? —Oyó un ruidito escéptico y miró a Emma con lágrimas en los ojos—. Emma...

La rubia terminó de colocarse la mochila y se acercó a ella.

—No hay ejército. Todo se ha ido al carajo —repuso. Y se giró a los demás—. Vámonos. Necesitamos armas y ya es muy tarde, o corremos o se nos hace de noche. Y no queremos que se nos haga de noche aquí, seguro.

Sin embargo, sucedió. Estaban en una de las comisarías de una calle poco céntrica cuando el atardecer se les echó encima; habían pasado demasiado tiempo explorando, tanto que ni siquiera habían comido y todos estaban agotados. Joel y Emma valoraron la posibilidad de pasar la noche allí, así que Clive y Scalia se cercioraron de que todo estaba cerrado a cal y canto. Al menos, la oscuridad los volvía invisibles y aunque sabían que no estaban solos, ni mucho menos a salvo, el hecho de no estar en una calle central ayudaba. Se escuchaban ruidos, pasos y gruñidos fuera, pero eso era todo.

En aquella comisaria tenían muchas cosas útiles. Emma encontró la armería y tenían munición, además de armas de sobra. La joven se metió hasta en el despacho del jefe de aquel distrito, y sentarse en su sillón le hizo sentir nostalgia del suyo, nostalgia mezclada con la amargura de saber que aquello no sucedería jamás. Curioseó en sus cajones, encontrando fotos de una mujer con una niña... más familias que se habían ido a la mierda. También tenía escondida una teaser; Emma la hizo girar en el aire, pensando que era una pena que no funcionara, sin duda

podía haber sido muy útil. Luego encontró un bote de spray pimienta y se le puso una media sonrisa, porque aquello sí que podía usarlo en caso de peligro; se lo guardó en el bolsillo de sus vaqueros y luego jugueteó con una taza de café que decía «Lambert».

Debería estar haciendo algo. Era más fácil mantenerse ocupada, los pensamientos se quedaban a raya; estaba pensando en ello cuando oyó unos golpes en la puerta y Joel asomó la cabeza. Al verla entró y fue a sentarse sobre la esquina de la mesa, aquella manía que nunca había logrado erradicar en su amigo.

—¿Cómo vas, Jefferson? —preguntó—. No has comido nada en todo el día, ¿qué te parece si vienes ahí fuera y te sientas con nosotros?

—Sí, claro —dijo ella—. Solo curioseaba en sus cosas.

—Hay una ducha —comentó Joel.

Como no añadió nada a la frase, Emma alzó una ceja.

—¿Es eso una indirecta, o una invitación? —bromeó.

—Es una buena noticia. —Joel sonrió encogiéndose de hombros—. De aquí al siguiente pueblo hay poca distancia, pero si viajamos entre bosques nunca se sabe cuándo volveremos a tener el privilegio del agua y el jabón.

—Tienes razón. —Ella se levantó—. Anda, vamos. De verdad que estoy muerta de hambre.

Clive y Scalia ya habían pasado por la ducha recién descubierta cuando ambos hicieron acto de presencia en el cuarto que se usaba como salita de relax en aquella comisaría. Usaron un par de velas, lo justo para poder ver lo mínimo, y repartieron varias latas de comida, además de varios refrescos que encontraron en la pequeña nevera que había allí. No estaban fríos pero tampoco calientes, así que no los despreciaron.

Después de aquella improvisada cena, todos extendieron sus sacos de dormir; encontraron también varias mantas, seguramente las que usaban los policías que hacían turnos de guardia, y decidieron utilizarlas aunque no se las llevarían. Primero, porque era demasiado peso; y segundo, porque quizá en el futuro otros supervivientes del desastre podían parar allí y necesitarlas.

Por fin, después de ese día terrible y agotador, Emma logró relajarse bajo el agua. Estaba fría, pero se había bañado en sitios más helados que ese, y de todos modos seguía siendo una ducha en la cual eliminar el estrés y la tensión. Cuando salió, con cuidado de no apagar la vela para no matarse, encontró a Olivia sentada en la taza del váter con cara pensativa.

—Hey, hola —dijo la rubia en voz baja—. ¿Qué haces ahí? ¿Los demás ya duermen?

—Sí. Scalia está de guardia —informó la joven—. Te he traído un cepillo. Ya sabes, para desenredar el pelo. —Se lo tendió—. Debes tener cuidado con eso... tu pelo es rizado.

—Sí, claro. Gracias. —Lo cogió.

—Hay que desenredarlo.

—Olivia. —Se aproximó a ella preocupada—. ¿Estás bien?

—¿Qué? —Su amiga pareció despertar.

—Que si estás bien —insistió—. Durante un momento parecías ausente.

Olivia la observó como si no supiera de qué hablaba; luego le hizo un gesto para que se aproximara más y tendió la mano para recuperar el cepillo.

—Yo lo haré —ofreció mientras Emma permanecía muda—. ¿Te acuerdas aquella noche que salimos y pillamos tal borrachera que nos echaron hasta del último bar? Oh, Dios, fue muy divertido. Ah, el dolor de cabeza del día siguiente no lo fue tanto, pero...

Emma se sentó mientras su amiga le pasaba el cepillo con cuidado por el pelo.

—Tu habías bebido tanto tequila que casi estabas en coma —siguió y se echó a reír—. Yo creí que te habías desmayado y te metí...

—... en la ducha, sí. —Emma sonrió—. Me acuerdo.

—¿Recuerdas que me empeñé en desenredarte el pelo?

—Qué va. Estaba casi en coma.

—Pues ahí estaba yo, obsesionada con que no se hicieran nudos en esa cabellera —Olivia sonreía mientras hablaba—. Si no hubiera estado borracha yo también hubiera hecho un buen trabajo, seguro. Pero me dormí ahí apoyada contra la bañera y se te quedó el cepillo dentro... —empezó a soltar risitas—, madre mía. Fue una buena noche.

—Lo fue. No tanto cuando me desperté y al final tuve que cortarme un trozo de la melena. —Emma se puso en pie girándose sin dejar de sonreír.

—Pero nos divertimos. Tú siempre eras la divertida del grupo, la lanzada... como ahora.

—Igualito, eliminando lo de divertida.

—Gracias por cuidar de mí, Em —le dijo Olivia con cariño—. Eres una amiga genial. —Y le dio un beso en la mejilla—. Descansa, ha sido un día muy difícil.

La soltó y salió del lavabo, dejando a la rubia anonadada. Tuvo miedo de que Olivia se estuviera trastornando, pero tampoco sabía bien cómo manejar la situación... Al fin y al cabo, lo que estaban viviendo traumatizaría a cualquiera. Olivia había sido una buena policía, pero lo cierto era que nunca había estado en situaciones de estrés y ahora se daba cuenta de que no estaba preparada en absoluto para sobrellevarlas. Terminó de secarse y vestirse antes de regresar a su saco y hacer un gesto de despedida a Scalia, que apoyado en la ventana escrutaba la oscuridad.

Emma se metió en su saco con una mezcla de alivio e intranquilidad, pero el agotamiento de lo sucedido durante los últimos días hizo que cayera rendida de inmediato. Las dos últimas noches no había dormido apenas, pero esa noche logró descansar, tanto que Joel tuvo que zarandearla de manera suave al amanecer.

—Em —susurró en voz baja—, despierta.

La joven se incorporó, frotándose los ojos somnolienta y tratando de identificar la expresión que había en el rostro de su amigo. No lograba reconocerla... tristeza y dolor a partes iguales, eso la espabiló.

—¿Qué?

Él movió la cabeza en dirección a Olivia, que permanecía en su saco con los ojos cerrados de forma plácida, inmóvil. Tan inmóvil que...

—¿Le pasa algo?

—Sí. Le pasa que no respira —Joel mantenía su tono discreto para no molestar al resto, durante la noche Scalia había sido reemplazado por Clive, pero este se encontraba en la entrada vigilando la calle y no los escuchaba.

—Dios mío...

—Para. —La detuvo al ver que trataba de salir del saco y deslizó en su mano un bote de valium—. Me levanté al lavabo y como no veía nada la pisé. Me sorprendió que no hiciera el menor movimiento o ruido, así que la moví un poco... y no respiraba. Se ve que cuando nos quedamos dormidos se tomó esto. —Y señaló el valium.

Emma miró el bote y a Olivia varias veces, como si estuviera escuchando una broma, una historia que no tenía nada que ver con ella. ¿Cómo no se había dado cuenta la noche anterior que su amiga no estaba bien? Bueno, se había dado cuenta, claro, pero nunca creyó que...

Cogió aire tragándose las lágrimas y se incorporó.

—Voy a lavarme la cara —murmuró—, luego decidiremos qué hacemos con ella.

Y Joel asintió.

3. Roseville

Tras lo sucedido en Saint Cloud, habían decidido que para enterrar el cuerpo de Olivia tendrían que transportarlo hasta el bosque, tarea imposible, de modo que se limitaron a cubrirla con una de las mantas y dejarla tendida en el sofá. Los dos militares parecían sumamente incómodos llevando a cabo aquellas tareas, y es que no dejaba de resultar turbador estar casi amortajando a alguien con quien habías compartido la cena la noche anterior.

Una vez finalizado todo, abandonaron la comisaría de policía para regresar a la zona de bosque. Seguir por ella era mucho más seguro, ya tenían comprobado que la mayor cantidad de mordedores se concentraban en los núcleos urbanos. Aunque eso no implicaba que no los hubiera por las zonas por las que caminaban, muchas veces los escuchaban y otras habían tenido que esquivar varios grupos, pero se les daba mejor controlarlos así.

Retomaron el viaje hacia Coon Rapids, que estaba a un par de días de Saint Cloud. Llegaron a las afueras, donde había algunos centros comerciales, aún con la esperanza de encontrar vida normal. Pero no fue así.

Los centros comerciales presentaban el mismo aspecto desolador que ya habían encontrado en Saint Cloud. Solo tenían utilidad como autoservicio, aunque de cualquier modo los recorrieron por si acaso alguien había decidido ocultarse allí; lo mismo hicieron en el enorme concesionario de Toyota. Había muchos vehículos, pero al ser todos de exposición ninguno tenía gasolina y, en cualquier caso, tampoco hubieran funcionado.

En las carreteras que cruzaban el pueblo casi todos los coches se habían estrellado entre ellos o contra los árboles, o simplemente estaban abandonados donde se habían quedado parados.

No quisieron perder más tiempo allí y continuaron dirección Minneapolis. Se desviaron en Mound View y tomaron camino a Shoreview. En todos aquellos lugares se detuvieron a inspeccionar, razón por la cual el viaje se ralentizaba en exceso. Sin embargo, no tenían prisa. Ahora que estaba claro que todos los sitios se encontraban en idénticas circunstancias y que por el momento no habían encontrado supervivientes, los problemas por llegar pronto habían dejado de ser importantes.

Shoreview era un lugar residencial en su mayor parte, excepto la gasolinera y una pequeña tienda; nada de interés y apenas mordedores. Usaron una casa vacía para dormir tras asegurar bien las puertas y usar el baño, que aún tenía agua corriente. Tras aquello, siguieron su viaje pasando por Arden Hills.

Esos días hubo mucho silencio mientras caminaban, ninguno tenía ganas de charla. Joel trató de entablar conversación con Emma un par de veces, pero al final desistió cuando se dio cuenta de que ella no estaba receptiva. Supuso que necesitaba darse un descanso mental, reorganizar sus ideas. Cada pueblo que cruzaban arrasado era un punto de esperanza menos y eso iba minando la moral de

todos.

—¿Sabes? —Joel alcanzó a Emma mientras sujetaba el mapa—. Estamos dando un rodeo demasiado largo. Si fuéramos por Saint Paul iríamos más directos hacia Atlanta.

—Lo sé. Pero quiero entrar en Minneapolis.

—Quieres ver si tu padre está vivo, ¿verdad? Em... sabes que...

—No lo digas —lo interrumpió la rubia—. Sé que es así, pero no lo digas.

Joel obedeció, volviendo a mirar los mapas para ver qué ruta era la que menos vueltas les hacía dar. Esa noche decidieron parar en Roseville, escogiendo una casa cualquiera de las que había en la alameda principal.

—¿Dónde crees que van los mordedores? —preguntó Emma a Joel cuando este se encontraba en la cocina buscando platos en el armario mientras sujetaba una vela—. Quiero decir... ¿dónde van? En las ciudades es normal que se junten por zonas, pero, ¿y en los pueblos como éste?

Joel levantó una ceja sin responder.

—¿Sabes lo que yo creo? —siguió ella—. Que vegetan, o algo así. Cuando estuvimos en el hospital de Saint Cloud no vimos ninguno. Y de pronto, aparecieron de la nada. No es que vinieran galopando por la calle, es como si hubieran estado allí, atontados, y se hubieran espabilado al oírnos.

—Eso no explica que estos pueblos pequeños estén vacíos.

—No creo que estén vacíos, pienso que estarán todos reunidos en el mismo lugar. Parece que tienen esa tendencia. —Emma abrió un armario al azar—. Mira, platos.

Le tendió uno, pero antes de retirar su brazo sintió como Joel la agarraba.

—¿Qué pasa?

—¿Estás bien? —Vio cómo la joven hacía el gesto de zafarse, pero la retuvo—. No me rechaces, Em, somos amigos hace mucho tiempo. Eres una persona muy fuerte, pero hasta tú necesitas aflojar la carga de vez en cuando.

—¿Y qué quieres que te diga? No creo que estemos bien ninguno. Mira a tu alrededor, el panorama es penoso y eso siendo amable —le recriminó—. No hemos encontrado ni un solo superviviente, no hay electricidad y vamos por ahí como excursionistas dirección Atlanta, pero temo que al llegar allí no haya nada. Ni nadie.

—Olivia tiró la toalla demasiado rápido, no hagas tú lo mismo.

Liberó su brazo, esperando hasta que la vio afirmar despacio. No volvieron a hablar durante esa noche, limitándose a alimentar sus cuerpos para recuperar energía.

Por la mañana, Joel comentó que el camino a seguir pasaba por cruzar el parque Northeast, de modo que tomaron aquella dirección. Cometieron el error de ir relajados, pensando que al tratarse de algo similar a los caminos forestales estarían relativamente a salvo y no fue así. Clive y Scalia iban adelantados, charlando en actitud tranquila, cuando les salieron al paso un grupo de unos siete mordedores. De nuevo no los habían oído gruñir y el factor sorpresa los sacudió en plena cara: el más veloz se lanzó hacia Clive, quien viró con brusquedad para esquivarlo. Logró alejar su cuello de la amenazante boca del infectado, pero esta alcanzó su muñeca.

Scalia ya había retrocedido, levantando su arma para comenzar a disparar; unos metros atrás, Emma y Joel fueron hacia ellos apretando los gatillos de sus pistolas. Cinco cabezas reventaron en cuestión de segundos y Emma dejó que Joel se encargara de los restantes mientras corría hacia Clive, que estaba arrodillado sujetando su muñeca con los ojos abiertos como platos, sin acabar de creerse que un descuido de segundos fuera a significar su muerte.

La rubia llegó jadeando y se agachó a su lado; cogió el brazo para examinar su muñeca, quizá no había llegado a clavar los dientes, quizá...

—No, no — murmuró al ver la sangre brotar —, no, joder, Clive...

Alzó la mirada y se encontró con los ojos aterrados del chico. El sargento Clive, que no tenía ni veinticinco años, ya estaba muerto. Le gustaba el chico; era extremadamente funcional, amable, respetaba los silencios de los demás... resumiendo, buena persona.

El último tiro retumbó en la mañana mientras Joel y Scalia se quedaban observándolos, con el dolor reflejado en el rostro.

—¿Te ha mordido? —Joel repitió el gesto que había hecho Emma segundos antes—. Mierda.

Los ojos de Emma gravitaron sobre Scalia y el hacha que llevaba asomando por su mochila, la que habían rescatado de la puerta del hospital de Saint Cloud. El militar siguió su mirada, giró el cuello y al ver el arma comprendió.

—¿Qué estás pensando, Emma? No podemos hacerlo...

—Sí, sí podemos —dijo ella levantándose—. Tú debes tener algún conocimiento de este tipo, a los militares se os entrena para situaciones así.

—No, no puedo, nunca he hecho nada por el estilo.

—¡Le queda un minuto! Un minuto y le estaremos volando la cabeza. —Emma sacó el hacha de la mochila y se la dio mientras Clive los observaba sin entender—. Hazlo. Es la única oportunidad que tiene.

—Emma... —Joel la siguió—. Joder, ¿esto va en serio, estás pensando en cortarle la mano?

—Hasta el codo.

—¿Qué? —vociferó Clive arrastrándose por el suelo para tratar de poner distancia entre ellos—. ¿Cortarme el brazo? ¡Estáis locos!

Scalia ya estaba a su lado tirando de su manga mientras Emma trataba de ajustar un torniquete improvisado con una de las vendas que había cogido del hospital. Clive forcejeaba, poniéndoselo difícil, y Joel permanecía petrificado sin saber qué hacer.

—¡Clive! —le gritó Scalia en plena cara—. Mira, tío, nunca he hecho esto, ni siquiera sé si va a funcionar y detendrá el contagio, pero ella tiene razón, es tu única oportunidad. Tienes menos de un minuto para decidirte, amigo... o brazo, o tiro en la cabeza.

Clive miró a uno, a otro, y empezó a soltar maldiciones sin parar, pero extendió el brazo sobre el suelo mientras cerraba los ojos. Todos escucharon claramente cómo lo que salía de sus labios era una plegaria. Joel corrió hacia ellos para sujetarlo y evitar que se moviera. Tenían anestesia en la bolsa, pero no tiempo para aplicarla, ni para esperar a que hiciera efecto... ni siquiera podían pensar

demasiado. Scalia tragó saliva, miró a Emma y cuando la vio mover la cabeza de forma afirmativa, bajó el hacha de forma veloz.

Usó la fuerza suficiente para seccionar el brazo por debajo del codo; Clive soltó un grito y perdió el conocimiento al momento. Apretaron el torniquete lo máximo posible para reducir la hemorragia, pero Scalia empezó a negar.

—Esto necesitaría una sutura, pero lo que tenemos no nos sirve —dijo—. Vamos a vendárselo a ver si para de sangrar. Debemos buscar un sitio donde quedarnos para que pueda descansar. Y hay que vigilar la herida. —Miró a su alrededor, preocupado—. Yo lo cargo, pero vámonos de aquí.

Cruzaron el parque y corrieron hasta la primera vivienda que encontraron. Joel se encargó de revisarla antes de entrar; como hasta ese momento, en el interior no quedaba nadie. Fue a ayudar a Scalia a cargar al herido y una vez a salvo lo depositaron en el sofá.

—Controla la hemorragia presionando la herida —ordenó Scalia a Emma, y ella obedeció.

El militar regresó segundos después con una manta que echó encima de Clive, que aún no había recuperado el conocimiento.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

—¿Ahora? —repitió Scalia, sentándose a su lado—. Ahora le curamos la herida, le cambiamos el vendaje y rezamos para que uno, deje de sangrar, y dos, no se infecte. Porque no tenemos hospitales, ni médicos, ni ninguna ayuda más —bajó la voz mirándola a los ojos—. Te advierto que es complicado que salga... solo para que lo sepas.

—Tenemos la penicilina para la infección... —dijo ella con voz débil.

—¿Sí? ¿Y sabes cómo utilizarla? ¿Conoces las dosis, las horas? Porque yo no.

Ella enmudeció, volviendo su atención a Clive. Tenía el rostro pálido y cubierto por una fina capa de sudor; a pesar de todo, le colocó bien la manta sin dejar de presionar la herida. Scalia se fue a buscar algo que sirviera para hacer una cura y regresó con una palangana que parecía nueva. Entre los dos limpiaron la herida y comprobaron que al menos había dejado de sangrar. Durante el proceso, Clive recuperó el conocimiento y al momento empezó a gritar de dolor.

—Sshhhh, colega —pidió Scalia—. Calla, por favor. Sé que duele, pero no queremos atraer atención innecesaria sobre nosotros.

—Joel —llamó Emma—, busca los analgésicos y dale uno. —Miró a Clive—. Tranquilo, tranquilo. Te vas a poner bien.

Pero cuando sus ojos se cruzaron con los de Scalia supo que no, que aquello no sucedería.

El camino hacia Minneapolis quedó olvidado, y ese día todos permanecieron encerrados en la casa, preocupándose de controlar a Clive. En aquel hogar había una biblioteca bastante extensa, y tanto Emma como Joel buscaron en todos y cada uno de los estantes por si encontraban libros de medicina o algo que pudiera servir, pero no hubo suerte.

—Hay muchos de derecho —protestó Joel cuando llegó al final sin éxito, y después se aproximó hasta su amiga bajando la voz para que no lo escucharan—. ¿Qué vamos a hacer? Sin tratamiento no aguantará y lo sabes tan bien como yo.

Emma se encogió de hombros. Por primera vez desde hacía mucho, no sabía qué hacer ni cómo actuar; sabía mucho de tiros y puñetazos, pero nada de heridas y medicina. Si le administraban penicilina a su libre albedrío nadie sabía lo que podía pasar... también se estaban preocupando de mantener la herida y el vendaje limpios para evitar lo máximo posible una infección. Era consciente que las posibilidades eran escasas, pero debían intentarlo.

—No se contagió —murmuró y Joel se quedó pensativo—. Seguramente va a morir, pero no se transformó en uno de ellos.

—Dudo que eso lo consuele demasiado.

Clive se pasaba las horas semiinconsciente y tenía fiebre, así que de cuando en cuando lo oían musitar frases sin sentido. Si en algún momento se espabilaba, se quejaba del dolor y entonces aparecía Scalia, o ella, y examinaban su herida y que todo estuviera bien. Los hacía sentir como si controlaran algo, cuando en realidad todos tenían claro que no era así. Lo único que podían hacer era darle analgésicos para mitigar aquel dolor e insistir en que bebiera agua para no deshidratarse.

Durmieron allí, aunque les costó. Emma no paraba de dar vueltas a los acontecimientos, y cada vez que echaba hacia atrás en la memoria, se decía que podía haber hecho las cosas mejor. Joel la oía moverse en la cama, inquieta, y no lo

dejaba dormir, de manera que terminó por levantarse, dar dos pasos y acostarse a su lado.

—¿Qué haces? Lárgate.

—No seas imbécil —dijo él, sin prestar atención a sus protestas—. Como si fuera la primera vez. —Y con toda la confianza del mundo se acomodó con ella rodeándola con los brazos—. Esto te vendrá bien, así que calla de una puta vez y duérmete.

Escuchó cómo resoplaba exasperada, pero eso no hizo que cambiara de opinión. Emma se relajó al cabo de unos segundos y notó como empezaba a adormilarse; poco antes de abrazar el sueño de Morfeo, aún tuvo un momento para pensar qué haría si alguna vez le faltaba Joel.

Durante unos cuantos días, se vieron obligados a permanecer en aquella casa. El sargento Clive no solo no mejoraba, sino que cada día permanecía menos tiempo consciente y más febril: la herida no presentaba el mejor aspecto del mundo, a pesar de que se ocupaban de limpiarla. El problema estaba claro: necesitaba un hospital y un médico. Alguien que pudiera ocuparse de aquella lesión y suministrar las cantidades correctas de penicilina para detener la sepsis.

—Si sigue así, en breve empezaremos a hablar de gangrena —informó Scalia con cuidado de que no se lo escuchara, a pesar de que era muy difícil que Clive pudiera percatarse—. Ahora mismo en un hospital estarían desbridando esa herida. Emma, no podemos hacer nada por él, solo estar a su lado y esperar a que muera.

—¿Qué?

—O podemos lanzarnos a lo loco y ponerle penicilina sin más. —Y puso cara expectante.

—No me dejes la decisión solo a mí, Reth, somos tres.

—Tú estás al mando desde el comienzo. —Alzó las palmas, indicando con ese gesto que se lavaba las manos sobre el tema.

—Joder, una cosa es llevar el grupo y otra decidir sobre las vidas de las demás —protestó ella haciendo un gesto de impotencia mientras miraba a Clive

sobre el sofá—. Joel, échame una mano, anda, ¿qué hacemos?

Joel se mantenía apoyado sobre la mesa del comedor, de brazos cruzados.

—No lo sé —terminó por decir—. Si de mí dependiera, te diría que lo dejáramos morir en paz. Puede que hubiera sido mejor la bala en la cabeza, ¿no crees? Ahora está sufriendo.

—Se merecía que lo intentáramos.

Scalia los dejó discutiendo el tema para ir junto a su compañero y examinar su brazo una vez más; la herida seguía igual, aunque a su alrededor todo había enrojecido y eso no era buena señal, y el dolor del que se quejaba el sargento tampoco. Además, su rostro cada vez tenía peor aspecto y estaba demasiado macilento, no quería comer y solo aceptaba agua como mucho.

Por suerte, la casa que habían ocupado estaba llena de comida. Tuvieron que descartar la mitad de los productos perecederos, ya que estaban estropeados, pero abajo había un pequeño sótano y cuando bajaron encontraron muchísimas latas y bebidas, además de otras cosas útiles como ropa bien precintada, cerillas, botas, y algunas armas. Lo más probable era que el cabeza de familia hubiera sido aficionado a la caza; Emma subió lo que necesitaban con ayuda de Joel, agradeciendo no tener que salir a buscar un supermercado. En realidad le hubiera gustado escapar un rato de la visión del sargento Clive enfermo, pero era arriesgado, los grupos de mordedores aparecían de golpe sin verlos llegar y quería conservar su vida.

—¿Dónde estará la familia que vivía aquí ahora? —comentó Joel, dejando en el suelo una caja llena de fotos que había encontrado mientras buscaba munición.

En las paredes también había muchas: un matrimonio, tres niños pequeños, ninguno mayor de doce años, ¿qué les habría sucedido? ¿Se les habrían metido en casa mientras dormían tranquilamente? Emma había observado varias veces aquellas caras felices y sonrosadas que le devolvían la mirada desde sus marcos color marfil.

Nada volvería a ser igual. Aunque llegaran al CDC y allí quedara gente viva trabajando en una solución, esas personas que habían muerto ya no volverían.

Dos días después, cuando Scalia retiró el vendaje se encontró con que la herida de Clive estaba necrótica: bordes negros y emanaba un leve, pero evidente, olor desagradable. Se frotó la frente con gesto desesperado, tapándola de nuevo para evitar lo horrible de aquella visión; después se incorporó y fue a la cocina para reunirse con los otros.

—Hola —Saludó Emma al verlo—. ¿Quieres café solo frío?

—No, gracias —respondió él—. Clive tiene gangrena —informó sin andarse por las ramas y provocando que los dos se quedaran mudos—. Confirmado. No va a durar demasiado, en dos o tres días estará muerto.

—Bueno —repuso Joel—, ya nos estábamos mentalizando para eso, supongo, ¿tiene muchos dolores?

—Sí. Y no creo que pueda soportarlo más tiempo. —Scalia se cruzó de brazos en medio de la cocina, observándolos a ambos—. Tenéis que dejarme que haga... lo que tengo que hacer.

—Matarlo —observó la rubia.

—Mira. —El militar se aproximó a ella—. Sé que tenías buena intención cuando decidiste que le cortáramos el brazo, yo también la tenía y por eso lo hice. Había un uno por ciento de posibilidades de que saliera bien, los dos lo sabíamos.

Emma no lo interrumpió, en parte porque tenía razón y tampoco sabía bien qué decir.

—Pero ha llegado el momento de parar esto —siguió Scalia—. Llevamos días así y Clive cada vez está peor. Delira y tenemos que estar con analgésicos cada dos por tres porque cuando se espabila el dolor lo consume... y obviamente no se va a poner bien, sino que va a morir entre grandes dolores, de forma traumática...

—No sigas —lo paró ella alzando una mano—. ¿Qué propones?

—O bien le damos valium para que se duerma, o bien le disparo y acabamos con su sufrimiento.

Se miraron unos segundos en aquella cocina, sin saber qué decir. Emma no estaba preparada para tomar una decisión de aquel calibre, así que esperó por si Joel decidía algo; finalmente, Scalia se percató de que ninguno de ellos era capaz de

pronunciar las palabras, así que afirmó despacio dos veces, sacó su arma y abandonó la cocina en dirección al salón.

Un interminable minuto después, el disparo retumbó en toda la casa.

4. Minneapolis

Siguieron su camino en dirección a Minneapolis, esta vez ya sin Clive. A esas alturas, habían aprendido las claves para poder avanzar sin demasiados incidentes, aunque nunca estaban seguros al cien por cien; pero sí sabían lo suficiente para poder pasar desapercibidos. Sin embargo, desconocían lo que les esperaba en la ciudad. Una cosa era ir por caminos forestales o pueblos remotos, y otra muy distinta, acercarse tanto a la ciudad que limitaba con la capital del estado.

Entre Minneapolis y Saint Paul el número de habitantes rondaba los tres millones doscientas mil personas, un número muy preocupante si tomaban en cuenta que todos podían estar contagiados. Emma había estado pensando en cómo abordar la ciudad sin exponerse en exceso, pero no había encontrado ninguna solución milagrosa. Solo examinar los mapas y escoger la ruta más discreta. Entraron pasando cerca del parque de atracciones de Nickelodeon. Las puertas estaban abiertas, con restos de sangre en varias zonas, y las atracciones paradas. Desde el exterior se podía ver claramente la montaña rusa abandonada, alta y vacía, como el esqueleto de un dinosaurio. Emma apenas si dirigió una mirada al parque. Recordaba vagamente haber ido con sus padres cuando June y ella habían sido pequeñas, pero no después de la muerte de su madre: él se había negado siempre, decía que era una pérdida de dinero. O quizá le traía recuerdos que no quería revivir.

Atravesaron Northeast park, para dirigirse a la zona central de la ciudad. Emma no solía visitar de forma habitual a su padre en la ciudad, pero recordaba bien la dirección de su domicilio. Tardaron más de lo esperado en llegar, y la joven calculaba que entre una cosa y otra, llevaban unas tres semanas viajando. En realidad el camino se había alargado bastante, pero también habían perdido mucho tiempo.

El padre de Emma vivía en una calle paralela al hospital médico Hennepin, en el corazón del centro de Minneapolis. Pese a que había nacido y crecido en el

entorno rural de Little Falls, con el tiempo había dejado de ser el hombre que sus dos hijas habían conocido; se había prejubilado temprano, y sorprendido a las chicas con la decisión de mudarse a la ciudad. En aquellos momentos ninguna había llegado a comprenderlo; cierto era que su madre había muerto siendo Emma pequeña, pero igualmente tenía a sus dos hijas allí. Una vez, Emma le había hecho notar su extraño comportamiento, pero él se había limitado a decir que las había educado desde niñas para poder defenderse en la vida sin necesidad de tener alguien que las protegiera. Eso era cierto, pero como justificación para alejarse le había parecido pobre. Aun así no se quejaba; Zachary Jefferson había sido un buen padre, teniendo en cuenta que todo el trabajo le había caído encima sin comerlo ni beberlo.

Cuando encontraron el edificio, Joel detuvo a la rubia poniendo la mano en su hombro.

—No esperes nada, ¿vale?

Ella no sabía si echarse a reír o a llorar. A esas alturas del viaje, de haber sido testigo de aquel montón de pueblos y ciudades arrasados, ya no esperaba nada.

En la ciudad había muchísimos mordedores, era algo que habían podido comprobar nada más meterse entre sus calles. Iban casi siempre amontonados en grupos, juntos, sin desmarcarse en exceso del resto, como si funcionaran por manadas. La clave para no llamar la atención y esquivarlos era el silencio, y ser lo más invisibles posible... y funcionaba. Debía funcionar, porque las armas que llevaban no lograrían protegerlos de aquella avalancha de infectados.

La casa de Zachary estaba vacía y revuelta. Cerraron la puerta una vez dentro, para evitar posibles sorpresas o visitas inesperadas; no hizo falta más que una vuelta para darse cuenta que estaba vacía. Su padre no estaba allí; o bien había muerto fuera, o bien se encontraba entre aquellos grupos de mordedores que correteaban por la ciudad.

Todo iría bien mientras no se lo encontrara.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Scalia, mirando sobre todo a Joel.

—Dale un rato —replicó éste dejándose caer en uno de los sofás del salón, mientras apartaba el teléfono que estaba tirado encima—. Deja que encuentre lo que ha venido a buscar.

Scalia se sentó junto al policía, sin dejar de examinar las paredes, la habitación. El piso de un hombre que vivía solo, sin duda: sobrio, sin adornos. La manta del sofá estaba ya vieja, al igual que las cortinas y cualquier otro elemento decorativo. Había fotos en el aparador donde estaba encastrada la televisión, y Scalia se incorporó para echar un vistazo; Zachary tenía un par de fotos con unos treinta años menos, vestido de cazador y sujetando un rifle de forma experta mientras sonreía a la cámara.

—¿Era cazador? —preguntó.

—¿Su padre? No lo sé. Sabía mucho de todo. —Joel bostezó, acomodándose—. Sé que enseñó a sus hijas un montón de cosas, desde hacer fuego sin cerillas ni mecheros, a cazar, pescar, preparar trampas y pelear a cuerpo. No era militar, pero podía haberlo sido, se las sabía todas.

—Sí, eso ha quedado claro... —Scalia al fin encontró una foto de Zachary con sus hijas.

La foto era vieja, debía tener unos diez años, y mostraba a un hombre alto que sonreía orgulloso; Emma no estaba muy distinta, a excepción de una sonrisa alegre que Reth no recordaba haberle visto aún. June era muy niña por esa época y la adolescente de la foto no aparentaba más de quince años, aunque parecía desenvuelta mientras sujetaba un pez muerto en su mano izquierda. Estaba claro: un padre atípico.

—¿Esta es su hermana?

—Sí, June. Estaba con nosotros fuera cuando llegasteis —comentó Joel—. No sabemos qué fue de ella, cuando logramos reagruparnos para entrar a la comisaría ya no la vimos.

—Creo que el teniente Wallace estaba con ella en ese momento. Puede que también el cabo Riker, no me acuerdo...todo sucedió muy deprisa.

—Pues ojalá consiguieran protegerla, porque es lo único que le queda a Emma.

La rubia se encontraba en el dormitorio de su padre, rebuscado en los cajones. No encontraba lo que quería, pero sabía que estaba en algún lugar; su padre era un desastre, ya lo había confirmado nada más entrar en su piso. Todo estaba anticuado, como si hubiera decidido vivir en otra época... viejo gruñón que solo la telefoneaba

una vez al mes y eso porque ella le daba la lata para que lo hiciera.

Fue directa al armario y se estiró hasta alcanzar la balda superior; solo tuvo que revisar un poco hasta hallar una caja que reposaba al fondo del estante. Se hizo con ella y descendió de nuevo, quitando la tapa. Allí estaban todas las fotos que necesitaba. Siempre había tenido conocimiento de que esa caja existía, pero a él no le gustaba hablar del tema, ni compartirla con nadie.

—Pero ya no puedes gruñir —murmuró Emma, pasando la mano por encima con suavidad.

No quería regresar al salón y tener que dar explicaciones, ni mucho menos ponerse a enseñar fotos como si estuvieran en una cena navideña. Se sentó sobre la cama de su progenitor y empezó a pasar instantáneas, una tras otra, y allí estaba lo que quería: fotos de su madre, algo que jamás habían tenido entre manos ni ella ni June. Ella sabía que el amor que había sentido su padre hacia ella era fuerte y aquella había sido su manera de preservarlo, guardándolo en una caja donde solo fuera suyo. Sin embargo, no solo contenía fotos de su madre... en muchas también aparecía él. Y ella. Debían ser de antes del nacimiento de June, cuando eran un matrimonio joven con una hija increíblemente rubia y sonriente. No recordaba esas fotos, ni habérselas hecho, ni haber estado presente, aunque habían transcurrido muchos años. Las miró analizándolas... Su padre parecía feliz. Su madre también.

Había muchas fotos, fotos que Emma había ido olvidando. Las fotos son recordadas cuando se miran cada cierto tiempo; cuando se guardan bajo tapa, la gente las difumina entre sus recuerdos hasta que se vuelven diminutas. Pero allí había toda una vida en fotos: June de bebé, su primer día en el colegio, fiestas infantiles, días en el parque de atracciones, primer día de secundaria de Emma... su madre ya se había evaporado de las fotos y solo quedaba Zachary, haciendo el doble papel de su vida con sus dos niñas. No solo llevándolas al colegio, sino mostrando como se caminaba por la vida sin necesitar a ninguna persona más.

Hasta encontró una foto donde salía con Nathan, ¿cuándo demonios se habían hecho aquella foto? Bueno, a su padre siempre le había gustado Nathan, no como al coronel Thomas, que jamás la había tragado y esa animadversión había continuado años en el tiempo. Hizo un taco con todas las fotos, las ató con la goma de su pelo y se las guardó en el bolsillo interno de la cazadora. Porque ahora, eso era todo lo que le quedaba de su antigua vida. Y no deseaba perderlo.

Decidieron quedarse a pasar la noche allí. Había una buena despensa de

comida enlatada con la que poder despreocuparse durante una temporada; incluso tenía fruta en almíbar, algo que no era habitual encontrar en los hogares.

—Tu padre estaba bien preparado —comentó Scalia, cuando le pareció que el silencio se había vuelto demasiado evidente.

—Sí —admitió Emma—. Recuérdame que eche un ojo antes de irnos mañana. Seguro que tiene cosas que pueden sernos útiles.

Joel estaba trazando la ruta con el mapa, tomando apuntes.

—Deberíamos seguir dirección Winona. Bajaremos rectos hacia Atlanta, aunque está lejísimos, pero es mejor evitar los núcleos urbanos... y seguiremos el curso del río, así nos aseguraremos de tener agua. —Los dos asintieron—. Pues mañana nos aprovisionaremos bien, cuanto menos entremos en las ciudades mejor.

Durmieron intranquilos; allí se escuchaban demasiados ruidos que les recordaban que estaban rodeados de mordedores y que si no andaban con ojo acabarían como ellos. Los tres deseaban regresar lo antes posible a los caminos solitarios, donde la amenaza no era tan latente.

Antes de irse, Emma revisó bien el apartamento de su padre. Encontró unos prismáticos y un brazalete táctico de supervivencia que llevaba casi cuatro metros de cuerda recogidos que podían sostener hasta doscientos cincuenta kilos de peso, además de un silbato. En realidad estaba bien equipado, poseía muchas cosas que podían haber servido de no haber existido el pulso electromagnético... y muchas armas con su correspondiente munición, de forma que abandonaron las suyas y se quedaron con las nuevas, eso haría que durante un par de días no tuvieran que buscar otras.

Salir de la ciudad dirección Winona fue un poco más complicado que la entrada. Había muchos mordedores juntos, pero también separados y eso hacía difícil esquivarlos; necesitaron tiempo y paciencia ocultándose cada poco. A última hora de la noche llegaban a St. Paul; no era muy buen tiempo, pero al menos ya estaban cerca del río Mississippi. Hicieron noche allí metiéndose en un supermercado pequeño totalmente abandonado donde atracaron las puertas para poder estar tranquilos. Por la mañana aprovecharon la pequeña ducha que había en los servicios antes de abandonar el local, y también cogieron provisiones sin pasarse de peso.

En cuánto alcanzaron el área de recreo nacional del río Mississippi todo fue

mejor. Joel había estado acertado en su decisión de ir descendiendo siguiendo el cauce del río, ahora solo tenían que avanzar hasta Hastings; una vez allí, bien podían continuar sin entrar en la ciudad, o bien detenerse si preferían pasar la noche en alguna casa vacía. Tenían una buena tirada a pie, pero salir de las ciudades hacía que su humor mejorara porque dejaban de ver el desastre al que habían quedado reducidas.

Se detuvieron a comer en el Lake park Rebecca, que estaba unos kilómetros antes de llegar a Hastings. Hacía frío pero el sol brillaba, todo estaba idílico, y Emma pensó que podría pasar por un tranquilo día de verano tardío.

Los mordedores los pillaron desprevenidos: Scalia estaba limpiando su rifle con calma y concentración; Joel absorbía vitamina D relajado. Ella observaba el paisaje, aún dando vueltas a las fotos que había encontrado en casa de su padre... sin embargo, era la que más despierta estaba, porque escuchó un ruido lejano y se levantó al momento empuñando su arma.

—¿Qué pasa? —preguntó Joel al verla.

—Joder... ¡joder, vámonos!

Agarró su mochila y la cargó al hombro mientras Joel se quedaba sin reaccionar unos segundos y Scalia también salía de su sopor. Los dos miraron hacia donde ella apuntaba y entonces los vieron: un grupo grande, muy grande, por lo menos había treinta de ellos caminando hacia allí. No tenía ni idea de cómo los habían localizado, pero la dirección que llevaban no admitía dudas.

Los dos chicos saltaron del suelo, agarraron sus bolsas y echaron a correr hacia delante. Ni siquiera importaba la dirección, solo ponerse a salvo, desaparecer de su campo de visión, porque los gruñidos y jadeos se escuchaban cada vez más cercanos.

Scalia se detuvo sin aliento. Miró hacia el grupo, sacó su rifle y empezó a disparar; tenía muy buena puntería, al igual que la había tenido el sargento Clive, aunque ese hecho no le hubiera servido de ayuda. Algunos cuerpos cayeron, pero una gran parte continuaron corriendo, empezando a dispersarse... mala cosa. Eran más sencillos de controlar en bloque que correteando cada uno por un lado, pero lo urgente era llegar a Hastings y ocultarse en alguna vivienda, lo justo para alejar aquel grupo.

Emma pensó que no lo lograrían, y eso que todos tenían una buena

preparación física; en aquel momento recordaba las palabras que su padre le había dicho desde niña: «entrénate siempre, nunca se sabe cuándo tendrás que correr»... y por Dios que era verdad.

Finalmente tuvieron que detenerse, jadeando. Joel echó la mirada y comprobó que habían conseguido dejarlos atrás, aunque eso no significaba que no continuaran corriendo hacia ellos; echó un vistazo buscando algún indicador y lo que vio fue el puente de entrada a Hastings.

—Vamos —dijo, agarrando a Emma del brazo—, nos ocultaremos.

Lo primero que vieron fue el Hastings City Hall, de manera que allí se encaminaron. El edificio era grande y de piedra; Joel atrancó la puerta y los tres se quedaron vigilando por las ventanas delanteras por si veían desfilar al grupo que los había perseguido desde el lago. Un rato después, el grupo de los mordedores que quedaban cruzaron por delante de sus narices, pero estaba claro que ya les habían perdido el rastro. Cuando desaparecieron de su vista, los tres se dejaron caer al suelo para recuperar el aliento; durante un buen rato ninguno dijo ni una palabra, solo bebieron agua y calmaron sus respiraciones. El hecho de que los hubieran sorprendido al aire libre había sido una mierda, pues no había lugar donde ocultarse.

—Creo que por hoy ya hemos corrido suficiente —dijo Joel al final—. Pasaremos la noche aquí, ¿os parece? Vamos a revisar que todo esté en orden y comprobar otras puertas y ventanas.

Los dos afirmaron, de modo que se repartieron por el edificio. Emma aseguró las ventanas y luego entró a los servicios para comprobar que no hubiera nadie; estaban vacíos y bastante limpios teniendo en cuenta la situación. No dejaba de repetirse que habían sido unos estúpidos por confiarse de aquella manera... pero al menos ya estaban a salvo. Solo debían volver a ponerse igual de alerta que al principio y...

Un disparo interrumpió el hilo de pensamientos en su cabeza y se quedó helada. Porque, un disparo allí dentro, solo podía significar que...

Salió a toda prisa de los lavabos sujetando su pistola, cruzó parte de la entrada y encontró a Joel sentado contra la pared, con su propia arma apuntando hacia delante y un infectado con la cabeza esparcida por el suelo. Miró al mordedor, la pistola, a su amigo y empezó a relajarse... hasta que se dio cuenta que Joel se

sujetaba el brazo. Siguió sus ojos hasta ahí y la visión de la sangre le golpeó con fuerza mientras notaba que se quedaba sin oxígeno en los pulmones.

Pasaron unos segundos que parecieron eternos. Joel miró el cadáver, su brazo herido y el arma que sujetaba en la mano derecha; después fijó sus ojos claros en ella.

—Emma —susurró.

Ella pensaba a toda velocidad, ¿qué hacer? El intento con Clive se había saldado con un tremendo fracaso, pero quizás... a lo mejor...

—No, no —empezó a decir al ver que Joel levantaba la pistola—. ¡Espera!

—No seré uno de ellos —dijo él cogiendo aire—. Sabes que te quiero, Em. Sigue viva.

Emma dio dos pasos hacia Joel, pero él no se entretuvo con lacrimógenas despedidas, ni discursos ensayados. Conocía a la perfección el tiempo que tenía antes de levantarse para arrancarle el cuello a bocados a su amiga, un tiempo que no podía desperdiciar si no quería que aquello ocurriera. Se metió la pistola en la boca y disparó, derrumbándose casi al instante mientras su sangre salía disparada hacia atrás, manchando la pared.

La rubia dio un salto hacia atrás y se quedó paralizada, sin reaccionar, mirando la escena con los ojos abiertos de par en par. De no ser por los pasos precipitados que sonaron a toda velocidad por unas escaleras y que la sacaron levemente de su estado, Scalia se la habría encontrado como una estatua.

—Joder —Scalia miraba aquel sangriento escenario boquiabierto—, Dios... ¿se ha pegado un tiro, Emma? ¿De dónde salió ese...?

Dejó de hablar al ver que ella no lo escuchaba. Emma salió finalmente de su estupor y corrió hacia Joel, agachándose junto a él; lo sacudió sin dejar de repetir su nombre, como si con aquello el joven fuera a levantarse. Como si aquello fuera una broma de mal gusto.

Cuando Scalia se dio cuenta de su estado, no tuvo otro remedio que ir y tratar de alejarla. El asunto se saldó con dos valium, porque solo drogándola logró que Emma soltara al fin a su amigo.

Cuando amaneció, Scalia se levantó para comprobar que Emma se encontraba bien. Creyó que seguiría dormida, pero la encontró en la planta principal, ya vestida, sentada junto al cadáver de Joel, que por la noche él mismo había cubierto con una sábana encontrada en el piso superior.

Era la primera vez que Scalia veía a Emma de aquella manera; no solo estaba triste, sino... rota, como si hubiera llegado a su límite, y quizás era eso lo que había sucedido. Se pasó la mano por el pelo, caminó hasta ella con el vaso de café instantáneo que había sacado de su mochila y se dejó caer a su lado, tendiéndoselo.

—Toma —ofreció—, te irá bien.

Lo aceptó en silencio, pero no lo miró. De pronto, aquella joven fuerte y dura que había conocido parecía haberse evaporado, y en su lugar solo quedaba una chica frágil, desvalida, que le provocaba ganas de abrazarla. Pero no podía hacerlo, no deseaba mostrarse débil justo en aquel momento y estaba seguro que ella tampoco se lo hubiera permitido.

—Quiero que lo entierremos —La oyó decir.

—De acuerdo —aceptó Scalia sin dudar, aunque por dentro pensó que la idea podía costarles cara si para ello debían exponerse en pleno campo el tiempo suficiente para cavar una tumba.

—No vamos a dejarlo aquí tirado como si fuera... como dejamos a los demás. Ya hemos dejado demasiados cadáveres atrás. —Y pese a su visible esfuerzo, empezaron a caer lágrimas por sus mejillas.

—Lo siento —respondió Scalia—, sé cómo te sientes.

—¿Cómo se llamaba tu mejor amigo? —preguntó ella de pronto.

Scalia no esperaba una pregunta así, y no sabía responderla. Siempre había sido un solitario y tenía la sensación de que lo llevaba escrito en la frente; permaneció callado.

—¿Cómo se llamaba tu novia? —insistió Emma, recibiendo otro silencio—. No digas que sabes cómo me siento, Reth. No tienes ni puta idea. —Se incorporó—. Voy a buscar una pala.

Scalia la siguió tras meditarlo unos instantes. Le seguía pareciendo

arriesgado, pero de ninguna manera iba a dejarla sola, así que se abrochó la cazadora hasta el cuello para salir fuera. La suerte estuvo de su lado, pues pegado al edificio se encontraba un cobertizo lleno de herramientas viejas, entre ellas, una pala: Emma se adueñó de ella. Scalia no se dejó engañar a pesar de su aspecto decidido, sabía que le tocaría cavar y arrastrar el cuerpo, a mitad de hoyo la rubia estaría agotada.

No cruzaron palabra durante la mañana, turnándose para cavar y vigilar por si volvía a aparecer algún grupo de mordedores. No sucedió. Para el mediodía, ambos estaban en tirantes, bañados en sudor y agotados, pero el hoyo estaba listo. Regresaron dentro para comer algo, aunque Emma dijo que era incapaz de probar bocado y se limitó a dar sorbos de agua ante la mirada inquisitiva de Scalia. Lo último que deseaba el militar era preocuparse por su estado de salud, pero decidió que podía dar un margen y si veía que insistía en su actitud, hablaría en serio con ella.

Tras la comida, llegó la peor parte: arrastrar el cuerpo de Joel hasta la calle y de allí a la tumba que habían cavado. Seguían sin verse mordedores, al menos a la vista, Scalia no dudaba que habría alguno por la zona rondando... ayudó a Emma a empujar el cadáver dentro del agujero y ella se quedó mirando. Ni una sola palabra salió de sus labios, algo que él agradeció. No estaba de humor para palabras religiosas, no procedía.

La rubia empezó a verter tierra, sin prisa pero sin pausa. Se detuvo un par de veces y ya cuando parecía agotada, Scalia se atrevió a extender su mano para tomar el relevo. No sabía bien cómo actuar con ella, ya le resultaba insondable cuando estaba al mando, y ahora mucho más. Terminó de ocultar al último caído, con sensación de pesar. De forma lenta pero inexorable habían ido cayendo, uno a uno, y ahora estaban solos... algo que quedó claro durante la cena. Por lo general charlaban, pero Scalia no era el hombre más hablador del mundo y ahora que faltaban los demás se había hecho evidente. Quiso aligerar el ambiente triste tratando de darle conversación, pero ella no lo permitía; quería estar triste, estaba claro. Necesitaba llorar a su amigo, tal vez porque hasta entonces no había llorado al resto... cuando Scalia notó que sus palabras caían en saco roto y que no servían, acertó la distancia que los separaba y se colocó a su lado.

—Oye —empezó, al tiempo que alzaba el brazo para rodear sus hombros. Emma adivinó sus intenciones y le lanzó una mirada sorprendida; el joven se detuvo, pero después decidió que de cualquier forma se arriesgaría al contacto, aunque se jugara un puñetazo. No sucedió, aunque la notó tensarse—, vale, es

cierto que no sé exactamente cómo te sientes. Yo nunca he sido una persona sociable, estoy acostumbrado a hacer todo solo, a ocuparme de mí mismo... pero comprendo muy bien tu dolor.

—No me queda nadie, Reth... he perdido a todas las personas que me importaban. Joel era lo único que tenía y también se ha ido. No quiero seguir.

—¿A qué te refieres?

—No quiero seguir viajando —siguió la rubia, pareciendo relajarse bajo su brazo—. Hasta ahora no hemos encontrado a nadie con vida, ¿por qué iba a ser distinto allí? Llevo todo este tiempo tratando de autoconvencerme de que sí, que allí estarían preparados, que podía haber una solución, no sé. Pero ya no lo pienso.

—No hables así. Si hay alguna posibilidad, por mínima que sea, está en el CDC y lo sabes.

—¿Y qué importa ya? Este lugar me gusta. Es tranquilo, los mordedores escasean y aquí estamos bien, hay mucho espacio... hay duchas, arriba un lugar cómodo y poco frío para dejar los sacos... hasta podríamos conseguir unos colchones o algo parecido.

—¿De qué estás hablando?

—Pues de que no quiero seguir caminando, Reth. Yo lo dejo.

—Emma... —La obligó a girarse para que lo mirara—. Estás agotada. Ha sido un día muy duro... mañana hablaremos de esto, ¿de acuerdo?

—Sí, claro. Mañana —aceptó ella despreocupada. Se levantó—. Voy a ducharme y luego me iré a dormir.

Scalia decidió hacer lo mismo, él también estaba agotado. Por suerte, allí había baños femeninos y masculinos, así que no tuvo que esperar a que la chica dejara libre la ducha. Eran duchas pequeñas, se notaba que estaban colocadas solo para algún caso concreto, y el agua estaba fría, como de costumbre, pero cuando se quitó de encima toda la tierra y el sudor se sintió como nuevo. Fue al cuarto donde tenía su saco de dormir, dudando unos segundos ante la puerta de ella; decidió no molestarla más, aún no tenía claro cómo actuar. Una vez acostado creyó que caería rendido, pero se sorprendió manteniéndose en vela, repasando los acontecimientos de los dos últimos días sin parar. Se sentía diferente... ver a Emma tan vulnerable

había despertado un instinto desconocido en él, no sabía si solo protector o también de atracción. No es que no se hubiera percatado hasta ese momento de su belleza, eso era algo que se captaba a primera vista, pero siempre le había parecido inaccesible, era la policía por encima de la mujer. Y ahora, la policía se había desvanecido y solo quedaba la mujer, una mujer muy deseable. Se durmió pensando en ello.

Despertó un rato después, sin recordar haberse quedado dormido. Le pareció escuchar ruidos, así que se levantó en silencio, salió del cuarto y se detuvo otra vez ante la puerta de Emma; odiaba oírla sollozar. La empujó un milímetro y se apoyó en el marco.

—¿Estás bien? —siseó, antes de ser consciente de que no había nadie en el edificio a quien pudiera despertar. Aguardó su respuesta, pero esta no llegó, así como no cesó su llanto, contenido pero muy presente—. ¿Quieres que me quede contigo?

De nuevo recibió un silencio por respuesta. No era muy alentador no recibir un «sí», pero mucho mejor que un «no» rotundo.

A la mierda. Cerró la puerta sin hacer ruido, fue hasta donde ella estaba acomodada y se tendió a su lado; no quiso tentar a la suerte tratando de meterse en el saco, hubiera sido demasiado y casi seguro que recibiría una bofetada por ello, pero sí que se atrevió a arrimarse. Si le hubieran dicho días atrás que iba a suceder aquello se hubiera reído, pero ahí estaba: ella necesitaba consuelo, y él podía dárselo, así que segundos después la abrazó.

Emma sintió una opresión fuerte en el pecho al recordar que Joel solía hacer eso cuando la veía muy agitada; siempre había sabido tranquilizarla. Scalia no era Joel, pero valoraba el intento de ayudar, si además tenía en cuenta su habitual carácter taciturno. Se encogió contra él acomodándose y pensando en cómo le diría al día siguiente que ella, ella no se iba a ninguna parte. Abandonaba el viaje, y la esperanza.

5. Davenport

Perdieron un mes entero. Emma explicó a Scalia que necesitaba tiempo, que estaba cansada de tanta muerte, que allí estarían a salvo; si después recobraban los ánimos, podían seguir.

La primera reacción de Scalia fue negarse, ya que si abandonaban el viaje, nunca lo retomarían, de eso estaba convencido. Pero después lo pensó mejor: al fin y al cabo, no tenían exactamente prisa por llegar a ninguna parte, si existía movimiento en Atlanta, allí seguiría aunque se retrasaran unas semanas, y si no... lo mismo daba. Quizá les iría bien un descanso, llevaban un mes sin parar y todo habían sido desgracias.

Así que accedió. Ella estaba acertada al escoger aquel lugar; como bien había comentado, era espacioso, grande, tenía intimidad, se veían pocos mordedores y no era un edificio frío, o al menos de momento. Scalia sabía que en breve apretaría el auténtico clima de Minnesota y entonces tendrían que plantearse hacer alguna otra cosa.

Fue casi como tener una vida normal. La rutina fue bien recibida por parte de los dos: se levantaban, entrenaban, recogían o limpiaban, preparaban la comida, hablaban, iban a tomar el aire, a buscar provisiones, dormían. Por las mañanas era el mejor momento para salir, los mordedores estaban menos activos, aunque ninguno había conseguido averiguar el motivo.

Scalia tenía la sensación de vivir en un matrimonio, aunque sin la parte agradable. Emma se comunicaba mucho con él y aceptaba sus muestras de cariño, pero no se dejaba engañar: sabía que no se planteaba de ninguna de las maneras que aquello fuera más allá. Lo aceptó tal cual, sin dejarse vencer por la frustración. No había otras mujeres cerca, pero tampoco otros hombres. Quizás más adelante, cuando las heridas estuvieran sanadas, ella lo vería de otro modo. Podía esperar y de momento, dedicarse a convivir.

Pasaban los días sin que se manifestaran cambios, Scalia empezó a acomodarse y entonces, exactamente un mes después, Emma se levantó una mañana y dijo:

—Nos marchamos.

—¿Qué? —Tuvo que frotarse los ojos y depositar su taza de café instantáneo. Se derramó parte, lo que era una faena pues ya había agotado casi todas las reservas del supermercado más cercano.

—Pronto será invierno y no podemos estar aquí. Tenemos que alejarnos.

—¿Qué dirección?

—Atlanta, claro. Volvemos al plan inicial —respondió ella, y de un solo gesto puso sobre la mesa el fajo de planos con el que habían viajado hasta Hastings.

—De modo... que ya te sientes con ánimos de seguir —aventuró Scalia.

—Ajá. —Ella alzó sus ojos para ver su cara—. Casi diría que pareces decepcionado.

—En absoluto. Prefiero que vuelvas a ser tú misma. —Y se inclinó un poco para estudiar esos mapas que ella había extendido—. ¿Seguimos el recorrido que marcó Joel, hacia Winona y de ahí a Davenport?

La mención de Joel hizo que ella se pusiera un poco rígida, pero reaccionó deprisa.

—Sí. Creo que es un acierto seguir el río, todo son ventajas y aunque tardemos más en llegar, creo que a nadie le importará. ¿Tú qué opinas?

Al menos contaba con su opinión, algo era algo. Asintió, meditabundo, mientras Emma se sentaba y cruzaba los brazos esperando que manifestara cualquier pega; prefería que estuviera de acuerdo con su idea. Si no lo estaba siempre podían ir cada uno por su cuenta, claro, pero se sentía mejor acompañada. Le gustaba Scalia. Era hombre de pocas palabras y algo distante, pero razonable y amable cuando procedía. Ya se daba cuenta que últimamente la miraba de otra forma, al fin y al cabo estaba acostumbrada a que los hombres la miraran así y lo reconocía de lejos, pero no estaba preocupada ni incómoda. Mientras Scalia se lo tomara de forma natural y tuviera claro que no se le pasaba por la cabeza la idea de acostarse con él, no habría problemas entre ellos. Por el momento funcionaba.

Scalia asintió, la idea era buena porque significaba retomar el camino donde lo habían dejado; además, viajar juntos unía mucho. Esa misma noche recogieron sus cosas y lo dejaron todo listo para partir por la mañana.

Visitaron el lugar donde habían enterrado a Joel a modo de despedida. Emma no articuló palabra, pero por su cara Scalia supo que a pesar de su mejoría, la rubia aún no lo había superado. Después, simplemente, echaron a andar.

Tardaron cuatro días en llegar a Winona siguiendo el curso del río. Podían haberlo hecho en mucho menos, pero desde que el mundo se había ido a la mierda su aguante físico había ido empeorando. La falta de verduras, frutas y carnes frescas contribuía, y eso que ellos dos en concreto se alimentaban de forma decente y hacían ejercicio. De cuando en cuando, Emma pescaba algún pez, pero no demasiado a menudo por si acaso el humo al cocinarlo atraía a los mordedores.

Cinco días después, llegaban a las afueras de Davenport. Entraron en la reserva natural, ya abandonada: era un parque inmenso dividido en varias zonas de similar tamaño.

—Vamos a peinar los alrededores —propuso ella, dejando su mochila apoyada junto a un árbol y cogiendo su arma—. Y así localizamos la mejor zona para la pesca. Apenas tenemos comida, un par de días y estaremos sin nada... Cuando salgamos de aquí ya pasaremos por alguna tienda.

Scalia cogió su rifle y fue tras ella. Siempre recorrían la zona y una buena extensión para ver si el número de mordedores era alto: si eso sucedía, abandonaban ese lugar para ir a buscar otro. A ninguno le apetecía que los atacaran por la noche, cuando más indefensos se encontraban... Además, de paso veían si encontraban algo de utilidad.

Localizaron la mejor zona para pescar pronto, y después recorrieron la zona de bosque. Según un plano envejecido que habían avistado en la entrada, existía un refugio, una zona de golf y demás absurdos que en nada ayudaban. Mientras Scalia revisaba las zonas de ocio, Emma se metió en la parte más silvestre. Sin los cuidados diarios de los jardineros responsables, aquello parecía un bosque sacado de una película de terror. Incluso con la luz de la tarde resultaba inquietante caminar por él; en un momento dado, al pisar escuchó un chasquido y por instinto pegó un salto. Se quedó quieta, tratando de que su corazón recuperara un ritmo normal mientras escrutaba el suelo en busca del motivo del ruido... mierda, una trampa para animales. Si le hubiera atrapado la pierna estaría en un lío muy serio, tendría que fijarse bien donde pisaba si no quería seguir los pasos del sargento Clive.

Caminó un poco más sin dejar de prestar atención; por el suelo había bolsas rotas, latas de comida vacía, botellas de cerveza abandonadas... dudaba horrores que eso estuviera así cuando había sucedido la catástrofe. ¿Había, quizá, un grupo de supervivientes por allí? La idea la animó de manera considerable. De ser así, serían las primeras personas con vida que veían desde el comienzo de su viaje.

Eso la impulsó a continuar un rato más, pero cuando se asomó para echar un ojo notó que en la lejanía había movimiento, y no precisamente humano. Aquella era zona de mordedores. Estaba muy lejos para ser vista o intuida por ellos, y cuando regresara al lugar donde habían dejado sus cosas aún estarían más lejos, pero se alegraba de haberlo descubierto; así ya sabía que tenían que retomar las guardias.

Tras echar un último vistazo, decidió regresar. Encontró a Scalia en el punto en que lo había dejado, apoyado en un árbol y cruzado de brazos, con el ceño fruncido.

—¿Dónde estabas? —soltó cuando la vio aparecer—. ¡Te he llamado un montón de veces! Estaba preocupado, ¿sabes?

—Perdona, no te he oído. Reth, he encontrado...

—¡Acordamos que el reconocimiento del perímetro sería de unos veinte minutos! —siguió él ignorando sus disculpas—. Has estado el doble, pensé que te habían atrapado, que habías tenido algún accidente, ¡yo que sé!

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —dijo ella malhumorada, echando a andar y tratando de pasar de largo.

—Somos dos, eso es lo que me pasa, Em, y a ti parece que se te olvida. —Y la detuvo sin miramientos sujetándola por los brazos—. ¡Lo mínimo que puedes hacer es tratar de que no me preocupe a todas horas por si estás bien!

—Pero qué dices... —Ella lanzó una mirada hacia sus brazos, como invitándole a que la dejara libre. Estaba perpleja por aquella reacción—. Oye, quizá tengas razón y haya sido algo desconsiderada al retrasarme sin avisar, pero, ¿no crees que tu reacción es exagerada?

—¡Joder!

Sin previo aviso, la rubia se encontró apoyada contra el mismo árbol donde minutos antes se encontraba él, y con Scalia cerca, tan cerca que invadía por completo su espacio personal. De pronto, el cabreo del militar se había transformado en una especie de tensión sexual y ella se dio cuenta al momento de que para él, el día de intentarlo era ese, en ese mismo momento; su enfado nada tenía que ver con el hecho de que se hubiera entretenido investigando en el bosque, más bien respondía a la frustración. Llegaba tarde, pero al fin había aparecido.

—¿Por qué eres tan distante conmigo? —preguntó sin alejarse ni medio milímetro—. ¿No te gusto ni siquiera un poquito?

—Sí que me gustas. O me gustabas hasta hace cinco minutos, pero tú...

Scalia no la dejó terminar la frase; se inclinó y la besó, sujetándole la cara entre sus manos. Pese a su temperamento, el beso no fue agresivo, sino dulce y a Emma se le pasó por la cabeza la idea de corresponderlo. Sería fácil... todo sería tan sencillo si pudiera enamorarse de Scalia y que todo terminara bien.

Solo que no podía. No tenía ni esos sentimientos hacia él, ni ninguna gana de convertirse en una mera compañera sexual. Lo apartó de sí de un empujón suave, pero firme.

—Lo siento —murmuró atropelladamente—. Yo... lo siento, pero no...

—Vale. —Scalia se alejó de ella demasiado rápido, evidencia de que no lo había tomado con deportividad. Luego se pasó la mano por el pelo—. Joder. —Alzó la mirada—. Creo que voy a tomar un rato el aire.

—No tienes que irte a ninguna parte —trató de detenerlo Emma—. No pasa nada, Reth, no ha tenido importancia...

—Vaya, gracias por reafirmarlo, como si tu rechazo no hubiera sido suficiente.

—Quería decir que...

—Por favor, no lo arregles. Solo déjalo. —Meneó la cabeza negando—. No te preocupes, será un rato. Podré sentirme avergonzado a gusto y luego regresaré y no habrá pasado nada. ¿Vale?

Preguntarlo fue simbólico, porque no esperó respuesta. Solo se dio la vuelta para internarse en el bosque dejándola sola, mientras ella pensaba que siempre había rechazado a chicos a pares sin tener aquella sensación de malestar. Decidió respetar a Scalia y su deseo de estar solo, volvería al lugar donde habían pensado acampar y se quedaría allí, dedicándose a dar vueltas al hecho de por qué se veía incapaz de empezar de cero.

Scalia se alejó. De hecho, se alejó tanto que cuando se quiso dar cuenta no tenía la menor idea de dónde estaba. Bueno, qué demonios importaba. Ya estaba

demasiado oscuro para ponerse a buscar el camino de vuelta, no se había llevado cerillas... de hecho no se había llevado nada, su mochila permanecía junto al árbol donde la había depositado cuando habían llegado. Pues le iba a tocar pasar la noche en esa zona que no conocía, sin comida, sin agua, sin el saco. Emma se iba a preocupar si no regresaba... vaya mierda de día.

Que se preocupara, no le vendría mal pegarse un susto y creer que quizá él no pensaba volver; sabía que estaba siendo injusto y que aquella línea de pensamientos era sumamente infantil, pero era así como se sentía. Se apoyó contra un tronco y ni siquiera se enteró de que se quedaba dormido, al igual que tampoco escuchó unos pasos acercándose.

Emma despertó sobresaltada al escuchar gritar a un pájaro. Miró a su alrededor, desorientada... se había quedado dormida. Valiente guardia había hecho, pero es que el viaje la había agotado y era más sencillo cuando había otra persona con la que repartir la vigilancia. Había tenido suerte de que no hubiera mordedores allí, durante unas horas se había convertido en una presa fácil. Se levantó y buscó a Scalia con la mirada, esperando encontrarlo cerca. Aunque estuviera enfurruñado no quería que se marchara, le había cogido cariño y además, era lo único que le quedaba. Pero solo necesitó unos minutos para comprender que Reth no había regresado durante la noche... esperaba que no hubiera decidido largarse por su cuenta, todas sus cosas continuaban allí donde las habían dejado. Y ya era de día.

Decidió que iría en busca de comida y de paso vería si lo encontraba a él. Con mucha suerte lograría pescar algo en el río, había visto una zona en la que podía intentarlo, de manera que cogió la bolsa con su pequeña caña extensible y la dejó lista.

Tras tomarse el último café instantáneo que quedaba en las bolsas, se levantó, agarró lo que necesitaba y se puso en marcha. Dedicó parte de la mañana a buscar a su amigo, sin dejar de llamarlo, pero aquella zona era inmensa y ni siquiera tenía claro que pudiera escucharla. Tuvo cuidado de no caminar exactamente por el mismo lugar que había descubierto el día anterior, por esa zona no había nada bueno.

Lo dejó al mediodía, agotada y desanimada. ¿De verdad se había largado Scalia por lo sucedido con ella? No había creído que fuera tan inmaduro. Empezó a protestar por lo bajo sobre hombres hechos y derechos que se portaban como si

tuvieran cinco años mientras dejaba sus cosas a la orilla del río. Estuvo un par de horas esperando por si picaba algún pez, algo inquieta y pensando qué hacer a continuación... ¿debía darle más tiempo? ¿Cuánto? ¿Debería seguir por su cuenta? No, no podía hacer eso, ¿y si se encontraba en algún apuro? A lo mejor se había perdido, aquella zona era tan inmensa que no era ninguna estupidez. Quizá se había caído y estaba herido; no quiso pensar en eso.

No los oyó llegar.

Se incorporó, pensando en abandonar el intento de pesca y al alzar la vista los vio. Estaban separados, dejando una distancia prudencial entre ellos; llevaban tres perros atados, tres rottweilers que no parecían en exceso fieros aunque al verlos se echó hacia atrás de manera involuntaria.

Los examinó uno por uno y en sus rostros leyó lo que necesitaba. Aquel trío no tenía ninguna buena intención respecto a ella; la observaban con fijeza, como los animales hambrientos miran una chuleta. Uno de ellos era gordo y tenía una edad respetable, otro era guapo pero la sonrisa irónica de su cara no le gustaba nada. Pero el alto... era grande y si no llegaba a medir dos metros no andaba lejos. A ese no iba a poder manejarlo... como mucho si conseguía esquivarlo tal vez tuviera una oportunidad, pero si le ponía las manos encima podía darse por acabada.

—Mira lo que tenemos aquí —dijo el guapo acariciándose la barbilla.

Por una vez en su vida, ella se alegró de que su aspecto hiciera que la subestimaran. Eso le daba el factor sorpresa, si lo aprovechaba bien quizás tuviera una oportunidad.

—¿Qué queréis? —preguntó sin moverse.

—Uh —comentó el gordo—. Se la ve un poco impertinente... no importa. Nos gusta domar fieras. Yo soy Arthur, por cierto.

El grandote llevaba un bate; lo dejó apoyado contra un árbol, estaba claro que ni de broma pensaba que iba a poder necesitarlo.

«Al menos los perros no gruñen», pensó la rubia mientras valoraba rápidamente cómo iba a actuar.

—Ese es Phil. —Arthur señaló al de la sonrisa sarcástica y los ojos claros—. Y el alto es Rick. He pensado que lo más correcto era decirte nuestros nombres, dado

que vamos a estar un tiempo juntos.

Sí, Emma se lo imaginaba. Seguro que de poder le habrían puesto una correa, como a los perros... menuda le esperaba si lograban atraparla, no dudaba que violarla era lo más suave que pretendían hacerle.

—¿Por qué no seguís vuestro camino y me dejáis en paz? —preguntó, mientras hacía un repaso mental de las armas ocultas que llevaba encima. Cuchillo, pistola... echar a correr...

Los tres se miraron con una sonrisa torcida en los labios. A Emma le ponían los pelos de punta, se los veía peligrosos, a saber de dónde vendrían... Y sin embargo, notó que a pesar de la sonrisa, de la situación de clara desventaja en la que se encontraba ella, estaban un poco desconcertados de que continuara quieta, sin llorar, sin gritar y sin tratar de huir. No se daban cuenta de que era porque se estaba preparando para atacarlos, sin perder detalle de por cuál empezar. Rick incluso estaba demasiado relajado, sin ninguna preocupación.

—Estás loca, nena —ese fue Phil—. Las mujeres escasean estos días. Y más una como tú.

—Os llevamos siguiendo desde ayer —repuso Arthur, sacando una cuerda de su bolsa que tendió a Phil con un gesto rápido—, pero queríamos esperar el momento oportuno.

Oh, mierda... mierda.

—¿Qué le habéis hecho a Reth? —preguntó.

—No te preocupes por él —dijo Phil—, tú tienes tus propios problemas. —Y dicho aquello, empezó a acercarse a ella con la cuerda entre las manos sin dejar de hablar—. No tiene por qué ser a malas, nena. Extiende las manos y no habrá daños.

Se acercó despacio, como si ella fuera un cervatillo al que no deseara asustar. Emma no dejó de mirarlo a los ojos: quería que se distrajera, si a aquellos energúmenos les gustaban los trofeos, sin duda querrían verlos de cerca.

—Vaya —comentó a los otros cuando ya estaba lo suficientemente próximo—, es guapa, ¿no crees, Rick? —El aludido hizo un gesto con la cabeza que Emma no supo interpretar, pero de cualquier modo extendió los brazos hacia él—. Esta puta entiende las reglas, ¿qué os parece? —Y soltó una carcajada.

—Que la cojas y vámonos —repuso Arthur—. Debemos poner distancia, no quisiera que tuviéramos algún encuentro no deseado.

Phil ladeó la cabeza sin dejar de observarla, como si pensara que eran los tíos más afortunados del mundo por habérsela encontrado en medio de un claro en el bosque. La agarró de la muñeca izquierda y tiró un poco para atraerla hacia él; Emma ya estaba a la distancia que necesitaba. Deslizó hacia su mano el cuchillo que siempre llevaba escondido ahí y se lo clavó en una milésima de segundo en el muslo. Fue tan deprisa que Phil se quedó con la boca abierta sin reaccionar, emitiendo solo un quejido cuando ella lo sacó de forma limpia; luego retrocedió, con los ojos abiertos de par en par, mientras sus dos amigos apenas se habían enterado de nada.

—Phil, ¿qué coño haces...?

El rubio cayó sentado en la hierba, soltando la cuerda, y se llevó las dos manos al muslo mientras la sangre se escapaba por entre sus dedos. Arthur lo miró con expresión anonadada y Rick se espabiló, separando su espalda del árbol donde la tenía apoyada.

—Pero, ¿qué...? —Arthur miró a Emma sin terminar de comprender.

—Le he cortado la arteria femoral —anunció ella sosteniéndole la mirada—. En tres minutos estará muerto.

Arthur volvió a mirar al suelo, donde Phil gemía mientras veía la gran cantidad de sangre que perdía; ya había palidecido.

—Hija de puta —empezó a decir dando un paso hacia ella.

Pero Arthur estaba alejado y Emma tuvo tiempo de sacar su arma; no dudó ni un segundo, apuntó a su cabeza y le pegó un tiro. El ex alcalde de Cannon Falls cayó de forma pesada al morir en el acto. Para entonces, Rick ya había reaccionado y en cuanto bajó el arma, ella se dio cuenta de que lo tenía encima. Quiso esquivarlo para ganar algo de tiempo, pero él consiguió desarmarla de un golpe en el brazo. Acto seguido, le cruzó la cara de un puñetazo que la dejó fuera de juego.

Ya estaba, se le había terminado la suerte. Estaba tirada en el suelo y aquel animal le había roto el labio, notaba el sabor metálico de la sangre en su boca; Rick estaba sobre ella, apretando la cuerda en torno a su cuello, y no iba a detenerse, lo sabía. Pensó en June, en Joel, en Nathan... porque le quedaban unos minutos antes

de perder el conocimiento mientras aquel gigante la estrangulaba sin el menor escrúpulo y prefería recordar a las personas que había querido que no centrarse en su asesino.

«No entres en pánico, Emma, siempre hay algo que puedes hacer». Recordaba esas palabras de su padre, el mismo que no había logrado escapar de los mordedores, ni siquiera con todos los conocimientos de supervivencia que poseía. Jamás había olvidado sus lecciones. No actuar con precipitación. Pensar. Valorar la situación.

Y de pronto, supo lo que tenía que hacer. Alzó las manos y hundió los pulgares en los ojos del hombre sin vacilar en ningún momento: hizo toda la fuerza que consiguió sacar hasta que notó como los globos oculares cedían bajo la presión, y cuando percibió eso, siguió apretando y apretando mientras Rick se ponía a aullar como un lobo herido. Su cuello quedó liberado al momento, Rick se había incorporado a medias y Emma aprovechó para escurrirse sin dudar; puso toda la tierra que pudo entre ambos mientras trataba de recuperar aire. Estaba mareada, aturdida, y tuvo que controlar las toses para no terminar vomitando. Miró al gigante, aún de rodillas, que seguía gritando y movía los brazos en todas las direcciones. Gritaba cosas estúpidas como «ven aquí, zorra, te vas a enterar», pero no era capaz de ponerse en pie. Los ojos le sangraban y estaba claro por cómo se movía que no veía nada en absoluto, de lo cual se alegraba. Poco a poco, Emma se incorporó; la zona del cuello ardía, el labio y la cara le dolían horrores, pero Rick había dejado de ser un peligro. Al menos en aquel momento, claro. Recorrió el lugar con la mirada mientras recuperaba despacio el aliento, respirar dolía. Aquel cabrón había estado muy cerca de mandarla al otro barrio, joder, y ahora su cabeza parecía que fuera a estallar.

Rick no dejaba de gritar y de lanzar manotazos al aire, como si pensara que ella iba a estar allí cerca para recibirlos. La rubia pasó junto a un Phil al que le quedaban unos segundos de vida, pero no hizo ningún caso; llegó hasta el árbol, agarró el bate y regresó arrastrándolo hasta donde Rick permanecía arrodillado llevándose las manos a la cara y desgañitándose como un loco. Miró esa espalda inmensa, dudando unos segundos... aquello no venía en el código moral de la policía, ni de la persona. Pero a la vez escuchaba aquellos gritos que amenazaban con trocearla si caía en sus manos y tuvo que olvidar cualquier atisbo de ética.

No sabía de dónde habían llegado aquellos hijos de puta, pero sabía de dónde no iban a salir: alzó el bate y usó todas las fuerzas que tenía para reventar la cabeza al gigante. Rick cesó de gritar y se derrumbó en el suelo. Emma se quedó

observando unos segundos por si hacía mención de moverse o cualquier gesto que indicara que seguía vivo, pero no sucedió. La rubia arrojó el bate al suelo mientras soltaba los perros, que habían ladrado y se habían revuelto durante el incidente, pero sin intervenir. No eran perros entrenados para ser agresivos, por suerte, no se veía con fuerzas de ponerse también a matarlos.

De tres pasos se plantó en la orilla del río y se dejó caer sobre el agua; comenzó a frotarse las manos de manera compulsiva, tratando de eliminar la sangre que había en ellas mientras intentaba no tener un ataque de nervios. La ansiedad trataba de abrirse camino y dominarla, así que tuvo que pararse y coger aire despacio; inspirar y expirar, con calma, hasta que el momento malo terminara.

Al fin se calmó unos minutos después. Terminó de lavarse las manos y la cara, esforzándose en eliminar la sangre y las lágrimas, y se incorporó para acercarse a los perros: dos se habían metido entre el bosque y no conocía sus nombres, pero uno movió el rabo cuando le tendió la mano. Le acarició la cabeza y las orejas, y después suspiró.

—Venga, perro —murmuró—. Vámonos.

Echó a andar y el perro la siguió correteando. Emma regresó a toda prisa al sitio donde había acampado y cargó con su mochila; hubiera querido llevarse la de Scalia, pero era imposible que avanzara rápido con semejantes bultos, de forma que tuvo que abandonar su petate allí. Avanzó en la misma dirección del día anterior, llamando a Reth a gritos. No le gustaba atravesar aquella zona, estaba cada vez más cerca del sitio donde había avistado mordedores, incluso se los podía oír si se escuchaba con atención.

Continuaba llamando a Scalia con la esperanza de que la oyese, pero nada, no recibía respuesta. No sabía qué hacer. Si se seguía acercando alertaría a los mordedores y ahora ya estaba sola, con lo cual no saldría viva si se veía rodeada; apenas tenía armas, aún dolía respirar y no se encontraba en la mejor forma del mundo. El perro empezó a ladrar y echó a correr; Emma lo llamó, pero obviamente no hizo caso, así que fue tras él. Se lo veía nervioso, giraba y gruñía, quizás por la presencia de los mordedores... no sabía determinarlo, si era así el animal no se equivocaba. Se estaba planteando irse cuando creyó escuchar ruidos. Podían ser los mordedores... y podía ser Reth, así que desoyendo su parte racional siguió hacia adelante, donde el bosque ya se convertía en campo abierto, y tan solo a un par de kilómetros los mordedores corrían y gruñían.

—¡Emma! —escuchó gritar a lo lejos.

El corazón de la joven dio un vuelvo al reconocer la voz de Scalia y empezó a recorrer la zona para localizarlo.

—¡Aquí! ¡Estoy aquí atrás!

Fue el perro quien lo encontró. Al oír los gritos se lanzó hacia el lugar ladrando, lo que no era bueno porque seguro alertaría a los mordedores, pero tampoco tenía otra opción. Segundos después encontró a Reth contra un árbol: estaba atado de pies y manos, imposible liberarse. También lo habían golpeado, al parecer en la cabeza, pues un hilo de sangre caía desde su sien derecha. Emma soltó un suspiro de alivio y fue corriendo hacia él.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí. No los vi llegar, debieron golpearme y me he despertado así.

La rubia buscó su cuchillo en la manga por instinto, pero recordó que lo había usado contra Phil y lo había guardado en el bolsillo trasero. Lo sacó para cortar las cuerdas; estaba serrando las de los brazos cuando escuchó aquel horrible y familiar rumor: pasos, muy rápidos, agitados, sin control. Sabía lo que era y tenía que darse prisa, de modo que terminó de cortar las ligaduras. Scalia le cogió el cuchillo para cortar las de los tobillos y se levantó de un salto.

—Tenemos que irnos de aquí ya —urgió ella—. ¡Estamos muy cerca de una zona caliente!

Se giró por si proponía algún otro camino, pero Scalia miraba su cara y su cuello; suponía que no tenía buena pinta por su expresión.

—¡Qué te ha pasado, Emma! ¡Por Dios!

—Ahora tenemos que preocuparnos por nosotros. —Tiró de su brazo—. ¡Vamos!

Lo mejor era abandonar el campo abierto y regresar por el bosque. Era más fácil esconderse en aquellas circunstancias, aunque resultara peligroso. Pero lo principal era poner distancia entre ellos y los grupos de mordedores, así que corrieron y corrieron sin detenerse. Tan rápido iban que Emma por poco perdió el equilibrio cuando escuchó gritar a Scalia; frenó en seco y se dio la vuelta para

regresar a su lado a toda prisa, el maldito Reth había elegido el peor momento para torcerse el tobillo.

—¡Reth! —gritó pero entonces paró del todo al entender.

El chico miraba su pierna con los ojos desencajados: la tenía atrapada en una trampa para osos.

—Joder —musitó horrorizado—, joder, joder, joder...

—Espera. —Emma se arrodilló a su lado y examinó aquello. Sabía que era casi imposible abrirla, pero al menos tenía que intentarlo. Recordaba haber hecho un intento de explicar que había trampas de esas la tarde anterior, pero después habían discutido y... —. Voy a intentarlo, ¿vale?

—No se va a abrir y lo sabes —dijo Scalia palideciendo—. Están diseñadas para eso.

—¡Cállate! —le gritó furiosa—. Ayúdame.

Hizo un intento, dos, tres, y en cada uno de ellos no conseguía mantenerla abierta el tiempo suficiente para liberar a Scalia, siempre saltaba de golpe arrancando otro grito de dolor. Cuando quiso abrirla por cuarta vez, Scalia la agarró de las muñecas con fuerza para evitar que siguiera.

—¡Basta! —exclamó—. ¡No se abrirá! No puedo seguir, tienes que irte sola.

—No te abandonaré, ¿estás loco?

—Los oigo llegar—la avisó señalando hacia su espalda, al lugar del que escapaban—. No puedes quedarte aquí. Tienes que conseguir llegar al CDC. —Ella sacudía la cabeza sin parar de negar—. ¡Escúchame! ¡Las cosas son así! No puedes ayudarme, lárgate.

—No voy a dejarte aquí para que te despedacen vivo, Reth... — empezó a decir.

—Eso no va a suceder —repuso el chico sacando su arma—. Acabaré antes, lo prometo, incluso puede que me lleve a algunos por delante. —Volvió a apretar sus manos, pero esa vez ya no fue con frustración ni rabia, sino con cariño—. No puedes hacer nada por mí. Vete ya.

Aún resistiéndose a la idea, Emma se levantó. Retrocedió con el rottweiler detrás, mientras veía a lo lejos como un grupo de mordedores bastante extenso ganaba posiciones. En aquel grupo había de todo, incluso una niña pequeña con su vestido blanco hecho jirones; sintió como se le ponían los pelos de punta con aquella visión y otra vez miró a Scalia.

—Reth...

—Vete, Emma. Por favor.

La rubia asintió y dio un par de pasos, pero sin apartar la mirada. Después pareció pensarlo mejor, regresó a toda prisa hasta él, se agachó y le abrazó con fuerza ante la cara sorprendida de Scalia. Aceptó su abrazo con un nudo en la garganta y después apretó su hombro.

—Suerte, sheriff. Estoy seguro que lo vas a conseguir —dijo, forzando una sonrisa.

Los mordedores continuaban su avance. Emma volvió a ponerse en pie y entonces sí, echó a correr sin mirar atrás; ni siquiera cuando empezó a escuchar tiros quiso mirar.

6. Sand Ridge State Park

Emma había llegado a ese punto al cual temía tanto llegar: verse completamente sola, sabiendo que todas las personas que le importaban habían muerto. Después de casi tres meses, los únicos humanos vivos y normales habían sido aquellos elementos del bosque, y siendo sincera, prefería pelear contra mordedores.

Tenía los mapas y al cabo de unos días llegó a Galesburg. Aprovechó para equiparse de todo lo que le faltaba. Cada vez comía menos y no quería que eso se convirtiera en un problema, aunque lo cierto era que caminaba por inercia. Estaba muy cerca de dejarse caer en una casa abandonada y no salir jamás, pero también sabía que eso no la llevaría a ninguna parte. El dolor por la muerte de Joel no había cesado por estar un mes parada sin moverse, y tampoco dejaría de doler ahora la muerte de Reth.

Al menos, podía encargarse del perro. Ni siquiera sabía su nombre, así que lo llamaba directamente «perro», a él no parecía importarle. La seguía en todo momento, Emma estaba convencida de que había estado con personas antes; era muy dócil y le hacía compañía.

En Galesburg tuvo que escoger cuál era la mejor ruta, aunque comenzaba a hartarse del mapa y total, todo estaba lejos de todo. Se decidió por Farmington, en realidad ella iba hacia abajo si pretendía llegar a Atlanta algún día; tuvo suerte, el camino estaba bastante limpio y excepto algún mordedor al que tuvo que abatir a tiros, no encontró mayores dificultades.

Cuando llegó a Peoria, ya había perdido la noción del tiempo, ni sabía cuánto había viajado. Calculaba que ya habían pasado tres meses, es posible que más, pero no tenía modo de asegurarlo y tampoco importaba realmente... ¿qué más daba? Físicamente estaba extenuada, así que durante unos días se metió en una vivienda tras revisar varias y descubrir que muchas de ellas ya no tenían agua. En un par de ellas de una urbanización en las afueras de Canton aún quedaba, así que escogió una y se instaló tras atrancar bien puertas y ventanas. Como hacía en todas las casas en las que entraba, recorrió las fotos con atención, como una especie de disculpa. Otra familia muerta, gente desaparecida que vagaba por las calles. Foto de dos gemelas, niñas con vestidos blancos hechos pedazos que caminaban buscando algo donde clavar los dientes, como la pequeña de Davenport.

Ducharse en un baño y dormir en un colchón fue un alivio después de todo el tiempo que había pasado en el bosque. Al mirarse en el espejo se dio cuenta de que no tenía la mejor cara del mundo, pero quién podía culparla... la bala que le había rozado la mejilla la noche que empezó todo había dejado su marca de pólvora. Su cara aún tenía signos de cuando aquel gigante le había dado el puñetazo, pero el labio ya se había curado; las marcas del cuello ya no estaban moradas, sino verdosas, aunque la cuerda había dejado marcas de quemadura que quizá no se quitaran nunca. Hijo de puta.

Después del baño y de buscar comida, fue al armario de la habitación principal. Había visto en las fotos a la mujer que vivía en aquella casa, la madre de las gemelas, y pensaba que podía usar su ropa; la suya estaba hecha un desastre. No es que le preocupara ir a la moda, pero tampoco hacía falta llevar la ropa rota. Acertó con su apreciación sobre la talla, pero no con el estilo: había muchos vestidos elegantes, faldas bonitas, camisetas de brillantes, abrigos de marca. Todo eso no servía y fue desechando prendas hasta que encontró unos vaqueros, una camiseta de tirantes y una especie de forro polar que resultaba tan adorable que no se

imaginaba huyendo con aquello puesto. Pero ya hacía mucho frío por las noches y le iría bien, al igual que las botas, algo que halló tras tirar muchos zapatos de tacón por encima de su hombro.

Después de eso y de dormir en una cama, se sintió como nueva, y al día siguiente se puso de nuevo en marcha tras llevarse las existencias de comida y el arma que escondían bajo la cama con su munición correspondiente.

Pronto descubrió que estaba acercándose a Springfield. De nuevo había decidido entrar por terreno forestal, el Sand Ridge State park, un enorme paraje natural que en invierno quedaba cubierto de nieve por completo, como pudo comprobar. Por suerte iba bien abrigada, no sabía si tendría tiempo de atravesarlo antes de que se hiciera de noche, pero si podía evitar dormir ahí mejor. Las temperaturas eran muy bajas ya, y a pesar de la ropa el frío era intenso.

Escuchó un ruido y se puso alerta al momento, sacando una de las dos armas que más a mano llevaba. No había visto mordedores por esa zona. Como siempre, se apolonaban en las ciudades dejando los espacios naturales un poco abandonados, pero nunca se sabía. También en Davenport estaban dispersos y al final había tenido que salir huyendo. Con el arma apuntando, fue atravesando el bosque tratando de no hacer ruido y de no acabar sentada de culo en la nieve. Buenas botas, las de la mujer de la vivienda; estaba claro que se gastaba su dinero en comprar todo de calidad. La pistola tampoco estaba mal, un poco grande para manejarla con facilidad, pero eso no la iba a detener si tenía que utilizarla.

Siguió caminando, atenta, esperando encontrar un mordedor de un momento a otro que saltara sobre ella. Pero cuando salió de entre un grupo de árboles juntos y apretados, encontró otra estampa muy distinta.

Lo que vio fue un chico joven tumbado contra un árbol sobre una manta, en una postura cómoda y de absoluta relajación. Un chico guapo cuya actitud resultaba chocante porque más parecía encontrarse en un paraíso tropical que en una situación dramática.

Él abrió los ojos y también la vio. Puso una expresión sorprendida y abrió la boca para decir algo, pero en aquel momento, la suerte de Jared Jacobs, J.J. para sus fans, cambió de manera radical. Un rabioso se había arrastrado por su espalda, pero como los dos estaban concentrados estudiándose mutuamente, ninguno se había percatado. Emma lo detectó tarde, pese a que se había vuelto una experta. Y aunque el rottweiler inmediatamente corrió ladrando hacia él, tampoco llegó a tiempo... su

repugnante cabeza apareció tras el joven y bajó a la velocidad del rayo hacia su hombro, donde mordió con fuerza.

J.J. lanzó un grito de dolor lo bastante potente como para alertar a más rabiosos; no tuvo tiempo ni de saltar cuando una bala pasó rozándole la cara por el lado izquierdo mientras la cabeza del rabioso explotaba a sus espaldas, derrumbándose en el suelo. Alzó sus ojos azules hacia la rubia desconocida, que aún lo apuntaba con su arma.

—Joder... ¡casi me das! —exclamó, echándose la mano al hombro con una mueca.

—Oh —dijo ella en voz baja—, tranquilo. Esta vez no fallaré.

—¡Eh, eh, eh! —Él alzó las manos rápidamente al ver cómo lo encañonaba—. Pero, ¿se puede saber qué coño haces?

Emma lo miró de forma inexpresiva, sin verlo realmente.

—Perdona —usó el mismo tono suave—, te han mordido. En dos minutos dejarás de ser quien eres para convertirte en uno de ellos. —Y con su pistola señaló el rabioso que yacía a su lado—. No tengo otro remedio que matarte... no es nada personal. —Y miró aquellos ojos limpios que se resistían a creer lo que decía.

J.J. asimiló sus palabras, sintiendo como el dolor sordo de su hombro confirmaba lo que aquella bella desconocida decía y que él se resistía a aceptar. Negó con la cabeza, ¿solo le quedaban dos minutos de vida y ya? ¿Eso era todo, el fin?

—No quiero morir así —murmuró.

—Lo siento —dijo Emma, y era cierto.

Sentía matarlo, al igual que sentía haber matado tantas personas. Sentía no haber podido ayudar a Joel, y a Scalia. Y haber dejado morir a Clive, impotente. Y a Olivia. Todo su camino estaba sembrado de muertos, y la pesadilla no cesaba... y ese pobre chico solo era otro más de la lista.

Lo apuntó, tratando de ignorar su expresión aterrorizada, pero cuando iba a disparar escuchó voces y el golpear de botas en el suelo... gente que se acercaba. J.J. retrocedió hacia el árbol por si acaso aquello servía de algo, aunque la mirada que

había visto en ella era determinante. Incluso continuaba apuntándolo con el arma mientras sacaba otra de su bota para recibir a quién fuera que se aproximara.

—¿J.J.? —era una voz femenina, llamándolo—. ¡Te hemos oído gritar y un disparo! ¿Te encuentras bien? ¡Jared! Habla para que podamos...

Rachel se interrumpió al llegar al claro y contemplar aquella escena surrealista: J.J. estaba tirado en el suelo, con la espalda apoyada en un árbol y una herida profunda en el hombro. A sus pies, un rabioso abatido, con un perro gruñendo a su lado. Y unos metros más alejada, una chica rubia y alta de expresión hostil, bien armada: con una pistola apuntaba al joven y con la otra... a ella. Levantó las manos para dejar claro que no tenía ninguna intención de atacar.

—Hola —saludó tragando saliva—. Por favor, no dispires, no soy peligrosa... ¿qué sucede?

—Quiere matarme —dijo J.J. con un quejido.

—Lo han mordido —informó la rubia en tono neutral y Rachel miró su hombro herido, comprobando que era cierto—. Le deben quedar unos segundos para tratar de comernos, yo que tú me alejaría un poco.

—Joder, R, no dejes que me dispare —dijo él, al darse cuenta que Rachel se apartaba unos pasos ante la certeza de lo que estaba a punto de suceder.

Ella tragó saliva, con un nudo en la garganta. Quería ayudarlo, pero sabía que no podía hacer nada.

—J.J... si te han mordido... tú sabes lo que va a suceder.

J.J movió la cabeza; sabía que tenían razón, pero su cerebro se negaba a aceptar que iba a morir. Entonces se volvieron a escuchar más pasos y voces, y supuso que el resto de su gente se aproximaba ya a la zona.

—No creo que deban ver esto —murmuró dirigiéndose a Rachel y ella afirmó sin mirarlo a los ojos, avergonzada. —Hazlo —pidió a la rubia y se quedó unos segundos taciturno—. Qué pena no habernos conocido en otras circunstancias.

Emma solo deseaba que el chico cerrara el pico y largarse. No quería sentir lástima, ni simpatía, ni cariño ni nada; no deseaba seguir charlando con aquella morena que de pronto se había materializado ante ella en el bosque. Ni mucho

menos conocer a la gente que la acompañaba, que no andarían lejos, ya escuchaba pasos corriendo hacia allí.

Apuntó, pero antes de poder acabar, hubo gritos.

—¡No! Pero, ¿qué hacéis...? ¡Quieta!

Esa voz... no podía ser. No podía ser. Su cabeza se enquistó en aquella idea y era lo único que escuchaba... no podía ser. Pero pronto tuvo confirmación visual cuando, jadeando, apareció él; De manera instintiva su arma lo apuntó, ya que además iba desarmado. Él se detuvo para coger aire, la miró...y abrió tanto los ojos que durante unos segundos casi pareció que fueran a salir de sus órbitas.

—¿Emma? —preguntó, sin poder creer lo que veía.

Era Hunter Cooper. Tres meses y medio después.

Emma apretó los dientes, acercándose sin dejar de apuntar hasta que el cañón de la pistola quedó a unos centímetros de su frente, pero él no se movió.

—Emma, yo...

Sin decir una palabra, ella lo golpeó en la cara. Hunter estuvo a punto de perder el equilibrio, pero consiguió mantenerse en pie y levantó las manos.

—Emma...

Ella hizo ademán de golpearlo de nuevo, pero Rachel se interpuso entre ellos.

—Vale, deduzco que ya os conocéis, yo también he querido golpearlo unas cuantas veces. —Los dos la miraron frunciendo el ceño—. Pero, ¿qué tal si abordamos nuestro problema principal?

Todos se giraron hacia J.J., que se había levantado y miraba la escena sin saber qué hacer. Su hombro palpitaba, dolorido, pero la hemorragia había cesado.

Emma lo apuntó de nuevo.

—Espera, espera. —pidió él—. ¿Y si no me ha mordido tanto?

—¿Qué?

—Quiero decir, ¿no debería haberme contagiado ya?

Rachel avanzó hacia él.

—Rachel, no te acerques —ordenó Hunter.

Ella lo ignoró, llegando junto a J.J. Le miró la herida, evitando tocarla directamente, y regresó junto a Emma.

—He visto cómo lo mordía —dijo ella—. Es imposible que no esté contagiado.

—No, es cierto. Pero no sangra, y... mirad, sigue igual.

En aquel momento, J.J. comprendió cómo debía sentirse un animal de circo, con todos mirándolo como si no lo hubieran visto nunca.

—No me miréis así, me estáis poniendo nervioso. Tampoco es la primera vez que me pasa.

Aquello hizo reaccionar a todos.

—¿Qué has dicho? —preguntó Rachel.

—Bueno, por eso digo que quizá no me haya mordido tanto... Cuando entraron en el meet & greet, uno me mordió en la mano. —La extendió hacia ellos—. Pero ¿veis? Ni cicatriz ni nada.

Rachel dudaba entre estrangularlo o abrazarlo. ¿Es que no se daba cuenta de lo que estaba diciendo?

Emma dejó de apuntar a Hunter, mirando a aquel chico sin poder creer lo que estaba oyendo.

—No existe el concepto de «morder un poco», chaval. He visto gente contagiarse por mucho menos que eso.

—Pues yo estoy bien. Rachel, dile que estoy bien. Ponedme en cuarentena o algo así, pero no me matéis, por favor.

—Escucha... —empezó Rachel—. ¿Emma, te llamas? —Ella afirmó—. Soy

médico, me llamo Rachel. Como bien has dicho, debería estar contagiado, todos sabemos... lo que ocurre cuando uno de ellos te muerde. Pero no lo está, y lo que acaba de contar... Bueno, luego a lo mejor lo mato por no decírmelo antes, pero tiene que ser cierto, J.J. no miente nunca. Es un poco simple, pero no miente.

J.J. no sabía si agradecerlo o enfadarse por el comentario. Pero Emma ya no lo miraba como si fuera a disparar, así que se decidió por lo primero.

—Deberíais vigilarlo —comentó, bajando el arma.

—Por supuesto. —Se giró, haciéndole señas a Erik—. Llévatelo. Que se quede dentro de alguna auto caravana, lo vigilaremos a ver qué pasa.

Erik obedeció. Cogió a J.J. de un brazo, y se lo llevó de vuelta al campamento. Rachel esperó a que se hubieran alejado, y volvió su atención hacia Hunter. Este seguía mirando a Emma como si viera un fantasma.

Rachel se cruzó de brazos, mirándolos alternativamente.

—Bueno, ¿y quién de los dos va a empezar? ¿De qué os conocéis?

—De Little Falls, yo era sheriff allí —contestó Emma, guardando sus armas.

—¿Little Falls? —Miró a Hunter—. ¿Es de allí de donde eres?

Él afirmó con la cabeza, y Emma se acercó frunciendo el ceño más aún.

—¿No les has contado nada?

Hunter negó con la cabeza. Rachel no podía creer lo que estaba ocurriendo, nunca le había visto esa expresión de culpabilidad, como si hubiera cometido algún crimen.

Antes de que pudiera decir nada, Emma le pegó otro puñetazo en la cara. Se apartó agitando la mano, dolorida por el golpe.

Hunter se tocó la cara, haciendo una mueca.

—Joder, Emma. Si me dejaras hablar...

—No hay nada que puedas decirme. —Lo apuntó con un dedo—. ¡Nada

justifica lo que hiciste! ¡Por Dios, me dejaste atada en medio de todo aquello!

—Emma, lo siento, yo no sabía...

—¡Me importa una mierda lo que sabías o no sabías! ¡Te piraste en tu hummer y nos dejaste a todos tirados allí!

—¡Maldita sea! La situación se me fue de las manos, no podía hacer nada más, tenía que volver a la base y dar la alarma.

—Sí, ya hemos visto todos qué bien resultó. ¿Qué hizo Thomas? ¿Qué cojones hizo para que todo el mundo se fuera a la mierda?

—Lanzó un pulso electromagnético. Quería evitar que nadie del pueblo diera la alarma, pero se le fue la mano.

—¡Obviamente se le fue la mano!

—¡PARAD!

Los dos se callaron, mirando a Rachel. Estaban tan enfrascados en su discusión que se habían olvidado momentáneamente de que estaba allí. Ella se frotó la frente, intentando aclarar sus ideas.

—Vamos a ver si lo he entendido bien. Os conocéis de Little Falls, que si no recuerdo mal, está al norte. Cerca de Minneapolis, ¿no?

—Más o menos —contestó Emma—. Fuimos juntos al instituto.

—¿En serio? —Miró a Hunter, que afirmó—. Vale, y tú eras sheriff. —Señaló a Emma—. Y tú estabas en una base militar cercana, entiendo. —Señaló a Hunter.

—Camp Ripley —contestó él—. Rachel, escucha...

—Y todo esto se inició allí.

—Sí, pero...

—Y tú lo sabías. Lo sabías todo desde el principio y no nos dijiste nada a nadie.

—No me lo puedo creer —intervino Emma, mirándolo—. ¿En serio no les has dicho nada?

Él negó con la cabeza, viendo que la situación se le había ido de las manos. Rachel se acercó a Hunter, buscando sus ojos.

—Después de... después de todo lo que nos ha pasado, de lo que hemos vivido... Y no me dijiste nada.

—Lo siento.

—Sentirlo no es suficiente. —Retrocedió—. Voy a ver cómo está J.J. Si pudiera, te dispararía yo misma.

Se marchó dejándolos solos. Él miró a Emma suspirando, esperando que volviera a pegarle, pero ella se cruzó de brazos.

—Te mataría, Hunter. No tienes ni idea de lo que he pasado.

—Me lo imagino.

—¡Lo dudo mucho! —Cogió aire para tranquilizarse—. Fuimos allí, a la base, y todo había explotado... Dime, ¿dejaste a Nathan dentro para salvar tu culo?

—No, él estaba fuera. Envié a Alexis con él para que lo ayudara a llegar a Atlanta. Quedamos en verno en Davenport, pero...

—¿No llegó?

—No lo sé, yo... Tuve un accidente al escapar, me tuve que ocultar en los bosques durante semanas, casi no podía andar.

Si estaba diciendo la verdad, al menos Nathan había salido con vida de Little Falls. Emma se había acostumbrado a la idea de que todos estaban muertos, pero ahí tenía a Hunter... No quería, pero sintió nacer una pequeña esperanza en su interior. Quizá Nathan también seguía por allí.

Hunter miró hacia los árboles.

—Deberíamos ir con los demás, pueden preocuparse.

—Está bien. Pero tú y yo no hemos acabado.

—No, ya me imagino. Sé que es mucho pedir, pero... ¿Crees que podrías dejarme hablar con Rachel y contarle mi versión?

—¿Tu versión o la verdad? —Movi6 la cabeza—. ¿Es que hay algo entre vosotros?

—No, no, solo viajamos juntos.

Había contestado demasiado rápido y demasiado convencido, pero Emma no insistió. Se metió entre los árboles sin esperar a ver si la seguía. Necesitaba tranquilizarse, asimilar que él estaba allí... Y después volvería a la carga.

Hunter tenía muchas explicaciones que dar.

Rachel comprobó que J.J. seguía sin cambios. Cuando salió vio que Emma y Hunter regresaban al campamento, así que se acercó a ellos. Con todo lo que había ocurrido no se había fijado en los detalles, pero Emma parecía agotada. Tenía ojeras que indicaban que llevaba tiempo sin dormir, algún rasguño en la cara... No quería ni imaginarse por lo que debía haber pasado.

Emma miraba el campamento, desubicada. No había imaginado que fueran tantos, ni que parecieran tan bien organizados. Pero en aquellas semanas se había acostumbrado a estar sola, y además sus últimos encuentros con desconocidos no habían resultado precisamente bien, así que no tenía intención de quedarse mucho. Por no hablar de Hunter, la última persona en el mundo a quien quería encontrarse. Bueno, si era sincera, hubiera sido peor si se hubiera encontrado con Thomas, no estaba segura de si no le habría disparado directamente sin darle tiempo a hablar... Pero Hunter seguía en su lista de personas non gratas.

Rachel se acercó sonriendo amable, y ella se relajó inconscientemente. Aquella chica le transmitía buenas vibraciones.

—Pareces hecha polvo —comentó Rachel.

—Un poco, la verdad.

—¿Por qué no comes algo y te tumbas? Aquí estás entre amigos, no te pasará

nada. No sé lo que ocurrió entre tú y él. —Señaló a Hunter, que se tensó—. Pero puedes confiar en mí.

A esas alturas Emma no confiaba en nadie, pero afirmó con la cabeza. Descansaría un rato y después ya decidiría.

Rachel le dio algo de comida, y le preguntó si tenía algún golpe o herida que necesitara atención.

—Nada grave, estoy bien.

—Estaré allí con Hunter si me necesitas. —Suspiró, preparándose para lo que venía—. ¿Te importa si luego hablamos tú y yo un rato?

—No, para nada. —Se acomodó en el suelo—. Estoy deseando saber qué te cuenta el teniente Cooper, y estaré encantada de contestar todas tus preguntas sobre él.

El tono de su voz no disimulaba su resentimiento. Rachel regresó junto a Hunter, que se había quedado esperando apoyado en un árbol, apartado del grupo.

Suponía que Rachel iba a interrogarlo a fondo, y no quería que nadie escuchara la conversación.

Ella no dijo nada. Se quedó frente a él con los brazos, esperando.

Hunter mantuvo la distancia que ella había dejado entre los dos, sin saber qué decir ni cómo comenzar.

—Estoy esperando.

—Rachel, yo... —Movi6 la cabeza—. No sé por d6nde empezar.

—Por el principio no ser6a mala idea. ¿Lo que ha dicho ella es cierto?

—S6.

—¿Todo? ¿La dejaste atada y te fuiste en un hummer?

—No fue exactamente as6. Bueno, s6, pero no.

—Hunter...

—Está bien. —Cogió aire—. Es complicado, ¿vale? El virus salió de Camp Ripley, una chica del pueblo entró y se contagió. Cuando la encontramos, ella... parecía que tenía un ataque de ansiedad, nada más. Emma quería llevarla a un hospital, pero yo tenía órdenes de trasladarla a la base. Así que... ordené que ataran a Emma para que no se interpusiera. Y de pronto, la chica atacó a mis hombres. Yo no había visto nunca nada igual, Rachel. Parecía fuera de sí, y no tuve otra opción que dispararle en la cabeza. Pero cuando cayó, mis hombres empezaron a levantarse.

—Pero... ¿no llevaban ninguna protección? —Él negó con la cabeza—. ¿Me estás diciendo que sabíais que esa chica estaba infectada con un virus y no se os ocurrió ponerlos unos trajes?

—No lo entiendes. Ni yo ni nadie sabíamos qué hacía el virus exactamente, y se suponía que solo se contagiaba por contacto cutáneo. Y tampoco queríamos causar el pánico, si me hubiera presentado en Little Falls con dos hummers llenos de soldados con trajes NBQ, habríamos levantado demasiadas sospechas. —Rachel tenía muchas preguntas, pero le hizo un gesto para que continuara—. En fin, en menos de cinco minutos aquello fue un caos. Perdí de vista a Emma, había rabiosos entre ella y yo y Sand ya estaba en el hummer, así que pensé que lo mejor era regresar a la base y dar la alarma.

—¿Sand?

—Alexis Sand, comandante bajo mi mando.

—Pero no lo entiendo, dices que el virus salió de tu base. ¿Cómo es posible que nadie supiera lo que hacía?

—Rachel, te juro que no lo sé. Mi coronel solo me dijo que estaban creando un arma biológica experimental, no lo que hacían, y cuando llegó su hijo...

—¿Su hijo?

—Nathan, sí —dudó unos segundos, sin saber si explicar lo que había sido Nathan para Emma y para él—. Nathan es... o era, virólogo. Su padre lo llamó para crear una vacuna.

—¿Y qué pasó con los que habían creado el virus? ¿No podían hacerlo?

—No lo sé. En resumen, que justo ocurrió todo cuando él y una colega suya estaban en la base, el coronel Thomas... —Sacudió la cabeza, molesto—. Bueno, en lugar de dar la alarma optó por intentar que no se supiera. Así que ayudé a Nathan a salir de la base, y le ordené a Alexis que lo acompañara a Atlanta, al CDC. Quedamos en vernos en Davenport, pero... no llegué a tiempo, tuve un... accidente al salir de Camp Ripley. Rachel, sé que no tomé todas las decisiones que debía, pero...

—¿Por qué no me contaste nada?

—¿Qué podía contarte? ¿Que yo estaba allí, donde todo empezó? ¿Que quizá hubiera podido pararlo pero no lo hice?

Rachel tenía muchas más preguntas, pero aún tenía que asimilar todo lo que él le había contado y además quería hablar con Emma.

—Tengo que pensar —dijo.

—Rachel... —Levantó una mano para tocarla, pero no lo hizo ante su expresión de rechazo—. Nunca te he mentado.

—No, pero me has ocultado la verdad. —Se alejó un par de pasos—. Necesito asimilar esto, ¿de acuerdo?

Se marchó moviendo la cabeza. Hunter la observó alejarse impotente. ¿Qué podía hacer? Probablemente ella había perdido toda la confianza en él. Y cuando hablara con Emma... Seguro que no salía muy bien parado. Pero no podía cambiar lo que había hecho, y por mucho que se repitiera que no había tenido otra opción en aquel momento, ni siquiera él lograba convencerse a sí mismo.

Rachel regresó junto a Emma, que los había estado observando atenta. Definitivamente, había algo entre ellos, su lenguaje corporal no dejaba lugar a dudas.

Estaba comiendo un paquete de galletas, con el rottweiler sentado a su lado de forma leal.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Rachel.

—Mejor, gracias. —Señaló a Hunter con la cabeza—. ¿Y tú? ¿Qué te ha contado el señor secretitos?

Rachel cogió un par de galletas del paquete que tenía Emma, aún pensando en todo lo que le había dicho Hunter. Ahora entendía por qué nunca le había hablado sobre su pasado. No sabía si podía confiar en Emma, pero Hunter no había negado nada de lo que ella había dicho hasta entonces. Además, lo conocía de toda la vida. Por poco que le contara sobre él, ya sería más de lo que ella había podido averiguar hasta entonces.

Así que le contó todo lo que él le había dicho.

Emma la dejó hablar, frunciendo el ceño de vez en cuando pero sin interrumpirla. Cuando terminó, se encogió de hombros.

—En fin, más o menos fue así. Pero se dejó un par de... llamémoslos detalles insignificantes. Cuando ordenó a sus hombres que me ataran, yo ya estaba colaborando con él. Supongo que le pudo su ego de «soy militar, aquí mando yo».

—Sí, bueno. De vez en cuando le sale ese ramalazo...

—Me lo puedo imaginar. Y sobre Nathan... Eran muy amigos en el instituto, no me preguntes por qué, cosas de chicos. Nathan era el típico cerebritito, y él el quarterback del equipo de fútbol, así que imagínate. —Movi6 la cabeza—. Nunca me quedó muy claro el tema, pero Nathan es de esos que le caen bien a todo el mundo.

—Entonces tú... ¿conocías también a Nathan?

—Sí, ese es otro detalle que no te ha contado. Salimos juntos unos años en el instituto. Y la noche anterior a que todo estallara... digamos que tuvimos un reencuentro. Supongo que no miente cuando dice que lo ayud6 a salir, pero... —Se frot6 los ojos—. ¿Qué más da ya? Ha pasado demasiado tiempo.

Rachel le apret6 una mano, intentando darle ánimos.

—No voy a decirte que seguro que está bien, pero... aquí estás tú. Y Hunter. Podría ser posible, ¿no?

—No lo sé. —Cogió aire, mirándola agradecida por su apoyo—. Y cuéntame. ¿Cómo conociste a nuestro teniente favorito?

El rostro de Rachel se ensombreció ligeramente, al pensar quién fue la persona que ocasionó que Hunter se uniera a ellos. Tragó saliva, y empezó a

contarle a Emma todo lo que había sucedido desde que se conocieran. Cuando terminó de hablar, la miró. Ella movía la cabeza con tristeza.

—El mundo está muy jodido. No se puede confiar en nadie, está claro.

—Eso dice Hunter. Y no digo que no tengáis razón, lo que nos hicieron en el campamento, todos los que han muerto por culpa de tres personas...

—Sí, bueno, precisamente los tres últimos con los que yo me he encontrado no han resultado ser unos angelitos.

Las dos se miraron, pensando lo mismo. Rachel se fijó entonces en el perro, y aunque a simple vista parecía un rottweiler cualquiera, le resultaba demasiado familiar.

—Oh, Dios mío... ¿Sparky?

El perro la miró, moviendo el rabo, y ella se llevó una mano a la boca, asombrada.

—No puede ser... Esos tres que dices, ¿iba el perro con ellos?

—Sí.

—¿Cómo eran? ¿Recuerdas sus nombres?

—Sí que se presentaron, pero no me acuerdo. Uno era calvo, gordo. Otro así como rubio, y el tercero en plan grandote. —Se bajó el cuello del jersey y le enseñó las marcas que le había dejado la cuerda al quemarle la piel—. Esto es un regalo suyo. No me quedó otro remedio que matarlos.

—Emma, lo siento.

—No es culpa tuya.

—Pero es que si le hubiera dejado a Hunter matarlo... Todo esto, y tú...

—Olvidalo. —Se encogió de hombros—. ¿Crees que no pienso todos los días en lo que pudiera haber hecho de otra forma? ¿En que tenía que haber buscado mejor a mi hermana, o que si hubiéramos ido por otro camino mi mejor amigo aún estaría vivo?

Empezó a llorar, y Rachel la abrazó. Las palabras sobraban, no había nada que pudiera decir para consolarla. Emma empezó a hablar entrecortadamente, contándole todo lo que le había ocurrido desde que Hunter la viera por última vez.

Rachel la dejó hablar y desahogarse, y cuando terminó estaba tan agotada física y emocionalmente que Emma se quedó dormida en su regazo. Se quedó un rato con ella, y después se levantó con cuidado de no despertarla para ir a la cabaña de información.

J.J. se había quedado dormido; seguía sin verse afectado por el virus, así que ella fue a buscar a Hunter.

—¿Qué tal está J.J? —preguntó él.

—Igual. Hunter, han pasado muchas horas.

—¿Crees que él es... bueno, inmune?

—No se me ocurre otra explicación. Tendríamos que llevarlo a algún sitio, ¿no? Quiero decir, puede que él sea la clave de todo esto...

Hunter recordó a Nathan. Probablemente el CDC también había sido alcanzado por el impulso electromagnético, pero era la opción más lógica en aquel momento.

—Vayamos a Atlanta —dijo—. La base del CDC está allí, puede que también esté jodido, pero si queda alguien...

—Sí, podemos intentarlo. Y si no hay nada... Bueno, ya lo pensaremos.

—Iré a avisar al resto.

Se marchó para hablar con el grupo.

Rachel regresó junto a Emma, que se había despertado tras una pesadilla y estaba sentada, mirando el campamento pensativa. Le contó lo que había hablado con Hunter.

—¿Vendrás con nosotros? —preguntó al terminar.

—No lo sé, Rachel. Yo... Tengo que pensarlo.

—Está bien. Te dejaré dormir, y mañana lo hablamos, ¿de acuerdo?

Emma afirmó, acomodándose en su saco, y Rachel se fue al suyo.

Hunter despertó temprano, como casi todos los días. Miró su termo, pero ya no le quedaba café dentro; toda la vida odiando el café frío y ahora lo echaba de menos, aunque no pudiera llamarse café a aquella mezcla horrenda que hacían con soluble y agua. Se incorporó para estirarse y entonces escuchó a alguien trastear no muy lejos, de modo que caminó hasta llegar al lugar del que provenía el ruido. No le sorprendió en exceso encontrar a Emma; ya estaba levantada y despejada, doblando su saco de dormir. A sus pies tenía su mochila abierta.

—¿Qué haces? —preguntó, después de carraspear—. ¿Te vas?

—Sí. No es por nada, pero prefiero seguir sola.

—¿En serio? —Fue despacio hasta ponerse a su altura—. ¿O es por mí?

—Siento decírtelo, pero no eres el centro del universo, Cooper.

—¿Y entonces cuál es la pega? —Hunter se sentó en el suelo mientras contemplaba como ella continuaba metiendo cosas en su bolsa—. Es mejor no estar solo. Vamos bien protegidos, podemos apoyarte, y a nosotros también nos vendría bien una policía en el grupo. Toda precaución es poca.

—En eso te doy la razón. —Se giró para enfrentarlo—. Lo que pasa es que ya me he hartado de cuidar de la gente para luego perderla. Así que gracias, pero no, gracias.

—Sé que Rachel te cae bien, puedo notarlo.

—Te diría lo mismo, pero no creo que sea necesario. —Hunter se echó hacia atrás con cara de sorpresa, como si lo hubieran abofeteado—. ¿Qué te pasa, se te ha olvidado cómo funciona el cortejo, Cooper? Te haré un recordatorio, si persistes en tu actitud de militar insensible con una de las pocas personas que se preocupan de verdad por ti algún día te arrepentirás. Idiota.

Él se quedó callado y bajó la mirada hacia el suelo, avergonzado. Bien lo sabía, que a veces se comportaba como un idiota. Normalmente nadie se atrevía a

decírselo, pero Emma no tenía ningún tipo de problema en hacerlo.

—Siéntate un segundo —pidió—, por favor.

Emma abandonó su mochila y se puso a su lado, pero sin mirarlo.

—Algunos de mis hombres quedaron en tu zona la noche del suceso —comentó.

—¿Y qué? —Ella no tenía muchas ganas de retomar ese tema, pero al fijarse en su expresión supo que su interés por sus hombres era real. Suspiró—. Estábamos Joel, Olivia y yo. Y luego el sargento Clive y el capitán Scalia.

Hunter asintió, tragando saliva.

—¿Joel murió?

—Todos están muertos. Olivia se tomó un bote de valiums, Clive murió de una infección que no supimos tratar —cada palabra se le atragantaba, y era más difícil cuando veía su cara, en la que por primera vez hacía años, reconocía al Hunter con quien se había criado—. Joel se pegó un tiro cuando lo mordieron. Y Scalia tuvo mala suerte.

—¿Y eso qué? —Señaló las marcas de su cuello.

—Oh, esto es un recuerdo de un amigo tuyo, ese tipo enorme que expulsasteis del campamento —replicó Emma—. Estuve muy cerca de ser la última de la lista, pero ya me conoces. Soy chica de recursos. —Y sonrió amargamente.

—Sé que lo eres, por eso quiero que nos acompañes. Mira. —Se tomó la licencia de poner la mano en su brazo, algo que no debería resultar extraño pero que a él se le hacía un mundo—. He pensado una y otra vez como disculparme por lo sucedido aquella noche, pero es que todo aquello me vino grande. No sabía qué hacer, confiaba plenamente en el coronel Thomas y...

—Oye —le interrumpió la rubia—, vale, es verdad que estaba furiosa contigo. Mierda, me dejaste atada. —Movió la cabeza como si no pudiera creerlo—. Pero no voy a guardarte rencor siempre, Hunter, entiendo que no había mala intención. Lo sé porque yo también he cometido mis propios errores y no fue mi intención que sucediera.

—¿Prometes entonces que no seguirás pegándome puñetazos?

—No, eso no lo prometo.

—Bueno, puedo vivir con ello. Siempre y cuando viajes con nosotros. —Hunter se levantó y se sacudió la nieve de los pantalones—. Piensa que cuando lleguemos a Atlanta, si tenemos suerte y todo va bien, necesitaremos alguien que... ya sabes, haga cumplir la ley. —Ella no parecía demasiado convencida—. Y a Rachel le viene bien compañía de otra chica. Creo que se siente un poco sola.

—Me pregunto por qué. — Emma se levantó también—. ¿Seguro que quieres que vaya? Por Dios, he apuntado a uno de tus chicos a la cabeza. Me debe odiar.

—¿Quién, J.J.? No, tiene buen corazón, solo es un poco... tonto.

Ella soltó una risita y cogió su bolsa, echándosela al hombro.

—Está bien —aceptó—. Os acompaño. Pero Hunter —le advirtió—, no vuelvas a pasar por encima de mí. Yo no pienso obedecer tus órdenes como si fuera uno de tus soldados.

—Como si no lo supiera —murmuró él en cuanto Emma se alejó.

7. Atlanta

Tener un objetivo claro en mente les dio energías renovadas a todos, y en un par de días ya habían llegado a las afueras de Springfield.

El plan inicial había sido acampar en un bosque cercano, pero se encontraron con un campo de golf por el camino. Al revisar el edificio principal vieron que era seguro, así que decidieron pasar la noche allí.

Emma no podía dormir, por lo que se levantó y salió de la sala donde se habían refugiado intentando no hacer ruido. Se puso una cazadora y salió a la calle, frotándose los brazos. La gente del grupo la trataba como uno más, todos eran amables y Rachel le caía muy bien, pero no terminaba de relajarse con ellos. Temía un ataque en cualquier momento, cualquier ruido la ponía alerta o, lo que era peor, en cuanto conseguía dormir un poco le asaltaban las pesadillas.

Tenía que distraerse, así que miró el tejado y decidió subir a ver si alguno de los que estaba de guardia quería cambiar la hora con ella. Se dirigió a la parte trasera del edificio, ya que allí el tejado era más bajo y más fácil de subir, pero al llegar a la esquina se quedó parada. Rachel y Hunter estaban allí, y aunque hablaban en voz baja, parecían estar discutiendo. Al verla se callaron de pronto, los dos mirándola con gesto hosco.

—Por mí seguid, no os preocupéis —dijo—.

—Yo ya me iba —replicó Hunter—.

—No, tú no te vas —dijo Rachel. Él ya se alejaba—. Yo lo mato.

Ella apretó los puños, moviendo la cabeza furiosa. Emma frunció el ceño, dándose cuenta de detalles que hasta entonces, ocupada con sus problemas, no se había fijado.

—Es que es un cabezota —protestó Rachel—. ¿Te puedes creer que se va él solo por ahí a mirar no sé qué de unos establos, que ha visto una señal? Que lo podríamos mirar de camino, digo yo, pero no, el señor superhombre tiene que ir solito.

—Ya. —Se encogió de hombros—. No te preocupes por él, sabe cuidarse solo. Pero bueno, ¿por qué no me dices qué os pasa?

—¿A qué te refieres?

—¿Y esa tensión sexual no resuelta que tenéis?

—¿Perdona?

—No os tocáis, os evitáis en todo lo posible... y tal y como os mirabais ahora... En fin, parecía que ibais a saltar el uno sobre el otro, y no para pegaros precisamente.

—Sí, ya, bueno... —Enrojeció—. Realmente no resuelta, no resuelta... tampoco es.

—¿Cómo dices? —Se acercó más a ella, ya que Rachel había bajado la voz—. A ver, Rachel, o ha habido tema o no ha habido.

—Es que fue... —Se mordió un labio, mirándola—. Nadie lo sabe, Emma. Si te lo cuento, por favor, no lo digas.

—Ahora sí que tienes que contármelo, no puedes dejarme así.

—Está bien.

Se sentó en un banco que había tras ellas, y le señaló el sitio a su lado. Emma lo ocupó rápidamente.

—La verdad es que... —empezó Rachel—. En realidad no fue nada.

—¿Nada? Rachel, que lo conozco de toda la vida. Vale que en los últimos años era para darle de comer aparte, pero te puedo asegurar que en el instituto tenía muy buena fama. Así que no ha podido ser «nada», eso seguro.

—No fue como te lo imaginas.

—Yo es que tengo mucha imaginación, pero muy bien, sorpréndeme. ¿Qué pasó?

—Yo... Él no quería, casi le tuve que violar.

—Vale. Oficialmente, estoy sorprendida. Está claro que, conociendo a Hunter, se lo puede obligar a hacer cualquier cosa que él no quiera.

—¿Quieres que te lo cuente o no?

Emma hizo el gesto de cerrarse los labios como si tuvieran cremallera, y escuchó atentamente lo que Rachel le decía. Cuando terminó, Rachel estaba a punto de llorar.

—Y no hemos vuelto a hablar de ello. Que lo entiendo, es lo que acordamos, pero yo... —Se frotó los ojos—. No paro de pensar en él, y...

—Mira, te voy a decir algo que quizá te sorprenda, pero a estas alturas no lo creo. —Rachel la miró expectante—. En general, los hombres son tontos. Y este en particular, más.

—Emma...

—Te lo digo en serio. No puedes pensar de verdad que lo obligaste a nada, lo conozco. Hunter es el señor impasible por excelencia desde que entró en el ejército y créeme, tú le has tocado la fibra. No lo admitirá nunca, pero es así.

—Pues no lo parece. Ya has visto cómo nos hablamos, y... ese día fue el único que lo vi mostrar alguna emoción, si es que nunca lo he visto siquiera sonreír.

—Casi mejor así, te lo aseguro. Yo hace años que tampoco lo he visto hacerlo, pero en el instituto, una sonrisa suya hacía que se le cayeran las bragas a todas.

Rachel sonrió a medias, pensando en la escena.

—No me lo imagino en aquella época. ¿Le ocurrió algo, para cambiar así?

—Bueno, no le gusta hablar de ello, pero... cuando terminó el instituto, sus padres murieron en un accidente de coche. Fue un golpe muy fuerte, él estaba muy unido a su padre. —Sacudió la cabeza—. En fin, ingresó en el ejército, supongo que por comodidad porque teníamos Camp Ripley al lado, y se metió de lleno en su carrera. —Le cogió una mano, intentando animarla—. Hemos cambiado mucho todos desde entonces. Te diría que le dieras tiempo, pero tampoco es un lujo del que dispongamos, tal y como está el tema. ¿Por qué no hablas directamente con él? ¿Le enfrentas, a ver qué pasa? De lo malo, malo, a lo mejor consigues otro polvo, ¿no?

Rachel se encogió de hombros. Probablemente Emma tenía razón, debería hablar con él y salir de dudas, pero no se veía con fuerzas para recibir un rechazo total por su parte.

—Tengo que pensarlo, pero gracias por escucharme, Emma.

—Puedes llamarme Em, si quieres. Así me llamaba mi... —Tragó saliva—. Hermana, y mis amigos.

—Claro.

Se abrazaron, y tras un rato disfrutando de su recién iniciada amistad, regresaron juntas al interior del edificio.

Rachel despertó al oír el relincho de un caballo. Abrió los ojos, pero como aún

estaba la sala a oscuras, decidió seguir durmiendo. Hasta que lo oyó de nuevo, y entonces se incorporó sobresaltada. Emma, acostada en otro saco junto a ella, también se sentó con la misma expresión de extrañeza.

Se levantaron y se acercaron a una ventana. Comenzaba a amanecer, y en la penumbra distinguieron a Hunter hablando con Erik, y a dos caballos. Cogieron un abrigo cada una, y salieron al exterior.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó Emma.

Hunter las miró, poniéndose a la defensiva al verlas juntas. Ya tenía bastante con esquivar a Rachel e intentar no discutir con Emma, si encima se estaban haciendo amigas... Estaba seguro de que harían frente común contra él.

—Hay un refugio de caballos, como a hora y media andando de aquí —contestó—. He podido contar unos treinta, deberíamos ir cuando se levanten todos. Llegaremos mucho antes a Atlanta a caballo que andando.

—¿Y rabiosos? —preguntó Rachel.

—Alguno por el camino, pero nada preocupante.

—Me parece bien, mañana iremos allí, pero de todas formas podrías haber esperado a que fuéramos todos juntos, Hunter.

—Ella tiene razón —intervino Emma—. Es mejor que no nos separemos. Aunque tú pienses que lo eres, créeme: no hay nadie invencible.

Le hizo un gesto a Rachel, y se marcharon de nuevo juntas a dormir un poco más. Hunter dejó escapar el aire que hasta entonces había estado reteniendo sin darse cuenta. Tenían razón, lo sabía, y también que en la próxima discusión, tenía las de perder. Miró a Erik en busca de apoyo, pero este examinaba la silla de un caballo con atención, ignorándole deliberadamente. No tenía ninguna intención de meterse en el medio.

Cuando todos se levantaron y desayunaron, cargaron a los caballos con los objetos más pesados y, guiados por Hunter, se dirigieron hacia el centro ecuestre.

Tal y como él había dicho, se trataba de un refugio de caballos. En la recepción había un listado con todos los detalles de todos los animales, en su mayoría rescatados, y cómo se podían adoptar o aportar donaciones. Habían

sobrevivido gracias a los sacos de pienso que encontraron en un granero, que alguien había dejado abiertos para ellos, y a los propios pastos del refugio.

Escogieron los que parecían más tranquilos y entrenados, y al resto les dejaron las vallas abiertas para que pudieran marcharse.

Ir a caballo supuso una gran diferencia. No solo avanzaban mucho más rápido, también hacían menos paradas para descansar y les resultó mucho más fácil esquivar y huir de rabiosos. Como consecuencia, tardaron en llegar a las afueras de Atlanta una semana después, antes de lo que habían calculado.

Entraron por el norte, aprovechando las innumerables zonas verdes que tenía la ciudad para poder avanzar sin llamar la atención.

Cuando atravesaron los últimos árboles antes de llegar a la carretera principal, decidieron esperar ocultos mientras Hunter y Emma se acercaban al recinto del CDC.

Ninguno de los dos las tenía todas consigo. El pulso electromagnético también había llegado hasta allí, no había signos de gente por ninguna parte, pero aun así fueron hasta la entrada principal. Ya era de noche, y se quedaron agachados detrás de un muro, mirando el edificio acristalado frente a ellos.

—Aquí tampoco hay nada —dijo Emma, sin poder ocultar su desilusión—. Todo este camino, para nada. ¿Qué les vamos a decir al resto?

—La verdad. Entraremos, veremos si hay algo útil y seguiremos nuestro camino.

—¿Hacia dónde? Todos pensábamos que aquí habría algo, pero no ha sido así. —Se sentó, apoyando la espalda en el muro—. ¿Y sabes qué es lo peor?

—¿Puede haber algo peor?

—Muy gracioso. —Le pegó un codazo—. Apuesto a que no sabes qué día es hoy.

—¿Viernes? ¿Sábado? ¿Qué importa eso?

—Es nochevieja, Hunter. Y estúpidamente pensé que era una señal, que llegar aquí hoy significaba un nuevo comienzo. Y ya ves, todo sigue igual de jodido.

Hunter se incorporó de pronto, mirando fijamente al edificio.

—Em, levántate.

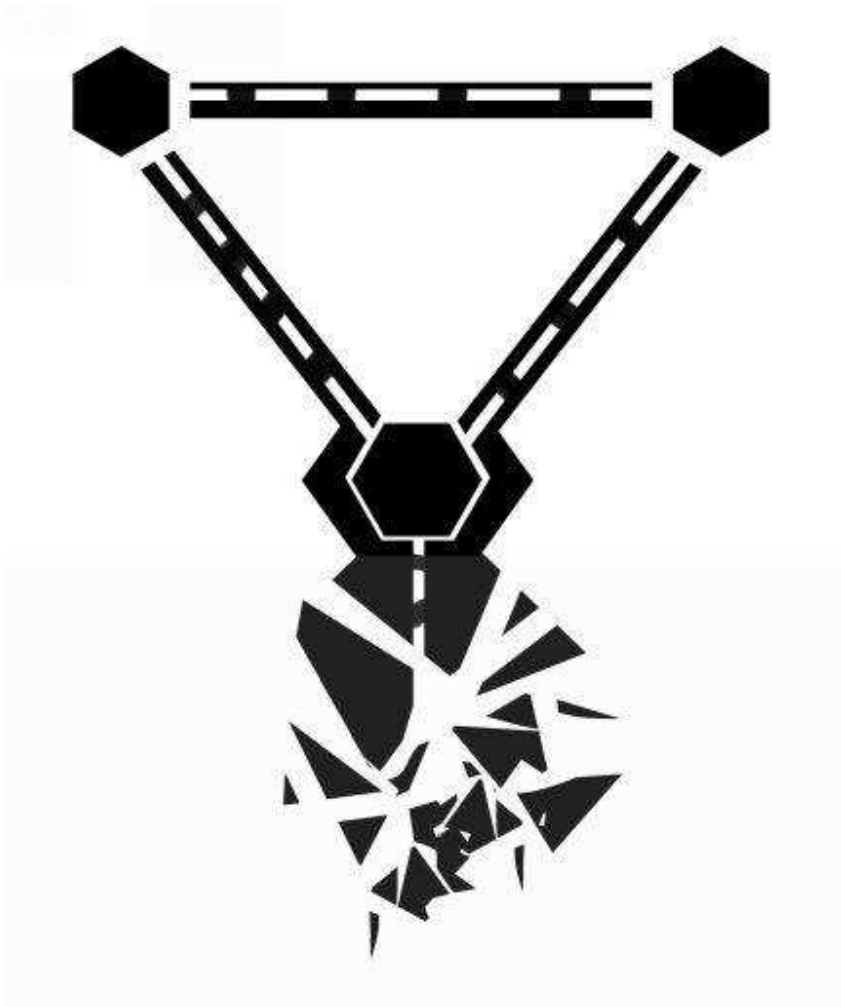
—¿Para qué?

—Levántate.

Ella obedeció a regañadientes, siguiendo la dirección de su mirada, y se quedó con la boca abierta de asombro. En una de las plantas de oficinas, unas luces halógenas parpadearon, iluminando cada vez más ventanas a medida que se iban encendiendo.

—Feliz año nuevo, Emma.

CUARTA PARTE: HACIA EL FIN



1. El chico de ojos extraños

—¿No tienes hambre? —preguntó Alexis, empujando la lata que había abierto hacía un rato hacia él. Ella trataba de controlarse con la comida, ahora que ya no practicaba tanto ejercicio como antes no tenía otro remedio, pero él justo al revés, comía poco y eso la sacaba de quicio, no quería que enfermara o se quedara

muy delgado, no ayudaría en nada.

—No mucho —Nathan respondió sin apartar la mirada del libro que estaba hojeando. Al notar el silencio surgido a raíz de su contestación, levantó sus ojos azules para mirar a Alexis, que se había quedado contemplándolo—. ¿Pasa algo?

—Tienes que comer —dijo ella.

Nathan se quedó sorprendido al escucharla.

—Sí, vale. Gracias, mamá —contestó, esbozando una sonrisa leve.

—¿Cuándo vas a reaccionar?

El chico dejó el libro apoyado en su regazo. No entendía qué le sucedía a Alexis. Cuando habían comenzado su recorrido hacia Atlanta juntos, parecía tener muy claro qué debía hacer y cómo hacerlo, pero ahora, cada vez más a menudo, la notaba dispersa, distraída, como si empezara a olvidar la misión que tenían. En el proceso del camino algo había cambiado en ella, ya no actuaba como militar, preocupada de su rutina deportiva, de sus cálculos con los kilómetros que quedaban por recorrer, de sus armas... ahora ya no hacía deporte, ni usaba ropa militar, se empeñaba en hablar y hablar y hablar, por no mencionar la manía que le había dado por pasearse ligera de ropa. Reconocía las señales de seducción, pero prefería ignorarlas.

Solo que al parecer, Alexis se había cansado de que la ignorara.

—¿A qué te refieres? —preguntó, sin estar seguro de querer escuchar su respuesta.

—Han pasado meses, no sé cuántos, pero...

—Tres— informó él.

—Vale, pues han pasado tres meses. Creo que ya es hora de abandonar la idea de que vamos a encontrar más personas y la cura en Atlanta— se aproximó a su altura y se sentó mirándolo a los ojos— Cuando... suceden estas cosas, los supervivientes tienden a juntarse. Porque es lo que hacen las personas. Vuelven a crear grupos, buscan un lugar donde quedarse y rehacer su vida... y empiezan de cero.

—Tres meses no me parece tanto tiempo como para abandonar la idea de una posible solución. No me creo que el mundo entero haya sido destruido y que no haya esperanza.

—No hemos visto a nadie en todo éste tiempo —informó ella—. Solo contagiados. Nadie que fuera capaz de articular frases completas.

—Quizá elegiste un camino poco transitado —comentó Nathan.

—Hunter me dijo dónde debíamos vernos y cuando llegamos no estaba. Lo esperamos durante días sin éxito... me parece que ya es hora de aceptar la realidad.

—¿Y qué sugieres? —Nathan trató de controlar el sarcasmo en su voz.

De repente tenía claro lo que quería, no era imbécil. Alexis había dejado caer su antigua vida como quien deja caer un vestido al suelo: estaba cansada de luchar. Quería buscar un sitio donde quedarse y mejor aún si tenía al lado un hombre que le gustara. Pensaba que de esa manera podrían empezar una nueva vida, tal vez tener un par de hijos, ser felices; porque, como bien había dicho ella, era lo que hacía la gente: enterrar los malos recuerdos y seguir adelante.

—Quiero que seas razonable. Lo hemos intentado y no ha habido suerte.

—No lo hemos intentado lo suficiente —él rechazó la idea y frunció el ceño—. Yo no he perdido la esperanza de encontrar gente.

—Dirás a ella. —Alexis se irguió—. ¿Por qué te empeñas? No la vas a encontrar, sabes tan bien como yo que está muerta.

Nathan arqueó una ceja al escucharla.

—Al parecer no lo sé tan bien como tú —comentó—. ¿Por qué estás tan convencida de eso? Si nosotros hemos conseguido llegar hasta aquí, ¿por qué no ella?

—Está muerta. Créeme, lo sé.

Lo dijo con tanta convicción que el chico dejó el libro y la interrogó con la mirada.

—¿Cómo que lo sabes?

Alexis se dio cuenta que había hablado demasiado y que ya no podía recular. Bueno. De cualquier modo, no habían encontrado a Hunter y las posibilidades de que eso sucediera eran casi nulas, así que, ¿qué más daba si al fin Nathan sabía la verdad? Quizá ya fuera hora de que la supiera, así dejaría de lado sus absurdas esperanzas.

—La noche que el coronel nos mandó a por la paciente cero —dijo, y él afirmó—. No te contamos toda la verdad de lo sucedido. El coronel nos ordenó callar ciertos detalles.

—Dilos ahora —exigió él con voz tensa.

Alexis tragó saliva, un poco intimidada al ver cómo le había cambiado la expresión al chico. Lo único que quería era que dejara de sufrir, ambos, y ser felices. ¿Por qué era imposible? Ella había conseguido dejar atrás todos los recuerdos y estaba dispuesta, los dos eran jóvenes... era una idea razonable.

—Cuando llegamos, la infectada ya estaba con la policía —explicó en tono dubitativo—. La acababan de encontrar, andando por la carretera. Estaban todos fuera mientras esperaban la ambulancia a la que habían llamado.

—¿Y qué pasó?

—Hunter quería llevársela, pero Emma se negó. Con toda la razón, claro... era una civil y nos estábamos metiendo en sus competencias. —Cogió aire y se enfrentó a su cara, que se mantenía hosca—. Pero las órdenes eran claras. Debíamos llevarnos a la chica, policía o no policía. Y eso hicimos.

—¿Qué pasó, Alexis? —insistió Nathan.

—Nos hicieron frente, pero éramos demasiados y Emma lo sabía. Igual que adivinó que Hunter haría lo que tuviera que hacer... en aquel momento pensábamos en un mal mayor. Hunter sólo hizo lo que debía. —Dejó caer los brazos sobre su regazo—. Los desarmamos. Nadie tenía que salir herido. Pero nos atacó Tuesday, y no murieron solo soldados.

El chico notó que la garganta se le quedaba seca. No podía creer lo que escuchaba, pero empezó a imaginarse la escena... la infectada atacando a todo el que tuviera alrededor. Con todo el equipo de policía fuera era lógico que hubieran caído unos cuantos, pero... ¿ella?

—¿La viste morir? —preguntó en voz baja.

Si era así, tendría que hacerse a la idea y no había más. Dejar de pensar en encontrar el antídoto, o una comunidad de más personas, o personal cualificado en Atlanta que pudiera ayudarles. Y por supuesto, de encontrarla a ella.

—No —dijo Alexis y lo oyó suspirar—. Pero Nathan...estaba atada. Creo que estarás de acuerdo conmigo en que las posibilidades de que saliera ilesa son de uno a mil.

—¿Como que atada?

—Fue una medida que adoptó Hunter, no quería que le causara problemas. —Y sintió la necesidad de defenderse al ver sus ojos acusadores—. ¡Nadie sabía lo que iba a suceder!

—Y no dijisteis nada... —murmuró él, sin poder creerlo.

—Tu padre no quería que lo supieras. Y nosotros también pensamos que era mejor evitarte ese disgusto.

Hizo un intento de cogerle las manos, pero Nathan la rechazó con brusquedad.

—¿Y ahora qué? ¿Nos buscamos una casita mona y nos ponemos a hacer niños porque es el ciclo de la vida y como somos hombre y mujer ya no importa nada más?

—Sí que importa, Nathan —dijo en tono suplicante—. No es procrear a secas, mis sentimientos hacia ti son muy reales.

Pensó que confesarlo lo ablandaría, pero lo único que recibió fue frialdad.

—Tú no estás enamorada de mí —le dijo—. Tú, si hubieras coincidido conmigo en la calle, no me habrías dado ni la hora.

—No es verdad.

—Claro que sí. Tendrías los mismos sentimientos si fuera cualquier otro. —Nathan se levantó—. Te has pasado tres meses conmigo las veinticuatro horas del día y hasta cierto punto es normal que haya llegado a gustarte, porque no hay más

personas.

—Si tan normal es, ¿por qué a ti no te ha sucedido conmigo?— quiso saber ella.

Para eso, Nathan no tenía respuesta. Pero daba igual... Alexis vio cómo se alejaba hacia su saco de dormir, dejando claro que le quedaba a ella el primer turno de guardia. Se frotó la frente, pensando en porqué no se había callado... ahora lo tendría días enfadado y quién sabe si alguna vez volverían a tener la misma relación amistosa que hasta entonces. Porque, al contrario de lo que había dicho él, había tenido la oportunidad de conocerlo... y de descubrir que era buena persona, justo, gracioso cuando quería. Y guapo, desde que había conseguido que no se pusiera continuamente las gafas, ese día había descubierto que era muy atractivo y que echaba de menos el sexo. Y que no sería disparatado que se liaran. Nunca se sabía.

Se pasó todo el turno de vigilancia pensando en cómo arreglar la discusión. Cuando Nathan se incorporó para el relevo quiso decirle algo, pero no supo qué y el joven tampoco le dio mucha opción al diálogo, limitándose a ocupar su sitio.

Cuando Alexis despertó por la mañana, el sol ya brillaba con fuerza. Era más tarde de la hora habitual a la que se levantaban, lo sabía; se incorporó en su saco de dormir y miró alrededor, buscando a Nathan. La tienda estaba tal cual la habían dejado la noche anterior, pero su saco había desaparecido, al igual que su mochila y parte de los mapas.

Mientras había oscuridad y ella dormía, Nathan había recogido sus cosas y la había abandonado.

El pelirrojo consultó los mapas una vez más, antes de escoger la ruta a seguir. Sentía remordimientos por haber dejado a Alexis sola en medio del bosque, pero ella sabría apañárselas sola, además mejor que él. El hecho era que ya no confiaba en la joven y se le habían quitado las ganas de continuar viajando a su lado, era mejor que cada uno siguiera su camino.

Tenía cosas que agradecerle, naturalmente. Alexis lo había sacado del automóvil cuando este volcó mientras trataban de huir; en aquella ocasión se había dado un buen batacazo cuyo resultado había sido una aparatosa brecha en la cabeza. Y no había sido la única vez, la verdad era que el viaje había resultado duro, nunca

hubiera imaginado que tanto. Suponía que eso era lo que pasaba cuando a uno lo sacaban del laboratorio y los libros, pero no estaba preparado para hacer de explorador ni nada por el estilo. Hacía ya tiempo que comía para sobrevivir, con la consecuente pérdida de peso; cuidaba su higiene de forma escrupulosa, pero lo del pelo ya no tenía remedio. Para colmo de males, las gafas se habían roto en el accidente de coche y sin ellas leía regular, pero Alexis había estado aguda al sugerir entrar en una óptica y buscar hasta encontrar unas con una graduación similar a la suya. No eran perfectas, pero era mejor que nada.

Luego estaba lo de las armas. Alexis había insistido en que fueran armados hasta los dientes y él no entendía bien el motivo. O sea, lo entendía en ella, pero, ¿y él? Si no le daría a un elefante ni a medio metro... Lo mismo con los cuchillos, armas que se suponía que se usaban en una pelea cuerpo a cuerpo; si se metía en una de esas, tenía todas las papeletas para convertirse en el cadáver de la ecuación. Era como si Alexis no quisiera enterarse que mientras ella se había instruido en cosas como estrategias, peleas y tiros, él se había dedicado a otras como investigaciones y trabajo. No era el típico tío que andaba por ahí a caballo con un cuchillo entre los dientes dispuesto a cargarse a cualquiera que osara mirarlo y no había más. Le agradecía su ayuda, y que viajara con él, pero de ahí a tratar que actuara como ella...

Al menos, hasta hacía bien poco la chica se había portado de forma profesional, pero ahora de pronto le venía con esas. Haciendo caídas de ojos, que hasta que se dio cuenta de lo que era se pensaba que tenía un tic... nunca pillaba esos coqueteos sutiles. Siempre se acordaba de que Emma prácticamente había tenido que ponerle un cartel en plena cara que decía «Me gustas».

En fin, fuera como fuera, después de lo que había relatado no tenía la menor gana de pasar el resto del viaje a su lado. Aunque era un error viajar solo y lo tenía claro, si veía algún contagiado lo más probable era que se pegara un tiro él mismo tratando de alejarlos. Pero lo intentaría, y para ello lo primero que hizo fue pasar por una tienda para equiparse, sobre todo ropa de abrigo, el frío era uno de sus peores enemigos. La comida le preocupaba menos; llevaba dos armas, pero siendo consciente de que tendría que tener mucha suerte para utilizarlas con éxito.

Su mejor baza consistía en pasar desapercibido, algo que siempre se le había dado muy bien. Era silencioso y precavido, estudiaba el camino y las zonas durante un buen rato antes de ponerse en marcha, y así se aseguraba de tener vía libre. Si descubría algo preocupante, cambiaba de ruta, aunque eso significara dar vueltas. Llegó a St. Louis un par de semanas después de dejar a Alexis; una vez allí escogió

una ruta forestal esperando encontrar un refugio, pues tenía pinta de ir a nevar. Un par de horas después se cumplieron sus sospechas y empezaron a caer copos.

Genial, aquello era muy poético, con toda esa nieve cayendo como a cámara lenta, pero se estaba quedando helado. Había avanzado demasiado como para retroceder, pero seguía sin encontrar un sitio donde resguardarse.

Cada vez tenía más claro que iba a morir congelado en medio de la tormenta de nieve, cuando de pronto vio aparecer una figura. Enfocó para ver si estaba alucinando, pues era el tipo más grande que había visto en su vida, y qué aspecto... llevaba el pelo largo y descuidado (sí, vale, en eso podían darse la mano), kilos y kilos de ropa con una prenda sobre otra, todas de aspecto desastroso y una barba terrible. Se detuvo frente a él y le inspiraba tanto respeto que aunque lo que le ordenaba su cabeza era darse la vuelta, se quedó quieto sin quitar los ojos de él. El desconocido le devolvió la mirada y entonces vio Nathan el cuchillo de caza que llevaba en las manos.

—Llevo armas —advirtió retrocediendo—, pero no tengo ni puñetera idea de usarlas. O sea, que no soy... peligroso.

El desconocido seguía sin quitarle la vista de encima, hasta que abrió la boca y empezó a recitar:

—Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve; sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas. Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza. Cuando lo vi, caí como muerto a sus pies. Y él puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último. Y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. ¡Y tengo las llaves de la muerte y del Hades! — Al fin hizo una pausa—. ¡Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de estas!

Nathan se había quedado sin habla.

«Genial», pensó, «un pirado».

El pirado empezó a reírse a carcajadas al ver su expresión.

—Ven conmigo —ofreció. Al ver que Nathan parecía receloso, insistió—. Vamos. Hay una cabaña aquí, a unos pocos metros. La tormenta durará tiempo. No tengas miedo, chico de ojos extraños.

Para tranquilidad de Nathan, el hombre no estaba loco del todo, aunque tampoco podía decirse que estuviera cuerdo. Cuando le preguntó su nombre al entrar, se encogió de hombros y le explicó que tenía un reloj que funcionaba y algunas cosas más, se mantenían operativas porque había sido previsor y las había guardado en una jaula de Faraday. Eso y más cosas en el sótano de su vivienda, que hacía años había acondicionado para tal fin.

—¿Por qué hiciste algo así? —preguntó Nathan mientras curioseaba en la cabaña de aquel hombre, que por cierto, tenía de todo.

—Sabía que llegaría el apocalipsis.

—¿En serio? ¿Cuánto llevas viviendo por aquí?

—Desde que se fue la electricidad y aparecieron los engendros del demonio. Todo dejó de funcionar.

—Sí. Se llama pulso electromagnético y no tiene nada que ver con la biblia. —Nathan empezó a mirar los tomos de los libros que había ordenados en un estante—. Entonces, habilitaste tu casa tipo bunker.

El hombre asintió y Nathan se giró.

—¿Cómo se supone que tengo que llamarte, hombre de la jaula de Faraday?

—El nombre no es lo importante aquí.

Nathan sacudió la cabeza, sin perder detalle: mantas, comida, un sofá, sacos de dormir, ropa de abrigo...

—¿Te has quedado muchas veces fuera de tu bunker en alguna tormenta... Faraday?

—No. Esta es la primera. Me quedaba poca comida y tenía pensado cazar, así que estaba escondido. Y a decir verdad, he salido porque te he visto y me ha parecido que la ibas a palmar. —Y se miró las manos— No iba a dejar que eso ocurriera, tengo problemas mentales, pero no soy mala persona.

—¿Eso se supone que debería tranquilizarme? —Nathan lo miró con recelo.

—Si no quieres quedarte, la puerta se abre hacia fuera —informó el hombre—. Si quieres quedarte, tengo sitio para ti, tengo comida para ti.

—Solo hasta que cese la tormenta. —Nathan se fue a mirar por el ventanuco—. Después tengo que seguir mi camino. Voy hacia Atlanta.

Faraday se había sentado en su sofá y lo observaba con curiosidad.

—¿Qué hay en Atlanta?

—El CDC. Pienso que igual allí queda personal con vida. —Vio que lo miraba de forma curiosa—. Soy virólogo, ya sabes. Bata blanca, microscopios, tecnicismos... en fin, que si allí aún existe un equipo trabajando en una posible cura, puedo ser de ayuda.

—Comprendo —repuso Faraday con calma. Luego alzó la mirada—. No te enfades, chico de ojos extraños, pero tú solo no llegarás hasta allí.

—¿Tan obvio es?

—No creo que aguantes físicamente, no tienes buen aspecto... diría que tus defensas están tirando a bajas. Además, has admitido que no sabes utilizar bien las armas, ergo no sabes defenderte y si te encuentras con esos engendros del diablo date por muerto.

—¿Vamos a llegar a alguna parte o solo es un discurso dejando claras mis limitaciones?

—Me he quedado sin provisiones, por eso ando saliendo estos días. Necesito comida, necesito agua, necesito algo nuevo que hacer.

Nathan arqueó una ceja.

—¿Algo nuevo como acompañarme?

—Puede. Lo voy a pensar. —Faraday se aproximó hacia donde se encontraba el pelirrojo y también miró por la ventana—. Esta tormenta durará al menos quince días. Busca un lugar donde acomodarte. —Y sonrió.

Resultó que Faraday estaba en lo cierto, y hubo nieve durante un par de semanas. Una vez el temporal se fue calmando, los dos abandonaron el refugio y Faraday anunció a Nathan que iría con él a Atlanta.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Me vendrá bien la distracción y a ti que yo ande cerca. Una vez allí, si hay algo de lo que buscas, es posible que dé media vuelta y me marche.

—¿Para volver a dónde? ¿A estar otra vez solo, metido en el sótano de tu casa?

—Ya que lo mencionas, antes de marcharnos tenemos que bajar. Quiero llevarme unas pocas cosas.

—Claro, claro —Nathan le siguió la corriente—. De paso podrías aprovechar para...

—¿Para qué? —Faraday lo miró fijamente.

—Ya sabes... bañarte.

—No me gusta mucho el agua.

—Ya, ya me he percatado...

—Un poco de suciedad no hace daño a nadie —comentó Faraday despreocupado.

—Solo a la vida social —bromeó Nathan, pero cuando el hombre se dio la vuelta decidió no seguir al ver su cara—. Sí, vale, ya no hay vida social. Lo siento.

Faraday sacudió la cabeza y empezó a caminar dejándolo atrás, así que el chico lo siguió. El hombre vivía cerca del estadio Metrolink. Eso implicaba meterse en la ciudad, pero Faraday parecía tenerlo todo bien controlado y tomaba precauciones, de manera que pronto llegaron a su destino.

—El refugio del bosque, ¿cuándo lo hiciste?

—En realidad ese no es mío, es solo una cabaña abandonada. Cuando empezó todo esto decidí llevarme algunas cosas allí por si acaso alguien entraba en

mi casa... nunca está de más tener otro lugar al que acudir.

—Entiendo. —Vio cómo Faraday abría la puerta del sótano y le hacía un gesto con la mano invitándolo a bajar—. Te espero aquí, si no te importa. No me van mucho los espacios cerrados.

—Como quieras.

—¿Te importa si uso tu ducha?

—No. Pero no revuelvas nada —avisó, con un gesto de advertencia—. Me gusta que todo esté ordenado.

—¿De veras? —preguntó Nathan mirando a su alrededor y dándose cuenta de que prácticamente toda la casa estaba hecha un desastre—. Tranquilo. Lo dejaré tal cual.

—Bien. Iré preparando mis cosas.

—¿Seguro que no quieres... ya sabes, entrar tú primero?

—Como me vuelvas a decir que me bañe te pego una paliza.

Nathan se encogió de hombros, sin parecer preocupado en exceso, y lo dejó meterse en su querido sótano. Ni loco se le ocurriría a él bajar ahí abajo, aún no las tenía todas consigo sobre si aquel tipo era de fiar...sin embargo, no tenía más opciones, iba a tener que confiar sí o sí.

Se acercó al lavabo, pensando en que si se encontraba en el mismo estado que el resto de la casa y su propietario no se metería allí.

Faraday se pasó un buen rato en el sótano; finalmente salió, con una mochila cargada a la espalda y escrudiñó su hogar. A pesar de sus palabras el día anterior, parecía tener claro que no regresaría y a Nathan le dio un poco de lástima... En fin, él ni siquiera había podido pasar por su casa para llevarse algunas cosas. Todo aquello le había pillado en la base militar, y con una maleta que llevaba lo justo... tampoco es que fuera a ponerse a llorar por no haber podido rescatar fotos de su padre, la verdad. ¿Qué habría sido de él? No se había parado demasiado a pensar en nada cuando Hunter lo había sacado del laboratorio para meterlo en un coche con Alexis. ¿Y la doctora Hill? O el propio Hunter, ¿seguiría con vida? Desde luego a Davenport no había llegado, pero le costaba horrores creer que su amigo, con esa

forma física y ese temple militar, hubiera caído por el camino.

En fin, ya daba igual, no volvería a verlo. Ahora tenía que centrarse en su destino y en la nueva compañía que le había caído del cielo: raro, aficionado a recitar partes del apocalipsis, y poco amigo del jabón, pero era lo que había. Y aún tendría que dar gracias de haberlo encontrado.

Tardaron casi cuatro semanas en llegar a Atlanta. Hubiera sido la mitad, de no ser porque Nathan cada vez se encontraba peor; Faraday no era muy amigo de los antibióticos, y menos sin conocer la causa del malestar, así que todos sus esfuerzos los agotaba tratando de que comiera y bebiera agua para no deshidratarse. Ni de broma quería que se le muriera por el camino, o algo así... le había hablado lo suficiente sobre él como para saber que si alguien quedaba para hallar un cura al virus, era ese chico de ojos extraños. Si había otras personas mejor, pero eso estaba por ver. Por de pronto, había uno y no iba a dejar que cayera antes de llegar.

Y de esa manera llegaron a Atlanta, y Faraday localizó el CDC en los mapas. Pese a que era bastante tarde, que hacía días que no descansaban y apenas comían, pese a la lluvia, casi lloró de la alegría cuando estuvo ante las verjas que delimitaban la zona.

No tanto por las verjas, claro, sino por las luces. Allí había gente.

2. A un paso de la civilización

Erik terminó el recorrido del perímetro, comprobando que todas las vallas estaban intactas y que no había peligro. Alguna vez se aproximaba algún grupo de rabiosos, pero no podían escalar el muro, por lo que se acababan alejando o, si eran pocos, terminaban con ellos.

Se fue hasta la garita de la entrada principal, y se subió al tejado, mirando al cielo. Estaba cubierto de nubes, parecía que en cualquier momento iba a empezar a llover, y cruzó los dedos esperando que le diera a tiempo a que se acabara su turno.

La suerte no estaba de su lado, porque cinco minutos después empezó el chaparrón. Se puso la capucha del chubasquero gruñendo para sí. Los focos

exteriores no habían estado protegidos, así que no tenían luz que iluminara las entradas y ya era de noche, por lo que apenas podía ver.

La tormenta arreció, acompañada de truenos y relámpagos; con el resplandor de uno le pareció ver dos figuras. Se incorporó preparando su arma, apuntando hacia la zona, y con el siguiente fogonazo de luz pudo ver que, efectivamente, dos figuras humanas se acercaban. No corrían ni se movían como los rabiosos, así que se esperó hasta que estuvieron más cerca y pudo ver que se trataba de dos hombres.

—¡Eh, aquí arriba! —gritó—. ¡Levantad las manos!

Ellos se pararon, mirando hacia arriba hasta que lo localizaron. No pudo distinguir sus caras, pero sí que el más bajo de los dos iba apoyado en el otro. El alto levantó el brazo que tenía libre.

—¡Tengo mi arma guardada! —contestó—. Solo buscamos ayuda.

Erik titubeó. Tendría que ir a avisar a Hunter antes de dejarlos pasar, pero seguía lloviendo y tampoco le parecía bien tenerlos fuera con la que estaba cayendo.

En aquel momento uno de ellos empezó a toser, así que Erik decidió dejarlos entrar, esperando no tener que arrepentirse después de esa decisión.

Bajó del tejado y entró en la garita para abrir la puerta, cerrándola en cuanto hubieron entrado. Los apuntó de nuevo, acercándose a ellos para verlos mejor. Los dos llevaban ropa de camuflaje, con chubasqueros verdes, pero no parecían militares. El alto llevaba una barba de aspecto descuidado, y el otro parecía más joven. Se apoyaba en él, con los ojos semicerrados.

—¿Está enfermo? —preguntó Erik.

—Llevamos varios días andando sin parar, y desde ayer no hemos comido. —Sacó su arma y se la mostró—. Regístranos si quieres, tengo otra en mi mochila. Pero necesitamos ponernos a cubierto cuanto antes.

Erik cogió el arma, registró la mochila para hacerse cargo de la otra también, y les indicó que anduvieran hacia el edificio. Fue tras ellos sin dejar de apuntarles, pero para cuando llegaron a la puerta estaba convencido de que no fingían, el chico estaba realmente débil.

Se adelantó a ellos y les abrió la puerta, llevándolos después hasta la zona de

oficinas que habían acondicionado como consultorio médico.

Las luces estaban encendidas, ya que Nancy estaba revisando el inventario de medicinas. Al verlos dejó todo y corrió hacia ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Está bien, sólo un poco débil —contestó el hombre.

—Déjalo en aquel sofá.

El hombre obedeció, y Nancy fue a buscar suero. Erik cogió un teléfono interno, y llamó a Hunter y Rachel para avisar; luego se llevó al alto consigo mientras intentaba contactar con Emma, que si no estaba equivocado debía estar de guardia en la planta superior.

—Vamos, amigo —dijo, mientras salía—. Te daremos un baño.

Mientras Erik se iba, Nancy le puso al chico una bolsa de suero y le tocó la frente, comprobando que tenía fiebre.

—No le mandéis bañarse, se pone furioso. —Lo escuchó decir.

Debía estar delirando, pensó la enfermera. El pobre tenía mal color, mejor que la propia Rachel le echara un vistazo.

Él tosió, mirando a su alrededor sin poder creer lo que veía. ¿Luces halógenas? ¿Estaba en un hospital? ¿Habían logrado llegar a la civilización? ¿O estaba delirando?

En aquel momento escuchó una voz conocida, y cerró los ojos con fuerza. No podía ser, tenía que estar desvariando. Abrió los ojos, pestañeando para intentar aclararse la vista. El uniforme militar, el parche en el brazo con una calavera de toro roja... Y entonces lo vio.

Hunter Cooper, inclinado sobre él, con una expresión de asombro y preocupación. Y todo lo que había pasado volvió a su mente, lo que Alexis le había contado... Había dejado a Emma indefensa. Nathan Thomas nunca se había considerado una persona violenta, pero en aquel momento no pudo evitarlo. Sacó fuerzas de donde no tenía, y le lanzó un puñetazo antes de perder el conocimiento.

Rachel entraba en ese momento. Miró a Hunter, que había esquivado fácilmente el golpe, y suspiró.

—No me lo digas. También lo conoces.

Se acercó y cogió una linterna, abriéndole los ojos para examinar sus pupilas rápidamente. Cogió el estetoscopio y se lo apoyó en el pecho, escuchando sus pulmones.

Hunter movió la cabeza, aún sin poder creer que Nathan estuviera allí.

—Hay que avisar a Emma —dijo.

—Tardará un rato en despertar, le he puesto un calmante —informó Nancy.

—No importa, ella tiene que saber que está aquí. —Miró a Rachel—. Es Nathan.

—¿Qué? ¿Nathan, vuestro Nathan? —Miró al chico, que dormía profundamente—. Dios mío, Hunter. Voy a buscarla. Nancy, comprueba su temperatura y busca un antibiótico de amplio espectro, tiene pinta de neumonía.

Emma estaba sentada en el sitio donde normalmente se quedaba cuando le tocaba vigilar. Ella misma organizaba los turnos, pero también participaba; se había dado cuenta de que si no estaba en movimiento se ponía histérica, así que ahí estaba, turno nocturno y planta superior, lo más aburrido del mundo. Y la presencia de J.J. dándole la tabarra no ayudaba.

—¿Por qué no te vas a dormir? —le dijo, cortando su conversación sin ningún miramiento, conocedora como era de que sus historias solían ser largas.

—Encima de que vengo a hacerte compañía, mira que eres antipática. Y eso que tengo la edad perfecta.

—¿La edad perfecta para qué? —preguntó ella sin interés viendo que su teléfono se agitaba. J.J abrió la boca para responder y lo interrumpió con un gesto para contestar—. ¿Qué? Hola, Erik. —Se quedó escuchando—. ¿Qué dices? ¿En serio? Ah, está bien. Sí, sí, mejor que pase por allí primero, no queremos que el personal se asuste. No es agresivo, ¿verdad? Bueno. Sí, enseguida me paso por si

me necesitáis. —Y colgó.

—¿Qué pasa?

—Tenemos dos supervivientes. —Emma meneó la cabeza incrédula—. Menudo acontecimiento, son los primeros que llegan, ¿entiendes lo que esto significa?

—¿Menos comida para los demás?

—No, idiota. Significa que puede haber muchos más por ahí y que es cuestión de tiempo que vayan llegando. —Sonrió.

—¿Y en qué nos afecta eso a nosotros?— preguntó J.J. jugueteando con su vaso y por poco tirándolo al suelo.

—Ya sabes, la vida sigue, el ciclo natural y todo eso.

—Si estás hablando de procrear, podíamos haberlo solucionado antes... recuerda, tengo la edad perfecta. Y buenos genes, si mezclamos los tuyos y los míos nos saldrían unos hijos preciosos.

—Creo que tú no deberías reproducirte. —Se echó a reír ella.

—Eso me ha ofendido. —J.J. puso cara de estarlo de verdad.

—Sin embargo no lo suficiente para que te vayas...

J.J. iba a decir algo cuando oyeron ruidos lejanos, de forma que Emma se levantó.

—Ahora vuelvo, quédate aquí —ordenó al chico.

—Vale. ¡Me pones muy difícil el tema de procrear! —refunfuñó, aprovechando que se iba porque no tenía narices para decírselo estando a su alcance.

Emma fue buscando hasta que llegó a la zona de vestuarios. Había baños en todas las plantas, con sus correspondientes duchas, y al acercarse descubrió de dónde provenía el ruido; Erik tenía el cuerpo metido en el interior del vestuario y dentro se escuchaban protestas.

—¿Qué pasa?— preguntó acercándose— Vaya escándalo.

—Nada. Johnny y Brad están intentando que se meta en la ducha, pero...

La rubia se asomó para echar un vistazo; pufff, aquel hombre era grande y la reacción inmediata que provocaba era la de salir corriendo en dirección contraria. No le costaba imaginarlo por las calles de Times Square, con un cartel colgado del pecho y hablando del apocalipsis.

—¡Solo tratamos de coger su ropa para llevarla a lavar! —protestó uno de los jóvenes que bregaba con él.

—Dejadlo en paz —repuso ella—. Ya me ocupo.

Al fin y al cabo, ese hombre llevaría mucho tiempo solo y estaría un poco sobrepasado por el hecho de estar allí, y además... tenía tanta pinta de loco que tal vez pensara que querían hacerle daño. Quizá no le gustaba que lo tocaran, quién sabía.

—¿No eran dos?

—Sí, pero el otro no necesitaba una ducha, sino un médico. —Y la miró—. Este parece que no se ha bañado en... muchos meses.

—Vale, vale. Voy a ver si lo convenzo de buenas maneras.

Se metió en los baños, donde el hombre se había sentado en uno de los bancos, lo más alejado posible de la puerta y de ellos. Parecía hablar consigo mismo; Emma no entendía sus palabras, pero tampoco le importaban. Había tratado muchas veces con hombres como aquel trabajando en la comisaría. Se sentó a su lado ignorando su aspecto, que realmente era difícil de ignorar: su altura le recordaba a la del hombre del bosque, pero entre las ropas andrajosas, la barba y el pelo largo hubiera podido pasar por el hombre del saco.

—Hola —saludó—. ¿Cómo te llamas?

Él se pensó unos instantes si responder, pero al final se encogió de hombros.

—Faraday —se limitó a decir.

—Ah, como las jaulas de Faraday, ¿no?

—Sí. —La miró—. ¿Sabes qué son?

—Sí, sí. Mi padre tenía una. —Sonrió al recordarlo—. Claro que él tenía todo tipo de artilugios por el estilo, ya sabes. Solo le faltaba el refugio. —Lo observó—. ¿Tú tenías refugio?

Faraday asintió despacio.

—Así que, ¿te has pasado todo este tiempo encerrado?

—Parte. Se me terminó la comida, tuve que salir, encontré al chico, necesitaba ayuda.

Emma trató de seguirlo a pesar de su extraña forma de hablar.

—¿Está bien? —preguntó él.

—¿Quién?

—El chico.

—Ah. No lo sé, pero no te preocupes, tenemos la suerte de tener una doctora entre nosotros. Tú no serás electricista, carpintero, o algo así, ¿verdad?— preguntó esperanzada.

Ser militar y policía estaba bien, pero cuando el mundo se iba a pique y te planteabas volver a empezar, resultaba que hacían falta unos básicos, como ya se habían dado cuenta.

—No, no era apto para trabajar. Problemas mentales, dijo el médico.

—Qué alentador —suspiró Emma—. En fin, igualmente te puedes quedar, aunque tienes dos opciones: una es ser el loco adorable que todos aprecian, y otra, el chiflado que habla solo y al que todos tienen miedo. ¿Qué prefieres?

Faraday la miró de reojo otra vez, pero la última parte no le había gustado mucho, de manera que frunció el ceño.

—Ah, bien, prefieres la primera. Bueno, pues tienes que bañarte... danos la ropa, la llevaremos a lavar y te la devolveremos, si es que no quieres usar otra, aunque tenemos ropa nueva de todas las tallas.

El hombre asintió de forma pacífica, se puso en pie y comenzó a desvestirse despacio.

—¿Muchos mordedores en vuestro camino? —quiso saber ella.

—¿Muchos qué?

—Mordedores, rabiosos... Como quieras llamarlos, ya sabes. Esos que salen y te persiguen.

—Ah, esos, los engendros del demonio. No. Los tenía controlados —repuso aún sin mirarla—. Hay que viajar por zonas de bosque con mucho arbolado. Los espacios abiertos los atraen. Las ciudades los atraen. El ruido los atrae. El humo los...

—Ya, ya, lo pillo, sí. Parece que estabas preparado para todo.

—Yo sí, el chico no. Él quería venir aquí, lo traje, era importante preservar su cabeza.

—¿Cómo dices? —preguntó Emma boquiabierta.

—Su cerebro es valioso, tiene muchos conocimientos, puede ser útil.

—¿Es que ya no quedan electricistas? —murmuró ella más para sí misma que otra cosa. Fue recogiendo las prendas de ropa que él dejaba para meterlas en un cesto—. En fin, báñate. A nuestra médica se le da muy bien cortar el pelo, así que luego... recuerda, loco adorable siempre es mejor que chiflado gruñón.

—Está bien.

—Pues te dejo solo. Por cierto, soy Emma —dijo extendiendo su mano—. Bienvenido.

—Encantado. —Se la estrechó.

—Un loco adorable y educado, importante. —Emma no consiguió evitar la burla, pero a esas alturas estaba convencida de que ese tal Faraday no era peligroso. Agarró el cesto—. Le diré a Erik que te traiga ropa. Y comida si tienes hambre.

No esperó respuesta y se giró hacia la puerta; lo último que le faltaba era que

se quedara totalmente desnudo allí, una visión que prefería ahorrarse. Erik permanecía en la puerta vigilando; por si acaso le daba problemas, supuso, así que le entregó el cesto.

—Tira esto, anda, no tiene arreglo. Y volvió a escuchar la voz del desconocido desde el vestuario—. Perdón, ¿qué?

—Solo dígame cuando sepa si está bien.

—¿Quién? — preguntó Erik mirándola a ella como si el hombre estuviera demente.

—El chico de los ojos extraños —replicó Faraday tranquilamente. Después de una pausa, añadió—: Le he cogido cariño.

Y los dos escucharon como abría los grifos del agua.

—Joder, con la de gente que debe haber por ahí y nos toca un tarado —masculló el militar cerrando la puerta—. Jefferson, te tengo un respeto que ni te lo imaginas, eres capaz de desnudar a un gigante llamándolo loco en su cara...

—Sí, bueno, hay que tener recursos para todo. Ve a buscarle algo de ropa, ¿vale? Yo voy a ver al otro.

—Lo dejé en la enfermería, parecía bastante jodido.

Emma se dirigió hacia las escaleras, pero a mitad de camino se encontró con Rachel, que subía corriendo hacia ella. Al verla, se detuvo intentando recuperar el aliento. Emma llegó a su altura extrañada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Por qué corres así? Erik me ha dicho que había dos, y que uno estaba enfermo.

—Sí, eso es. —Cogió aire—. Parece neumonía, no sé, tengo que mirarlo mejor.

—¿Y por qué no estás con él?

—Emma... —Alargó la mano hacia ella, y esta se la cogió cada vez más mosqueada—. Ven conmigo, es mejor que lo veas tú directamente.

—Rachel, me estás asustando.

Se dejó llevar hacia la enfermería, pensando en las palabras de Faraday. Un chico de ojos raros... cerebro valioso... y el comportamiento extraño de Rachel. Todo ello le llevaba a una conclusión, pero su mente se negó siquiera a pensarlo. Era imposible.

Entraron en la habitación, pero ella se quedó parada en el marco de la puerta, mirando la figura inconsciente en el sofá. Se soltó de Rachel, avanzando un paso para verlo mejor. Hunter estaba con gesto serio de pie a su lado, y lo miró como buscando su confirmación. Él afirmó con la cabeza, pero cuando se acercó hacia ella, Emma le hizo un gesto para que no la tocara. Dio un par de pasos más, y lo observó.

Era él, no había duda. Con el pelo más largo, mucho menos peso... pero era Nathan. Tragó saliva, mirando a Rachel y Hunter de forma alternativa. Alargó la mano para tocarlo, pero en lugar de hacerlo, dio media vuelta y salió de la habitación.

Hunter hizo ademán de ir tras ella, pero Rachel le cogió de un brazo.

—Mejor no. No te lo tomes a mal, pero creo que preferiré que vaya yo.

Él respiró aliviado. No tenía ni idea de qué hacer, también prefería dejarlo en sus manos.

Rachel alcanzó a Emma en la entrada del edificio, reteniéndola antes de que saliera a la lluvia. Emma se dejó caer en las escaleras, ocultando el rostro entre las manos y respirando agitada. Rachel se sentó a su lado, rodeándola con un brazo y haciendo que pusiera la cabeza entre las piernas. Le empezó a acariciar el pelo, indicándole en voz baja cómo respirar hasta que poco a poco se fue tranquilizando.

—¿Estás mejor? —preguntó Rachel, al cabo de unos minutos.

—No lo sé. —Se frotó la cara, presionándose las sienes—. Rachel, no puede ser él, no puede ser.

—No te estás volviendo loca, Em.

—¿Está bien? Está muy delgado, y... —Negó con la cabeza—. No puedo verlo. Estaba muerto, ya me había hecho a la idea. Si voy y hablo con él será real, y... Y está enfermo, morirá como los demás, y no puedo...

—Cálmate. —La abrazó—. Escucha, tengo que examinarlo mejor, pero no parece grave. Tiene pinta de un catarro mal curado, un principio de neumonía. Tenemos lo necesario para tratarlo, y en cuanto despierte y coma verás cómo mejora. No va a morir. —Cogió su cara entre las manos, obligándole a mirarla—. Tómatelo con calma, ¿de acuerdo? Ven conmigo, te daré algo para dormir. Descansa esta noche. Mañana él estará mejor, y podréis hablar.

Emma afirmó con la cabeza, sintiéndose de pronto agotada. Rachel le besó en una mejilla, y la acompañó hasta su cuarto. Fue a buscar un tranquilizante mientras ella se ponía el pijama. Le dio la pastilla con un vaso de agua, esperó a que se la tomara y la arropó en la cama. Emma sonrió agradecida.

—Hacía años que nadie me arropaba —dijo, bostezando.

—Me lo imagino. Duérmete, anda.

Emma cerró los ojos obediente. El calmante hizo efecto en unos minutos. Rachel esperó hasta asegurarse de que dormía antes de dejarla sola y regresar a la enfermería.

Café recién hecho, huevos revueltos... Nathan abrió los ojos lentamente, despertando de un sueño reparador al notar aquellos olores tan familiares y, a la vez, tan lejanos en el tiempo. La luz del sol entraba a raudales por una ventana, debía haber dormido más de doce horas. Miró a su alrededor, y vio una bandeja en una mesa a su lado. En efecto, había una taza con café humeante, un plato de huevos revueltos y un vaso con líquido blanco. ¿Leche? No podía creerlo, la fiebre tenía que estar causándole visiones.

Entonces recordó lo ocurrido la noche anterior. Habían llegado a Atlanta, pero estaba muy cansado y Faraday le había ayudado a andar. Estaba confuso sobre el resto, aunque la imagen de Hunter destacaba sobre todo lo demás. Se sentó con esfuerzo, y examinó la habitación donde se encontraba.

No era un hospital, por la moqueta del suelo y los muebles más bien parecían oficinas, aunque acondicionadas para otros usos. Cogió el vaso y bebió. Efectivamente, era leche. Aquello le abrió el apetito, y empezó a comer los huevos con ansia.

La puerta se abrió, y entró una chica desconocida. Al verlo comiendo sonrió.

—Veo que te encuentras mejor, Nathan —dijo.

—Sí. —Tragó—. Gracias. ¿Cómo sabes mi nombre?

—Soy Rachel Portman, doctora. —Extendió la mano y se la estrechó—. Nathan, ¿recuerdas algo de ayer?

—No mucho, pero... Deduzco entonces que no vi visiones. Hunter... Está aquí, ¿no?

—Sí. —Le tocó la frente, satisfecha al ver que ya no tenía fiebre—. Está fuera, pero le he dicho que no entre todavía, no vaya a ser que quieras pegarle otra vez.

—Sí, bueno. —Desvió la mirada—. Es complicado.

—Ya. En fin, te dejaré un par de días aquí por si acaso, pero creo que estás mucho mejor. Tu amigo Faraday se alegrará de saberlo.

—¿Él está bien?

—Eso es un término relativo. —Él sonrió—. Pero sí, está bien.

—¿Dónde estoy, exactamente?

—Es un poco largo de contar. Mejor termina de comer, voy a quitarte el suero, con antibióticos por vía oral será suficiente. Luego puedes ducharte si quieres, tienes un baño tras aquella puerta, y te he dejado ropa dentro. Y ya más tarde... Bueno, hay alguien más que quiere verte, y después hablaremos, ¿de acuerdo?

—Vale.

Tenía millones de preguntas, pero podía esperar. Rachel le quitó el suero y la vía, cubriéndole la zona con una venda. Nathan ya había terminado de comer, así que cogió la bandeja y se marchó.

Él se sentía mucho mejor. Aun así, se levantó con cuidado para no marearse e ir a la ducha. Casi se desmayó de la emoción al notar el agua caliente, un lujo que había pensado no volver a tener en su vida. Se vistió con la ropa que habían dejado, que le quedaba un poco grande, y salió con el pelo aún húmedo. Se asomó a la ventana, reconociendo el paisaje al momento. Solo había estado una vez, pero lo recordaba perfectamente. Estaba en el edificio central del CDC, había logrado llegar.

Pero las calles que se veían desde allí estaban desiertas, pudo incluso distinguir algún coche accidentado. El exterior no se diferenciaba mucho de las ciudades que había visto hasta entonces.

Llamaron a la puerta, y se giró esperando que fuera Rachel. Sin embargo, la persona que atravesó el umbral era la última que hubiera esperado ver con vida.

—¿Emma?

—Hola, Nathan.

Se quedaron mirándose unos segundos, cada uno sin poder creer que el otro estuviera vivo. Por fin se acercaron, fundiéndose en un abrazo.

—Dios, Emma. Estaba seguro de que estabas muerta.

—Yo pensaba lo mismo de ti.

—Pero tú...

Nathan empezó a toser, y se separaron. Cuando se le pasó, ella se había alejado unos pasos y se había cruzado de brazos. Los dos se quedaron sin saber muy bien qué hacer ni decir. Habían pasado tantos meses... Y la última vez que se habían visto, la situación no había sido del todo cómoda para ninguno.

Emma se colocó un mechón de pelo tras la oreja, nerviosa.

—Estás... estás más delgado —comentó.

—Sí, bueno... No es que haya comido mucho últimamente, la verdad.

—Hunter me dijo que te ayudó a escapar, que te dejó con una compañera suya.

—Sí. —Movi6 la cabeza—. Pero tuvimos nuestras diferencias, y nos... yo me fui por otro camino. Tuve suerte de encontrarme con Faraday. ¿Y tú? Alexis me contó que Hunter... Que cuando todo ocurrió te dejó atada. Yo... Por eso pensaba que habías muerto.

—Sí, fue algo así. —Se encogió de hombros—. Pero bueno, ya lo he hablado con Hunter y no le guardo rencor. No eran esposas de metal, Joel me salvó la vida

ese día y pudimos escapar.

—¿Tu hermana y tú?

—No. Yo... no sé qué ha sido de ella.

—Emma, lo siento. —Dio un paso hacia ella, pero se detuvo—. ¿Y tu amigo Joel?

—Tampoco. Es muy largo, Nathan. La verdad es que preferiría no hablar de ellos ahora mismo.

—Está bien.

Volvieron a mirarse, pero ninguno de los dos se movió. Finalmente, Emma retrocedió hacia la puerta.

—Tengo cosas que hacer, supongo que nos veremos por ahí.

Hizo un gesto de despedida y se marchó a toda prisa. Nathan se sentó en una silla, pasándose una mano por la cara. Genial. Menudo reencuentro.

Llamaron de nuevo a la puerta, y esta vez se trataba de Hunter, que se asomó sin llegar a entrar.

—Si vas a intentar pegarme de nuevo, vuelvo más tarde.

—Sí, claro, como si yo pudiera hacerte algún daño. —Se levantó, tosiendo de nuevo—. Entra, anda.

Hunter obedeció. Se acercó y se estrecharon la mano.

—Estás hecho polvo, cerebritito —dijo el militar, recorriéndolo con la mirada—.

—Ya. Debería haberme imaginado que sobrevivirías, y encima sin despeinarte. Aunque ese corte de pelo no te pega mucho, señor militar serio.

Le revolvió el pelo. Hunter le apartó la mano de un manotazo, y lo abrazó sonriendo.

—Joder, no sabes cómo me alegro de que estés vivo.

—Vale. —Tosió—. Yo también, pero me estás ahogando. Y no queremos que la doctora Portman piense lo que no es, ¿verdad?

Hunter miró hacia la puerta, donde Rachel estaba de pie mirándolos asombrada. Aquello sí que era algo que no había esperado ver en la vida. ¿Hunter dando muestras de afecto por alguien? Y aquella sonrisa... Emma se había quedado corta en su descripción. Apretó las tijeras que llevaba en la mano, apartando la vista de él y sonriendo a Nathan.

—Veo que te encuentras mejor.

—Sí, gracias. De vez en cuando me dan ataques de tos, pero supongo que es normal.

—Se te irá pasando, no te preocupes. Acabo de estar con Faraday, he conseguido darle un aspecto un poco más... digamos cuerdo. Luego subirá a verte, pero he pensado que mientras tanto quizá querrías que te cortara a ti también el pelo.

—Pues te lo agradecería. —Hizo un gesto hacia Hunter—. Imagino entonces que eso también es obra tuya.

—Sí. —Se encogió de hombros—. Aunque no me ha vuelto a dejar que me acerque a su pelo desde entonces.

—Porque no me lo cortaste como yo quería —protestó él.

—No vamos a discutir eso ahora. Siéntate, Nathan.

Fue a buscar una toalla mientras Nathan obedecía. Hunter cogió otra silla, y se sentó con ella al revés, apoyando los brazos en el respaldo.

Rachel regresó. Puso una toalla en los hombros de Nathan, y empezó a desenredarle el pelo.

—Bueno, ¿qué tal si nos ponemos al día? —preguntó Nathan—. ¿Por qué hay luz aquí?

—Ahora te lo cuento todo —contestó Hunter—, pero primero... me gustaría

saber qué pasó con Alexis, cómo... En fin, murió.

—No murió. Bueno, al menos cuando la dejé estaba viva.

—¿La dejaste?

—Vale, en retrospectiva quizá no fue la mejor decisión... Casi muero ahí fuera yo solo, hasta que Faraday me encontró.

Pasó a resumir todo su viaje desde que saliera corriendo de Little Falls. Cuando terminó, Hunter lo miraba sin dar crédito a lo que había oído.

—Pero si Sand... —dijo—, mientras trabajamos juntos, nunca mostró interés en nada que no fuera su carrera militar.

—Supongo que en este tipo de circunstancias extremas, ninguno sabíamos cómo íbamos a reaccionar.

—No, eso está claro.

—Bueno, también es que soy increíblemente atractivo.

Su amigo sonrió.

—¿Y Paris? ¿Conseguiste sacarla?

Hunter negó con la cabeza, mientras su rostro se ensombrecía recordando. Ray Thomas no iba a salir muy bien parado de su relato, pero suponía que después de todo lo ocurrido, a Nathan no le iba a afectar demasiado. El coronel había ordenado ir a buscarlo, pero en lugar de obedecer, Hunter había cogido a la doctora Hill y se la había llevado corriendo hasta un hangar para buscar un hummer. Sin embargo, no bien habían subido en uno cuando sobre sus cabezas pasó el dron que, un minuto después, lanzó el impulso electromagnético que acabó con todo.

Así que volvieron al interior. Hunter sabía que bajo el edificio principal había un bunker a prueba de ese tipo de ataques, donde se guardaban algunos vehículos de emergencia. Pero cuando llegaron, Ray ya estaba allí con un par de soldados. Al verlos, no había dudado y les había ordenado dispararles. Fue una bala del propio Thomas la que acabó con Paris. A duras penas había conseguido Hunter salir de allí, pero no pudo llegar muy lejos. Ray había activado un sistema de autodestrucción de la base, y en cuanto su transporte hubo salido, el edificio principal explotó,

seguido en cadena por el resto. La fuerza de la explosión lanzó a Hunter contra un muro, haciéndole perder el conocimiento, y cuando despertó horas después, estaba atrapado entre los restos del edificio. A su alrededor todo era un caos de ruinas, fuego y gente corriendo. Con mucho esfuerzo consiguió librarse de los cascotes, pero tenía un tobillo torcido y apenas podía apoyarlo para andar. Por suerte no se lo había roto y logró llegar hasta el bosque, donde encontró una cabaña en la que refugiarse unos días. Esa era la razón por la cual no había podido llegar a Davenport a tiempo, los ligamentos de su tobillo tardaron varias semanas en curarse del todo. Y para entonces, ya era demasiado tarde.

Siguió contándole cómo se había unido al grupo de Rachel, titubeando solamente cuando llegó a la parte en que se habían quedado solos tras el ataque al campamento. Nathan se dio cuenta, así como de la mirada que intercambiaron, pero no lo interrumpió. Sí que lo hizo cuando llegó a cómo se habían encontrado con Emma.

—Espera un poco —pidió—. ¿Me estás diciendo que tenéis un inmune?

—Sí.

—Mi padre nos llevó el cadáver de un soldado, y tampoco encontramos rastros del virus en él. Pero era el virus original, antes de que mutara, y...

—Para, para. ¿Qué soldado? No hubo ningún soldado contagiado antes que Tuesday Latch.

—¿No hubo una fuga? Me dijo que le disparasteis sin saber si estaba infectado o no.

—No, ese cadáver no era de ningún soldado, te lo aseguro. Este tipo estaba con tu padre, lo vi unos días antes... y después lo encontré en un arcón.

—No es por malmeter —intervino Rachel—, ¿pero hay algo que os haya contado ese hombre que sea verdad? Porque me da la sensación que os ha mentado a los dos desde el principio.

—El coronel Thomas siempre fue un buen militar —repuso Hunter.

—Eso sí es verdad, aunque no tanto como padre —dijo Nathan—. Pero Hunter, creo que ella tiene razón. Sé que para ti se convirtió en un modelo a seguir cuando entraste a su servicio, pero...

—No lo estoy defendiendo, no me has dejado terminar. Digo que era buen militar, pero el último año... —Movi6 la cabeza—. Algo pasaba, no me di cuenta entonces, pero pensándolo ahora, sé que se había metido en algo. Y no estoy tan seguro de que se lo ordenara nadie del gobierno, yo me habría enterado. Pero me tenía ocupado todo el tiempo en misiones y entrenamientos, y no me paré a pensar en qué estaba haciendo.

—Supongo que ahora ya lo sabemos. El por qué se me escapa, pero tampoco importa ahora. Si tenemos un inmune, tendré que hacerle análisis, sacar muestras... Puede que sea la clave para encontrar una cura. Y coger a algún contagiado para tener el virus... ¿Qué hay aquí? Quiero decir, ¿hay luz en todos los edificios? ¿Están los laboratorios intactos?

Hunter procedió a continuar su relato donde lo había dejado, contándole cómo habían encontrado los caballos y así llegado al CDC, dos semanas antes. Allí habían encontrado a un hombre: George. Se trataba del conserje del edificio principal. Él les había abierto la verja. En el interior encontraron más supervivientes, quince personas que por un motivo u otro se habían quedado allí atrapados. Cuando llegó el impulso electromagnético, solo el edificio principal y el contiguo no habían sido afectados, ya que tenían un sistema de protección instalado y por suerte, había funcionado. El sistema eléctrico de las vallas salía de allí también, por lo que habían podido evitar que entraran rabiosos. El complejo era independiente porque tenía paneles solares de última generación en todas las azoteas, así que al no depender de combustibles sólidos, no tenían problemas en ese sentido.

Por otro lado, ninguno de los que habían quedado tenía experiencia médica ni era personal de laboratorio. Excepto George, el resto se trataba de personal administrativo. Habían sobrevivido con los suministros de los comedores y máquinas de todos los edificios que conformaban el CDC, aunque ya empezaban a estar escasos de provisiones cuando ellos habían llegado.

Desde entonces habían realizado unas cuantas salidas, una de ellas al zoo, consiguiendo unas cuantas gallinas y cabras de la zona de la granja.

Rachel terminó de cortarle el pelo, quitó la toalla y le entregó un espejo para que se mirara.

—Bueno, así parezco más yo —dijo él, sonriendo—. Muchas gracias.

—De nada. Menos mal que por lo menos hay gente agradecida en este

mundo, no como otros. Y no miro a nadie.

Hunter frunció el ceño, mientras ella cogía otra silla para sentarse a su lado. Nathan reprimió una sonrisa, aquella chica le estaba cayendo muy bien.

—En fin, ¿y qué hay de los laboratorios? —volvió a preguntar.

—Están intactos —contestó ella—.

—Necesitaré ayuda. ¿Seguro que no hay nadie que tenga aunque sea un mínimo de conocimientos?

—Nadie de aquí. Aunque yo... Bueno, no recuerdo mucho de mis clases de biología, así que he estado leyendo algunos libros que hay por aquí. Podría ayudarte.

—¡Perfecto!

—No, no, de perfecto nada —interrumpió Hunter—. Eres la única médico, ¿qué pasa si alguien se pone enfermo?

—También está Nancy. —Miró a Nathan—. Es enfermera, me ayuda. Y no creo que ocurra nada tan grave como para que ella no pueda ocuparse. Además, estaré aquí mismo, si pasa algo no andaré muy lejos.

Hunter no protestó más, aunque en realidad lo que ocurría era que le preocupaba que se pusieran a manipular muestras de virus. ¿Y si ocurría algún accidente y se contagiaba alguno de ellos? Nathan tenía experiencia, sabía qué precauciones tomar, pero Rachel... No le hacía ninguna gracia, pero tendría que confiar en que Nathan sabría formarla.

Nathan se incorporó dando una palmada.

—Bien, ¿cuándo empezamos?

Rachel le cogió un brazo, tirando de él para que se sentara de nuevo.

—Primero te recuperas del todo, un par de días aquí tranquilo no te harán ningún mal, ¿de acuerdo?

—Pero yo...

—No discutas con ella —aconsejó Hunter, con una mueca—. Créeme, es inútil.

—Está bien, dos días —cedió Nathan—. ¿Me podrías enseñar al menos los laboratorios?

—Mañana. Hoy ya has estado levantado demasiado tiempo, así que descansa. Vendré más tarde a ver cómo sigues. Os dejo solos para que sigáis poniéndoos al día.

Se marchó con una sonrisa hacia Nathan. Él se estiró mirando divertido a Hunter, que se había quedado observando la puerta como si quisiera romperla.

—Bueno, bueno... —empezó Nathan—. Una chica de ideas firmes, por lo que veo.

—Sí, ya, puedes llamarlo así.

—Veo que os lleváis... Voy definirlo como ¿bien? —De nuevo, llamaron a la puerta—. Vaya, salvado por la campana.

Hunter fue a abrir, y los dos se quedaron unos segundos mirando al hombre, hasta que reconocieron a Faraday. Con el pelo cortado, la barba recortada y ropa limpia, no parecía la misma persona. Se dirigió hacia Nathan directamente, levantándolo de la silla para darle un abrazo de oso, sin poder ocultar su alegría al verlo despierto.

3. Toda coraza tiene grietas

Al día siguiente Rachel cumplió su promesa. Tras comprobar que Nathan seguía sin fiebre y escuchar sus pulmones, le acompañó hasta el subsuelo del edificio, donde estaban los laboratorios.

Estaban tal cual los habían dejado cuando se había ido marchando la gente. Mesas desordenadas, microscopios con muestras, neveras llenas de tubos de cristal... Nathan recorrió los puestos de trabajo mirando por encima los papeles, pero ninguno parecía haber estado trabajando en su virus.

—Habría que hacer un poco de limpieza en todo esto —dijo. Señaló una puerta acristalada, con un cierre de código numérico—. ¿Tenemos la clave?

—Sí, George la sabe. ¿Qué es?

—Es un laboratorio para muestras de alto riesgo, de baja temperatura. Se cierra por ambos lados, para evitar filtraciones. Nos vendrá bien.

Se quedaron un rato más revisando todos los departamentos, y después regresaron al centro médico. Aunque los ascensores funcionaban, no los utilizaban por seguridad. Si se quedaban atascados o fallaba alguna pieza, no tenían forma de repararlos.

A mitad de las escaleras, se encontraron con Emma, que bajaba hacia la entrada. Se detuvo a su altura, mirando a Nathan.

—Hola, ¿ya estás mejor? —dijo.

—Sí, Rachel me dará el alta mañana.

—Me alegro. Tengo un poco de prisa, ya nos veremos.

Siguió bajando las escaleras rápidamente. Rachel frunció el ceño.

—Sabes llegar hasta el centro médico, ¿verdad? —le preguntó a Nathan—. Enseguida voy yo.

—Sí, claro. Tranquila.

Continuó subiendo mientras Rachel corría tras Emma, dándole alcance dos plantas más abajo. La cogió de un brazo para que se detuviera, mientras recuperaba su respiración.

—Madre mía, cómo corres —consiguió decir.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? Eso me pregunto yo. Lo has saludado como si fuera... no sé, un desconocido. Pensé que habíais hablado.

—Y eso hemos hecho, nada más —suspiró—. No sé, Rachel, es tan raro todo.

No es culpa suya, sé que soy yo, que estoy... —Movi6 la cabeza—. Es como si no me creyera que est6 aqu6, que va a desaparecer en cualquier momento. Supongo que necesito un poco de tiempo para hacerme a la idea.

—Pero vamos a ver. ¿No eras t6 la que me dijiste que el tiempo no es un lujo del que dispongamos? ¿No crees que deber6as seguir tu propio consejo?

Emma la mir6. Ten6a toda la raz6n del mundo, y ella no hab6a sido una persona que huyera de las situaciones. Siempre hab6a enfrentado todo en su vida de cara y ahora parec6a bipolar.

—Si quieres te encierro con 6l en el centro m6dico, a lo mejor as6 habl6is —propuso la morena.

—No me des ideas, que yo podr6a hacer lo mismo contigo y con otro que yo me s6.

—Ese no es el tema ahora, estamos hablando de ti. —Subi6 un par de escalones—. Mañana le dar6 el alta, as6 que vete pensando en qu6 vas a hacer.

—Eso, dame m6s presi6n.

Rachel le hizo un gesto poco agradable, mientras segu6a subiendo escaleras y maldiciendo al arquitecto del edificio. Cuando entr6 en el centro m6dico, tuvo que sentarse a recuperar el aliento.

Nathan le llev6 un vaso de agua, sent6ndose a su lado.

—Al final va a resultar que te tendr6 que cuidar yo a ti.

—Estoy bien, son solo esas malditas escaleras. ¿T6 c6mo est6s? Te veo muy serio.

—¿Has... Te ha contado Emma lo nuestro? —Rachel se bebi6 el agua de un trago—. Vale, imagino que s6. ¿Est6 bien? Apenas hemos hablado, no s6 c6mo comportarme con ella, t6 no la conoc6as antes de todo esto. Ten6a una chispa, un algo que... no lo veo ahora.

—Le han pasado muchas cosas, Nathan. Dale unos d6as, ¿de acuerdo?

—S6, eso har6. Tampoco es que tenga ning6n otro sitio donde ir.

Hunter entró en aquel momento, así que Rachel se inventó una excusa y los dejó solos.

Al día siguiente por la tarde Rachel examinó de nuevo a Nathan. Le dio antibióticos para que siguiera tomando unos días más por si acaso, y lo acompañó al comedor a cenar.

Después lo llevó hasta la planta donde habían acondicionado los dormitorios, que anteriormente habían sido despachos. La mayoría ya tenían sofás que habían transformado en camas, y los que no, los habían llevado de otras zonas. De esa forma, todos tenían un lugar propio en el que descansar y tener privacidad.

Nathan recorrió el suyo apreciativamente con la mirada.

—¿Qué te parece? —preguntó Rachel.

—Comparado con los sitios donde he dormido antes de llegar aquí, es una suite presidencial. Muchas gracias.

—De nada. Yo me voy también a dormir, ¿necesitas algo más?

—Solo una cosa. ¿Cuál es la habitación de Emma?

Rachel sonrió ampliamente.

—Al final del pasillo, a la derecha. Pero espera un segundo aquí.

Se metió en un cuarto marcado «Suministros», y salió con algo en la mano.

—Toma, solo por si acaso.

Se lo entregó y Nathan miró los paquetitos de plástico cuadrados.

—Pues sí que tenéis de todo... —comentó.

—Sí, bueno, ya sabes. Tenemos algunos adolescentes, y esto al final es un poco como «Gran Hermano»... así que mejor prevenir que curar, ¿no? Siempre que se hacen salidas a farmacias y hospitales, pues traen también.

Nathan se los guardó en un bolsillo dándole las gracias. No era tan optimista como ella, pero quién sabía.

Fue hacia la puerta indicada por Rachel. Pensó en entrar sin llamar, pero teniendo en cuenta las circunstancias lo más probable era que Emma durmiera con un arma a mano y era capaz de disparar sin querer, así que acabó dando unos golpes en la puerta. Ella contestó desde el interior que pasara quien fuera, así que Nathan entró y cerró la puerta tras él.

Emma estaba a punto de meterse en la cama, vestida con una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos. Había supuesto que quien iba a verla era Rachel, y cuando vio a Nathan lo miró sin saber qué decir.

—Hola, Emma.

—Yo... Hola.

—Quería hablar contigo, pero ahora que estoy aquí... Realmente me apetece otra cosa.

Se acercó hasta ella, dándole tiempo a apartarse, pero Emma se quedó totalmente inmóvil. Nathan le acarició una mejilla, mirándola a los ojos.

—¿Qué te parece si hablamos mañana? —preguntó.

—Me parece la mejor idea que podías tener.

Nathan la besó. Y de nuevo fue como si el tiempo no hubiera pasado para ellos. Emma se olvidó de sus miedos, centrándose en aquel momento y en él, en que estaban vivos y juntos de nuevo. Él la llevó hacia la cama, empujándola suavemente hasta quedar tumbados en ella. Le acarició la cara, besándola de nuevo, y pronto la ropa de los dos quedó tirada en el suelo.

Cumpliendo su sugerencia, no hablaron hasta que despertaron por la mañana. Tras hacer el amor de nuevo, se quedaron abrazados, mirando cómo el sol salía.

—Este debía ser el despacho de un jefe —comentó Nathan—. Menudas vistas.

—Ya sabes, yo siempre busco lo mejor.

—Emma... —Besó su cuello—. Cuando ocurrió lo de Little Falls... Iba a llamarte. No sé qué habría ocurrido después, cada uno viviendo en una ciudad diferente, con trabajos diferentes... Pero ahora estamos aquí. Juntos. Y es donde quiero estar. No por obligación ni porque, seamos claros, el número de mujeres disponibles haya disminuido considerablemente y no tenga otras opciones. —Ella sonrió—. Si algo me ha quedado claro de todo esto, es que quiero estar contigo.

Emma se giró para besarlo.

—Yo también.

Él la abrazó, suspirando aliviado. Después, fijó la mirada en su cuello y con un dedo recorrió con suavidad esas marcas que no dejaban que ella olvidara el viaje que había hecho.

—¿Y esto?— preguntó.

Emma comenzó a hablar, contándole todo lo que había ocurrido, e incluyendo los tres hombres que había matado, liberándose así de parte del peso y la opresión que sentía continuamente en su pecho. Nunca volvería a ser la de antes, ni él era tampoco el mismo, y sin embargo, ese momento y lugar, era perfecto para los dos.

Cuando por fin salieron y fueron a desayunar, ya no quedaba casi nadie en el comedor, solo Rachel que, al verlos, se limitó a decir:

—Bueno, al final te hicieron falta, ¿no?

Emma le sacó la lengua, y ella se echó a reír.

Hunter apareció cuando estaban terminando de desayunar, y al ver a Nathan y Emma besándose se sintió extraño. Por un lado se alegraba por ellos, pero por otro, al ver a Rachel, sintió un ramalazo de celos. Así que sacudió la cabeza y se acercó evitando mirarla directamente.

—He convocado una reunión para dentro de quince minutos.

—¿Se lo has dicho a J.J.? —preguntó Rachel.

—No, mejor después. Si ahora se entera de lo que queréis hacerle... Le puede dar algo, mejor luego lo pillamos solo.

—De acuerdo —dijo Nathan, levantándose—. Vamos entonces.

Lo llevaron hasta otra planta, donde atravesaron unas puertas dobles de madera. Dentro había varias personas sentadas alrededor de una mesa, incluyendo a Erik.

—Tenéis hasta sala de reuniones y todo —observó el pelirrojo cuando entraron.

—Sí —replicó Hunter—. Cuando llegamos todo estaba mano por hombro. El grupo que se había quedado aquí se limitaba a sobrevivir, sin ningún tipo de organización.

—Pues menos mal que apareciste tú —se burló Nathan—. Con lo que te gusta hacer y deshacer... — se calló al ver cómo lo miraba su amigo—. Perdón. Sigue, por favor.

—Gracias —Hunter ignoró las sonrisas burlonas que había en las caras de las dos chicas—. Ni siquiera se preocupaban de conseguir provisiones, o de hacer algo para garantizarlas en un futuro. No tenían normas, ni nada.

—Aquí nos gustan mucho las normas —dijo Rachel, que aún seguía sonriendo.

—Ya veo. Un par de semanas y ya está todo organizado —comentó Nathan.

—Este es George, de mantenimiento —Hunter señaló al hombre que no conocía—. Había más gente dentro, entre los suyos y los nuestros somos exactamente treinta y siete personas...bueno, ahora contigo y el gigantón somos treinta y nueve. Él fue quién nos abrió la puerta y nos dejó entrar.

George asintió.

—Fue un alivio, estaba a punto de reinar la anarquía —repuso.

—Lo primero que hicimos fue dividir a la gente en grupos y asignar tareas. Las personas necesitan algo que hacer o se vuelven locas —explicó Hunter—. Erik y yo, como somos militares, nos encargamos de todo lo referente a la seguridad exterior. Tengo un grupo a mi cargo de la gente más joven y hacemos turnos, noche y día, la verja y el muro siempre están vigilados. Cada dos horas se hace una ronda por toda la zona, por si acaso... nunca se sabe por dónde pueden entrar.

Nathan asentía a todo, ligeramente distraído y pensando que Hunter seguía teniendo una mentalidad militar muy desarrollada.

—Emma se encarga de la seguridad dentro del edificio. Ya sabes, de las cosas un poco más diplomáticas.

—¿Qué? ¿diplomática, tú...? —Nathan pareció a punto de reírse, pero de nuevo cerró el pico cuando vio que ella le lanzaba una mirada furibunda—. Por supuesto, sí, sí, decidme en qué consisten.

—Básicamente, normas de convivencia —explicó ella—. Llevar a cabo las tareas asignadas, respetar los turnos de comida, no provocar peleas y a las once de la noche todo el mundo tiene que estar en sus habitaciones.

—¿Qué dices? ¿Un toque de queda?

—Sí. No necesitamos gente correteando por ahí de madrugada, todavía nos pone nerviosos la idea de los rabiosos y hay gente muy aprensiva.

—Entiendo...

—Por norma general, de noche siempre hay una persona vigilando.

—¿Por qué?

—Por si acaso.

No añadió más, todos en aquella sala excepto Nathan sabían que la proporción mujeres y hombres no estaba demasiado equilibrada y después del intento de violación de Rachel en el campamento no estaban dispuestos a que volviera a darse una situación similar.

—Respecto a contagios —Emma cambió de tema—, la norma es muy clara. Hay botones de alarma en casi todas las habitaciones, así que si alguien ve, o cree que hay alguna persona infectada, lo primero es pulsarlo. —Él asintió—. Y si suena la alarma, la gente tiene instrucciones de encerrarse en sus habitaciones hasta que se resuelva la situación.

—Bien pensado —dijo Nathan—. ¿Y cómo se resuelve la situación?

Hunter y Rachel se miraron brevemente.

—Le pegamos un tiro —respondió Emma.

—¿Ha sucedido alguna vez? —Ella negó—. O sea que este sitio es totalmente seguro.

—Por ahora —matizó Hunter—, pero toda coraza tiene grietas.

Nathan lo miró alzando la ceja.

—Qué bonito. Recuerdo que no sacabas malas notas en literatura, y eso a pesar de lo que te costó aprender a escribir... —Hunter le pegó un manotazo para que se callara. Nathan lo ignoró sin perder su sonrisa y después carraspeó—. Está bien. Yo puedo ponerme a trabajar cuando queráis, empiezo con el J.J. este.

—Yo me encargaré de ayudar —se metió Rachel—. No es que entienda mucho de su tema, pero me he estado informando con todos los libros que hay aquí y seguro que puedo ser útil. —Miró a Nathan, que afirmó—. Eso sí, es importante tener el virus para empezar.

Hunter se giró hacia Erik y se acarició la barbilla, luego repitió el gesto con Emma, que afirmó.

—Bien —dijo—, supongo que podemos salir esta tarde. No deberíamos tardar demasiado, pero ya que iremos fuera aprovecharemos para hacer acopio, necesitamos mantas, ropa de abrigo, hay que reponer medicamentos y...

—¿De qué estás hablando? —interrumpió Rachel.

—De la salida. Si hay que ir a por una muestra del virus vamos a necesitar un infectado, así que... —Y señaló a los otros dos, como diciéndole con ese gesto que era una tonta por preguntar.

—¿Y tenéis que ir vosotros? —espetó ella, con cierta brusquedad.

—¿Y quién va a ir? ¿Johnny y Brad? Somos los únicos con preparación, es lo más lógico que vayamos nosotros. —Hunter chasqueó la lengua, un poco exasperado al tener que dar explicaciones.

—Pero...

—Acabas de decir que era importante tener el virus para empezar.

Sí, claro. Rachel conocía la aplastante lógica de las palabras de Hunter, pero, ¿es que siempre iba a ser así, siempre le iba a tocar arriesgarse a los mismos? Le asustaba pensar que quizá podían sufrir algún percance, no era tan extraño; al fin y al cabo, Emma era muy competente pero había perdido a todo su grupo por el camino. A veces sucedían accidentes.

Notó que todos la estaban observando y carraspeó.

—Sí, vale, de todas formas tampoco importa mucho mi opinión —masculló y miró el reloj—. ¿Ya hemos acabado? Tengo cosas que hacer.

Se incorporó, lista para salir, pero Emma la retuvo agarrándola por el codo e ignorando sus muecas para que la soltara. Hunter puso fin a la reunión entonces, y se quedó mirándola con el ceño fruncido.

—¿Ya me puedo ir? —siseó Rachel furiosa mientras iba hacia la puerta acompañada de una Emma que parecía divertida, lo cual no le hacía ninguna gracia—. ¡No pongas esa cara, que sé que te estás divirtiendo! ¡También me preocupo por ti!

Estaban ya separadas de los demás, así que Rachel se sopló el flequillo y suspiró, algo más tranquila.

—No nos va a pasar nada —le dijo Emma tratando de que se calmara—. Recuerda, venimos desde Minnesota y aquí estamos.

—Sí, pero esa parte era inevitable, había que correr peligro para llegar a algún lugar donde ponerse a salvo y poder recuperarnos. Lo hemos encontrado, estamos aquí, y... y... ¿por qué tiene que ofrecerse voluntario para las cosas arriesgadas?

—Porque es militar. Y es su trabajo, al igual que el mío. Y porque no vamos a mandar civiles ahí fuera para que los maten, nosotros tenemos algo de preparación.

—Ya, pero no...

—¿Rachel?

Ella se dio la vuelta al escuchar la voz de Erik a sus espaldas, sorprendida. Esbozó una sonrisa al momento, tratando de dejar atrás su mal humor.

—¿Tienes un segundo? —preguntó él.

—Sí, por supuesto. —Y lo miró, esperando a que hablara.

Erik parecía titubear y Emma se dio cuenta de que no quería hablar de ningún tema «oficial», así que carraspeó.

—Bueno, yo me tengo que ir a...

—No, mujer, espera. —Rachel seguía sin enterarse de nada—. Que luego me cuesta horrores encontrarte. Dime, Erik —invitó sin dejar de sonreír.

«Ay, madre», pensó la rubia controlando las ganas de echarse a reír. Por puro instinto miró de reojo a Hunter y se sorprendió de encontrarse con su mirada puesta justo allí; en un Erik que parecía visiblemente nervioso ante una chica.

—Pues verás —comenzó él—, había pensado que... si te apetece, podríamos hacer algo juntos el sábado.

En realidad, la idea de sábado daba realmente igual puesto que era un día como cualquier otro, pero no lo que implicaba el mensaje. Sábado era día de salir, de cine, de cena, de copas, de vida social, de parejas disfrutando... y esa era la idea.

—Oh, pues... — Rachel empezó a responder y entonces cayó—. Oh.

A Emma le costaba no reírse, aunque ahora lo repartía entre la situación con Erik y la cara avinagrada que estaba poniendo Hunter. Sin embargo, el pobre Erik no tenía la culpa, pues no sabía nada de la situación entre ellos.

—¿Algo como qué? —se metió, tratando de dar a Rachel un poco de tiempo. Erik la miró—. Sí, ya sabes, si quieres salir con una chica tienes que tener algún as en la manga, ¿qué has pensado?

—En un picnic —contestó él—. Fuera tenemos un par de zonas seguras con algo de iluminación, está la zona con árboles y el agua. No sé, conseguimos algo de comida y un rato de charla agradable...

—Buena idea, Erik. —Emma le dio una palmadita de ánimo, aunque por dentro estaba pensando «ni de coña, chaval».

Se quedó esperando, cruzada de brazos y disfrutando enormemente del

apuro que estaba pasando Rachel en aquellos momentos. Al final, la joven médica terminó balbuceando una excusa poco elaborada.

—La verdad es que no sé cómo voy a andar de tiempo, porque con esto de tener que hacer de ayudante puede que no... ya sabes, es por...

—De acuerdo —aceptó Erik—. Si cambias de opinión dímelo. —Y le guiñó un ojo decidiéndose a abandonar el lugar, en una admirable muestra de deportividad.

Rachel lanzó una mirada furibunda a la rubia, aunque a ella no pareció afectarle en exceso. Dejó hasta que la agarrara del brazo y la arrastrara consigo mientras protestaba.

—¡Ya podías haberme ayudado! —le espetó en voz baja.

—Que dices, si te las has arreglado muy bien. «No sé cómo voy a andar de tiempo...» —repitió, imitando su voz con tono burlón y haciendo que ella frunciera el ceño—. Vaya excusa de mierda, eso no lo habría dicho ni yo y mira que llevo media vida poniendo excusas absurdas.

—¿Y por qué me habrá invitado a... lo que sea que me haya invitado?

—Como diría J.J., hay que procrear. —Emma se detuvo de golpe y la miró—. ¿Por qué le has dicho que no?

—Pues... no sé.

—Hum.

—¡No hagas eso, dedicarme un «hum» lleno de sarcasmo e ironía! —protestó Rachel, notando cómo empezaba a enrojecer, cosa que no quería.

—¿En serio has detectado todo eso en un simple «hum»? —La rubia meneó la cabeza—. Tenías que haberme hecho caso la primera vez que te dije que hablaras con él. Ahora pareces... enamorada y desesperada.

—No, eso no es verdad.

—Sí que lo es —dijo Emma, dándose la vuelta. Se iba a ir hacia el comedor cuando notó que Rachel tiraba de su brazo—. ¿Qué?

—Promete que vais a tener cuidado esta tarde.

—Todo el cuidado que podamos tener, siempre que no haya sorpresas inesperadas. —Al ver su cara, la policía se encogió de hombros—. Lo siento, doctora. Ya has oído a Hunter, toda coraza tiene grietas.

La dejó allí y Rachel se mantuvo cruzada de brazos, con los labios apretados. Hunter pasó a su lado en aquel momento acompañado de Nathan; seguía enfadada con él por ofrecerse tan alegremente a salir de caza, así que hizo un ruido escéptico y se marchó ella también, tratando de mantener la cabeza alta.

Nathan le dio alcance unos minutos después, divertido por la situación, pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

Encontraron a J.J. en la azotea del edificio. Se suponía que estaba de guardia, pero había salido el sol y estaba tumbado cuan largo era, sin camiseta y con los brazos extendidos.

Nathan levantó una ceja al verlo.

—¿Es ese? —preguntó.

—Sí, esto... Intenta no flipar mucho. ¡J.J.!

El chico los miró, sin moverse del sitio.

—Hola, R. ¿Has visto qué buen día hace?

—Sí, precioso. Ven, quiero presentarte a alguien.

J.J. se levantó suspirando como si estuviera haciendo un gran esfuerzo, y se acercó a ellos. Nathan extendió la mano.

—Hola —saludó—. Soy Nathan Thomas.

—Ya me han hablado de ti. —Le guiñó un ojo—. El cariñito de Emma, ¿no?

—Vaya, las noticias vuelan.

—Sí. En fin, ahora entiendo que estuviera tan poco receptiva, aunque bueno, no estoy muy acostumbrado a que me rechacen, siendo quien soy y esas cosas.

—¿Perdona? ¿Intentaste ligar con Emma?

—Algo así. Pero tranquilo, no hubo nada.

—No, si estoy tranquilo. ¿Y quién dices que se supone que eres?

—¿Cómo? —Miró a Rachel—. No me lo puedo creer. ¿Otro como el teniente? ¿Es que nadie escucha música en este país? Soy Jared Jacobs, J.J. Cantante, he vendido millones de discos, y...

—Sí, lo entendemos todos —interrumpió Rachel—. Pero veníamos a verte por otra cosa. Ven con nosotros al laboratorio, es importante.

—Se supone que estoy de guardia.

—Sí, ya te he visto muy atento. No te preocupes, avisaré para que te sustituyan.

J.J. los siguió más por curiosidad que por otra cosa. De camino Rachel encontró a Faraday, a quien le pidió que cubriera el puesto de J.J.

Llegaron al laboratorio, y se sentaron alrededor de una mesa. J.J. los miró expectante.

—Verás, J.J. —empezó Rachel—. Te han mordido dos veces.

—Sí, eso no es ninguna novedad.

—¿Y no te has preguntado por qué no te has vuelto como ellos?

—No. —Se encogió de hombros—. ¿Suerte?

—No, chaval —dijo Nathan—. Eso no existe. Eres inmune, o eso pensamos. Así que quiero tomarte muestras y ver por qué.

—¿Muestras? —Apartó la silla hacia atrás—. ¿Me vas a quitar un trozo de algo o qué?

—No, no, tranquilo. —Contuvo una sonrisa—. Sangre, sudor, saliva...

—Ah, vale, qué susto. —Extendió el brazo—. Qué guay. Así que soy inmune.

Eso me hace muy importante, ¿no?

Rachel cogió una jeringuilla. Le puso una goma en el brazo y palpó buscando una vena, clavándole la aguja antes de que se diera cuenta.

—Sí —le dijo—. Pero que no se te suba a la cabeza.

—¿A mí? Si soy un tío super normal.

Rachel reprimió una sonrisa, viendo la cara de Nathan. Le sacó tres tubitos de sangre, para después pasarle un bastoncillo por la boca y un papel secante por la frente.

Nathan iba guardando todo poniéndole etiquetas con la fecha y la hora. Cuando terminaron, Rachel le dio un bote a J.J.

—Bueno, pues ya solo queda una muestra —dijo.

—¿De qué?

Ellos se miraron. Rachel suspiró.

—J.J., necesitamos... Todo.

—Que no te entiendo, R.

—Tienes que llenar el bote —explicó Nathan—. Bueno, lleno lleno tampoco. —Señaló su entrepierna—. De lo que llevas ahí dentro.

J.J. comprendió entonces, y los miró como si estuvieran locos. Pero ellos se habían puesto serios así que cogió el bote.

—Vale. Lo intentaré, pero... ¿os vais a quedar ahí mirando?

—No, por Dios —dijo Rachel—. Vete a tu cuarto o donde quieras, y nos lo traes luego.

—Ah, vale, menos mal. Vengo en un rato.

Se marchó con el bote. Nathan miró a Rachel.

—¿Siempre es así? —preguntó.

—Ha espabilado. No quieras saber cómo era antes.

Nathan se frotó la frente, sin atreverse a imaginarlo, y miró las muestras empaquetadas que tenía colocadas sobre la mesa.

—Hallada cura gracias a la super estrella Jared Jacobs —murmuró—. Increíble.

—Lo sé —sonrió ella—. Cuando lo encontramos, no sabía ni abrir una lata. Se pasaba todo el día tirado en el suelo con su fan número uno, a la que perdimos en el ataque al campamento. —Al recordar aquel aciago día dejó de sonreír.

—¿Y ya sabe abrir latas?

—Ajá. —De nuevo Rachel recuperó la sonrisa—. Hunter hizo que aprendiera.

—Método espartano, seguro. «Toma, tu comida, búscate la vida».

—¡Exacto! —Ella se echó a reír—. Cuando llegamos aquí, la gente no dudó en absoluto de que Hunter y Emma eran los que tomaban las decisiones.

—Igual que en el instituto —sonrió Nathan.

—¿Ya eran así en esa época?

—Sí. Son líderes natos.

—Es increíble. Yo llevaba mi grupo y lo hice durante mucho tiempo, pero... cuando apareció él, fue como si todo encajara. Sabía qué hacer y decir en todo momento.

—No significa que tú no lo hicieras bien, solo... que Hunter es Hunter.

Rachel musitó un «sí» bajito más para sí misma y guardó silencio unos segundos, mientras Nathan le daba tiempo esperando a que preguntara lo que quería preguntar. Durante su adolescencia, esa escena se había desarrollado muchas veces.

—¿Cómo era de joven? —se atrevió a decir al fin.

—¿Hunter? Lo tenía todo. Hay muchos jugadores populares en el mundo, y

mucha buena gente, pero por norma general no suelen ser los mismos. Pues así era él, una suma.

—¿No se metía con los flojos?

—No. Hunter hablaba con todo el mundo por igual, era como... muy recto. Creo que la muerte de sus padres solo fue un revulsivo, en realidad siempre ha tenido una mentalidad muy...

—¿Militar? —Lo vio afirmar— ¿Y con las chicas?

Nathan se encogió de hombros.

—Podía ligar con cualquiera, pero no era mucho de eso... tuvo un par de novias serias, no recuerdo más. Y eso que todas se volvían locas por él, pero esta información tengo la sensación de que ya la conoces de primera mano.

Rachel pegó un pequeño bote en su silla y notó que enrojecía. Joder, ¿tanto se le notaba?

—Yo... —empezó a decir, pero unos golpes en la puerta la interrumpieron—, ¿sí?

—Os traigo mi valioso esperma. —Escucharon decir.

Ambos se miraron, Rachel sonriendo y Nathan sacudiendo la cabeza.

—No termino de entender cómo ha sobrevivido este elemento —comentó el pelirrojo.

—Bueno. A pesar de que tú crees lo contrario, la suerte existe —sonrió Rachel, levantándose para abrir la puerta—. Adelante—invitó—, veamos qué nos depara ese valioso esperma

No era la primera vez que salían en busca de materiales. Alternaban rutas, había un hospital relativamente cerca y un centro comercial aún más cerca, así que lo normal era que, dependiendo de lo que necesitaran, tomaran una dirección u otra.

Pero ese día necesitaban un infectado, y para eso, debían acercarse a zonas más concurridas.

—Hagamos una cosa —dijo Hunter, una vez estaban fuera y la valla del CDC había sido cerrada por la persona de guardia—. Primero cargaremos con medicinas y comida, y luego tratamos de llevarnos a uno de esos bichos. Si empezamos por él lo mismo tenemos que salir corriendo y no me gusta volver con las manos vacías.

Emma y Erik asintieron, mostrando su conformidad. El lugar escogido fue Brookhaven, que estaba a una hora y media del CDC; allí encontrarían lo que necesitaban, pues había un centro comercial que esperaban tuviera de todo.

Durante el camino, Emma se percató de que Hunter iba muy callado y de que esquivaba hablar con Erik, algo que no había hecho hasta ese momento. Como conocía de sobra el motivo de su mal humor prefirió no decir nada, limitándose solo a charlar con Erik y dejando que Hunter descargara su cabreo caminando a tal ritmo que casi parecía querer matarlos. Cuando llegaron al centro comercial, los dividió.

—Tú, la comida. —Señaló a Eric—. Y artículos de higiene personal. —Él asintió—. Em, medicinas. Yo veré qué encuentro de ropa y nos reunimos aquí en media hora como mucho.

Erik ni cuestionó las órdenes de Hunter, marchando hacia la zona de supermercado sujetando su mochila. Emma tampoco dijo nada, pero le lanzó una mirada que él ignoró de forma deliberada. Hunter observó cómo la rubia se alejaba sin quitar su gesto hosco; sabía que era irracional portarse así y que parecía un crío pequeño, pero estaba rabioso y lo único que le apetecía era pegar a Erik. No podía hacerlo, así que decidió consumir sus esfuerzos yendo a la sección de ropa: empezó a coger ropa interior, jerseys, sin buscar en exceso ni preocuparse de tallas. Si continuaban saqueando así todos los lugares cercanos, cada vez tendrían que ir más lejos hasta que la misión de buscar comida o medicinas se convertiría en una aventura de días. Pero ya pelearían ese problema cuando llegara, por ahora esperaba que Nathan consiguiera la cura pronto. Los infectados quizá se curaran, la vida podría volver a parecerse a antaño y Rachel dejaría de pasar todo su tiempo con su amiguito.

«Un momento», se dijo deteniéndose con un par de calcetines en la mano y sintiéndose ridículo. Pero qué demonios le pasaba, con aquellos celos irracionales que no tenían ni pies ni cabeza... Tiró los calcetines al suelo, enrabiado, y

continuó echando ropa en la bolsa. Una colcha, una almohada... no cabían más, iban poco a poco. Para el verano todo el mundo tendría su puñetera colcha.

Cuando pasó la media hora, fue al lugar acordado y allí estaba Erik, apoyado contra la pared.

—¿Ya? —preguntó Hunter.

—Ajá —comentó Erik—. Qué raro, una mujer tarde... —hizo el intento de bromear, pues notaba el ambiente tenso con Hunter pero no tenía claro el motivo—. ¿Cree...?

Su frase quedó cortada en seco al escuchar un grito. Los dos giraron en la misma dirección y no dudaron con preguntas absurdas; echaron a correr en dirección al drugstore, temiendo que la rubia se encontrara en algún apuro. Hunter entró apuntando con su arma, y Erik lo imitó; fueron abriéndose camino por entre las estanterías que había volcadas, apartando cosas de una patada.

—¿Emma? —la llamó Hunter, sin detenerse.

No recibió respuesta y casi estaban en el mostrador; afinó el oído, mandando a Erik callar de un solo gesto, y le pareció escuchar algo. Por señas indicó a su compañero que lo siguiera, así que entraron dentro, dejando la caja registradora atrás. En el suelo descansaba la mochila de Emma. Hunter recorrió la trastienda con la mirada, pero ahí no había luces y la visibilidad era muy mala.

—¡Emma! —volvió a gritar.

—Estoy aquí abajo, joder. —La oyó maldecir desde algún lugar ubicado en el suelo.

—¿Estás bien? —Hunter echó mano de la caja de cerillas.

—Estoy entera. —Escuchó decir—. Un par de arañosos más, nada importante. Cuidado con el suelo, está en mal estado.

Hunter encendió un par de cerillas para hacerse a la idea; la trastienda estaba bastante revuelta y había bastantes cosas dentro. El suelo era de madera y se veía envejecido; pudo ver perfectamente el agujero por donde se había caído Emma.

Se acercó, cuidándose mucho de donde pisaba; al menor crujido, cambiaba

de lugar y de ese modo llegó hasta asomarse al agujero.

—Ya te veo —dijo, y se giró—. Erik, dame tu caja de cerillas, rápido. —Él obedeció—. Toma. —Y se las lanzó a la policía—. No te preocupes, deja que piense cómo te saco de ahí.

Escuchó el ruido de la caja de cerillas al caer y luego cómo ella encendía unas pocas para mirar a su alrededor.

—Hunter, veo unas escaleras —informó—. Tiene que haber una entrada por ahí. Mirad a ver si podéis abrir, yo voy a ver qué hay por aquí.

—¿Estás armada?

—Eso es una pregunta estúpida —dijo ella.

Hunter la dejó allí y regresó sobre sus pasos hasta que quedaron fuera de la trastienda.

—Buscamos una puerta que nos dé acceso a una especie de sótano —repuso.

Erik afirmó y los dos se pusieron a recorrer el drugstore, mirando por todos lados. Perdieron un buen rato hasta que finalmente, Hunter se dio cuenta de que había una puerta que apenas se percibía porque estaba empapelada del mismo tono que el resto de la pared.

«Una puerta camuflada», pensó, y le pegó una patada para abrirla; ante sus ojos se materializaron unas escaleras, así que sacó otro montoncito de cerillas y las prendió.

—¡La hemos encontrado! —gritó, según bajaba seguido de Eric.

—Cuidado por donde pisáis. —Le llegó la voz de Emma, desde algún lugar del sótano—. No os lo vais a creer.

Hunter se fue guiando por su voz hasta que la encontró; no había duda de que se había pegado un buen golpe, pero no parecía grave. Ella le tendió algo y descubrió que se trataba de una vela, así que la encendió, apagando de un soplo las cerillas; había más y también las encendió, mirando a su alrededor.

—¿Es esto un refugio? —preguntó.

—Eso parece —dijo ella—. Aquí hubo gente viviendo, aunque ya no están. No hay cuerpos... imagino que saldrían arriba para algo y ya no regresaron.

—Puede que se hartaran de este cuchitril —comentó Erik acercándose—. Menuda claustrofobia.

—Serían los dueños de la farmacia —dijo Emma señalando la pared—. Son fotos de una familia, ojalá que salieran para largarse y no para morir.

—¿Y si nos vamos? —insistió Erik— No me gustan nada los sótanos. A ver si se va a cerrar la puerta sin querer y ya no podemos salir...

—Cállate. —Hunter lo fulminó con la mirada—. La hemos abierto de una patada. —Se dio cuenta de que el joven militar estaba sudando, así que supuso que era cierto que no le gustaban los espacios cerrados—. Pero sí, mejor nos vamos, se nos hace tarde.

—Espera —pidió Emma—. Hunter, no sabes lo que he encontrado. Tienes que ver esto. —Y tiró de su brazo para arrastrarle hacia uno de los rincones.

Debía ser el lugar que la familia refugiada había convertido en su «salón»: un pequeño sofá de tres plazas, con dos estanterías detrás y varios libros. También había esparcidos por el suelo cuadernos de colorear, lo que significaba que había habido niños allí... Hunter trató de alejar ese pensamiento, recordando a Hannah.

—Esta gente no era estúpida —dijo Emma y le dio unos golpecitos a un aparato que había sobre la mesita.

—¡Una radio transmisora! —exclamó Hunter aproximándose a mirarla—. ¿Crees que funcionará?

—Ni idea, pero creo que deberíamos llevárnosla y ya lo comprobaremos en el CDC, ¿no crees?

Hunter asintió y la movió para calibrar el peso.

—Uffff, pesa bastante. Esto nos ralentizará el regreso —observó.

—Qué va, he pensado en ello —le cortó ella—. Cogemos un carrito de esos que usaban nuestras abuelas para llevar la comida a casa. Así nadie se cansará demasiado y no tardaremos tanto... que aún tenemos que hacernos con un

mordedor.

—Aún no hemos visto ninguno —dijo Erik, en la lejanía, y al mirarlo vieron que estaba en la puerta esperándolos.

Los dos intercambiaron una mirada, sonriendo.

Rachel consultó de nuevo la hora en su reloj. Seguía en el laboratorio, con un Nathan trabajando como si le hubieran dado cuerda, pues no parecía tener intención alguna de detenerse. Pero ella no se podía concentrar, preocupada porque ellos no habían vuelto; se revolvió, incómoda.

—¿Quieres parar? Me estás poniendo nervioso —dijo él sin apartar la vista de lo que estaba haciendo.

—Perdona —se disculpó—. Ya deberían haber vuelto. Normalmente cuando salen no tardan más de cuatro horas y casi es de noche... ¿y si han tenido problemas? ¿O se han encontrado con un grupo numeroso de rabiosos?

—Vale. —Nathan dejó lo que estaba haciendo y se levantó—. Vamos a ver si Faraday sabe algo, ¿quieres?

Ella asintió. Cuando habían llegado, nadie sabía muy bien qué hacer con Faraday; su altura y errático comportamiento los tenía desconcertados. Pero en cuanto vieron que no era peligroso, decidieron dejarlo en el equipo de vigilancia, incluso en la garita de fuera: que ellos supieran que no era un peligro no significaba que no pudiera intimidar a posibles asaltantes. Y el trabajo se le daba más que bien, se fijaba en todo y era muy eficaz, ni siquiera cabeceaba en sus guardias nocturnas, algo que no podía decirse de otros.

Pero Faraday no sabía nada.

—Todavía no han llegado —explicó—, lo único que puedo hacer es avisaros cuando lo hagan. Pero mientras tanto, volved dentro mejor. Algunas veces por fuera aparece algún engendro del demonio y se alteran si ven humanos.

Ambos asintieron, pero Rachel seguía teniendo cara de inquietud. A su pesar, se giró para volver al interior acompañada del pelirrojo cuando escucharon la voz de Faraday.

—Eh, vosotros —dijo—, podéis dejar de preocuparos, ya los veo.

Rachel se aproximó, tensa, para corroborar las palabras de Faraday. Sí, acababan de pasar la primera verja y ya estaban a salvo mientras llegaban a la segunda; suspiró de alivio, tratando de controlarse para que no se le notara.

La estampa era, cuanto menos, extraña: Erik arrastraba un carrito de la compra, de los que hacía años que no veía en uso, y Hunter... Hunter sujetaba una cuerda robusta. Y atado al extremo, un mordedor que no coordinaba en absoluto sus movimientos: daba manotazos, gruñía, lanzaba mordiscos al aire y se tropezaba continuamente. Tenía sangre y un agujero de bala en una rodilla, lo que explicaba su torpe forma de andar. Emma iba tras él apuntándolo con un rifle, por si acaso había alguna sorpresa inesperada y el mordedor conseguía liberarse. Al ver aquello, tanto Rachel como Nathan se echaron hacia atrás.

—¡Joder! —exclamó el pelirrojo—. ¡Esa cosa está viva!

—No especificaste si lo querías vivo o muerto —le contestó Emma con una sonrisa.

—¿Qué te ha pasado? —esa fue Rachel—. Parece como si hubieras caído en un agujero.

—Me caí en uno —admitió ella y le dio una palmada a Hunter en el hombro—. Dile las buenas noticias.

Ella miró a uno y otro de manera alternativa, sin saber si cabrearse o alegrarse. La visión del rabioso seguía poniéndole los pelos de punta, y eso que había acabado con unos cuantos... No tanto Nathan, que había tenido más suerte en su viaje y no se había cruzado con demasiados, y que en ese momento parecía estar deseando largarse de allí.

—¿Y si vamos dentro y encerráis a ese bicho? —propuso el chico.

—Tenemos una radio —dijo Hunter.

Se hizo un silencio momentáneo.

—¿Funciona? —preguntó Rachel, con la boca seca.

Él se encogió de hombros, pero al menos la doctora ya no parecía tan furiosa

como cuando se habían marchado por la mañana. Eso lo alivió, aunque no tuvo claro por qué, en realidad le daba lo mismo... ¿verdad?

—Ni idea —respondió Emma—. Habría que probarla. Mi padre tuvo una en cierta época, pero la verdad es que nunca aprendí a utilizarla.

—Genial —dijo Nathan—, conseguimos una radio, y qué os va a que nadie sabe ponerla en marcha.

Hunter pegó un tirón a la cuerda, haciendo que el mordedor cayera al suelo; luego puso una de sus botas sobre la espalda para que no se moviera, haciendo caso omiso de las caras de incomodidad del resto.

—¿Qué decías? —preguntó, mirando a su amigo.

—Calma —intervino Faraday, sereno—: Yo sé cómo funcionan.

4. Ratas de laboratorio

Emma cogió su ración de comida y fue a sentarse junto a Hunter, que removía la suya con el ceño fruncido. Ella siguió la dirección de su mirada, dándose cuenta de que estaba observando a Nathan y Rachel. Ellos estaban en otra mesa, con varios papeles frente a ellos y hablando animadamente mientras comían.

—¿Por qué no comes con tu novio? —preguntó Hunter, en cuanto ella dejó la bandeja.

—Uy, qué susceptibles estamos. Ya he desayunado con él, y parece liado con Rachel. Estarán hablando de bacterias y virus y sus experimentos y me pierdo cuando se ponen así. ¿Y a ti qué mosca te ha picado?

—¿Y no te molesta?

—¿El qué?

—Eso. —Los señaló con el tenedor—. Que estén todo el día juntitos.

—Espera, espera. —Se acercó más a él, mirándolo a los ojos hasta que Hunter se apartó, incómodo—. ¡A ti lo que te pasa es que estás celoso!

—Primero, baja la voz. Segundo, no digas gilipolleces. ¿Por qué iba a estar celoso? Yo lo digo por ti.

—Sí, venga ya. Ahora va a resultar que te preocupa mi vida sentimental. Mira, ¿sabes lo que tienes que hacer? Coges, vas a hablar con ella y le dices lo que te pasa. O mejor, la pillas por banda y le pegas un meneo de los que hacen historia, y te dejas de tonterías.

—Tengo cosas que hacer.

Se levantó apartando la silla con gestos bruscos, ante la mirada divertida de Emma, y se fue a la mesa de J.J. Este le miró con aprensión, cuando Hunter tenía esa expresión parecía que iba a matar a alguien. Levantó las manos como si se rindiera.

—No sé qué he hecho, pero no lo volveré a hacer —dijo.

—No digas chorradas y ven conmigo.

—Más latas no, por favor... Con lo bien que estaba yo tan tranquilo...

—J.J., no tengo todo el día.

—Vale, vale. —Se levantó—. Pero recuerda que soy el inmune, ¡eh! Que soy muy importante, tienes que cuidarme, y...

Hunter le lanzó una mirada que le hizo callarse definitivamente, y lo siguió dócilmente hasta la planta baja, a una zona donde él nunca había entrado. Pasaron una puerta que tenía un letrero que indicaba «Mantenimiento», y al pasarla vio que había varias salas. Hunter le llevó hasta otra puerta que ponía «Jardinería». Entró y salió con una pala, un rastrillo y varios sobres. Empezó el regreso a la recepción, con J.J. tras él cada vez más mosqueado.

Salieron al exterior, rodearon el edificio y Hunter se detuvo junto a unos jardines. Estaban descuidados y con algunas zonas secas, pero ya no hacía tanto frío y habían empezado a salir brotes nuevos.

Hunter le entregó el rastrillo, y J.J. lo cogió, sonriendo. Pero en lugar de ir a la hierba, se fue a otra zona con arena y piedras. A aquellas alturas Hunter creía estar

curado de espanto, pero se quedó pasmado cuando lo vio empezar a rastrillar la arena y recolocar las piedras como si fuera el hombre más feliz del mundo. Se pasó la mano por la cara, cogiendo aire.

—J.J., ¿se puede saber qué estás haciendo?

—Teniente, retiro todo lo que he dicho sobre ti. ¡Muchas gracias, me encanta! ¿Cómo sabías que me gustan los karesansui?

—¿Los qué?

—Los jardines zen.

—¿Qué? ¿Jardín zen?

—Sí, mira. —Hizo un círculo en la arena con el rastrillo alrededor de una roca—. ¿Ves? Si haces así, representas las ondulaciones del mar cuando chocan contra la orilla. Y si haces...

—Vale, captado. —Lo cogió de un brazo, para que no siguiera—. No era esto lo que tenía en mente, si quieres hacerte un jardín zen o zan me da igual, pero lo que quiero es que hagas un huerto.

J.J. lo miró como si le hubiera hablado en chino. Hunter lo cogió de brazo, llevándolo de nuevo hasta la zona de jardín con hierba y le entregó los sobres.

—Son semillas, pone que se pueden empezar a plantar en esta época. Así que encárgate, piensa en todo lo que podremos comer fresco gracias a ti.

—Ya, sí, eso será si salen. Que yo una vez tuve un cactus y no sobrevivió... ¿Seguro que no hay nadie más que pueda hacerlo?

—J.J., ¿no quedamos en que si querías, podías?

El chico suspiró resignado, mirando los sobres. No las tenía todas consigo, esperaba que tuvieran más semillas porque como aquellas no brotaran... Lo único que le faltaba era que se quedaran sin comida por su culpa. Hunter le dio una palmada para animarlo, y lo dejó solo.

Pasó la tarde revisando las tareas de todo el mundo, recorriendo la valla... Estuvo ocupado en todo lo que pudo, cualquier cosa menos pasar cerca de los

laboratorios. Hizo la primera guardia de la noche, para evitar coincidir de nuevo en la cena con ellos.

Sabía que se estaba portando irracionalmente, pero no podía evitarlo. Llevaba días sin apenas hablar con Rachel, y cuando lo hacían, era para discutir. Si no estaba ocupada con Nathan, se metía con algún libro en el laboratorio. Por no hablar de Erik, lanzándole los tejos así... ¿A qué había venido eso? Como los viera haciendo un picnic, estaba seguro de que explotaría. Aunque había escuchado a Rachel decir que no, no sabía si Erik había vuelto a insistir. Su mente se llenó de imágenes de ellos dos juntos, tenía que distraerse o no conseguiría dormir. Decidió recorrer todo el edificio por si había algo fuera de lugar, seguro que aquello lo agotaría.

Bajó al subsuelo, encontrándose las luces del laboratorio encendidas. Supuso que Nathan y Rachel se habrían quedado hasta tarde y se les habría olvidado apagarlas. Se asomó por si acaso, antes de apagarlas, y vio que en realidad el laboratorio no estaba vacío.

Rachel estaba sentada en una mesa, con la cabeza apoyada en los brazos. Se había quedado dormida.

Movió la cabeza, sin que le extrañara lo más mínimo. Estaba trabajando demasiado, pero cuando se lo había dicho, ella lo había ignorado, echándole en cara que si él podía salir y poner su vida en peligro cuando quisiera, ella también podía trabajar todas las horas que le diera la gana.

Se acercó sin hacer mucho ruido, y la tocó suavemente en un hombro.

—Despierta. —Ella murmuró algo ininteligible en sueños—. Rachel, son las dos de la mañana.

Ella no se inmutó, así que Hunter movió la silla con cuidado y la cogió en brazos. Rachel entreabrió los ojos, bostezando.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada, te has quedado dormida. Si no trabajaras tanto...

—Hunter, no quiero discutir. —Le rodeó el cuello con los brazos, apoyando la cabeza en su pecho—. Tengo mucho sueño.

—No voy a discutir contigo. Sigue durmiendo, voy a llevarte a tu habitación, ¿de acuerdo?

Ella afirmó lentamente con la cabeza, volviendo a dormirse. Hunter se lo tomó con calma, tenía unas cuantas plantas por delante, pero no le importó. Según iba subiendo escaleras, mirando de vez en cuando su rostro dormido, se iba convenciendo más de que era un estúpido. De acuerdo, ella había dicho que olvidaran lo que había pasado entre ellos, y no habían vuelto a hablarlo. Pero si era sincero consigo mismo, él no se había mostrado nada receptivo aquella mañana... Y desde luego no podía seguir así, con esa tensión continua. Acabaría por meter la pata en alguna salida y eso era algo que no podía permitirse.

Así que para cuando llegó a la habitación de Rachel, ya había tomado una decisión: seguiría el consejo de Emma, el primero de los dos. Hablaría con ella por la mañana.

La dejó con cuidado sobre la cama, sin que ella se despertara. Dudó unos segundos, pero al final le quitó las playeras y el pantalón para que estuviera más cómoda. Cogió una manta para taparla, y entonces sus ojos se encontraron. Hizo ademán de incorporarse, pero Rachel le cogió una mano.

Ella tragó saliva, esperando. Ya se había lanzado una vez sobre él, otra sería patético... Sobre todo si él se apartaba, como parecía que estaba a punto de hacer.

Sin embargo, Hunter se llevó su mano a los labios, besando los nudillos.

—Rachel... ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Claro... Dime.

—Me pediste que no volviéramos a hablar de ello, pero... Lo que pasó entre nosotros, ¿de verdad fue solo sexo para ti? —Ella negó lentamente con la cabeza—. ¿Y si te dijera que para mí tampoco?

—Entonces te diría que te dejes de tonterías y te metas aquí conmigo.

Él sonrió, inclinándose para besarla profundamente. Rachel enredó las manos en su pelo, pero de pronto él se apartó.

—Vuelvo en un minuto, ¿vale?

Ella afirmó con la cabeza. Hunter salió veloz, miró el pasillo arriba y abajo y se dirigió a la habitación de Nathan y Emma, entrando bruscamente sin llamar.

Los dos se despertaron, mirándolo sobresaltados.

—¿Qué pasa? —preguntó Emma, alarmada—. ¿Nos atacan?

—No, no, tranquilos, es otra cosa.

Ella enterró la cabeza en la almohada, dándole un golpe a Nathan en el brazo.

—Dáselos tú.

—¿Eh? —Él se frotó los ojos, aún aturcido por el sueño—. ¿El qué? ¿Qué pasa?

—En el cajón.

Nathan por fin entendió a lo que se refería. Sacó unos cuantos paquetitos del cajón, y se los lanzó a Hunter, que los cazó al vuelo.

—¿No sabes que están en la sala de fuera?

—No me acordaba. Gracias, seguid durmiendo.

Salió y cerró la puerta, volviendo a asomarse a los treinta segundos.

—Y perdón —añadió.

Emma tiró un cojín contra la puerta, y Hunter se marchó antes de que le tirara algo más sólido.

Regresó a la habitación de Rachel, quitándose la camisa según entraba. Y ya no salió en lo que quedaba de noche.

Cuando Rachel despertó, la luz del sol iluminaba toda la habitación. Miró la hora, sobresaltándose al darse cuenta de que era casi mediodía. Normalmente quedaba con Nathan a las ocho de la mañana en el laboratorio, y ella nunca llegaba tarde. Recorrió la habitación con la mirada, pero no había ni rastro de Hunter por

ningún lado. Se sentó en la cama, preguntándose si no lo habría soñado todo. Teniendo en cuenta las pocas horas que dormía últimamente, no le extrañaría empezar a tener visiones.

Pero entonces se abrió la puerta, dando paso a un Hunter con una sonrisa que le hizo estremecerse. Después de todo, no se lo había imaginado.

Él llevaba una taza en la mano. Se sentó junto a ella en la cama y la besó.

—Buenos días —dijo, entregándole la taza—. Te he traído solo café, casi es la hora de comer...

—Gracias, me has leído la mente. —Bebió un sorbo—. Nathan debe estar esperándome, y...

—Ya he bajado yo a hablar con él, no te preocupes. Por un día que descanses un poco no pasará nada.

Ella tomó más café, sin saber muy bien qué decir. Recordaba perfectamente lo que él le había dicho por la noche, pero a la luz del día, las cosas siempre se veían diferentes.

Hunter le apartó un mechón de pelo de la cara, frunciendo el ceño.

—¿Estás bien? Te has puesto muy seria de repente.

—Yo... —Se encogió de hombros—. No sé, supongo que estoy pensando en... ya sabes, la conversación que se supone que tenemos que tener ahora, y...

—¿Qué conversación?

—Ya sabes. «La» conversación del día después.

—¿Es que lo que te dije anoche no te pareció lo suficientemente claro? ¿Ni lo que pasó después? Porque si es así... —Le cogió la taza y la dejó en el suelo—. Te lo vuelvo a explicar.

—Bueno, es que... —Él la besó intensamente—. Si haces eso no puedo pensar...

—Pues no pienses. Y solo para que te quede claro, luego voy a traer todas mis

cosas aquí, estoy harto de dormir solo y perder el tiempo discutiendo tonterías contigo.

Ella le rodeó el cuello con los brazos, sonriendo.

—¿Me estás diciendo que no vas a discutir más conmigo?

—No, te estoy diciendo que ahora ya tenemos forma de reconciliarnos.

Rachel se echó a reír, feliz por primera vez en mucho tiempo, y ahí terminó su conversación.

Bajaron al comedor un rato más tarde. Emma y Nathan estaban comiendo en una mesa, y después de coger sus raciones, se sentaron con ellos. Los dos los miraban divertidos, pero antes de que pudieran decir nada, Hunter les hizo un gesto amenazante con el tenedor.

—Sin bromitas —dijo.

—Ya —replicó Emma—. Tranquilo, ya te pillaré desprevenido.

—¿Alguna novedad? —preguntó Rachel, intentando cambiar de tema—. ¿En el laboratorio?

—Bueno, justo le estaba diciendo a Nathan que me explicara lo que estáis haciendo, pero como se pone muy técnico...

—Vale, lo explicaré para tontos —miró a Hunter—. Sin ánimo de ofender.

—No, si yo tampoco me entero de nada cuando empiezas con tu jerga de cerebritito. Así que adelante, tengo curiosidad. ¿Sacasteis algo en claro de la autopsia?

Hunter se refería al rabioso que habían llevado días antes. Habían intentado sacarle muestras, pero era demasiado violento y al final habían tenido que pegarle un tiro en la cabeza.

En la sala de máxima seguridad del laboratorio había trajes NBQ, así que habían llevado allí el cuerpo. Nathan y Rachel se habían puesto los trajes y, extremando las precauciones, habían realizado la autopsia, tomando todo tipo de muestras.

Habían descubierto que el virus provocaba dos reacciones: por un lado, inhibía los centros neuronales del dolor, lo que explicaba que los contagiados siguieran moviéndose aunque les faltaran miembros o tuvieran grandes heridas, no sentían nada; por otro lado, aceleraba todos los procesos del organismo, de ahí que no se desangraran y murieran cuando les disparaban, las heridas se cerraban rápidamente. Lo que no sabían era qué ocurriría si lograban encontrar una cura o vacuna y se la administraban a alguno de ellos. Las heridas podían permanecer igual, o abrirse y provocar la muerte del contagiado. En ese momento, estaban aún muy lejos de poder comprobarlo.

En lo que se refería a J.J., Nathan había descubierto que sus células estaban protegidas por una proteína diferente a la común, lo que las hacía impenetrables al virus. No había trazas del mismo en ninguna parte de su organismo, lo que era bueno porque significaba que tampoco era huésped del virus: no podía contagiarse ni contagiar a nadie. Nathan suponía que la proteína evitaba también que el virus pudiera replicarse, lo inutilizaba de alguna manera y el cuerpo lo eliminaba. Así que lo que estaba intentando hacer era reproducir artificialmente la proteína especial de J.J.

—Lo que no entiendo —siguió Nathan—, es qué pretendía mi padre. Quiero decir, como arma biológica no tiene mucho sentido... La población se atacaría entre sí, de acuerdo, pero ¿y luego, qué? Son más difíciles de matar.

—Bueno, yo he estado pensando en eso —contestó Hunter—. Y no pongas esa cara, de vez en cuando se me enciende alguna neurona, listillo.

—¡Si no he dicho nada! Venga, adelante, ilumínanos.

—No creo que quisiera crear un arma biológica. Históricamente, está demostrado que en las guerras causan más problemas que soluciones y además se supone que EEUU es uno de los países que está en contra de utilizarlas.

—¿Entonces qué?

—Tu padre era un poco obsesivo con los entrenamientos, siempre quería que fuéramos mejores, más rápidos... Tú has dicho que este virus hace que quien se contagie no sienta dolor, ni se desangre.

—Eso es.

—Pues imagínate un ejército de supersoldados que no se detengan por

recibir un balazo, que sigan atacando pase lo que pase. Serían la máquina de matar perfecta.

Nathan y las chicas se miraron entre ellos. Emma afirmó con la cabeza.

—Tiene sentido —opinó—. Otra cosa es que no le saliera como él quería, pero bueno, tampoco es que podamos preguntárselo.

—En fin —dijo Nathan, mirando la hora—. ¿Qué tal si nos vamos al laboratorio, Rachel? He dejado unas muestras esta mañana, quiero ver cómo van.

—Claro.

Se levantó, titubeando al mirar a Hunter. No sabía hasta qué punto le podían molestar las muestras de cariño en público. Él le cogió de la mano, haciendo que se inclinara hacia él para poder darla un beso.

—No te quedes hasta muy tarde, ¿vale? —dijo.

—Lo intentaré. —Le sonrió—. Pero siempre puedes venir a buscarme, ¿no?

Se marchó con Nathan. En las escaleras, se encontraron con Erik. Por la forma en que la miraba, Rachel supuso que la había visto en el comedor con Hunter.

—Nathan, ve bajando, voy en dos minutos, ¿vale?

—Tranquila.

Miró a Erik con comprensión, y siguió bajando. Rachel carraspeó, acercándose al chico.

—Hola —saludó, sin saber qué más decir.

—Supongo que por eso me rechazaste. —Movió la cabeza—. Qué ciego he estado. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos? ¿Ya lo estabais aquel día?

—No, pero... es más complicado que todo eso. Lo siento mucho, Erik.

—No pasa nada. —Se encogió de hombros—. Estaré bien, no te preocupes.

—Encontrarás a alguien. —Él levantó una ceja—. Vale, ahora mismo no hay

mucho donde elegir, pero seguro que hay más supervivientes.

Erik sabía que solo estaba tratando de animarlo, así que no le llevó la contraria. Ella le besó una mejilla.

—¿Amigos? —preguntó.

—Amigos.

Se estrecharon la mano, y Rachel continuó su camino.

Hunter suspiró echándose hacia atrás en la silla, poniéndose serio al ver la expresión burlona con la que Emma lo miraba.

—Qué bonito es el amor —dijo ella, poniendo los ojos en blanco—.

—Oye, estate calladita que tú eres la que se tiró a su novio de la adolescencia después de estar más de diez años sin verlo.

—Vale, culpable. —Le pellizcó una mejilla—. Pero es que estás de un achuchable...

Hunter le apartó la mano de un manotazo, incorporándose.

—Vamos a ver a Faraday, anda. Quiero ver si ha avanzado algo con la radio.

—Señor, sí, señor.

Le hizo el saludo militar poniéndose de pie. Hunter reprimió una sonrisa, y le rodeó los hombros con un brazo, atrayéndola hacia él y estrechándola con fuerza.

—Me alegro por ti, idiota —dijo.

—Gracias —replicó ella—. Yo también, no me hubiera gustado nada que le dieras un puñetazo a Erik, encima sin que el pobre supiera por qué...

Hunter le revolvió el pelo para que se callara, y se fueron juntos a la habitación de Faraday. Sorprendentemente, el hombre se había adaptado a las normas de convivencia impuestas, y aunque no se bañara tan a menudo como el

resto, al menos ya no parecía una mofeta andante. Su habitación estaba revuelta, pero no tanto como la de alguno de los adolescentes que tenían con ellos.

Faraday estaba de pie junto a una mesa, donde tenía la radio medio desmontada, con cables y piezas por todos lados. Les saludó con un gesto de la cabeza.

—¿Qué tal vas? —preguntó Emma.

—Regular.

—Y eso quiere decir...

—La radio se debió estropear igual que todo lo demás, pero le cambiaron los circuitos y la arreglaron.

—Entonces funciona —intervino Hunter.

—Yo no he dicho eso, teniente.

—Perdón. Continúa.

—Funcionaba, o eso creo. Pero tiene un par de golpes, y esas partes se rompieron. —Señaló un montón de la mesa—. Alguna puedo arreglarla, pero necesito recambios.

—Saldremos a buscarlos —dijo Emma—. En el centro comercial hay una ferretería, seguro que allí encontramos.

—Iré con vosotros, dudo mucho que sepáis diferenciarlas.

Fue hacia la puerta. Hunter y Emma se miraron.

—¿Ahora? —preguntó Hunter.

—¿Por qué esperar?

—No, claro. Avisaré a Erik, que se quede aquí al mando.

—¿Te pasa algo? —preguntó Emma—. Pareces preocupado.

—Rachel va a matarme.

Emma le palmeó un hombro, comprensiva.

—A Nathan tampoco le hace gracia que salga —confesó—. Así que los avisaremos justo antes de irnos, ¿de acuerdo?

Hunter afirmó, y se fueron a buscar a Erik antes de prepararse para la salida.

Nathan terminó de tomar notas sobre unas muestras que estabas observando al microscopio, y se las pasó a Rachel para explicarle lo que estaba haciendo. Ella comparó sus notas, satisfecha. Había alguna diferencia, pero se notaban sus avances. Tantas horas de estudio estaban dando sus frutos.

—Vas muy bien —dijo Nathan, tras mirar su cuaderno—. Estoy impresionado, podrías haberte dedicado a esto.

—Gracias, pero no me iba mucho la vida de laboratorio, tantas horas esperando que pase algo... Supongo que soy muy impaciente.

—Pues ahora toca uno de esos ratos de espera. —Cogió las muestras y las metió en la nevera, mirando el reloj—. Démosles un par de horas, a ver qué pasa.

—De acuerdo. ¿Quieres comprobar datos o seguimos con la limpieza?

—Limpieza, así nos distraemos.

En los ratos muertos, estaban dedicándose a revisar todos los armarios y cajones, clasificando lo que encontraban según la temática o desechando lo que no consideraban interesante.

Siguieron donde lo habían dejado el día anterior, un despacho que parecía del supervisor de aquella planta. Nathan empezó a mirar en un armario, mientras Rachel sacaba carpetas de un cajón. Las ojeó por encima.

—Mira, Nathan. Son expedientes personales, debían trabajar en esta zona.

—¿En serio? —Se acercó a ella—. Déjame mirar, quizá conozca a alguien. Alguno de mis compañeros de universidad acabaron aquí.

—Toma.

Rachel se los pasó, pasando al siguiente cajón de la mesa. Siguió sacando papeles, sin encontrar nada de interés, hasta que de pronto Nathan habló, sobresaltándola.

—¡Joder! —exclamó él.

—Dios, qué susto. ¿Qué pasa?

—Llama a Hunter, tiene que ver esto.

Rachel alargó la mano hacia su teléfono, pero antes de que marcara, Emma y Hunter entraron en el laboratorio. Frunció el ceño al verlos, olvidando que iba a llamarlo. Esa ropa, las armas... los conocía de sobra, solo podía significar que iban a salir.

Él levantó las manos, en son de paz.

—Antes de que digas nada, no es idea mía —se defendió—. Vamos con Faraday, necesita unas piezas para la radio.

—Será rápido —continuó Emma, viendo que Nathan tampoco estaba muy contento—. No tardaremos nada, ya veréis.

Nathan movió la cabeza, sabía que aquella discusión estaba perdida, así que no dijo nada. Cogió el expediente que había estado mirando, y le enseñó a Hunter la primera hoja.

—¿Te suena? —preguntó.

Hunter lo cogió, reconociendo a la persona de la foto.

—Es el tío del que te hablé —contestó—, el que trajo tu padre y desapareció.

—Pues también es el cadáver que me llevó para examinar, el que yo creía que era un soldado.

—Joder. —Leyó unas líneas de los papeles—. Era virólogo, trabajaba aquí.

—Sí. —Le señaló una frase—. «Experto en virus que atacan al sistema nervioso». ¿Te suena de algo?

—Está claro que él lo creó. —Le devolvió el expediente—. Lo que no sabemos es por qué lo mató tu padre, ¿se contagiaría?

—A estas alturas, pienso que nos dio el cuerpo para distraernos. Y pensando lo peor, que lo mató para que no contara lo que estaba haciendo.

—¿Y para qué te llamó, entonces?

—Necesitaría un antivirus, una vacuna... No puedes presentar un virus así como amenaza o arma sin tener cómo evitarlo.

—Menudo angelito —murmuró Emma—. Hunter, en serio, ¿cómo pudiste trabajar con él?

—Algo tuvo que pasarle, no siempre fue así. Estricto, sí, y quizá un poco obsesionado con subir escalones, pero no... tanto.

—Supongo que la gente no mejora con los años —dijo Nathan, suspirando—. En fin, ya da igual, dudo mucho que volvamos a verlo. Será mejor que os marchéis, si no se os hará de noche.

Emma le dio un beso para despedirse, y Hunter se acercó a Rachel, que estaba con los brazos cruzados y gesto hosco.

—Prométeme que tendrás cuidado —exigió.

—No lo dudes. —La besó—. Ahora que sé que nos espera una reconciliación, no pienso entretenerme.

Eso la sacó una sonrisa, tal y como él había pretendido. Le guiñó un ojo y se marchó con Emma.

Cumpliendo su promesa, hicieron una salida rápida y discreta, sin correr ningún riesgo, y, por suerte, sin ningún encuentro desagradable. En la ferretería Faraday encontró todas las piezas que necesitaba, llevándose unas cuantas más por si acaso. Cuando regresaron se puso inmediatamente a trabajar en la radio, y al día siguiente logró que funcionara. Solo consiguió ruidos estáticos, pero ya era un avance.

5. La ansiedad dentro de mí

Rachel dejó de observar por el microscopio y se frotó las sienes, suspirando. Llevaban desde la mañana sin parar, haciendo solo un descanso para la comida, y se sentía agotada; en el hospital se había acostumbrado a hacer guardias largas, pero al menos allí estaba en movimiento y tenía acción, ese otro trabajo era más pesado y requería una paciencia que le estaba costando encontrar. Y eso que Nathan era perfecto para aquello, tenía toda la calma que le faltaba a ella.

—¿Cansada? —Oyó que preguntaba él, sin dejar lo que estaba haciendo.

—Sí, empiezo a ver doble.

—Café es la palabra clave —comentó Nathan.

—No sé cómo soportabas este trabajo todos los días. —Rachel se estiró en la silla y movió el cuello en todas las direcciones para intentar despejarse.

—Yo diría lo mismo del tuyo.

—Sí. —Ella sonrió—. Espero no ser una mala ayudante.

—Te aseguro que las conozco peores y están diplomadas. Bueno, vamos allá, ¿lista?

Habían logrado reproducir el virus por un lado, y a partir de la sangre de J.J., creado también una proteína artificial. No era aún perfecta, todavía no habían logrado que actuara como la de J.J.

—Mira esto —dijo Nathan acercándole el microscopio.

Rachel corrió a sentarse a su lado para echar un vistazo, y dio un grito.

—¡No ha atravesado la célula! —exclamó—. ¡Casi lo tenemos!

—No ha matado el virus, pero estamos muy cerca, sí.

La doctora se fijó entonces que él también parecía cansado. Se alegró de pensar que no era la única y le dio unas palmaditas amistosas en el hombro.

—Como ya preveo que harás otro intento, ¿qué tal si dejas ya esa muestra

para centrifugar y voy a buscar un par de cafés? —Nathan asintió, regresando a lo suyo—. Bien.

Cogió la muestra, la metió en la centrifugadora poniéndola en marcha y se dio la vuelta para salir a buscar esos cafés que los mantendrían en pie un par de horas más; sin embargo, a medio camino la máquina dejó de hacer ruido, así que volvió sobre sus pasos.

—Maldita máquina... —masculló, dándole un golpe y esperando que arrancara—. Nathan, se ha parado, creo que no funciona.

—Déjala, luego la miramos —murmuró él, distraído.

—Pero es que no tendría por qué —insistió Rachel, golpeándola otra vez—. Quizás si abro y cierro...

—No, no la abras, no sea que...

Oyó un chasquido y se giró justo en el momento en que Rachel abría la puerta y la muestra del virus salía volando directa hacia su rostro; le salpicó la cara, el cuello y parte de la ropa en cuestión de segundos.

Rachel se quedó petrificada, sin poder creer lo que acababa de suceder. Cómo había podido ser tan estúpida de abrir aquella puerta sin más, sin ninguna precaución... Se miró, con los ojos abiertos como platos, asustada, y al alzar la vista, se encontró con que Nathan también la estaba mirando.

Acababa de infectarse, en menos de cinco minutos se lanzaría a por él y a por cualquier persona que se cruzara en su camino, tal vez Emma o Hunter... no podía permitir eso y miró a su alrededor. Enfocó la cámara de muestras de alto riesgo y se encaminó allí decidida mientras Nathan la observaba, entendiendo. El chico fue hasta la puerta, alzó el protector y pulsó el botón de alarma mientras veía como Rachel se encerraba en la cámara. Luego se aproximó hasta el cristal y ella, que ya comenzaba a temblar del frío, solo logró articular un «lo siento».

Hunter y Emma se encontraban juntos en la planta superior cuando la alarma empezó a sonar; él le estaba comentando los avances de J.J. en el huerto cuando aquel ruido interrumpió la conversación; ambos se miraron al tiempo mientras el teléfono de Hunter comenzaba a sonar y él descolgaba.

—¿Qué pasa? —quiso saber ella al ver que escuchaba con atención.

—Es en el laboratorio, ¡vamos!

Echó a correr y ella lo siguió, recordando sus propias reglas. En el laboratorio solo trabajaban dos personas, Nathan y Rachel, no podía ser... pero la alarma llevaba un mensaje claro: había un rabioso en el edificio. Se concentró en seguir al militar rezando porque fuera una falsa alarma, un error...

Hunter llegó, empujó la puerta y entró al laboratorio, jadeando. Vio a su amigo, que parecía estar bien a excepción de su cara pálida.

—¿Y Rachel? —preguntó y él señaló hacia delante.

Hunter se acercó a toda prisa hacia el cristal y apoyó las manos encima.

—¿Qué hace ahí dentro? —gritó—. ¡Abre la puerta, se va a morir de frío!
—Ella lo miraba desde el interior con una cara que no sabía descifrar... pero sí interpretaba sus lágrimas, de manera que se giró buscando a Nathan—. ¡Tú sabes el código, abre esta puta puerta!

Emma acababa de llegar también, y solo necesitó unos segundos para entender qué sucedía. Miró a Rachel, negando con la cabeza.

—¡Abre esto! —Hunter dio tres zancadas hacia él, fuera de sí.

—No puedo —dijo Nathan sin alterarse—. Se ha contagiado.

—Joder —empezó a decir Emma—. No puede ser, mierda... ¿no hay nada que...?

El militar había regresado hacia la cámara y miraba impotente a Rachel. Ella le devolvió la mirada, tratando de forzar una sonrisa cuando en realidad sabía que eso era una despedida... ya podía notar como la ansiedad recorría su cuerpo de la cabeza a los pies, en breves segundos dejaría de ser humana.

—No, no, no... —Hunter seguía mirando fijamente el cristal, esperando que ella no se transformara en nada, que continuara siendo la chica que conocía y quería—. Abrid esta puerta, por favor.

De pronto se apartó cuando Rachel se plantó delante. Sus ojos ya no lo detectaban, sino que estaban perdidos; se mantuvo quieta por unos instantes y luego se lanzó contra el cristal, sacando los dientes. Hunter retrocedió de nuevo. Al

ver que no alcanzaba su objetivo, la mujer que había sido Rachel golpeó el cristal con la cabeza, una, dos, tres veces. Luego se echó hacia atrás y comenzó a dar vueltas, gruñendo, mientras la sangre resbalaba por su cara.

Emma se había quedado detrás, horrorizada. Hunter continuaba inmóvil, mirando el cristal.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin darse la vuelta.

—Abrió la centrifugadora cuando estaba en marcha. Le estaba diciendo que no lo hiciera, pero todo ocurrió muy deprisa... —dejó de hablar al ver que Hunter se llevaba la mano a la parte trasera de sus pantalones y sacaba su arma—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees? —respondió su amigo—. Es una infectada, hay que eliminarla.

—Espera un momento... —empezó Emma yendo hacia él.

—¿Que espere qué? —Él se giró a mirarla—. Son tus propias reglas. Ahora mismo todo el mundo está encerrado en sus habitaciones, acojonados, pensando que quizás el virus se extienda aquí y acabe con esta falsa ilusión de vida que tenemos... tus reglas, Em. La situación se controla pegándole un tiro.

—Pero... pero...

—Hunter, espera un momento —intervino Nathan aproximándose.

—No quiero hablar contigo —le dijo este lanzándole una mirada feroz—. Solo tenías que vigilarla, joder. ¡La dejé en tus manos y ahora voy a tener que matarla!

Rachel reanudó sus cabezazos contra el cristal.

—Ha sido un accidente —intervino Emma, tratando de interponerse entre el cristal y Hunter para distraerlo de aquella visión—. ¡No hagas eso, no puedes ponerte a pegar tiros aquí dentro así como así!

Intentaba tranquilizarlo, pero él no estaba por la labor hasta que finalmente notó como Nathan le ponía la mano en el hombro. Se dio la vuelta sin saber qué podía salir de su boca y lo miró a los ojos.

—¡Escúchame! —le gritó Nathan sin parecer intimidado por su mirada—. Casi lo tengo. ¿Lo entiendes? Casi lo tengo. Dame algo de tiempo y lo probaremos.

Hunter tragó saliva, sus ojos gravitaron de nuevo hacia el cristal y regresaron a Nathan.

—¿Posibilidades?

—No lo sé. Es una cura experimental, Hunter, no sé qué efectos puede tener... el 20%, quizá.

—El 20%... — murmuró él, derrotado, bajando el arma.

Apoyó la espalda en la pared y se dejó caer hasta quedar sentado en el suelo. No se lo podía creer... solo había tenido un mes con ella, y ya la había perdido. De haber sabido aquello, no habría desperdiciado ni un solo minuto.

Emma lo contempló en silencio y se acercó a Nathan.

—Me quedaré aquí hasta que lo consiga —dijo él bajando la voz—. ¿Qué vais a hacer con los demás, pensáis contarles esto?

—No lo sé. No quiero que cunda el pánico ni nada parecido... ¿crees que comprenderán que la tengamos encerrada aquí abajo? —Él se encogió de hombros—. Joder, no sé qué hacer, Nathan, no quiero volver a pasar por esto de nuevo...

Hunter se incorporó, cogiendo aire. Parecía haber recuperado el autocontrol; no tenía más remedio que tragarse el dolor y tratar de controlarse, no podía dejar sola a Emma en aquella situación. Y mirar ese cristal era demasiado duro.

—Diremos que ha sido una falsa alarma — repuso con voz clara—, nadie se extrañará de no ver a Rachel en un par de días, todos saben que estáis trabajando de forma intensiva —continuó, mirando al pelirrojo.

Emma se quedó pensando en sus palabras, para terminar por asentir. Hunter esperó entonces la respuesta de su amigo, que también asintió.

—Dos días —dijo Hunter, recurriendo a su parte práctica y militar—. Si en dos días no tienes la cura, habrá que eliminarla. De cualquier forma, si sigue golpeándose así la cabeza no habrá mucho que recuperar.

Dicho aquello, se encaminó hacia la puerta sin mirar atrás y desapareció pegando un portazo; Emma volvió a contemplar el cuarto aislado, donde aquella versión grotesca de la que había sido su amiga caminaba en círculos apretando los puños, haciendo entrechocar su mandíbula.

—No abras esa puerta —ordenó a Nathan—. ¿Vale? —Él afirmó—. No es solo por ti, es que si escapara del laboratorio sembraría el terror. No seas irresponsable.

—Emma...

—No ha sido culpa tuya —dijo la rubia al darse cuenta de su expresión—. No hagas caso a Hunter, no piensa lo que dice. Solo está... jodido y hay que entenderlo —Él asintió—. Sé que vas a encontrar la cura.

—Eso no es tan sencillo, y aunque lo consiga, voy totalmente a ciegas en este tema... ya me has oído, las probabilidades de que funcione no son muy altas.

—Tú haz lo que puedas. —Lo besó en los labios—. Voy con Hunter para apoyarlo en lo de la falsa alarma. Llámame si me necesitas. Y ten cuidado —insistió.

Se marchó a toda prisa y Nathan cerró tras ella, usando el cerrojo para que nadie pudiera entrar. Desde luego, Emma no era muy buena dando ánimos, pero eso no era nuevo, siempre había sido más práctica que habladora... se giró otra vez hacia la cámara de alto riesgo. Rachel estaba de pie, justo en frente suyo, inmóvil, y sintió un escalofrío.

La idea de tener que pasarse ahí metido horas con ella así le ponía los pelos de punta, era como si pudiera verlo; lo buscaba con aquellos ojos vacíos y cuando lo veía, enseñaba los dientes. Hizo un intento de ignorarla regresando a su mesa y preparándose para repetir las pruebas, pero cuando acababa de empezar, de nuevo oyó golpes: ella otra vez estaba a cabezazos contra el cristal.

«Joder», pensó él. ¿Cómo podía concentrarse, con aquellos golpes? Dejando a un lado el hecho de que si seguía así, se fracturaría todos los huesos de la cara. Ya había sangrado del labio y lo siguiente en romperse sería la nariz, a ese paso quedaría irreconocible.

Se incorporó y fue hasta un armario, que abrió; repasó rápidamente todo lo que allí tenían hasta encontrar algo que pudiera servir. Estaban muy bien surtidos y preparados para cualquier posible imprevisto, como pudo comprobar: había

sedantes y una pistola para administrarlos, de las que se usaban con animales. Supuso que si contemplaban usarlas era con rabiosos, de manera que daba igual la forma de administración... cogió una, el sedante y lo cargó. Emma le había dicho que no abriera aquella puerta bajo ningún concepto, pero decidió que no iba a obedecer. Solo esperaba que saliera bien. Con el sedante en mano, recorrió el laboratorio con la mirada buscando algo con qué atarla; no había cuerdas y si pedía una seguro que sonaría raro, así que desechó la idea y siguió su barrido. Miró en todos los armarios hasta que encontró un montón de batas blancas. Pues tendría que servir.

Fue hasta la cámara, donde Rachel estaba en una esquina sin moverse. Genial, estaba acojonado, aquella cara daba miedo, pero había que hacerlo por un bien mayor: si lograban recuperarla, que pudiera reponerse sin estar destrozada. Tecló la clave, abrió la puerta y entró dentro de la cámara, cerrando tras él. Sabía que se estaba arriesgando demasiado y que le caería un rapapolvo importante cuando los otros se enteraran, pero ya daba igual. Las circunstancias le habían demostrado que los accidentes ocurrían a pesar de tomar todas las precauciones posibles, de manera que nada garantizaba seguridad.

Rachel se giró rauda y veloz al notar su presencia, y Nathan disparó el sedante sin esperar; el dardo se clavó cerca del cuello. Rachel le pegó un manotazo, gruñendo, y se lanzó contra él sin dejar pasar ni un segundo. La detuvo sin saber bien cómo, haciendo uso de toda su fuerza, y ella se quedó a unos milímetros de su rostro, lanzando dentelladas como una lunática. Consideró alejarla de un golpe, pero desistió, ya que su idea era preservarla lo más intacta posible... a ver si después del riesgo iba a romperle él algo: no, gracias.

Rachel forcejeó, alterada por su cercanía; tenía una fuerza extraordinaria, bruta y sin control, y de no ser porque el sedante ya estaba haciendo efecto, Nathan dudaba que hubiera podido contenerla mucho más. Finalmente ella aflojó sus brazos, los dejó caer y se tambaleó hacia atrás. Él la sujetó antes de que se estrellara contra el suelo.

Una vez sedada, el resto fue fácil: metió una silla dentro de la cámara, la acomodó en ella y salió a destrozar un par de batas para conseguir tiras largas de tela. El material parecía bueno y no tendría por qué romperse, pero aun así utilizó dos en las manos y dos en los tobillos, aunque sin apretar mucho: sabía que no iba a soltarse. Los infectados, o mordedores, como los llamaba Emma, no pensaban. Actuaban por puro instinto y se lanzaban a morder. Pero por si acaso, la dejó bien sujeta: así ya no sería un peligro si tenía que entrar en la cámara para algo y de ese

modo dejaría de estampar su cabeza contra la pared.

Comprobó que quedaba de buena postura, salió y cerró la cámara tecleando de nuevo la clave. Luego, soltó todo el aire que había retenido y regresó a su mesa, poniéndose unos guantes para limpiar los restos de cristal y muestras que habían salpicado la zona. Se aseguró de que todo quedaba desinfectado, y revisó la centrifugadora. No sabía por qué no funcionaba, nunca se le había dado bien la mecánica... Y tampoco podía pedir ayuda, así que la dejó a un lado y se fue a un almacén, donde unos días atrás habían encontrado otra más antigua. La enchufó cruzando los dedos, y respiró aliviado cuando vio que funcionaba. Probablemente solo la habrían retirado al recibir una nueva, así que se la llevó y colocó varias muestras a centrifugar. En ese tipo de experimentos se necesitaba mucha paciencia y tiempo, dos lujos que él no podía permitirse. Hunter le había dado dos días, demasiado poco, pero si era objetivo, no podían alargarlo mucho más. No solo la gente se extrañaría de no ver a Rachel en varios días, si había alguna emergencia médica Nancy la buscaría inmediatamente. Por no hablar de Rachel misma. ¿Cuánto tiempo podía tenerla sedada, sin que su organismo se resintiera? Y no sabían nada de los rabiosos, ¿se alimentaban de alguna forma? ¿Debía darle agua o comida? En el estómago del rabioso al que habían hecho la autopsia encontraron restos de carne, pero no sabían si era por necesidad o por el ansia que sufrían de atacar todo a su alcance. Andaban totalmente a ciegas. Si le daba comida, quizá su cuerpo reaccionara rechazándola; si no se la daba, podría deshidratarse y morir también. Así que no le quedaba otra opción que el antiviral. Y rezar porque funcionara.

Emma salió fuera, hacia la entrada, buscando a Hunter. Habían tenido que hacer una reunión exprés tras el salto de la alarma y explicar que había sido un error; la habían pulsado en el laboratorio sin querer. Fue ella quien llevó la voz cantante, porque Hunter no estaba en su mejor momento para ser diplomático: pidió disculpas por el susto y les dijo que no tenían motivos para preocuparse, que todo estaba bien. Interiormente pensó qué pasaría si no conseguían salvar a Rachel, cómo explicarían aquella mentira... No estaba bien engañar a la gente que vivía allí, tenían derecho a saber, pero sabía que no lo entenderían. Cuando la gente se asustaba, dejaba de ser razonable y no quería un motín, y mucho menos un linchamiento.

Así que mintió. Hunter se marchó minutos antes de que acabara, pero ella tuvo que quedarse para responder alguna que otra pregunta; por suerte, su cargo

de policía aún funcionaba entre el personal, de manera que nadie dudó ni un segundo de sus palabras. Cuando al fin se dispersaron, fue cuando decidió salir a ver si Hunter se encontraba bien. Estaba preocupada por él, y se sentía inquieta pensando en Nathan metido en el laboratorio a solas con Rachel. Que ya no era Rachel, sino una mordedora.

Hunter estaba en la zona de la huerta, donde J.J. cultivaba; poco a poco, parecía que iba consiguiendo avances y de cuando en cuando, llevaba alguna hortaliza a la cocina. Nada como para tirar cohetes, pero motivo de alegría. En aquel momento no se encontraba allí, cosa que Hunter sabía, y por eso había escogido ese lugar.

La policía no habló, solo se dejó caer a su lado. No había nada que pudiera decir que aliviara su dolor. Lo sabía porque ella había pasado por ello, y las palabras de consuelo resbalaban sobre uno como agua caliente en una ducha.

—No quiero perderla —fue él quien habló, sin apartar la mirada del infinito—. ¿Crees que la cura surtirá efecto?

—No lo sé. Aunque sea positiva, no sabemos cuánto tiempo puede estar una persona infectada para que funcione... todo es nuevo, nunca se ha hecho. No conocemos siquiera bien el virus como para saber el resto.

Él afirmó, taciturno.

—Es la primera... —empezó y se frotó la frente—, en mucho tiempo. Ella es la primera persona que me importa en años.

—Lo sé. —Le frotó el brazo, tratando de transmitirle apoyo.

— ¿Y sabes lo peor? Que ni siquiera se lo he dicho. Y la voy a perder sin que sepa que la quiero —continuó el militar—. Si sigue tirándose contra el cristal, acabará por romperse el cuello... o la cara. Está fuera de control y yo... no sé qué hacer, Em. —La miró—. ¿Cómo haces tú para llevar el dolor?

Emma se encogió de hombros. No muy bien, desde luego; de hecho, tenía claro que de no haberse tropezado con ellos, habría terminado siendo la loca de los bosques, o algo parecido... podía explicarle que a veces no podías con ello y te dejabas caer, como le había sucedido a ella tras la muerte de Joel. Otras te levantabas, y otras...

—Solo sigues adelante —dijo, dándose cuenta de que él tenía los ojos húmedos, y sintiéndose incómoda por no ser capaz de hacer que se sintiera mejor.

Hunter movió la cabeza, se frotó los ojos y luego se recompuso.

—Es muy tarde ya —comentó, todavía con la voz ronca—. ¿Vamos a buscar a Nathan para ir al comedor? Si no, seguro que ni se acuerda que tiene que comer.

—No creo que quiera dejarlo, pero podemos ir a ver qué tal va.

Se levantó y Hunter la imitó; sentirse ocupado ayudaba. Tenía que poner buena cara, no quería causar inquietud entre la gente, aunque el lado positivo era que todos estaban bastante acostumbrados a que siempre gruñera, así que nadie se extrañaría demasiado.

Bajaron al laboratorio, él muy inquieto porque no sabía qué iba a encontrarse; como estaba cerrado tuvieron que llamar y esperar que Nathan abriera.

—¿Y eso? —quiso saber Hunter, señalando la puerta.

—Por precaución —replicó el pelirrojo—. Si alguna vez no os abro es porque seguramente estaré en el suelo hecho picadillo.

—Eso no lo digas ni en broma. —Emma le lanzó una mirada de advertencia—. Hemos pensando que deberías venir al comedor con nosotros, no es bueno que estés aquí metido. Debe ser muy difícil con ella ahí todo el tiempo mirando... —Señaló el cristal, pero al no verla se volvió, desconcertada—. ¿Dónde está?

Al escucharla, Hunter se acercó a asomar la cabeza y se quedó contemplando la escena como si no pudiera creerlo.

—Ven a ver esto —Le pidió a Emma, que se acercó extrañada.

—No te cabrees, ¿vale? —Oyeron decir a Nathan, mientras trasteaba con sus notas en la mesa.

—¿Está atada?

—Sí. Pero es tela, los nudos no están apretados, aunque es suficiente. Me he dado cuenta que los infectados no coordinan ni relacionan, son puro instinto,

quieren morder. No ha intentado soltarse en ningún momento, solo se mueve.

Emma y Hunter se miraron, aún sorprendidos.

—Pero... —empezó Hunter—. Parece tranquila.

—Está tranquila. He ajustado la dosis, si los sedamos en la proporción correcta y cuando toca, no dan problemas. —Nathan se aproximó a ellos para echar un vistazo—. No ataca, no se tira contra la pared, no estampa la cara contra el cristal, ni enseña los dientes. Únicamente se mueve un poco, pero nada más... así evitaremos que se haga polvo físicamente, y si el antiviral funcionara... bueno, se recuperaría sin problemas ni grandes daños.

Hunter asentía mientras lo oía hablar. Ni siquiera se le había ocurrido probar algo semejante, nunca había pensado en la idea de «domesticar a un rabioso».

—Pero —intervino Emma—, ¿cómo has conseguido sedarla? ¿Has entrado ahí dentro? —Él asintió con la cabeza—. ¡Te dije que no lo hicieras!

—Ya... pero no siempre hago lo que me dicen. —Al ver su cara, se apresuró a añadir—: Mira, Em, no hacía más que darse golpes. Hunter tenía razón, de haber seguido así no nos quedaría nada que recuperar. Tomé precauciones, cerré el laboratorio por si acaso fallaba.

—Y te has metido ahí tú solo... —Emma reprimió su cabreo—, pero, ¿no ha tratado de atacarte?

—Pues claro que sí, se me ha tirado encima como una loca. Pero disparé el sedante nada más entrar y son de efecto rápido, así que solo tuve que contenerla unos segundos... unos segundos muy jodidos, pero bueno, salió bien. —Miró a Hunter—. La mantendré así para que no se haga daño y también será más sencillo cuando probemos el antiviral. —Y esperó su aprobación.

Hunter se dio cuenta de que su amigo trataba de reparar el daño causado de la única manera que podía, incluso sabiendo que aquello le acarrearía alguna bronca con la rubia.

—Gracias —le dijo, apretando su brazo—. Lamento mis palabras de antes, estaba... muy mal. Aún lo estoy, pero ya veo con más claridad.

—Mi última prueba es casi perfecta —informó Nathan—. Voy a quedarme

aquí a ver si lo cierro. Creo que es mejor no dejarme ver por el comedor, la gente podría preguntarse por qué no está Rachel con nosotros, ¿no?

Emma aún tenía el ceño fruncido, así que se encogió de hombros.

—Como quieras —gruñó—. Vámonos, Hunter.

Y se encaminó a la puerta resoplando y murmurando algo entre dientes que ninguno consiguió comprender. Hunter se encogió de hombros.

—Avísame si necesitas algo —dijo, y él afirmó.

Y se fue detrás de la rubia, tras lanzar una última mirada hacia la cámara de alto riesgo. No sabía el motivo, pero ver a Rachel tranquila y sin golpearse lo calmaba un poco; sabía que no significaba que se fuera a poner bien, pero era más llevadero que tener que verla como una chiflada caníbal. Alcanzó a Emma de tres zancadas para ir al comedor, rezando porque Nathan encontrara pronto la cura.

Habían pasado dos días. Las cuarenta y ocho horas más largas para ellos desde que todo aquello empezara.

Emma y Hunter bajaron al laboratorio, donde Nathan estaba tan absorto en sus experimentos que ni siquiera se había dado cuenta del tiempo que había pasado.

Al verlos entrar, miró automáticamente al reloj, tragando saliva. Ninguna de las pruebas realizadas le habían dado resultados totalmente satisfactorios, necesitaba más tiempo.

Se incorporó y se acercó a ellos, que miraban a Rachel. Esta continuaba atada, pero los efectos de la última dosis de calmante empezaban a desaparecer, y comenzaba a moverse en la silla intentando soltarse.

—¿Tienes algo? —preguntó Hunter, sin apartar la vista de la chica.

—Hunter, yo...

—Dímelo.

Nathan miró a Emma, desesperado, pero no podía mentir. Negó con la cabeza.

—No. Si me das unas horas más...

—No tenemos unas horas más —replicó Hunter, mirándolo furioso—. Nancy ha preguntado por Rachel ayer y hoy de nuevo, ¿cuánto tiempo crees que tardará en bajar a ver si es cierto que está trabajando tanto?

—Si se enteran de que la tenemos aquí así... cundirá la desconfianza, todo se vendrá abajo —continuó Emma—. Nathan, si tú no puedes hacer nada, solo nos queda... —Tragó saliva—. Solo nos queda acabar con ella.

Hunter sacó su arma, quitando el seguro y amartillándola. Señaló la puerta con expresión neutra.

—Ábrela.

Nathan titubeó, pero sabía que tenían razón, no podía hacer otra cosa. Tecléo la clave, apartándose para que Hunter pasara.

Él avanzó lentamente, apretando el arma tan fuerte que se le pusieron los nudillos blancos. La levantó despacio, mirando el rostro de la persona que más amaba en el mundo y que, a la vez, no era ella. Sus ojos verdes lo miraban sin ver, su boca en una mueca agresiva mientras se agitaba como si quisiera atacarlo.

Hunter cerró los ojos con fuerza, apelando a toda su fuerza de voluntad, pero cuando los abrió no pudo hacerlo. Toda su disciplina, todo su entrenamiento, en aquel momento no le sirvieron de nada. Y ese fue el momento en que Hunter Cooper, militar experimentado y curtido en mil batallas, se derrumbó. Cayó al suelo de rodillas, sollozando.

Emma corrió a su lado, cogiéndole el arma y rodeándole con un brazo.

—No puedo hacerlo, Emma, no puedo.

—Está bien, no te preocupes, lo haré yo.

Lo ayudó a incorporarse, empujándolo hacia la salida. Lo dejó sentado en las escaleras, y regresó al interior. Miró el arma, con el pulso temblándole como nunca antes.

Nathan la cogió del brazo, impidiendo que apuntara, y cerró la puerta del laboratorio.

—Ve con Hunter —dijo.

—Pero ella...

—Dame doce horas más. Tengo dos muestras que necesitan un tiempo para madurar. Si no funcionan tampoco, yo mismo la mataré.

No estaba convencido de poder hacerlo y ambos lo sabían, pero ella lo besó agradecida. Volvió a poner el seguro en el arma, y salió. Hunter estaba en el mismo lugar donde lo había dejado, con la cara oculta entre las manos. Emma se sentó a su lado, sin decir nada. Solo lo había visto así una vez, en el entierro de sus padres, y entonces tampoco había sabido cómo consolarlo.

Unos minutos después, él se tranquilizó un poco. Se secó las mejillas, evitando mirarla.

—No he oído ningún disparo —dijo—. ¿Cómo... Cómo lo has hecho? ¿Ha sido rápido?

—Nathan me ha pedido unas horas más.

Él negó con la cabeza, hundiendo los hombros.

—¿Para qué? Unas horas más de... ¿De qué? ¿De falsas esperanzas?

—No lo sé, Hunter, solo... Dejémosle trabajar.

—No puedo ir arriba, si me ven así...

—No hace falta que vayamos a ninguna parte, yo me quedaré aquí contigo. Esperaremos juntos, ¿de acuerdo?

Hunter afirmó con la cabeza, mirándola con gratitud.

Un par de horas más tarde Emma fue a buscar comida para ellos y Nathan, y café para que se mantuvieran despiertos, aunque esto último no les hacía mucha falta, dado su estado de nervios.

No fue hasta diez horas más tarde que Nathan abrió la puerta. Los dos se levantaron, mirándolo expectantes.

—Tengo algo —anunció—. Pero no sé si... En el laboratorio ha funcionado, pero no sé cómo reaccionará su cuerpo, si será capaz de soportarlo.

—Es mejor que nada —dijo Emma.

Miró a Hunter, pero este no reaccionó. Había perdido toda esperanza.

—Voy subir al centro médico —siguió Nathan—. Necesito unas cuantas cosas, prefiero estar preparado por lo que pueda pasar. Hay una camilla en aquel departamento. —Señaló una puerta—. Ahora está sedada, he dejado el laboratorio abierta. Podéis ponerla en la camilla y atarla mientras bajo.

—Claro.

Nathan se marchó escaleras arriba. Emma fue a buscar la camilla, y cuando regresó con ella Hunter la siguió al interior del laboratorio. El virólogo debía haber suministrado a Rachel una dosis más elevada que las anteriores, porque la chica apenas se movía, y le costaba mantener los ojos abiertos.

Entre los dos la trasladaron de la silla a la camilla, utilizando los mismos retazos de tela para mantenerla inmovilizada.

Nathan regresó unos minutos después. Llevaba un carro de paradas portátil y varios medicamentos con él. Lo dejó todo sobre una mesa, sin aliento.

—Tengo que hacer más ejercicio —comentó—.

Ninguno de los dos dijo nada. Emma lo ayudó a colocar lo que había bajado en orden, mientras Hunter comprobaba de nuevo que Rachel estaba bien atada, pero sin que las ataduras le hicieran marcas. Sabía que era una estupidez, que ella ni sentía ni padecía, pero aun así las revisó.

Nathan preparó una jeringuilla con el último suero antiviral que había creado y, además, el único que había dado resultados esperanzadores. Pero tal y como les había dicho, no tenía ni idea si funcionaría en Rachel, ni siquiera estaba seguro de qué cantidad suministrar ni cuánto tardaría en hacer efecto. Le pasó un algodón impregnado en alcohol por el hombro, más por costumbre que por otra cosa, y miró a Hunter. Él afirmó con la cabeza, cogiendo una mano de Rachel, y

Nathan clavó la aguja. Empujó el émbolo para introducir el suero, y cuando terminó, los tres se quedaron expectantes mirándola.

Durante unos minutos no ocurrió nada, pero de pronto Rachel empezó a moverse, lentamente al principio, hasta convulsionar. Hunter le tocó la frente.

—Está ardiendo —dijo.

—Su cuerpo debe estar reaccionando al antiviral, tenemos que esperar un poco. —Cogió una cuchara y se la metió en la boca—. Así no se morirá.

Rachel empezó a agitarse convulsionando, su cuerpo cada vez más caliente según el antiviral se iba extendiendo por todas sus células.

—Quítale la ropa —ordenó Nathan a Hunter—. Emma, ayúdame, hay que intentar enfriarla.

Hunter cogió unas tijeras para romper la camiseta y los pantalones, mientras Emma y Nathan mojaban varias toallas en agua fría. Entre los dos se las pasaron por el cuerpo, remojándolas en cuanto se calentaban, sin lograr bajar su temperatura. Nathan le puso un termómetro en la axila.

—Joder, ya está en cuarenta —dijo—. Emma, más agua.

—Nathan...

—Si sube más morirá, o tendrá daños cerebrales irreversibles.

Volvieron a mojar toallas, pero cinco minutos después su temperatura había subido dos grados más. Las convulsiones sacudían su cuerpo sin parar, y de pronto se quedó totalmente quieta. Hunter le buscó el pulso en el cuello, sin éxito. A pesar de ser lo que había esperado, a pesar de que se había hecho a la idea de que Rachel ya estaba muerta desde el momento en que se contagió, aquella confirmación lo pilló desprevenido. Miró a Nathan, desolado, pero este no se había dado por vencido aún. Cortó el sujetador de Rachel y secó su piel velozmente, para después coger las palas del desfibrilador mientras le daba instrucciones a Emma para que las untara con gel. Las colocó sobre el pecho de Rachel.

—Apartaos —ordenó.

Hunter y Emma retrocedieron un paso. Nathan miró la pantalla, esperando

que cargaran las palas, y cuando lo hicieron las activó.

El cuerpo de Rachel se elevó sobre la camilla, cayendo pesadamente sobre ella de nuevo, inmóvil. Nathan comprobó el pulso, y al no encontrarlo, volvió a cargarlas. De nuevo Rachel se sacudió por la descarga. Nathan miró a Hunter, sin aliento. Su amigo tocó el cuello de la morena y negó con la cabeza.

—Hazlo una vez más —pidió el militar, en voz baja.

Emma se mordió un labio, manteniéndose al margen. Rachel estaba muerta, con aquello solo estaban consiguiendo alargar lo inevitable, pero entendía que siguieran intentándolo. La derrota era demasiado dolorosa para asimilarla.

Nathan elevó el nivel de la carga, cogió aire y las accionó de nuevo sobre el pecho de Rachel. Ella se sacudió, su cuerpo se tensó... y cayó de nuevo inerte.

Nathan dejó las palas, derrotado, mientras Hunter se inclinaba para besar la frente de Rachel. Y de pronto, ella se movió.

Entreabrió los ojos, pestañeando con dificultad. Los tres se quedaron inmóviles unos segundos, aturcidos. Ella tosió, intentando mover las manos, y miró confusa a su alrededor.

—¿Hunter? —consiguió decir, con voz ronca.

Él se inclinó para abrazarla, pero Nathan lo apartó rápidamente. Estaba aliviado por verla despierta, pero su lado práctico se impuso.

—Espera —dijo—. No sabemos si sigue siendo contagiosa. Tengo que hacerle análisis.

—Pero yo...

—Ven. —Emma lo cogió de un brazo, alejándole de Rachel—. Esperemos fuera.

Hunter la miró como si estuviera loca, pero al ver sus lágrimas se dejó llevar. Se sentaron de nuevo en la escalera, sin decir nada ninguno de los dos. Había sobrevivido, pero los dos se preguntaban si seguiría siendo la misma, si el virus no habría afectado a su cerebro, a sus sentimientos... o si sería contagiosa y tendría que permanecer aislada.

Nathan no salió hasta media hora después, suspirando cansado, pero su expresión ya no era tan sombría.

—¿Qué tal está? —preguntó Hunter.

—Dormida, le he dado otro sedante. Su cuerpo ha sufrido mucho.

—¿Y el virus?

—Aún está en su torrente sanguíneo, por lo que he podido comprobar. Pero el antiviral está haciendo su trabajo, espero que en unas horas lo elimine por completo. Deberías ir a dormir un rato, te avisaré cuando despierte y le haga análisis de nuevo.

—¿Estás de broma? Ni loco me muevo de aquí.

—Tenemos que ir a hacer nuestros turnos de guardia, Hunter —recordó Emma—. Si no, llamaremos la atención.

Él hizo un gesto que daba a entender lo poco que le importaban los turnos en aquel momento, pero al final se marchó con ella; tenía razón, debían actuar como si nada importara.

Después de su turno el sueño los vencía, así que se fueron a dormir unas horas antes de bajar de nuevo juntos al laboratorio.

Cuando entraron, Nathan estaba solo recogiendo una mesa.

—¿Dónde está? —preguntó Hunter, inquieto.

—Estoy aquí.

Los dos se giraron. Rachel salía de un despacho, vestida con ropa limpia y el pelo húmedo. Hunter dio un paso hacia ella, pero se detuvo y miró a Nathan. Este sonrió, acercándose.

—Está bien —informó—, el virus ha desaparecido completamente de su organismo, y sus células han cambiado. Ahora es como J.J., inmune.

Emma corrió a abrazarla, llorando de alegría.

—Gracias a Dios —dijo—. Rachel, me alegro tanto...

—Y yo de veros, Em. —La besó una mejilla—. Siento haberos asustado.

—Y tanto que deberías sentirlo, doctora. ¿A quién se le ocurre...? —Nathan la cogió de la mano, señalando con la cabeza a Hunter—. Sí, tienes razón. Mejor nos vamos, ya ajustaré cuentas contigo después.

Se marchó con Nathan, cerrando la puerta tras ellos.

Rachel se sopló el flequillo, nerviosa. Hunter no hacía más que mirarla intensamente, como si no terminara de creerse que estuviera allí.

—Hunter... —empezó.

—Ni Hunter ni hostias. ¿Tú sabes lo que me has hecho pasar?

—Fue un accidente, yo...

—¡Te pasas el día echándome la bronca porque salgo a la calle y pongo mi vida en peligro! —gritó, avanzando hacia ella—. ¡Y vas tú y te contagias aquí dentro!

—Lo siento mucho, no lo hice a propósito, no hace falta que te enfades así conmigo. Estoy bien, y...

—Estás bien de milagro. Joder, casi... —Se pasó la mano por el pelo—. Casi te disparo, yo...

—Nathan me lo ha contado. Sé que no pudiste.

—¡Pues claro que no pude! ¿Cómo iba a matarte? Te quiero demasiado para hacerlo, maldita sea. Casi no he dormido ni comido, cuando murieron mis padres fue horrible, pero esto... Joder, esto lo ha superado con creces. ¿Y se puede saber por qué sonrías?

Ella llegó a su altura, pasándole las manos suavemente por las mejillas para secarle las lágrimas que le caían sin que él se diera cuenta.

—No tiene gracia, —siguió Hunter—, no quiero volver a pasarlo así. Sabía que era un error unirme a tu grupo, lo sabía, y aun así...

—Aun así lo hiciste. —Lo besó en los labios—. Y yo también te quiero. Perdóname, ¿vale? Te prometo tener más cuidado a partir de ahora.

Hunter se arrodilló, apoyando la cabeza en su estómago y estrechándola con fuerza contra sí. Ella le acarició el pelo, dejando que se desahogara. Se quedaron un rato abrazados, en silencio, hasta que oyeron que llamaban a la puerta.

Hunter se incorporó sin soltarla, como si temiera que fuera a escaparse, pasándose una mano por la cara.

Emma asomó la cabeza, con expresión interrogante.

—¿Podemos pasar?

—Sí, claro —contestó Rachel.

Emma y Nathan entraron, y Hunter por fin se decidió a soltar a Rachel. Rodeó a Nathan con los brazos, aplastándolo en un abrazo que lo dejó sin respiración.

—Eres el mejor —dijo—. No sé cómo darte las gracias, lo que has hecho... Es un milagro, tío, no hay otra forma de explicarlo. Te debo una, cualquier cosa que necesites yo...

—Sí, sí, vale —respondió él, intentado apartarlo—, agradezco estas muestras de cariño, pero quiero respirar. —Hunter redujo la presión, pero sin dejarlo ir—. Y ya sé que soy un genio, pero que haya funcionado con ella no significa que lo haga con el resto; tengo aún mucho que investigar. —Vio su ceño fruncido—. Y relájate, ahora ella es inmune, no puede pasarle nada... —Emma lo miró como si fuera a matarlo—, y yo soy super cuidadoso, no tenéis que preocuparos.

Ni Hunter ni ella estaban en absoluto convencidos, pero también sabían que no tenían otra opción.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Emma—. Quiero decir, no sé si deberíamos contar a los demás lo que ha pasado... Si se enteran de que les ocultamos que Rachel se contagió, perderemos su confianza.

—Mejor lo dejamos así —corroboró Hunter—.

—Sí, de todas formas tengo que seguir haciendo pruebas y ensayos —dijo

Nathan—. Prefiero no decir que he logrado un antiviral hasta estar seguro de que funciona al cien por cien.

Rachel también estuvo de acuerdo, pero en aquel momento oyeron golpes en la puerta, y Erik entró sin esperar a que le contestaran. Al verlos, supo inmediatamente que algo había pasado. Tantos días sin ver a Rachel lo habían preocupado. Hunter había estado más arisco de lo normal, Emma tampoco era el colmo de la comunicación... y tampoco había visto a Nathan, ahora que lo pensaba. Generalmente lo incluían en todo, así que verlos a los cuatro allí juntos, con aquellas expresiones en sus caras, los delataba.

Aun así, titubeó antes de decidirse a preguntar. Respetaba a Hunter como su superior desde que lo conoció, y no se consideraba quién para cuestionar sus decisiones.

—¿Ha ocurrido algo que yo deba saber? —preguntó, por fin.

Ellos se miraron. Hunter afirmó con la cabeza, pensando que tanto él como Rachel habían contado con Erik desde el principio, y se podía confiar en él.

—Rachel, ¿estás bien? —continuó Erik—. Hace días que no te vemos, y... no sé, no tienes buena cara.

—Sí, tranquilo —contestó ella, cogiéndolo de un brazo para llevarlo a una silla y sentarlo—. Ha pasado algo, pero tienes que prometernos no contarlo.

—Me estáis asustando, pero vale.

Rachel se lo contó, intentando no darle mucho dramatismo a la historia, pero para cuando terminó él los miraba con los ojos abiertos como platos. Sacudió la cabeza, asimilando la información.

—Madre mía, Nathan —dijo—, eres la leche. Joder, es que estoy alucinando.

—Sí, pero como Rachel ha dicho, necesito hacer más pruebas —recordó él—. Así que esto no debe salir de aquí.

—No, no, claro. Entiendo por qué no dijisteis nada.

Se levantó, acercándose a Rachel, pero antes de tocarla miró a Hunter; este lo observaba con los brazos cruzados, así que se quedó quieto.

—Me alegro mucho de que estés bien —dijo.

—Gracias, Erik.

Le dio un abrazo rápido, sabía que el chico seguía preocupándose por ella y no le importaba si Hunter se ponía un poco celoso... Tenía que aprender que no tenía motivos para ello.

6. Amargo futuro

Faraday irrumpió en el comedor, sobresaltando a todos los que se encontraban allí.

—¡Es el fin del mundo! —anunció, elevando las manos en el aire.

Emma se llevó una mano al corazón, pensando que le había dado una taquicardia.

Rachel pegó un bote en el asiento, tirando su vaso de agua.

Hunter sacó su arma por instinto, bajándola al ver de quién se trataba.

Nathan cogió aire y se acercó a Faraday, armándose de paciencia.

—Tranquilo —dijo—. ¿Por qué no salimos a la calle y tomamos un poco el aire?

—Es que no lo entendéis, ¡he oído un mensaje!

—Sí, vale, supongo que Dios te ha hablado, pero mejor me lo cuentas fuera, ¿eh?

—¡Ellos tienen que oírlo!

Señaló su mesa. Hunter no quería problemas, así que hizo un gesto a las chicas y los tres ayudaron a Nathan a sacarlo de allí. Lo llevaron hasta la calle, pero Faraday se estaba poniendo cada vez más nervioso.

—¡Tenéis que escucharme! —exclamó.

—No hace falta gritar —dijo Nathan, con tono tranquilo—. Respira hondo, cálmate y cuéntanos.

Faraday cogió aire, para empezar a hablar sin parar como si le hubieran dado cuerda:

—La radio ha funcionado. No he conseguido transmitir, pero sí he podido escuchar conversaciones de varias personas. La onda electromagnética llegó hasta Canadá y casi todo EEUU, pero hay más supervivientes. Han oído lo que está pasando en el resto del mundo. La ONU se ha reunido varias veces para votar. Quieren bombardear el país. Nuestro gobierno ha usado su veto hasta ahora, pero se lo van a revocar. Están planeando lanzar un ataque masivo en cuatro o cinco semanas, empezarán por las ciudades más importantes, incluyendo Atlanta.

Faraday observó cómo todos habían enmudecido ante lo que acababan de escuchar. Le hubiera gustado aprovechar para recitar alguno de sus trozos favoritos del apocalipsis, pero creyó mejor cerrar el pico, ya que el ambiente no estaba para tonterías.

—Genial —comentó Emma, rompiendo el silencio—. Esto es la ley de Murphy. Ahora que parecía que estábamos bien, que podíamos quedarnos aquí tranquilos, resulta que nos van a bombardear. Saltaremos por los aires... genial.

Hunter se acarició la barbilla, pensativo. Deberían estar felices por haber podido escuchar aquella transmisión, de saber que había más personas vivas y reunidas en otro lugar de los Estados Unidos, y sin embargo, la policía tenía razón: cuando al fin todo parecía encarrilarse, les llegaba esa noticia. ¿Qué podían hacer?

Rachel y Nathan permanecían callados, aún impactados por lo escuchado. Les costaba creer que, de pronto, hasta lo poco que habían conseguido se fuera a terminar: porque, dentro de lo mal que todos lo habían pasado, en ese momento eran felices.

—¿Qué... qué hacemos? —se atrevió a preguntar la morena al fin.

—Pues mira —dijo Emma—, yo voto por coger un par de botellas de algo con alcohol y meterme en la cama a hacer el amor, ¿qué te parece? Es mejor aprovechar el tiempo en algo agradable, dado que nos queda poco.

—Emma... —le advirtió Nathan.

—Un momento —cortó Hunter y la miró—. ¿Podemos hablar fuera un segundo? —Notó que tanto Rachel como Nathan lo miraban, anonadados—. No os preocupéis, os pondré al día en seguida, solo quiero... —se interrumpió y agarró a Emma del brazo—. Ven.

La rubia se dejó llevar fuera del cuarto; una vez la puerta cerrada, se cruzó de brazos mientras esperaba que Hunter hablara.

—¿Qué pasa?

—Podemos ir —repuso Hunter y ella no reaccionó—. Piénsalo. Tenemos el antivirus, y la prueba física de que funciona. Vamos hasta allí y los convencemos de que puede haber una solución, pueden investigar a partir de lo que ha conseguido Nathan para...

—¿Otro viaje? —lo cortó ella—. No. Estoy harta ya de ir dando tumbos, Hunter. Quiero poder aburrirme, aunque solo sea una temporada.

—Te comprendo, y yo siento lo mismo, aquí y ahora es lo más parecido a volver a tener un hogar, pero esto no es real, Em. Nos van a volar en pedazos en cuestión de semanas si no hacemos algo para impedirlo, ¿entiendes lo que significa?

—Significa ponernos en peligro de nuevo, ¿piensas que Rachel te va a perdonar que te largues de viaje sin saber si vas a volver?

Hunter negó con la cabeza.

—Ellos tienen que venir, claro.

—¿Qué? No, ni hablar, ni de coña. —Vio su cara y protestó—. ¡No!

—Em...

—Tú estás loco. —Lo esquivó al ver que tenía intenciones de acercarse a ella—. No hace ni tres días que Rachel ha estado a punto de morir, ¿y pretendes ponerla a andar hacia vete a saber dónde, para conseguir a saber qué?

Él alzó los brazos, haciendo un gesto para que lo escuchara, pero ella continuó:

—¿Y Nathan? Si llegó medio muerto aquí, ¿crees que va a resistir otro viaje?

Otra vez a caminar, con los nervios de punta sin saber por dónde nos atacarán los mordedores... no, Hunter. Si tú quieres poner en peligro a tu novia es cosa tuya y de ella, pero Nathan no va a ninguna parte.

—Sé razonable — Hunter usó su mejor tono relajado, aún a pesar de saber que eso podía sacarla aún más de quicio—. Es el virólogo, la única persona que puede explicarles qué ha hecho y cómo y conseguir que lo crean. Tiene que venir.

Ella negaba sin parar, sin querer dar crédito a lo que escuchaba.

—Es una locura y no saldrá bien — dijo—. Lo siento, pero esta vez no puedo apoyarte.

—Si lo sometemos a votación... y estuvieran de acuerdo, ¿vendrías?

—¡No!

El militar suspiró, frustrado y fastidiado. Si Emma no los acompañaba... podía llevarse a Erik, pero no sería lo mismo. No sabía si podría protegerlos a todos solo él, y por otro lado, entendía perfectamente cómo se sentía ella: él de hecho pensaba lo mismo. Pero no tenía sentido replegarse en aquel lugar para morir en unas semanas.

—Tenemos que intentarlo.

—¿En serio piensas que nos van a dar una bienvenida calurosa? Nos pegarán un tiro en cuanto te descuides — siguió objetando Emma.

—Te entiendo — asintió Hunter con calma—. De verdad, te entiendo. Pero no tenemos demasiadas opciones. Quiero a Rachel y querría vivir un poco más con ella, por eso me planteo hacer ahora esto. Y me sentiría mejor si vinieras con nosotros.

—¡No!

Diez minutos después, se hallaban sentados en la sala de reuniones. Faraday y Erik se encontraban presentes, escuchando lo que Hunter acababa de plantear; Emma permanecía sentada, de brazos cruzados y con aquella expresión obstinada que todos habían llegado a conocer bien.

Escucharon con atención a Hunter, después de que este explicara a Erik lo que habían captado a través de la transmisión. El joven se quedó meditabundo, sin duda con la misma sensación que habían tenido todos antes: habían pasado por todo aquello para terminar siendo exterminados. Era frustrante, pero la idea de Hunter se presentaba como la más lógica: si llegaban y conseguían hacer que entraran en razón, tendrían una oportunidad. Si no, ninguna en absoluto.

—Entonces —comentó Rachel—, lo que propones es que ir hasta allí para intentar que no bombardeen a diestro y siniestro, ¿no?

—Estoy seguro de que habrá supervivientes en todas partes. Si se bombardea, matarán a todo el mundo que haya conseguido mantenerse vivo —expuso él—. Eso nos incluye a nosotros, obvio, todos moriremos, así que es nuestra única oportunidad.

—¿Y cómo conseguiremos que nos crean? —preguntó de nuevo Rachel.

—Vosotros tendríais que venir conmigo —dijo, señalándola a ella y al pelirrojo—. Él puede dar toda la información técnica que necesitan, y tú eres la prueba viviente de que el antivirus funciona; nos creerán.

Los dos se quedaron en silencio, pensando en sus palabras. Faraday frunció el ceño, preguntándose a qué se refería con eso. Levantó la mano.

—¿Prueba viviente?

Ellos se miraron. Nathan hizo un gesto restándole importancia al asunto.

—Nada, es que tuvimos un... pequeño percance, y he probado un antiviral en ella, y funcionó.

—¿Una cura? ¿Has creado una cura?

—Bueno, más o menos.

Faraday le dio uno de sus característicos abrazos de oso. Nathan le palmeó la espalda, pensando en la manía que tenía la gente de abrazarlo y dejarlo sin poder respirar. A ese paso, no iba a quedarle una costilla sana.

—Lo sabía, sabía que había que salvarte. ¡Dios me envió!

—Sí, sí, gracias. —Consiguió apartarlo—. Pero mejor no digas nada a los demás, ¿de acuerdo?

Faraday afirmó con la cabeza, mirándolo con admiración. Nathan carraspeó, haciendo un gesto para que siguieran hablando.

—Es un viaje largo —comentó Erik.

—Soy consciente. Emma cree que es demasiado riesgo —dijo Hunter, suavizando la información que poseía sobre el parecer de la rubia. Ella lo obsequió con un ceño fruncido bastante próximo a los que le había dedicado nada más encontrarse—. Y sé que tiene razón. Pero, corregidme si me equivoco...

—No hay otra cosa que podamos hacer —acabó Nathan, y él afirmó—. ¿Tú crees que llegaríamos a tiempo para evitarlo? ¿Cuánto calculas que podemos tardar?

Hunter se quedó pensativo, mientras trataba de hacer unos cálculos algo complejos. No sabía cómo de problemático podía ser el camino, si marchaban a pie, o a caballo, o...

—Un par de semanas, si no hay imprevistos.

—Tú lo has dicho, si no hay imprevistos —dijo Emma, que no había relajado su expresión facial en ningún momento—. Y ahora, con el conocimiento que tienes, cuéntame, ¿tuviste un viaje libre de imprevistos?

—No, pero...

—Estás hablando de meterte en el puto Nueva York, Hunter. Aquello debe ser un hervidero... no lo conseguiremos.

—Aquí tampoco.

—Quizá tenemos que aceptar lo inevitable, y es que esto tenía que acabar así.

Hunter fue consciente de que nadie se atrevía a intervenir, y tuvo claro que aquel conflicto tendría que resolverlo él solo con Emma. Tanto Nathan como Rachel tenían cara de no querer decantarse por ninguna postura concreta, y supo que harían lo que al final decidieran ellos. Porque se fiaban de sus mandos. Eso lo inquietó un poco, porque, ¿y si estaba equivocado y los conducía a una muerte

peor?

—O, si vamos a morir, que sea peleando —sugirió.

—¿Por qué? —Emma se levantó de su silla para enfrentarse a él—. ¿Por qué tenemos que morir peleando? ¿Es que no has peleado ya bastante? Porque te aseguro que yo sí.

—¡Basta! —los interrumpió un gruñido de Faraday que dejó a todos sorprendidos. Al ver que tenía la atención, carraspeó—. ¿Queréis solucionar esto vosotros, o queréis votar? Decidid y obrad en consecuencia. Tengo guardia dentro de quince minutos.

Hunter y Emma intercambiaron una mirada; ambos sabían que podían hacer una votación, pero eso no sería beneficioso para nadie. Nunca lo era cuando había un perdedor, y tampoco era justo obligar a los demás a decantarse por uno u otro. Eran un equipo y, como tal, debían llegar a un acuerdo para no poner al resto en situaciones comprometidas.

—No habrá votación —dijo con voz firme—. Volved a lo vuestro, Emma y yo nos pondremos de acuerdo.

Todos parecieron aliviados de que no los hiciera escoger y se levantaron; Rachel le frotó el brazo a Hunter al pasar para darle ánimos, pero eso no lo consoló porque cuando pasó junto a la rubia hizo exactamente lo mismo.

—Suerte —le dijo Nathan acercándose a él. Le dio en el hombro—. No la cabrees mucho, que luego me toca a mí hacer que se le pase.

—Bah —gruñó Hunter—. Tú has nacido para esas cosas.

—Ella no quiere volver a tener gente a su cargo, eso lo tienes que comprender —replicó su amigo, antes de salir de la sala.

Así que, pese a su intento de que todos participaran, volvió a encontrarse de nuevo a solas con Emma y teniendo que llegar a un entendimiento. Ella suspiró, pasándose las manos por el pelo, y después carraspeó.

—No creas que te llevo la contraria porque sí. No es eso.

—Ya te dije antes que te entendía, Em. Ojalá fuera posible que pudiéramos

quedarnos aquí, como hasta ahora —murmuró él—. Pero no quiero rendirme sin luchar primero, y si hay una posibilidad, aunque sea... una entre un millón, quiero intentarlo. —Se levantó de su silla para ocupar otra a su lado—. Aquí hay más personas aparte de nosotros y ellos también merecen tener la oportunidad de poder vivir... ¿tienes miedo?

—Sí, claro que sí. Solo de pensar en ponerme en marcha otra vez me da escalofríos. —Lo miró—. Tú no puedes prometerme que no morirá nadie.

—No. Solo intentar que no suceda —concedió él—. Sin embargo, creo que si andamos con cuidado no será tan difícil. Ya tenemos experiencia.

—Sí, con la muerte —Ella sonrió sin ganas.

—Somos un equipo. Si continuamos discutiendo, si no nos decidimos, incluso si tú dices «no» y yo digo «sí», esto se romperá. Las cosas funcionan cuando todos permanecemos unidos.

Emma escuchó sus palabras y luego abrió los ojos de par en par, antes de darle una palmada en el brazo.

—¡Me estás dando una arenga militar! —exclamó, intentando parecer indignada pero sin conseguirlo del todo.

—Podemos hacerlo. Sé que podemos llevarlos hasta allí, y luego Nathan hará que lo escuchen. Por fin toda esa jerga científica que usa podrá ser útil —hizo un intento de bromeo Hunter.

La chica continuaba negando con la cabeza, pero Hunter detectó en su mirada cierta resignación que le aseguraba que se había salido con la suya. Observó como ella se levantaba, iba hasta uno de los armarios y sacaba una botella de tequila; luego lo depositó encima de la mesa, entre los dos, junto a dos vasitos.

—Toma. —Le tendió uno a Hunter tras llenarlo—. ¿Cuántos aguantabas en el instituto?

—No más de seis. Nunca fui un gran bebedor —confesó Hunter—. ¿Y tú?

—No quieras saberlo. —Llenó otro vasito para ella—. Es lo que tiene haber ido a la academia de policía y pasar ese tiempo entre tíos, me aleccionaron bien. —Alzó el suyo—. Salud.

—Y tanto que te aleccionaron bien, ni sal, ni limón... — Hunter chocó su vaso antes de beberse el líquido con una mueca—. Por Dios. —Tragó con dificultad—. Estoy viejo para esta mierda.

—No seas protestón. —Emma empujó otro hacia su lado.

Hunter se tragó el segundo, conteniendo otra mueca. Se daba cuenta de lo lejos que habían quedado ya los tiempos en que podía beberse seis tequilas, y también, de cómo había cambiado desde entonces... y pensaba en los infectados y el desastre. Cómo había cambiado él.

Emma se tragó su tequila, depositó el vaso sobre la mesa y se levantó.

—Sabes que no volveremos, ¿verdad? Espero que no te equivoques —repuso, antes de abrir la puerta y salir por ella.

Hunter estaba satisfecho, pero esa sensación disminuyó cuando durante la cena notó que la rubia no se encontraba en el comedor. Sabía que lo había forzado y que ella no quería ir, pero confiaba en que se diera cuenta de que era lo que debían hacer; no se resignaba a morir allí sin intentarlo al menos, así era como le habían enseñado y así debía ser.

—¿Llegasteis a un acuerdo? —preguntó Rachel al verlo pensativo.

—Ajá. Vendrá con nosotros —comunicó él—. La verdad es que no lo confirmé de boca, pero entendí que sí— suspiró.

—¿Cuánto cabreo? —quiso saber Nathan—. Del uno al diez, por favor. Necesito saber lo que me espera.

—No me pareció enfadada, de hecho nos tomamos dos chupitos de tequila...

—Ah, muy bien —Rachel usó un poco de sarcasmo—. ¿No se os ocurre nada mejor que ponerlos a beber? —Él se encogió de hombros—. Ya os vale. En fin, voy a buscarla y me la traigo.

Hunter la detuvo sujetando su brazo, y cuando ella lo miró, negó. Erik se aproximó en aquel momento, así que dejaron el tema cuando apoyó las palmas en la mesa y sonrió.

—Bueno —dijo—, ¿entonces ya habéis tomado una decisión? ¿Nos

marchamos o nos quedamos? —preguntó, con tono de voz bajo para que no lo oyeran.

Hubo un intercambio de miradas significativas en la mesa, así que Hunter se incorporó y de un gesto le pidió que lo siguiera. Erik obedeció, con la sorpresa reflejada en su rostro. Una vez fuera del comedor y del bullicio, Hunter carraspeó.

—Nos iremos en un par de días. Lo que tardemos en prepararnos.

Erik no era tonto y captó a la perfección que lo excluía. Se sintió profundamente dolido por ello y no logró esconderlo.

—Pensaba... que era buen soldado, teniente, y ahora resulta que me va a dejar fuera de la ecuación —tartamudeó, sabiendo que como soldado no debería protestar pero sin ser capaz de evitarlo. Siempre había tratado de ser leal y ahora pensaba que quizás el asunto de Rachel podía tener algo que ver, pero seguía sin ser justo.

Vio que Hunter lo miraba a su vez, mudo de sorpresa.

—¿Qué? Oh, no, no —se apresuró a aclarar— ¡No tiene nada que ver con eso! Quiero que te quedes aquí, Erik, llevando todo el peso. Mira —explicó—, es un viaje complicado y Emma tiene razón en que tenemos muchos boletos para no regresar. Incluso aunque consiguiéramos convencerlos sobre el antivirus, no sabemos cómo está aquella zona... desconocemos si nos dejarán volver a marchar, o lo que sea, ¿me explico?

—Sí, pero...

—Necesito alguien de confianza aquí, llevando a la gente. Y tú eres esa persona... desde que nos conocimos has demostrado ser equilibrado, justo y buen tío.

—Gracias.

—Tú único fallo fue fijarte en mi chica —bromeó Hunter, dándole en el brazo.

—Es que no sabía que lo era, teniente— se disculpó Erik a toda prisa.

—Solo era una broma. Pero el resto no. —Lo miró— ¿Te encargarás de ser yo

mientras estemos ausentes? De que todo siga igual de bien que cuando lo organizamos... y me refiero a todo, los turnos de lavandería, las vigilancias, la paz en las comidas, los toques de queda. Puedes elegir a un par de personas de confianza si las necesitas, pero consigue que esto siga funcionando.

Erik asimiló sus palabras despacio y terminó por asentir; había pasado de sentirse fatal por ser eliminado del grupo a sentirse orgulloso porque Hunter lo considerara digno de ocupar su lugar.

—Puede confiar en mí, teniente.

Hunter sonrió de aquella forma tan poco habitual en él. Iba a añadir algo cuando Faraday apareció por el pasillo, caminando hacia ellos; se detuvo a su lado, al parecer algo tenso por lo que reflejaba su cara.

—¿Habrás viajado? —quiso saber.

—Sí —respondió Hunter y lo miró con cierta simpatía, porque al final el gigantón había resultado ser de confianza—. Pero te quedas a cargo del fuerte, hombretón, ¿te parece? Podrías echar una mano a Erik con temas importantes.

Faraday negó rápido como el rayo.

—Ni hablar. Yo me voy con vosotros —anunció, sin dar opción. Al ver que Hunter se quedaba pasmado por la sorpresa, carraspeó—. Si el chico va, yo voy con él.

—Te refieres a Nathan, claro... —murmuró, aún sorprendido—. Pues sí que le has cogido cariño, ¿eh?

Faraday no parecía en absoluto incómodo, incluso se diría que aquello lo llenaba de orgullo por cómo hinchaba el pecho.

—No tienes por qué preocuparte por él, en serio. Cuando lo encontraste iba solo, pero ahora estaremos nosotros y...

—Si el chico va yo voy con él —puntualizó Faraday sin que su tono se inmutara ni por un segundo—. Y no hay más que hablar. —Lo miró—. Teniente.

Le hizo un saludo y siguió su recorrido mientras Hunter continuaba sin reaccionar, observando cómo Erik no conseguía esconder una sonrisa divertida; no

podían evitar que fuera con ellos, claro, y tampoco era plan si el hombre quería acompañarlos.

—Es increíble —musitó Hunter.

—Como tener un guardaespaldas personal —bromeó Erik, antes de transmitirle ánimo con un apretón afectuoso en el brazo.

Un rato después, Nathan encontró a Emma en la azotea. Ya había anochecido, y estaba sentada con las piernas cruzadas y sus fotos en las manos. Lo miró, pero no hizo ademán de guardarlas; era la primera vez que las sacaba desde que las había recuperado en Minneapolis, hasta ese momento habían permanecido ocultas porque las relacionaba con la muerte de Joel.

—No has venido al comedor —dijo él, señalando lo evidente mientras se colocaba a su lado—. Hunter está inquieto pensando que estás enfadada con él.

—Qué dices, no... tengo más de doce años, gracias.

—Ya. —Señaló con la cabeza el montón de fotos—. ¿Por fin has decidido hacer público tu tesoro?

—¿Qué quieres decir?

—Hasta ahora nunca te había visto mirarlas delante de nadie. Bueno, en realidad no te había visto mirarlas, punto.

Ella se preguntó interiormente cómo Nathan conocía su existencia, ya que solía llevarlas encima y sabía que nadie las había tocado; pero vivían juntos, así que tampoco era tan raro.

—Es que duele —murmuró.

—Pero las tienes. No todo el mundo conserva esos recuerdos de su familia... creo que pocos de los supervivientes tuvieron tiempo de llevarse sus cosas. —Ella afirmó despacio— ¿Cuál es la peor?

No fue ninguna sorpresa para él cuando Emma le tendió una foto de June. Ahí estaba lo que más escocía, su hermana, y esa sensación que se le había quedado

por no haber dedicado más días a buscarla en Little Falls. La había dado por muerta demasiado pronto, o se había centrado más en sus deberes como policía pensando en la población en su conjunto... fuera como fuera, eso estaba ahí y no desaparecería.

—A lo mejor tuvo suerte —comentó él, mientras observaba aquella foto de familia, ese hombre y sus dos hijas—. Os educó el mismo padre, ¿no?

—June es más tranquila que yo. O lo era.

—No es tan imposible que pueda seguir viva... mírame a mí, seguro que en las quinielas era la víctima número uno. —Sonrió de forma breve.

Emma se acercó a él y lo abrazó, apoyando la cabeza en su pecho. Nathan le acarició el pelo, esperando a que ella siguiera.

—Lo siento —se disculpó la rubia, al cabo de un rato.

—¿Qué sientes?

—Cómo me he portado contigo.

—Sí, tienes razón, estas noches han sido horribles... —Ella lo golpeó en un hombro—. Perdona, sigue.

—Sé que no he sido... como yo era. Todo lo que me ocurrió me ha afectado demasiado, pero también sé que no soy la única. Todos aquí han tenido su ración de sufrimiento en mayor o menor medida, pero estaba tan... No sé, que no me he parado a pensar en que todos merecemos seguir adelante, tener una oportunidad. No sé si veré a June de nuevo, pero no puedo estar todos los días pensando en ella, en si podría haberla salvado... Así que he decidido centrarme en el ahora, y el ahora dejará de significar algo si me quedo quieta viendo las cosas pasar. Por eso voy a Nueva York. Y por eso tengo que hacer... esto. —Y despacio, lanzó las fotos por el aire y se quedó contemplando cómo el viento las arrastraba lentamente.

Él se quedó pensativo unos segundos.

—Vaya —comentó—. Esos chupitos que te has tomado con Hunter sí que te han hecho efecto.

—Idiota.

Volvió a golpearlo en el hombro, para después mirarlo con una sonrisa que hacía tiempo que él no veía. Lo besó, llevando las manos a su camisa, y no bajaron de la azotea en un buen rato.

Dos días después, organizaron una reunión con todos los miembros de la comunidad para comunicarles la noticia. La mayoría se tomaron con horror que fueran a bombardearlos, de manera que aquel dato amortiguó el hecho de que un grupo de cierto peso abandonaba el lugar. Todos entendieron el motivo, pensando en silencio que ojalá lograran su objetivo, o quedarse sin la único médico sería el menor de sus problemas.

Erik los abrazó a todos, deseándoles suerte.

—Estoy seguro de que lo vais a lograr —dijo con voz animada y se apartó un poco para dejar paso a un J.J. con cara de preocupación—. Eh, sin empujar...

—¿Volveréis? —quiso saber el chico, esperanzado—. Me refiero a si no se bombardea, y nadie os detiene, ni os mata...

—No lo sé. —Hunter se encogió de hombros—. Pero te prometo que si vemos la posibilidad de reunirnos todos de nuevo, aunque sea en otro lugar, la aprovecharemos.

—¿Lo prometes? Mira que están creciendo cebolletas en el jardín —informó con orgullo—. Y tomates... era lo que querías, ¿no?

—Sí —dijo Hunter con una sonrisa afectuosa—, era lo que quería. —Y lo abrazó, por si acaso no volvía a verlo. Quizá lo había sacado de quicio más de una vez, pero había cambiado, y de cualquier forma, era una persona inofensiva y agradable—. Sigue así, J.J. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias. —Tenía lágrimas en los ojos—. Has sido como un padre para mí, teniente. Te voy a echar de menos. Cada vez que vea una lata...

Hunter sonrió, estrechando el abrazo.

—Sabrás abrirla. Y pórtate bien, ¿de acuerdo?

—No veo cómo podría portarme mal aquí dentro —se quejó él, una vez libre

del abrazo—. Seguro que Erik nos lleva como en una dictadura.

Erik le pegó en el brazo bromeando, pero J.J. se quejó igualmente, y se marchó frotándose la zona afectada tras despedirse de forma cariñosa de los demás, exceptuando a Faraday, que le daba miedo.

Llegó un momento en que tantos abrazos y despedidas se hicieron muy difíciles, y aquel fue el momento escogido para irse a dormir. Debían descansar, pues en pocos días se marcharían sin tener muy claro su destino.

7. El demonio está aquí

Nueva York, 17 de abril.

Cuando llegaron a Jersey ya era de noche, así que buscaron un edificio vacío en el que poder refugiarse para descansar. Desde allí podían ver el skyline de Manhattan, pero ninguna luz se iluminó ni observaron movimiento, lo que les desanimó bastante.

Por la mañana siguieron el curso del río hacia el norte. A la altura del túnel Lincoln, descubrieron que este tenía la entrada totalmente bloqueado por rocas y bloques de cemento, como si el techo se hubiera desprendido. El río lo había inundado, y el agua llegaba hasta la carretera. Habían descartado cruzar por allí por peligroso, pero al ver aquello se preguntaron si no estarían bloqueadas todas las entradas y salidas de la isla. Si, como creían, había gente allí y ejército, sería lo más lógico para evitar ataques.

No tenían muchas más opciones, así que continuaron caminando hasta llegar al puente de George Washington. Respiraron aliviados al ver que no estaba derruido, aunque había alambre de espino y restos de cuerpos por todas partes. No eran recientes, lo que fuera que había ocurrido allí, era de semanas o meses atrás.

No podían atravesarlo con los caballos, así que les dejaron dentro de un pequeño parque que habían visto unos bloques atrás.

Pasaron el alambre llevándose unos cuantos cortes de recuerdo, ninguno

grave, y a lo largo del kilómetro y medio que tenía de largo el puente, encontraron barricadas y más obstáculos, así como más cuerpos, algunos de ellos con uniforme militar.

Cuando llegaron al final, se encontraron con que estaba bloqueado por un muro construido con bloques de hormigón, y al mirar hacia arriba se encontraron con varios soldados apuntándoles con sus armas.

—¡Dejad vuestras armas en el suelo y levantad las manos! —ordenó uno de ellos.

—Será mejor que obedezcamos —dijo Hunter, quitándose su rifle y su ballesta—. ¡Tranquilos, no somos peligrosos!

—Eso lo decidiremos nosotros.

Los cinco dejaron todas sus armas en el suelo, y se quedaron con las manos levantadas mientras varios soldados bajaban por el muro y se acercaban a ellos. Les cachearon rápidamente, y recogieron sus armas.

—¡Limpios! —Gritó uno.

—¡Que suban!

Les llevaron hasta el muro, indicándoles las zonas donde apoyarse para poder subir. Una vez llegaron al otro lado, vieron que había varios hummers, coches de policía y un par de tanques, todos apuntando en dirección al muro.

Un hombre se acercó a ellos, saludándoles militarmente.

—Capitán Edward Garrows —dijo, mirando a Hunter de arriba abajo—. ¿Es usted teniente?

—Sí —confirmó él, llevándose la mano a la frente—, teniente coronel Hunter Cooper.

Se oyeron varias exclamaciones de sorpresa, y varios soldados murmuraron entre ellos. El capitán llevó la mano a su cartuchera.

—¿Ha dicho Hunter Cooper? —preguntó—. ¿De Camp Ripley, Little Falls?

—Sí, ¿qué...?

—Levante las manos. —Sacó su arma y lo apuntó—. ¡Ahora!

Hunter obedeció, poniéndolas detrás de la cabeza. Todos los soldados le apuntaban a él directamente.

—¿Pero se puede saber qué ocurre? —preguntó Rachel.

—Tranquila —dijo él—. Seguro que es algún malentendido.

—De eso nada, cabrón.

Con esas palabras, Edward se acercó para golpearle en la cara con la culata de su pistola. Hunter se tambaleó, pero antes de que pudiera recuperar el equilibrio el capitán le pegó un puñetazo en el estómago y lo empujó al suelo. Hunter no se defendió, con al menos quince armas apuntándolo no quería correr el riesgo, pero Emma le pegó un empujón a Edward.

—¿De qué vas? —gritó—. ¡Hemos tardado días en llegar! No sé quién creéis que es, pero...

—Sabemos perfectamente quién es. —Le puso unas bridas en las manos, apoyando una rodilla en su espalda para que no se moviera—. Señorita, aléjese si no quiere que la detengamos también.

—¿De qué se lo acusa? No pueden detenerlo así como así.

—Mire, puede que las circunstancias le hayan engañado, a usted y a sus amigos, pero este hombre es muy peligroso.

—¡Y una mierda! Yo era sheriff de Little Falls, sé muy bien quién...

El capitán hizo un gesto, y otro soldado se lanzó directo sobre ella, reteniéndola igual que habían hecho con Hunter.

Nathan y Rachel dieron un paso hacia ellos, pero Faraday se interpuso entre ellos. Si seguían así, acabarían todos detenidos. Desde el suelo, Hunter los miró negando con la cabeza.

Nathan cogió de la mano a Rachel, intentando tranquilizarse y a ella también.

Varios soldados se acercaron, para coger a Hunter y Emma y levantarlos del suelo, sujetándolos por los brazos para que no se movieran.

Edward se dirigió a los otros tres, con el ceño fruncido.

—¿Y vosotros quiénes sois?

Nathan titubeó, ya no estaba seguro de si decir su nombre o mentir.

—Doctora Rachel Portman —contestó ella, intentando mantener la calma.

—Faraday —se limitó a decir el grandullón.

—Yo soy virólogo —se decidió por fin él—. Nathan Thomas.

—¿Nathan Thomas? ¿Es el hijo del coronel Thomas?

El pelirrojo frunció el ceño, de nuevo sin saber qué respuesta era la buena. Afirmó lentamente con la cabeza, preguntándose si era lo correcto. Pero Edward sonrió, guardando su arma, así que había acertado.

—Su padre estará encantado de saber que está vivo. Pensaba que había muerto en Little Falls.

Él palideció.

—¿Mi padre? —repitió—. ¿Está aquí?

—Claro. Es el jefe del Estado Mayor, cuando todo esto pasó... Bueno, él consiguió llegar hasta aquí, y el anterior jefe estaba en el Air Force One con el presidente cuando se estrelló.

Los cinco se miraron. Hunter apretó los dientes para no decir nada, imaginándose lo que habría ocurrido. Lo iban a tener más difícil de lo que había pensado.

Nathan se recompuso tras unos segundos de estupor.

—¿Entonces entiendo que hay un gobierno?

—Sí, están el vicepresidente, que ahora es el presidente, y unos cuantos senadores y congresistas. Además de delegados de otros países.

—¿Qué tal si nos lleva con ellos y me lo va contando por el camino?

—Por supuesto.

Hizo un gesto, y se llevaron a Emma y Hunter en un hummer. Faraday, Rachel y Nathan subieron a otro con Edward, que comenzó a conducir por las calles desiertas de Nueva York.

Por el camino les explicó que iban hacia la ONU. El pulso electromagnético no había llegado hasta la isla de Manhattan, pero sí a las centrales eléctricas que alimentaban los edificios. Así que tras unos días, el sistema había empezado a fallar. El caos no tardó en aparecer, sobre todo cuando la gente empezó a darse cuenta de que el resto del país no tenía electricidad. Una vez confirmado que el presidente había muerto, se había creado un gobierno de emergencia. Movilizaron todos los portaaviones y buques de guerra para llevarlos a las costas Este y Oeste del país, para evacuar a todos los supervivientes que pudieron. Pero cuando empezaron a llegar rabiosos, o «el enemigo no identificado, ENI» como lo llamó él, se cerraron todas las fronteras y el espacio aéreo. Se habían instalado puestos del ejército en diferentes islas, y durante esos meses los gobiernos extranjeros habían estado debatiendo qué hacer. En lo único en que se habían puesto de acuerdo por el momento había sido en enviar tropas a la frontera con México, desde donde estaban evitando que los rabiosos se propagaran hacia el sur. Pero cada vez eran más, y la mayoría de países quería una intervención militar a gran escala.

Habían descartado el uso de bombas atómicas, para no dejar el país inhabitable, pero aunque su gobierno quería esperar a encontrar una cura, el resto opinaba que ya había pasado demasiado tiempo. En la última reunión un par de semanas antes, EEUU había hecho valer su veto de nuevo. Debido a eso, estaban preparando una revocación de los estatutos de la ONU, de forma que ningún país tuviera derecho a veto. En cuanto modificaran los estatutos, se haría una nueva votación. Y claramente, ganarían los votos a favor del ataque.

Cuando llegaron al recinto de la ONU, vieron que el muro exterior estaba totalmente rodeado de coches de policía, con agentes y soldados por todas partes. Pasaron un par de barreras con vigilantes, y les llevaron hasta el edificio principal.

Al bajarse, vieron que el otro hummer se paraba a su lado. De él sacaron a

Hunter y Emma, aún esposados, pero no se resistían. Durante el viaje habían podido hablar entre ellos, y habían decidido que por el momento era lo mejor.

Sus miradas se cruzaron, pero no les dio tiempo a decirse nada. Nathan atrajo a Rachel hacia sí.

—Ya veremos cómo lo arreglamos —susurró—, pero mejor que por ahora piensen que no tenemos mucho que ver con ellos.

—Tu padre sabe que estuviste con Emma.

—Solo que fuimos a cenar. Le diremos que tú y yo estamos juntos, así quizá consigamos que no nos separen.

—¿Y Faraday?

—Eso es más complicado, a ver cómo los convencemos de que es inofensivo.

—Está bien. —Le cogió la mano—. Con todo lo que he oído de tu padre, tengo hasta curiosidad por conocerlo.

—Pues yo solo espero no matarlo nada más verlo.

Edward les indicó que le siguieran, así que ellos obedecieron, Faraday detrás con cara de pocos amigos.

Por el camino habían escuchado que el capitán avisaba que iban con cinco supervivientes, dos de ellos detenidos, el «as de picas» y la «reina de corazones». Nathan recordó que durante la guerra de Irak habían asignado a cada terrorista a detener una carta de la baraja, siendo Sadam Hussein el más importante y al que se le había asignado el as de picas. Aquello lo inquietó aún más, seguro que su padre tenía que ver en eso... ¿Qué habría contado al mundo?

—¿Dónde nos lleváis? —preguntó Nathan.

—Su padre lo está esperando, dejaremos a sus acompañantes en...

—No —dijo Faraday—. Yo voy con él.

—Pero...

—Los dos vienen conmigo —dijo Nathan, en tono inflexible—. Ella es mi novia, y él un amigo, no vamos a separarnos.

Edward no parecía muy convencido, pero tampoco quería llevarle la contraria al hijo del Jefe del Estado Mayor, así que afirmó.

Subieron en ascensor hasta una de las últimas plantas, y los llevó hasta la puerta de un despacho. Cuando llamó, la voz de Ray Thomas contestó desde el interior.

Nathan apretó la mano de Rachel, más para darse ánimos a sí mismo que a ella. Edward abrió la puerta, y pasaron al interior.

Ver a su padre le causó más impresión de la que había esperado, sintió el odio recorrer su cuerpo como una corriente eléctrica. Aquel hombre era el causante de todo, y estaba vivo. Tanta gente había muerto por su culpa, todo el país destruido... Y él ahí, intacto. Ni siquiera tenía una cana más en su pelo o cara de culpabilidad. Tuvo la osadía de sonreír como si fuera el hombre más feliz del mundo, apresurándose a ir hacia él para abrazarlo.

—¡Hijo mío! —exclamó—. ¡No sabes lo contento que estoy, creí que habías muerto! —Miró a Rachel—. ¿Es tu chica?

—Sí.

La abrazó también. Nathan y ella se miraron, sin decir nada. Si aquello hubiera sido un concurso al Oscar al mejor actor, Ray habría ganado, pero a ellos no les quedaba otro remedio que fingir también. Nathan tenía claro que todo era una actuación delante del capitán Garrows. Señaló a Faraday.

—Él es Faraday —explicó—. Me salvó la vida.

—Muchísimas gracias, señor. —Le estrechó la mano, efusivo—. Le estaré eternamente agradecido.

Él apartó la mano, nada cómodo con aquel hombre. No se creía una palabra de lo que estaba diciendo. Ray fue hasta la puerta, indicándole a Edward con una sonrisa que se podía retirar. Cuando se hubo marchado, cerró y se giró hacia ellos. Su expresión había cambiado totalmente. Parecía furioso, pero intentaba no demostrarlo.

—Me han informado de que Hunter y Emma están con vosotros, ¿por qué?

«Directo al grano», pensó Nathan.

—Nos los encontramos por casualidad hace un par de meses —mintió, descaradamente—. Rachel y yo estábamos con otros supervivientes, Faraday incluido, en Atlanta. Y un día aparecieron ellos.

—¿Y qué te contó Hunter?

—¿Sobre qué?

—¿Te dijo que mató a Paris? ¡Se volvió loco en la base, quería evitar que salieran más soldados y explotó el complejo!

Nathan parpadeó, preguntándose si estaría alucinando. Pero tenía que seguirle la corriente.

—No, no me dijo nada. ¿Es por eso por lo que lo han detenido?

—Sí y no. —Nathan levantó una ceja, y su padre se paseó nervioso—. Verás, cuando llegué aquí... había que explicar algo, así que como pensaba que estabais todos muertos... Y tienes que entenderlo, yo no iba a cargar con la culpa. Así que todos creen que Paris creó el virus por orden de Hunter, y que Emma lo encubrió y no hizo nada para impedir que se propagara por el pueblo.

Rachel abrió la boca, pero Nathan la empujó ligeramente para que no hablara. A su lado, Faraday también se movió inquieto.

—Lo que has hecho... —empezó Nathan—. Entiendo que quisieras librarte de la culpa, pero ahora puedes explicar la verdad.

—¿Estás loco? ¡Ni hablar! Les van a hacer un consejo de guerra, los juzgarán en la Corte Internacional de Justicia de La Haya por crímenes contra la humanidad. ¡No puedo enfrentarme yo a eso!

—¡Pero vas a dejar que lo hagan dos personas que no tienen nada que ver! —gritó, a punto de perder los nervios—. Papá, por Dios, no puedes...

—Efectivamente. —Se acercó y lo cogió por los hombros, mirándolo a los ojos—. Soy tu padre. Hijo, ¿de verdad te gustaría verme condenado, por un

pequeño error? Yo no pretendía que eso sucediera. Y ahora de todas formas es demasiado tarde, no puedo retractarme de lo que he dicho.

Nathan quería golpearlo, gritar para hacerlo entrar en razón... pero en su mirada veía su determinación, sabía que era imposible. Tenía que fingir ponerse de su parte, y buscar la forma de hablar con el presidente y convencerlo de la verdad. Para eso necesitaba libertad de movimientos, y tiempo. Solo esperaba que no se llevaran a Hunter y Emma de allí.

—Está bien, tienes razón —dijo—. Lo hecho, hecho está. De todas formas, si Hunter mató a Paris se lo merece, y Emma... —Se encogió de hombros—. Tampoco es que me importara demasiado, en la cena quedó claro que ya no teníamos nada en común.

—¿En serio? —Frunció el ceño—. Pero me informaron que habías pasado la noche fuera.

—Me encontré con unos amigos del instituto, pasé la noche con ellos poniéndonos al día.

Ray aceptó la explicación y asintió, satisfecho.

—Me alegro de que lo entiendas —dijo.

—Sí. Escucha, he estado trabajando en una cura. ¿Estás aquí haciendo lo mismo?

—Sí, sí. En primera planta han instalado unos laboratorios. Seguro que están encantados de que los ayudes. He ordenado que os preparen unas habitaciones...

—Rachel y yo juntos, y Faraday al lado.

—Claro, claro. Diré que os lleven, para que descanséis un rato. Y ya informaré para que te vaya a buscar alguien del laboratorio.

Cogió el teléfono y avisó para que fueran a buscarlos. Un soldado los guio hasta otra planta, donde habían acondicionado habitaciones. Les habían llevado sus cosas, y los dejaron solos.

Nathan se dejó caer sobre una silla, cubriéndose la cara con las manos. Rachel se había estado conteniendo, pero ya no puedo resistir más y se echó a llorar.

Aquello era una pesadilla, ¿qué iban a hacer?

—Esto es un puto desastre —dijo Nathan.

Se levantó para abrazarla, intentando darle un consuelo que él mismo no sentía. Faraday le apretó un hombro.

—Tu padre es el demonio —dictaminó.

—Sí, gracias por la aclaración, me ayuda mucho.

—Hay que acabar con él.

—Ahora mismo no tenemos otra opción que seguirle la corriente. Rachel, lo entiendes, ¿verdad?

—Sí. —Ella cogió aire, procurando calmarse—. Tal y como está todo... Será difícil que alguien crea nuestra versión.

—Tendremos que tener paciencia. Averiguar quiénes están en el gobierno, ver cómo llegar a ellos... No tenemos pruebas, pero... La historia de mi padre no se sostendrá si conseguimos que se contradiga. Encontraré la forma. Y Faraday, intenta no ir por ahí llamando la atención, ¿vale? Si mantenemos un perfil bajo, como diría Hunter, averiguaremos más cosas.

—Entendido. Seré como una sombra, invisible y silencioso.

Dado su tamaño y sus tendencias apocalípticas, Nathan no estaba seguro que lo lograra, pero no podía hacer más que darle un voto de confianza.

Un rato después un soldado fue a buscarlo para hacerles de guía. Les hizo un recorrido por todo el edificio, explicándoles los turnos de comida, dónde acudir cuando necesitaran algo, la hora del toque de queda... Y por último los bajó al laboratorio. Rachel y Nathan se quedaron allí, hablando con los científicos al cargo de la investigación, mientras Faraday se marchaba discretamente a hacer sus propias averiguaciones.

8. No te necesitamos

Al principio los virólogos de la ONU se mostraron escépticos. Sin embargo, tras analizar muestras de sangre Rachel y hacer varias pruebas, se convencieron de que Nathan había encontrado la clave para acabar con el virus «Anxious». Le habían asignado ese nombre oficialmente cuando Ray Thomas les había entregado algunos papeles de su proyecto, por supuesto sin su nombre y poniendo a Hunter como la persona a cargo del mismo.

Unos días después, un hombre fue a buscar a Nathan a su habitación. Cuando este abrió la puerta, lo miró extrañado. Vestido de traje negro, expresión seria... ¿F.B.I?

—Me envía el presidente —informó el hombre—. Sígame, por favor.

—¿Y ella? —Señaló a Rachel, que se había acercado a la puerta.

—Puede venir.

Era la oportunidad que estaban esperando, así que esperaban poder aprovecharla.

Siguieron al agente hasta una zona de máxima seguridad donde no habían entrado nunca, hasta llegar a unas puertas dobles con banderas americanas a ambos lados.

«Se acabará el mundo, pero no el patriotismo», pensó Nathan.

Les abrieron la puerta, y reconocieron al que, meses antes, era el vicepresidente de los EEUU. El hombre sonrió amablemente, levantándose para estrecharles la mano.

—Nathan, Rachel —saludó—. Me han hablado mucho y muy bien de vosotros, siento no haber tenido tiempo de reunirme antes, pero podéis imaginar cómo estoy de ocupado. Sentaos, por favor.

Ocupó su sitio tras la mesa, y ellos las sillas frente a él, mirándose. Rachel afirmó con la cabeza le apretó una mano, dándole su apoyo.

—Me han dicho que has encontrado una cura —dijo el presidente.

—Un antiviral, aún habría que hacer muchas pruebas. Funcionó con ella, pero no sé si con gente infectada de más tiempo, o si funcionaría como vacuna.

—Y tampoco fue fácil —añadió Rachel—. La verdad es que casi muero cuando me la inyectaron.

—Sí, sí. —Hizo un gesto restándole importancia—. Pero lo importante es que mis chicos están avanzando mucho, y dentro de poco podremos utilizarla.

—Pero pueden pasar meses antes de que...

—No, no, no tenemos tanto tiempo. No sé si lo sabéis, pero han conseguido quitarnos nuestro veto esta mañana, así que en la próxima votación no podremos evitar el ataque a nuestro país, a no ser que ofrezcamos una alternativa. No os preocupéis por eso, lo tengo todo calculado. En fin, contadme, ¿qué tal el regreso a la civilización? Debisteis pasarlo muy mal.

—No ha sido nada fácil, la verdad.

—Tu padre parece muy contento de tenerte de vuelta.

—Sí, ya, sobre eso... Me gustaría explicarle unas cuantas cosas, si tiene tiempo.

—Claro, claro. Dime.

—La versión que él ha contado sobre lo que ocurrió, bueno... digamos que no concuerda del todo con la mía.

El presidente frunció el ceño, poniéndose serio.

—¿A qué te refieres?

—¿Puedo ser totalmente sincero?

—Por supuesto. Es un tema muy grave, estamos hablando del fin de nuestro país y forma de vida como lo conocemos. Quiero tener toda la información posible, y hasta ahora, solo he oído su versión. Nadie más de Little Falls o de la base ha llegado aquí.

Le hizo un gesto para que hablara. Nathan carraspeó, y comenzó su relato desde el momento en que recibiera la primera llamada de su padre para que fuera allí. No sabía si el presidente le creería o no, pero contó todo lo que había ocurrido tal y como había sido. Rachel apenas pudo aportar nada, aparte de corroborar lo

sucedido en el CDC y contar cómo se había unido Hunter a su grupo.

Cuando terminaron, el hombre se echó hacia atrás en su silla, tamborileando con los dedos en la mesa.

—Nada o casi nada concuerda con lo que nos ha contado el coronel Thomas —comentó.

—Lo sé. Igual que sé que no tengo pruebas, pero pregúntele una cosa a mi padre. Él sabía que yo estaba fuera de la base. Si me quiere tanto, ¿por qué no me llamó en cuanto se enteró de lo que ocurría, para llevarme con él en un hummer? Y lo más importante, ¿Qué hacía yo allí? Si todo lo organizó Hunter con Paris, ¿para qué llamarme?

—De acuerdo. Tengo que pensar en todo esto, pero volveré a llamaros con lo que haya decidido.

—Gracias por escucharnos.

Se despidieron de él, dejándolo pensativo. Una vez fuera, se miraron.

—Ya está hecho —dijo Nathan—. Tanto si nos cree como si no, no podemos hacer más.

—Lo sé.

Regresaron a su habitación, donde Faraday los estaba esperando fuera. Últimamente apenas lo veían, mientras ellos pasaban la mayoría del tiempo en el laboratorio, él seguía dando vueltas y hablando con quien podía.

Les indicó que entraran, y una vez dentro de la habitación, los miró triunfante.

—Los he encontrado —anunció.

—¿A Hunter y Emma? —preguntó Rachel.

—Claro. Están dos niveles bajo el suelo, en unas celdas que han hecho. Están bastante vigilados, pero si nos organizamos bien, podríamos sacarlos.

—¿Para ir a dónde? —preguntó Nathan, negando con la cabeza—. No, nos

detendrían antes de llegar a la puerta, eso seguro. Y no me veo yo en plan salvador pegando tiros por ahí... no sé tú cómo lo ves, Rachel.

—Estoy de acuerdo contigo. Me muero por verlos, pero deberíamos dejar el rescate a lo Rambo como última opción.

Faraday pareció decepcionado, pero no les discutió. Ellos siempre parecían saber lo que hacían, así que no iba a empezar a llevarles la contraria en aquel momento.

—También he visto otra cosa. —Ellos lo miraron, expectantes—. Están planeando algo. Han llegado dos portaaviones nuevos anoche, y traen muchos drones. Por lo que he oído, llegarán más durante esta semana.

—El ataque —dijo Rachel—. Se están preparando.

—Eso supuse. Pero no llevan misiles ni ningún arma. O se las van a poner aquí, cosa que dudo, o están planeando otra cosa.

¿Sería esa la alternativa a la que se refería el presidente? Tenían que seguir averiguando, así que le dijeron a Faraday que siguiera como hasta entonces, mientras ellos regresaban al laboratorio.

Un par de días después, aún no tenían noticias del presidente. Nathan empezaba a pensar que no los había creído. Si hubiera hablado con su padre, Ray no habría perdido el tiempo en ir a echárselo en cara. Así que aunque no le gustara, parecía que al final la opción del rescate iba a ser la única válida. Pero no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Suspiró fastidiado, yendo a una nevera a dejar unas muestras. Al abrirla, miró extrañado unos botes de spray. Cogió uno, etiquetado con una numeración, y se giró hacia un chico.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Nada, unas pruebas. —Se lo quitó—. Una variante nueva, tú sigue con lo tuyo.

Se lo llevó a otra nevera más alejada. Nathan fue a hablar con Rachel, pero

ella tampoco sabía nada de ninguna nueva variante, lo que lo mosqueó aún más. Estaban haciendo algo sin informarle, lo que no le gustaba para nada.

Se fue directamente al despacho del jefe de laboratorio, entrando sin llamar.

—Baxter, ¿tienes un minuto? Tengo que hablar contigo.

—Claro, pasa. —Nathan cerró la puerta—. ¿Qué pasa?

—¿Qué estáis haciendo? He visto unas muestras de las que no he sido informado.

—Ah. —Pareció avergonzado, pero se puso serio rápidamente—. Verás, nos han pedido algo nuevo, y estamos trabajando en ello.

—¿Pero qué es?

—Alto secreto.

—¿Alto secreto? El antiviral es mío, lo que hagáis con él es mi responsabilidad, así que no entiendo...

—Lo siento. —Se levantó, acercándose a él—. Agradecemos mucho tu aportación, pero ya no nos eres necesario. Tú y tu novia podéis descansar, ya nos encargamos nosotros de todo.

—¿Y si no queremos «descansar»?

—Realmente no es una opción, si no... una orden. No te necesitamos más.

Nathan le sostuvo la mirada unos segundos, preguntándose qué estarían tramando, a qué venía aquello. Baxter abrió la puerta, invitándolo a salir, así que tras unos segundos Nathan se marchó. Fue hasta la mesa de Rachel, apretando los puños furioso.

—Vámonos —dijo.

—¿Qué? —Se fijó en su expresión—. ¿Qué ha pasado?

Se dio cuenta de que los miraban un par de personas, así que recogió sus cosas rápidamente y se marchó con Nathan, quien la puso al día cuando estuvieron

fuera. Ella movió la cabeza, confusa.

—No entiendo nada —dijo.

—Yo tampoco. —Se pasó una mano por el pelo—. Tendremos que hablar con Faraday, que nos ayude a pensar cómo sacarlos.

—¿Y cómo saldremos de la isla, Nathan? Solo hay un puente, y está totalmente protegido. Aunque consigamos sacarlos, ¿qué haremos después? ¿Ir al Empire State y mirar el paisaje? Deberíamos volver a hablar con el presidente, o con alguien de otro país.

Nathan suspiró fastidiado. Ella tenía razón, por la vía de la fuerza bruta no conseguirían nada, tendrían que seguir probando con la diplomática. Que siempre había sido su favorita, desde luego, pero empezaba a estar harto de tanto esperar.

Al día siguiente, mientras estaban desayunando, el mismo agente de la vez anterior fue a buscarlos. Faraday estaba en uno de sus paseos habituales, así que Nathan y Rachel fueron con el hombre. Esperaban que el presidente les hiciera más preguntas o pidiera alguna prueba; lo que no se podían imaginar era que en el despacho estaba también Ray.

Al verlos, su expresión se volvió desconfiada, lo que les indicó que él tampoco los esperaba allí.

Ray miró al presidente, sonriendo falsamente.

—¿Qué ocurre, Tom? Pensaba que era una reunión privada.

—Y así es. —Les hizo señas a la pareja—. Pasad, sentaos. Vamos a hablar un rato los cuatro, ¿de acuerdo?

Ellos obedecieron, pero apartando un poco las sillas de Ray. Él ocupó la suya con gesto hosco, se notaba claramente que no se fiaba de lo que iba a ocurrir allí.

—Iré directo al grano —dijo el presidente—. Ray, he estado hablando con tu hijo y la doctora Portman, y me gustaría contrastar unas cosas contigo.

—No tengo nada que ocultar —respondió él, con voz firme.

—Entonces no habrá problema. Verás, me pregunto... Tú me contaste que el teniente coronel Cooper lo planeó todo con esa doctora... Hill, ¿verdad? —Ray afirmó con la cabeza—. ¿Y por qué llamaste a tu hijo, si no sabías lo que estaba pasando?

—Ah, eso, pues... Fue casualidad. Hacía mucho que no nos veíamos. Él tenía vacaciones, y... —Nathan negaba con la cabeza—. Hijo, ¿qué ocurre? ¿Por qué lo niegas?

—Asumamos que eso es cierto —siguió el presidente—. Cuando te enteraste de lo que estaba ocurriendo, porque se contagió esa chica y atacó a tus soldados... y la sheriff no logró pararlos, ¿por qué no llamaste inmediatamente a tu hijo para que volviera a la base? Hunter había enviado el dron, sabías que todo fallaría en minutos. ¿No deberías haberlo avisado para llevarlo contigo en los hummers protegidos?

Ray palideció, carraspeando varias veces.

—Bueno, yo... yo... —tartamudeó—. No ocurrió exactamente así.

—¿En qué momento exacto mató el teniente coronel Cooper a la doctora Hill? ¿Y por qué lo hizo? Podrían haber huido juntos.

Ray se incorporó, empezando varias frases sin terminar ninguna. Y entonces hizo lo que ninguno se habría imaginado jamás: salió corriendo del despacho.

El presidente reaccionó en unos segundos, pero ya era tarde y Ray no estaba a la vista. Llamó a gritos a sus guardaespaldas, levantándose furioso. Dos hombres entraron sacando sus armas, alarmados.

—¡Haced que detengan al coronel Thomas inmediatamente! Dad la alarma, que no salga de aquí.

Ellos se fueron veloces, sin preguntar las razones; para ellos, eso era lo de menos.

El presidente se dejó caer en la silla, aún aturdido.

—Eso lo ha delatado —dijo—. Todo este tiempo nos ha tenido engañados, no puedo creerlo. Lo siento mucho.

—Eso ya da igual —dijo Rachel—. Deje libres a Hunter y Emma, y puede disculparse con ellos si quiere.

—Sí, claro, tiene razón —cogió el teléfono y dio unas cuantas instrucciones—. Ya está—. Colgó—. Podéis ir a buscarlos, están en la planta menos dos. Bajando las escaleras a la derecha.

—Gracias —dijo Nathan.

—Volveremos a hablar de esto, ahora tengo una reunión, debo organizar el ataque.

—¿Ataque? —repitieron ellos.

—Bueno, no sé si ataque es la palabra exacta. Gracias a ti, Nathan, hemos creado un antiviral que se dispersa en el aire. Esta mañana me he reunido con mis homólogos del resto de países, y han aceptado que lo lancemos. Así que es lo que voy a ordenar ahora mismo, los drones ya están siendo cargados con el compuesto.

Nathan estaba boquiabierto. El hombre parecía satisfecho y convencido de su idea, pero él no lo veía tan claro.

—¿Pero han hecho pruebas? —preguntó—. ¿Saben cómo afectará a los animales, a la vegetación? Un virus en el aire es incontrolable, se dispersará con las nubes... Llegará a ríos, el mar...

—No te preocupes por nada de eso, está todo controlado.

Se levantó y se acercó a ellos, para palmearle un hombro. Nathan y Rachel se incorporaron, ambos pensando en las consecuencias que aquello podría traer.

—Id a por vuestros amigos —instó el presidente.

Nathan cogió a Rachel del brazo, sacándola del despacho y yendo hacia las escaleras.

—Tenemos que impedirlo —dijo ella.

—Vamos a por Hunter y Emma, ellos sabrán qué hacer —Nathan se quedó quieto unos segundos y miró alrededor—. Un momento. ¿Dónde está Faraday?

9. El futuro que se avecina

Emma estaba sentada en su lado del banco, cruzada de brazos. Llevaban allí días sin que los dejaran salir, excepto para una ducha por la mañana y cuando tenían que ir al baño; también les dejaban comida de forma regular, aunque ninguno tenía demasiada hambre. Ambos se preguntaban qué harían con ellos, pero eso era solo un recurso evasivo... sabían que no les esperaba nada bueno.

Los primeros días se habían dedicado a discutir, pero desde la noche anterior apenas habían cruzado palabra. Hunter parecía derrotado, sin poder comprender ni asimilar que el coronel Thomas hubiera soltado aquellas mentiras sobre él. Sí, era consciente de que no le había obedecido ni seguido sus reglas, pero echarle la culpa de todo... ojalá pudiera salir de aquella jodida celda improvisada, pero no sabía cómo. Lo mismo le sucedía a Emma, que había pasado un rato considerable estudiando las posibilidades que había de poder escapar; pronto constató que ninguna. Conocía algunas formas de huir de habitaciones, pero ambas incluían ventanas o carceleros de fácil distracción, dos cosas que allí no tenían. Quienes los vigilaban no se quedaban con ellos, solo podían verlos cuando les traían la comida o los sacaban a los lavados. Y tampoco había ventanas, estaban a dos niveles menos de la planta principal.

—¿Crees que estarán bien? —preguntó Hunter, cuando el silencio se le hizo insoportable.

—Están bien —replicó ella, sin abandonar su lugar—. El coronel no le haría ningún daño a Nathan.

—¿Estás segura de eso?

—Sí. No le considera ninguna amenaza, e imagino que Rachel tampoco le produce temor alguno... además, ya viste como nos trataron mientras que a ellos se los llevaron como invitados. Me encantaría escuchar la versión que ha dado ese cabrón... nunca me cayó bien.

—Y por lo visto es recíproco —Hunter se incorporó y empezó a pasear como un león enjaulado por la habitación—. Aquí se está cocinando algo y tenemos las manos atadas, joder. —Se giró para descubrir que ella lo observaba con escepticismo—. ¡Vale! Sé lo que estás pensando.

—¿A qué te refieres?

—Que tenías razón, que no teníamos que haber venido. Pensé que sería complicado lograr que no nos bombardearan, pero jamás imaginé que ni siquiera tendríamos oportunidad de intentarlo... sentados en una celda improvisada y esperando que nos maten.

—En realidad estaba pensando que tienes un buen culo —se burló Emma.

Hunter frunció el ceño, furioso. Tenía ganas de gritar y dar golpes, se había estado conteniendo desde que se lo habían llevado y no entendía por qué ella quería provocarlo.

—Me parece genial que tengas ganas de bromear, pero...

—... tenemos que salir de aquí, si, lo sé.

—El coronel no va a salirse con la suya, eso te lo prometo. No pienso permitir que me deje como responsable de lo sucedido, yo solo obedecía sus órdenes.

—Sí, por desgracia... —Al ver su cara se levantó—. Está bien, la única oportunidad que se me ocurre es cuando venga el idiota de turno a traernos la comida.

No había terminado de decir la frase cuando oyeron cómo la puerta se abría y un cuerpo caía pesadamente al suelo. Era uno de los soldados habituales que solían aparecer en horas puntuales y tenía la nariz rota, además de estar inconsciente. Los dos lo miraron, asombrados.

—¿Te referías a ese idiota? —preguntó Hunter.

Emma alzó sus ojos azules para encontrarse con la cara de Faraday.

—Hola, sheriff, ¿qué es este escándalo? —bromeó.

—Faraday... si no estuviera aquí metida te abrazaría.

Él se agachó, arrancó las llaves que el soldado llevaba sujetas del cinturón, y momentos después abrió la puerta. Los dos abandonaron la celda al momento y Hunter le dio una palmada de agradecimiento al gigante.

—¿Nathan y Rachel? —quiso saber.

—Están en el despacho del presidente. La gente por aquí han estado intentando hallar una cura, pero claro, todo se ha orquestado bajo la mentira que ese demonio ha contado. Cuando llegó Nathan con su antiviral les vino de maravilla, así que han estado trabajando con ellos para perfeccionarlo. Rachel también.

—Pero, ¿y tú qué hacías mientras? —preguntó Emma.

—Oh, yo estar por aquí, por allá... —replicó Faraday con media sonrisa—. A pesar de mi tamaño, la gente siempre piensa que soy una especie de retrasado, no se preocupan por mí, y yo sé cómo perpetuar esa idea. En seguida supe dónde os tenían, pero Rachel opinó que no teníamos dónde ir. —Hunter afirmó—. Ayer pasó algo.

—¿Qué?

—Algo en el laboratorio. Nathan estaba cabreado, creo que han usado su antiviral para hacer otro y esparcirlo sin más, algo así. Perdonad que me salte los tecnicismos. —Los dos restaron importancia a aquello con un gesto—. No paraban de decir que había que sacarlos de aquí, y ninguno sabía cómo. Pero yo sí, así que cuando se han ido al despacho, me he bajado y listo.

Vio cómo tanto Emma como Hunter asentían.

—Le he pegado un par de puñetazos —se excusó Faraday mirando al soldado—. Lo siento. La diplomacia no es lo mío.

Emma disimuló una sonrisa, y se agachó hacia el cuerpo sin sentido del soldado.

—Creo que el coronel también estaba en esa reunión —añadió Faraday, observando cómo la rubia registraba al inconsciente.

—Perfecto —dijo ella, quitándole las dos armas que llevaba. La entregó una a Hunter tras comprobar que estaban cargadas. Luego se levantó—. Vamos a buscar al coronel.

Hunter asintió, así que los tres abandonaron el pasillo después de meter al soldado en la habitación y cerrar la puerta. Aunque su instinto natural era echar a

correr, todos sabían que debían extremar las precauciones: aquello no era pelear contra rabiosos, estaba lleno de militares y armados.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Emma mirando a Hunter—. No llegaremos hasta el despacho del presidente, debe tener guardaespaldas.

—Yo... —se calló al escuchar una puerta que se abría.

Se quedaron quietos y apuntando con las armas, exceptuando a Faraday, que no tenía ninguna, y que al parecer tampoco la necesitaba. Sin embargo, al otro lado de la puerta los que aparecieron fueron Nathan y Rachel, un poco agitados, y se quedaron pálidos al ver aquel par de pistolas encañonándolos.

—¡Joder! —exclamó ella—. ¿Qué hacéis? ¿Estáis bien? ¿Cómo...?

Nathan se fijó en Faraday, que miraba de forma disimulada hacia otro lado; decidió dejarlo pasar porque al final era el único que había optado por hacer algo inteligente, y el hombre no podía saber que el pobre soldado que había dejado inconsciente ya tenía órdenes de dejarlos libres. Se aproximó corriendo hacia ellos.

—Esto se ha descontrolado —explicó rápidamente—. Mi padre anda por ahí suelto con un arma y un saco de resentimiento encima porque nos hemos cargado su tapadera, y tienen mi antiviral listo para soltarlo sin importar las consecuencias. Lo han mutado, de forma que se puede transmitir por el aire, y lo van a lanzar con unos drones.

—Joder —masculló Emma—. ¿Qué hacemos?

Hunter apretó los puños al recordar al coronel.

—Yo voy a buscar a tu padre —dijo, mirando a Nathan—. Esta vez no se va a librar de esta, te lo prometo. Lo traeré del cuello si es necesario.

—Hunter —dijo el pelirrojo con tono apremiante—. Sé que odias a mi padre, y que quieres pegarle, y pegarle, y pegarle. Pero escúchame... si lanzan ese antiviral...

—Yo me encargo de eso —dijo Emma—. ¿Sabes desde dónde controlan el lanzamiento?

—La sala de operaciones está en el primer piso —informó Faraday, solícito.

Hunter y Emma se miraron, asintiendo a la vez.

—Vosotros quedaos aquí —ordenó él, sobre todo dirigiéndose a Rachel.

—No, ni hablar, yo me voy contigo —protestó ella cabreada—. Y antes de que digas alguna tontería, te recuerdo que tú eres el lugar más seguro de todo el edificio.

Hunter se dio cuenta de que ella tenía razón; además, si estaba a su lado podría protegerla mejor de cualquier problema, aunque no pensaba permitir que el coronel fuese uno. Iba a encontrarlo, romperle la cara y después darse el gusto de detenerlo. La besó con fuerza, frustrado por todo el tiempo que había pasado encerrado y por no haber podido hacer nada.

—Yo iré con Emma —dijo Nathan.

—Y yo contigo —añadió Faraday, por si alguien tenía dudas de con quién estaba su lealtad.

—Suerte —dijo Emma, sin entretenerse en despedidas, antes de que se separaran.

Hunter salió corriendo escaleras arriba, seguido de Rachel. No sabía en qué lugar podría estar intentando ocultarse el coronel Thomas, pero pensaba registrar todas las plantas, cualquier rincón, hasta hacer que saliera de su escondrijo.

—¿Te has fijado que apenas se ve gente? —repuso Rachel, cuando resultó obvio que la presencia del personal se había reducido de manera considerable.

—Estarán en alguna sala de conferencias, mirando cómo salen los drones —murmuró él.

—Joder, pero no saben el lío en que se están metiendo. —Ella lo seguía mientras subían escaleras, respirando de forma agitada—. Si lo esparcen sin saber... ni siquiera toda la gente que evacuaron hace meses estará a salvo. Es que ni siquiera saben que están lanzando.

Estaban justo encima de la planta principal; Hunter empezó a revisar las habitaciones de una en una: entraba, hacía un barrido y salía cerrando la puerta. Ella se parapetaba tras su espalda, guardando todo el silencio posible, aunque les llegaban ruidos de la planta principal, y había un buen revuelo, a juzgar por el

movimiento.

—Deberíamos... —empezó Rachel, pero él la hizo callar con un gesto, sin dejar de mirar al frente en aquel cuartucho que estaban inspeccionando.

—Limpio —concedió, tras quedar satisfecho.

Se giró y entonces escuchó un disparo; notó el impacto y se mantuvo unos segundos inmóvil, mirándose, sin poder creer que hubiera sido su cuerpo el que había recibido aquel tiro. Al otro extremo del pasillo, el coronel Thomas lo apuntaba.

Rachel gritó cuando notó que Hunter se derrumbaba ante sus ojos. Localizó veloz el boquete y trató de hacer una evaluación de daños, en medio del histerismo: había apuntado al corazón, pero la bala había entrado algo más arriba. Hunter se quedó tumbado, jadeando, tratando de ignorar el dolor y de controlar la respiración.

—Hunter —lo llamaba ella—. ¡Hunter!

Él trataba de centrarse en su voz, pero el dolor lo ocupaba todo.

—La gente te vuelve débil —era la voz del coronel, cada vez más cercana. La escuchaba a la vez que sentía sus pasos acercándose a él—. Menuda decepción, teniente coronel Cooper. Nunca hubiera dicho que tú eras de los que traicionaban. Y aquí estamos.

Hunter hizo el esfuerzo de mirarlo; Rachel se puso en pie, agitada, pero el coronel se la sacudió de encima lanzándola contra la pared, desde donde cayó al suelo como una muñeca rota. Después, el coronel Thomas se agachó a la altura del militar y lo miró con pena.

—¿Duele, teniente? —Y puso su mano encima para apretar la herida, arrancándole un alarido agudo de dolor—. Huy, ya veo que sí. Y eso que he fallado un poco, te he disparado al corazón. Bueno, qué le vamos a hacer, los nervios hacen que mi puntería no sea tan buena.

El militar notó un escalofrío, y cómo sudaba; Thomas se levantó y le pegó una patada a su pistola, haciendo que esta viajara hacia el otro extremo del pasillo, poniéndola así muy lejos de su alcance. Movié la cabeza de un lado a otro, con cara de pena.

—Es una pena que hayan descubierto mi mentira —repuso, y le encajó una patada en el abdomen con rabia—. Era una idea genial, que podía haber salido bien, ¿te imaginas un ejército compuesto de hombres indestructibles? Que no sintieran, ni padecieran. Naturalmente, era un virus que había que perfeccionar, hasta encontrar la forma de construir al soldado perfecto. Pero de pronto te asaltan los escrúpulos, dejas que mi hijo se largue, tratas de ayudar a escapar a Paris, y no feliz con todo eso, meses después vienes aquí a joderme... ¡podías haberte quedado en el agujero en el que estabas! Ahora mira lo que me veo obligado a hacer. —Otra patada en el costado, haciendo que se encogiera.

Hunter gritó, y gritó. No solo porque doliera tanto que estuviera sintiendo ganas de morir, sino porque sabía que se acercaba su fin y el coronel había ganado.

—Ya casi es la hora —comentó el joven soldado a su compañera, mientras manipulaba los mandos y se aseguraba de tener la pantalla bien enfocada.

—¿Qué haremos después?

—Supongo que marcharnos en el algún helicóptero, soldado Johns —dijo él, sin quitar ojo de lo que tenía delante—. Ya hemos cumplido con nuestro cometido. Mejor, así podrás reunirte con tu familia, ¿no es eso lo que quieres?

—Sí, claro. Salimos de aquí para meternos en un barco —suspiró la joven soldado de pelo negro.

—Mira, por lo menos no estás muerta —consultó su reloj él, con cara fastidiada. Iba a añadir algo cuando oyó unos golpes en los cristales—. ¿Qué demonios...?

Los dos miraron hacia allí. Fuera, la joven rubia que había aparecido días antes y a la que solo habían podido ver unos segundos antes de que se la llevaran detenida junto al principal responsable del escape del virus trataba de atraer su atención.

—Mierda, ¿esa no estaba encerrada? —la soldado Johns se puso recta—. ¿Qué hacemos, Scott?

—Nada. Nosotros a lo nuestro —dijo el joven con frialdad—. Tenemos que empezar.

Johns murmuró un «vale», tratando de no prestar atención a la chica que intentaba que le hiciera caso a través del cristal. Vio cómo su compañero ponía todo en marcha, comenzando a manipular los mandos y observando la pantalla, mientras esperaba recibir las órdenes por el aparato que llevaba colocado en la oreja.

—Atención. —Escuchó—. Permanezcan a la espera. En breves momentos el presidente dará la orden. Repito, permanezcan a la escucha.

—Entendido —aceptó el soldado.

Emma abandonó sus intentos y se giró hacia donde Nathan y Faraday estaban esperando. Recorrió la zona con la mirada, buscando algo, y entonces Faraday entendió sus intenciones. Hizo un gesto asintiendo y se marchó fuera

Ella observaba el interior de la sala cuando oyeron gritos. Lejanos, pero parecían venir del piso de arriba; todos reconocieron la voz de Hunter, teñida de dolor y angustia. Emma bajó la barra y se quedó callada escuchando; otro grito de esos que salían de las entrañas.

—Joder —masculló y cogió su arma, amartillándola. Se acercó a Nathan y lo hizo mirarla—. Escucha. Hunter tiene problemas, ¿oyes cómo grita? Si no está medio muerto lo están torturando... sea como sea, necesita ayuda. Yo no puedo ir porque tengo que intentar que esos dos no aprieten el botón. Así que vas a tener que ir a echarle una mano.

Le tendió el arma.

—Emma, yo no tengo ni idea de usar un arma, ¿cómo voy a...?

—Solo apunta y dispara —replicó—. Ayúdalos. —Le colocó el arma en las manos.

Nathan asintió despacio, sujetando la pistola con cuidado para no terminar pegándose un tiro él mismo. No las tenía todas consigo, pero entendía que si ella iba a arriesgarse por intentar que no se expandiera el antivirus, él debía tratar de ayudar a su amigo.

—Te quiero. —Ella le dio un beso precipitado en la boca y lo empujó a la vez hacia la salida—. Ten cuidado.

Esperó a que saliera, rezando por que no terminara siendo él el cadáver. Hubiera querido ir ella y no ponerlo en peligro, pero se le acababa el tiempo; podía ver perfectamente a través de la cristalera cómo los dos soldados estaban tensos, quietos, esperando la orden. Debía hacer algo ya, y el maldito Faraday no había vuelto aún. Como si le hubiera leído la mente, apareció jadeando y sujetando un enorme perchero entre las manos, que le tendió.

—Perfecto —agradeció la rubia—. Aparta.

—¿Dónde está? —Faraday buscó a Nathan con la mirada, inquieto.

—Hemos oído gritar a Hunter en la planta de arriba. He mandado a Nathan a que le eche una mano —contestó ella—. Puedes ir a ayudarlo si quieres.

Faraday pareció debatirse entre quedarse con ella o salir detrás del pelirrojo, y finalmente se marchó por la misma puerta por la que había salido Nathan minutos antes, tras hacerle un gesto con la cabeza. Emma no perdió más el tiempo y se acercó al cristal. Pues muy bien, si querían ignorarla, que ignoraran aquello.

El soldado Scott y la soldado Johns estaban tan concentrados esperando las órdenes que pegaron un bote en sus asientos cuando el cristal se rompió en mil pedazos delante de sus caras. Los dos miraron asombrados en dirección a la puerta para descubrir que la dichosa rubia acababa de reventar toda la cristalera delantera con un perchero de los grandes.

—¡Joder! —gritó Scott—. ¡Líbrate de ella, soldado!

Johns se levantó, apartando las esquirlas de cristal que se le habían posado hasta en el pelo y fue directa al encuentro de la rubia.

—¿Se ha vuelto loca? —vociferó, palpando sus bolsillos de forma apresurada en busca de su arma.

—No podéis pulsar ese botón —dijo Emma.

—Nosotros seguimos órdenes, no somos quién para cuestionarlas.

—Es una cura experimental —Emma hizo un nuevo intento antes de que se acercaran del todo la una a la otra—. Si lo lanzáis, no sabemos qué efecto puede tener.

La soldado se detuvo unos segundos.

—El mismísimo presidente ha ordenado la preparación de los drones y el lanzamiento —explicó, con voz vacilante.

—¡Soldado! —gritó Scott desde su puesto—. ¡Te he dicho que te libres de ella ahora, nada de charla!

La soldado Johns dudó unos segundos, pero finalmente fue directa hacia Emma; se lanzó sobre ella esperando noquearla de un simple golpe, pero la sheriff se apartó a tiempo y ella cayó al suelo maldiciendo.

Scott lanzaba miradas furtivas de reojo sin dejar de controlar la pantalla. Lo tenía todo listo, la mano en el botón; una simple orden por el auricular, y los drones se pondrían en marcha. Esperaba que fuera cuestión de segundos, porque la soldado Johns estaba recibiendo una buena paliza a manos de aquella desconocida. Si no lograba contenerla podían tener problemas y él no iba a dejar que una maldita civil estropeará su buen hacer.

La soldado lanzaba ya golpes a ciegas, empezando a agotarse. Era una técnica que Emma ya había usado otras veces, si dejabas sin aliento a tu oponente poco a poco perdían las ganas de pelear. No quería matar a aquella chica que a todas luces solo era una mandada, pero si ella se empeñaba en ponerse en medio, tendría que llevársela por delante.

La morena trataba de ganar algo de tiempo y recuperar fuelle. No podía permitirlo, así que regresó sobre sus pasos y le sacudió un puñetazo en plena cara que la hizo derrumbarse en el suelo. Emma comprobó que estaba fuera de juego y se levantó, pero cuando se dio la vuelta para ir al encuentro del otro soldado, se lo encontró a menos de dos centímetros de ella. El soldado Scott no lo pensó dos veces: le dio un cabezazo que hizo que la rubia se tambaleara hacia atrás. La sujetó antes de que cayera inconsciente, y después la lanzó hacia el otro lado de la habitación, con tanta fuerza que, más que caer, se estrelló contra la pared. Esperó unos segundos por si se movía, pero había escuchado un crujido y supuso que se había roto el cuello en la caída.

Miró a la soldado Johns, que tenía la nariz rota y el labio partido, y seguía inconsciente en el suelo; regresó a su sitio y volvió a ponerse los auriculares justo cuando estos zumbaron.

—Soldado, adelante — escuchó—. Empezamos.

Y el soldado Scott apretó el botón.

Un piso más arriba, Hunter a duras penas consiguió abrir los ojos. Su mirada buscó a Rachel y la halló a lo lejos, aún tirada en el suelo, pero comenzando a recuperar el conocimiento; tenía la espalda apoyada contra la pared y parecía desubicada, mirando a su alrededor.

Alzó la vista hacia el coronel Thomas, que lo contemplaba desde arriba con una mueca despectiva en el rostro.

—Ahora no pareces tan duro, ¿eh, teniente coronel Cooper? —Se agachó para sujetarlo del cuello con rabia—. ¡Yo confiaba en ti! ¿Por qué tuviste que traicionarme?

Hunter trató de decir algo, pero sus dedos se le clavaban en la garganta y le resultaba imposible articular palabra. Iba a morir a manos de aquel cabrón y no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

—Te traté como si fueras hijo mío —siguió el coronel Thomas, liberando su cuello y volviendo a ponerse en pie—. ¿Cómo no hacerlo? Siempre quise tener uno que se pareciera a mí y Nathan es igual que su madre, muchos libros y pocas armas. Así que apareciste tú, que respondías del todo a mis expectativas. —Hizo una mueca—. Te animé, te apoyé, te promocioné, Hunter. Llegaste a ser teniente coronel mucho antes que cualquier otro y eso fue gracias a mí. Te veía como un hijo, te tenía... cariño, maldita sea. Y tú me traicionas, ¿no lo entiendes? No tengo más remedio que matarte.

—Coronel... señor... —logró decir entre jadeos.

—Ah, ya sé lo que te preocupa. —El coronel se acarició la barbilla y luego señaló con la cabeza a Rachel, que continuaba frotándose la cabeza dolorida—. Tranquilo, Hunter, no sentirá nada. Seré rápido cuando la mate. Pero no te haré verlo, no te preocupes... primero es tu turno.

Lo apuntó con su arma y Hunter cerró los ojos. Ya estaba, el juego terminaba... iba a morir, Rachel también y a saber qué sucedería; de cualquier modo lo habían intentado y ahora le venían las palabras de Emma, diciéndole que si sabía que no regresarían. Quizá tendría que haber hecho caso de su sugerencia: morir con una botella y en la cama al lado de la persona que amabas se le antojaba

mejor que aquella forma. Pero no podía volver atrás, solo mantener los ojos apretados y rezar porque Emma hubiera conseguido detener el lanzamiento del antiviral.

—Adiós, teniente coronel Cooper. —Escuchó decir al coronel Thomas.

Oyó el disparo, pero no sintió el impacto, ni el dolor. Abrió los ojos de nuevo y miró al coronel, que lo observaba a su vez con estupor; bajó la vista hacia sí mismo, como si no pudiera creer lo que veían sus ojos. Bajo la tela blanca de su camisa, justo en el corazón, floreció una enorme mancha roja de sangre que fue expandiéndose mientras el coronel se tambaleaba hacia atrás, girándose con esfuerzo para encontrar a su propio hijo, aún apuntándolo.

—Nathan —logró balbucear, con la sorpresa reflejada en la cara, y Hunter giró con dificultad la cabeza para ver a su amigo, en la entrada.

Él bajó la pistola, sin apartar la vista de su padre, que ya estaba de rodillas y apretándose la zona con la mano.

Rachel se arrastró hasta Hunter, con las lágrimas cayendo por su rostro. Solo tenía que echarle un vistazo general para saber que su estado era serio, pero si actuaba de prisa quizá... Le palpó la herida y él soltó un grito.

—Sshhh —le pidió ella—. Cariño, será un segundo, lo prometo.

Y mordiéndose el labio, metió el pulgar y el índice dentro del agujero que había justo encima de su pecho mientras él gritaba de tal forma que parecía que iba a desgañitarse.

Faraday llegó jadeando y se detuvo en la entrada del pasillo, tras Nathan.

—¿Estás bien, chico de ojos extraños? —preguntó, aunque era una pregunta innecesaria porque estaba claro que el pelirrojo seguía vivo mientras que su padre ya estaba más cerca del otro lado.

El coronel Thomas volvió a mirar a su hijo, con aquellos ojos azules tan fríos, único rasgo que habían compartido durante toda su vida. Y, por primera vez, recibió esa misma frialdad en su propia carne.

—Me has matado —balbuceó, aún sin dar crédito—. Pero soy tu padre...

Nathan no dijo nada. Le dejó el arma a Faraday y fue corriendo hacia donde Hunter permanecía en el suelo, mientras gruesas lágrimas corrían por sus ojos. Lo sujetó para que Rachel pudiera terminar lo que estaba haciendo y ella asintió; metió de nuevo los dedos para buscar la bala y esa vez, al no poder moverse Hunter, logró encontrarla. La arrojó al suelo, limpiándose la sangre en su propia ropa, y luego se quitó la chaqueta para presionar la herida.

—¿Cómo está? —quiso saber Nathan.

—Si pudiéramos hospitalizarlo ahora mismo... —musitó ella, frotándose las mejillas y cogiendo aire para no venirse abajo—. Tenemos que sacarlo de aquí, Nathan, o...

—¡Escuchad! —dijo Faraday, y un segundo después salió corriendo escaleras abajo.

Rachel y Nathan se miraron sin entender. No entendían a qué se refería Faraday, solo había un silencio abrumador, nada más... y entonces se escuchó un zumbido; leve primero, algo más fuerte después.

—¿Han puesto en marcha los drones? —se atrevió a decir Rachel.

En efecto, eran los drones. Nathan tardó unos segundos en hacer la relación; los drones se habían puesto en funcionamiento, luego el soldado había logrado apretar el botón, y eso solo significaba que Emma no había conseguido detenerlo. Se incorporó a toda prisa y Rachel lo vio salir corriendo mientras murmuraba su nombre. Entendió entonces, así que movió a Hunter.

—Hunter —dijo—, tenemos que movernos. —Tiró de él—. Vamos. Tienes que ayudarme, por favor, hay que ponerse en marcha.

—No puedo —gruñó él.

—Sé que te duele todo. Pero te vas a poner bien —trató de animarlo ella— Si te quedas aquí y te dejas ir morirás... venga. Nathan nos necesita ahí abajo.

Con un quejido de dolor y agotamiento, Hunter empezó a hacer el intento de levantarse.

Nathan llegó hasta la sala de operaciones y se detuvo en la puerta para recuperar el aliento; todo el suelo estaba lleno de cristales y los esquivó para entrar.

La chica soldado estaba en una esquina, sentada con la espalda apoyada en la pared, sujetando lo que parecía un trozo de su propio uniforme contra su cara, que sangraba. Emitía pequeños sollozos pero no parecía que tuviera intención de ponerse a pegar tiros o algo similar. Faraday había pasado por allí y ahora el soldado Scott estaba en el suelo tirado, después de que el gigante lo arrancara de su silla y le diera un puñetazo en la cara. Buscó a Faraday y ahí estaba, al fondo de la habitación, con Emma en brazos. Se acercó a él, interrogándolo con la mirada, pero Faraday apartó la suya, incómodo; él no era médico, pero la chica que tenía en brazos parecía más muerta que viva.

La depositó en el suelo con cuidado mientras Nathan se agachaba al mismo tiempo y la sacudía con suavidad.

—Emma —insistió, negándose a tomarle el pulso—. Oh, no, por favor...

Faraday se acercó a examinar las máquinas, que aún funcionaban. El soldado Scott había estado dirigiendo los drones, y aunque ahora mismo estaba totalmente K.O., el daño ya estaba hecho y el antivirus había sido enviado al exterior.

Rachel apareció en la entrada, con un Hunter apoyado en ella y que también tenía más aspecto de muerto que de vivo. Ella recorrió toda la estancia con los ojos aún húmedos: sangre, cristales, gente inconsciente ... Al ver a Nathan en el suelo con Emma dejó a Hunter apoyado contra el marco y fue corriendo hacia ellos, sintiendo un nudo en la garganta.

—¿Está...? —murmuró, pero no recibió respuesta alguna del pelirrojo—. No, esto no puede estar pasando. No, no... —se calló, temiendo parecer una lunática, y le puso la mano en el cuello a la rubia para buscar su pulso mientras Nathan la miraba con los ojos brillantes, esperando buenas noticias.

Rachel iba a decir algo cuando escucharon claramente la voz de Faraday.

—Han lanzado el antiviral —anunció, sin apartar la vista de los paneles llenos de luces.

Hunter se apoyó en el marco y resbaló hasta quedar sentado. A duras penas distinguía nada, solo el caos que había en esa habitación: parecía que habían perdido a Emma; Rachel lloraba, Nathan parecía a punto y Faraday no había conseguido evitar que se expandiera el antiviral. Bueno, no había sido Faraday. Él había fracasado. La idea había sido suya y había fracasado. No sabía qué venía a continuación, cómo iban a salir de allí, ni siquiera si estaría en condiciones de poder

hacerlo, y lo más importante...

No sabía qué les esperaba ahí fuera.

EPÍLOGO



—Nueva York, al fin.

El joven rubio iba cargado con una mochila que se veía pesada. Con él viajaban dos más, también cargados, pero los tres dejaron caer las bolsas para quedarse contemplando a lo lejos la estatua de la libertad. Todo se seguía viendo desierto, desolado, como casi todos los lugares que habían cruzado hasta llegar allí.

—Nada nuevo bajo el sol —comentó el otro muchacho, con voz desanimada.

—Pensaba que aquí sería diferente. —El primero se giró hacia la chica—. ¿Estás bien?

Ella permanecía callada, observando la zona con sus ojos color miel. Podía estar mejor, claro, tenía muchas esperanzas puestas en que en Nueva York hubiera una oportunidad para ellos. Llevaban meses caminando y ya estaba harta del mismo paisaje.

—¿Y ahora qué? —se limitó a decir, con tono indiferente.

Estaba agotada y acababa de llevarse un chasco.

—Eh, mirad. —Señaló el rubio alzando los ojos hacia el cielo—. ¿Qué es eso? Ahí arriba.

Los dos lo imitaron. Varios objetos sobrevolaban la zona, estaban demasiado lejos para poder verlo bien, pero parecía...

—Drones —dijo el moreno y se dio la vuelta—. ¿Sabéis lo que significa? Si alguien está lanzando drones... bueno, significa que hay gente.

—¿Tal vez en la ONU?

—Tal vez. —El moreno se encogió de hombros—. Pero como ya estamos aquí, siempre podemos ir a comprobarlo. Total, no tenemos otra cosa que hacer, ¿verdad?

—¿Tú qué dices, June? ¿Vamos a ver?

La joven miró a uno, y a otro. Connor parecía haber envejecido diez años desde que habían escapado por los pelos de Little Falls, pero ya no era aquel chico superficial y desastroso que era al principio. David también se veía más maduro, y es que la situación que les había tocado vivir había hecho mella en todos, incluida ella misma. Tenía ojeras, había perdido peso y su salud no era la mejor del mundo, pero continuaba con vida, y no era porque no hubieran encontrado infectados por el camino. Lo peor no eran ellos, los infectados se podían matar. Lo peor era la soledad continua, el hecho de no haber encontrado a nadie con vida en su viaje. Hacía mucho que se había resignado y hecho a la idea de que su hermana había muerto, aunque siempre quedaba la esperanza de ir sumándose a otros supervivientes. Pero no.

—¿Qué cojones es esto? —Connor se frotó la cara—. ¿Llueve?

David repitió el mismo gesto que su amigo.

—No creo que sea agua, pica un poco. —Y se puso la capucha al momento—. Tapaos por si acaso.

Ambos obedecieron al momento, tras constatar que David llevaba razón: aquello que caía en forma de fina lluvia escocía un poco al contacto con la piel. Le daba mala espina.

—¿Adelante entonces? —preguntó Connor.

—Vamos allá —decidió June—. No creo que sea peor que lo que hemos vivido hasta ahora.

David y Connor volvieron a colocarse sus mochilas y empezaron a caminar; ella recogió la suya, pensativa, y finalmente se decidió a seguirlos.

Quién sabía, quizás ellos tuvieran razón y en Nueva York hubiera esperanza.